



CC-0. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la impresión en su totalidad.

José Luis Correa

Murmullo de hojarasca

Lectulandia

Si hay algo a lo que Olga Morante no puede resistirse es a los retos y, en el breve espacio de veinticuatro horas, parecen acumularse: su jefe le propone un reportaje para el periódico en el que trabaja, uno sobre los desarrapados de Parque San Luis (trasunto del Parque de Santa Catalina de Las Palmas); su colega fotógrafo la reta a llegar hasta el fondo de ese mundo de desesperanza; y un enigmático personaje que vive a caballo entre un zaguán miserable y el burdel más famoso de la ciudad acaba de rematar la faena con una historia llena de luces y de sombras. *Murmullo de hojarasca* es el relato de una búsqueda, el de unos seres solitarios que se entrecruzan en un momento clave de sus vidas, el de la eterna lucha entre lo honesto y lo indigno, entre la culpa y el perdón. José Luis Correa, con un lenguaje a veces poético, a veces descarnado, nos lleva de la mano por los callejones de una ciudad que conoce como pocos. Una estructura casi cinematográfica nos presenta a personajes que al lector le va a ser muy difícil olvidar: Diego Córdoba, Lupe Cifuentes, Laura Cano; y también Turo y Lena y Olga y Pancho.

Lectulandia

José Luis Correa

Murmullo de hojarasca

ePub r1.1

Titivillus 09.01.15

Título original: *Murmullo de hojarasca*

José Luis Correa, 2011

Retoque de portada: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Todos tenemos derecho a una vida privada
siempre y cuando tengamos con qué pagarla

Carlos Fuentes, La silla del águila

Conocí a Diego Córdoba el otoño pasado bajo una lluvia lánguida. Yo llevaba una vieja rebeca desvaída y andaba preocupada por que nadie me reconociera. Él se guarecía con cuatro cartones y dos viejas traperas rancias y agujereadas, su única preocupación era evitar que se le colara el agua por las rendijas. Yo iba en busca del reportaje de mi vida. Él se limitaba a morir de a poco. Yo a punto de cumplir los veintisiete. Él los cincuenta. Yo aún tenía esperanzas. Él las había extraviado hacía mucho tiempo. Yo creía que estaba viva. Diego sabía que él no. Sin embargo, una cosa teníamos en común: a los dos nos habían partido el corazón.

Alberto Dávila, mi jefe —entre otras cosas que algún día lograré olvidar—, me había propuesto aquel artículo. Fue después de mucho batallar. De una larga cruzada en la que a ambos se nos quedó piel de lagarto. Yo estaba ahíta de seguir el oloroso rastro de la gente guapa, de asistir a sus fiestas majaderas, de husmear en sus asuntos de alcoba, de buscarlos delante de una barra de bar para sonsacarles, a golpe de ginebra, sus miserias. La semana anterior al descubrimiento de Diego Córdoba me presenté en el despacho del penúltimo piso —el último estaba destinado a Padre Dios Mendoza— con la intención de despedirme. Así se lo dije, Mira, Alberto, yo no estudié periodismo para esto; ya, ya sé que los lectores andan pidiendo siempre un nuevo escándalo que llevarse a la boca con el café con leche del desayuno, pero yo, mientras, me estoy malgastando con tanta majadería; de veras no puedo más; de manera que voy a coger las vacaciones que me debes y ya no creo que vuelva.

Recuerdo que Alberto se me quedó mirando como las vacas al tren. Pero pronto —tenía reflejos y mañas de perdiguero— recobró el pulso. Pareció calibrar si lo mío era un farol. Si lo que andaba era regateándole el sueldo. Si tenía alguna oferta de otro periódico. Cuando comprendió que hablaba más en serio que nunca, tendió un paño caliente sobre su escritorio, Bueno, mujer, no hay que sacar las cosas de quicio, ¿verdad?; creo que exageras, que estás cansada, que necesitas esas vacaciones y que, en efecto, vales mucho más que esas columnas frívolas; tal vez tenía que habértelo propuesto antes, pero nunca es tarde; verás, el director quiere que hagamos un reportaje sobre los mendigos de parque San Luis; fíjate que no digo una simple crónica, hablamos de un reportaje, algo para darle cobertura un par de semanas, ¿te atreverías con ello?

Al principio, no escuchaba lo que decía. Era el mismo discurso que, con el tiempo, se me había quedado manido. No esperaba otra cosa de un hombre que había formado parte de mi vida. Un hombre por quien, en otro tiempo, llegué a sentir verdadero cariño. Pero un hombre en quien ya no confiaba. Hasta que tuvo que llegar la pregunta. Si se hubiese contentado con dorarme la píldora, con halagarme los oídos, con acariciarme el lomo como si yo fuese su gata de angora, lo hubiese mandado al carajo allí mismo. Pero en ese «¿Te atreverías con ello?» había algo de reto. Y yo soy incapaz —él lo sabía— de despreciar un reto. Miré al horizonte de la

pared. Meneé la cabeza. Apuré una sonrisa cautelosa. Y busqué la manera de alargar el plazo sin que pareciera una rendición. No sabes tú nada, jefe, quien no te conoce, te compra; pero sí que es cierto que estoy agotada, ahora me voy a casa, tengo invitados a cenar y aún he de pasar por la tienda, ya hablaremos mañana.

Por supuesto, era mentira que tuviese invitados en casa. Desde que Alberto y yo habíamos roto, mi vida social se había resentido de un modo bárbaro. Dávila se me había llevado, además de la probabilidad de volver a creer en alguien, un mueble bar de madera de pino canadiense, media docena de libros y un álbum de fotografías. Pero lo que más me había dolido fue que los amigos, todos, sin excepción, se rajaran también. La lealtad, dijeron. A él lo conocíamos de antes, dijeron. Llámanos alguna tarde, dijeron. Claro. Ni que me hubieran destetado ayer. El único que se atrevió a quedar conmigo fue Martín Carreras, uno que siempre estaba rivalizando con Dávila por las cosas más estúpidas del mundo: quién llegaba antes conduciendo al apartamento del sur, quién recordaba al autor de un gol de la selección en un mundial, quién se sabía la letra entera de *Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor*. Solo me bastó media conversación, media hora, medio cubata de ron añejo para comprender que lo único que quería Martín era llevarme a la cama. Y me faltó el canto de un euro para aceptar. Eso hubiese cabreado a Alberto. Se hubiese subido por las paredes. Conociéndolo, hasta me hubiese pedido volver, con tal de ganarle la apuesta a su amigo. Pero no fui capaz. No tenía tanta rabia acumulada en la boca del estómago. No había llorado tanto. Me habría sentido mal. Se me habría aguado la noche. Y, seguro, habría amanecido infinitamente más sola.

Abandoné la redacción con el último rayo de luz del atardecer. Mientras bajaba la calle hasta la Plaza Nueva comenzó una llovizna delgada y muda. Me entretuve en patear una chapa de cerveza que había en el suelo, a la puerta de un bar, como hacía de pequeña. Porque yo fui una niña marimacho. A mis amigas les gustaban las muñecas y a mí la pelota. Ellas no paraban de hablar de chicos y yo me la pasaba jugando con ellos. Hasta que me llegó la primera regla y me salieron las tetas —lo recuerdo como una única experiencia, como si lo de las tetas hubiese sido de un día para otro, así, en un plisplás— y mi madre decidió que ya no tenía edad para andar dando patadas, que ya estaba bien, que ya era una señorita y debía comportarme. De modo que me prohibió bajar a la plazuela.

El ruido de la chapa al rebotar en el empedrado —un tintineo que se mezclaba con el de mis recuerdos— me acompañó un buen trecho. Hasta que se perdió por la sonrisa rota de una alcantarilla. Pensé en los indigentes. En los desarrapados de parque San Luis. Por primera vez los vi como algo real. Fue como si, hasta entonces, no hubiesen sido más que sombras chinas pululando por los muros del barrio. Sombras chinas que, a la caída del sol, con la falta de luz, desaparecían en la noche. Me gustó la idea del reportaje. Creo que comencé a concebirlo aún antes de llegar a

casa. Lejos estaba yo, entonces, de comprender hasta qué punto los mendigos se me iban a quedar chicos. Hasta qué punto los acontecimientos que iba a vivir en los siguientes días le iban a dar la vuelta a mi vida como si fuese un calcetín.

Tenía un par de mensajes en el contestador. Mi madre había telefonado. Tres veces. La de siempre para saber de mí, Nunca llamas, Olga, m'ija, eres más tuya que yo qué sé, a saber si estarás comiendo bien, el día menos pensado te da algo en esa casa, sola, y nos vamos a llevar un susto. La segunda para contarme, Olga, hoy hice ropa vieja, me quedó riquísima, qué voy a decir yo, pero me sobró un montón porque tu hermana comió fuera, así que te guardé un *táper* en la nevera, ¿vale?, pásate luego a recogerlo, anda, mujer, no seas así. Y la última para contarme una cosa que había olvidado —constantemente olvidaba algo—, Hablando de tu hermana, acuérdate que el domingo es su cumpleaños, a ver si va a ocurrirte como el año pasado, que ni siquiera la llamaste para felicitarla. Borré los dos primeros, no tenía ganas de tener esa mosca cojonera titilando en la noche. Pero guardé el del cumpleaños de Ana. Para recordarlo.

La ducha me sentó de maravilla. Dejé caer largo tiempo el agua tibia sobre mi cabeza. Cerré los ojos. Por un segundo abandoné el cuarto de baño, la casa, la ciudad. Por un segundo me refugié en un sueño, en un lugar lejano, en otro tiempo. Notaba cómo el agua se deslizaba por entre mis pechos. Cómo inundaba un ombligo que jamás me gustó, demasiado redondo. Cómo anegaba el vello de mi sexo. Cómo corría muslos abajo perdiéndose en la sima de mis piernas. Si hubiese sido otra la mujer que se duchaba esa noche en mi cuarto de baño, si no se hubiese llamado Olga Morante, estudiado en un colegio de pago, educado en una familia bien, con una madre seria y formal, estoy segura de que se habría masturbado. Hasta caer de rodillas de puro gusto. Hasta gritar un nombre, cualquier nombre. Hasta escandalizar al vecindario. Sin embargo, Olga Morante se iba a limitar a morderse las ganas, a acabar de ducharse y a apagar luego el deseo, de un modo más decoroso, con una tableta de chocolate Cadbury.

Esa noche fue larga y revoltosa. Soñé con mi padre. De pie. Despidiéndose de mí en el aeropuerto la tarde en que marchaba a estudiar a Salamanca. Una imagen imposible porque papá murió un año antes, en octubre. Lo que son los sueños. Me desperté varias veces, sobresaltada por mi propia respiración. Incluso en un momento me pareció estar sentada en el sillón del cuarto mirando a una cama habitada por una mujer igual que yo, con mi mismo pijama, con mi pelo rebelde, con mi forma de dormir, boca arriba y con un brazo protegiéndose los ojos. A la mañana siguiente, mientras desayunaba, interpreté los signos de aquel sueño tan enrevesado. Comprendí que no iba a poder irme de vacaciones. Sabía que las pesadillas me iban a perseguir de esquina a esquina de aquel mapa que llevaba una semana desplegado sobre la mesa del comedor. Iba a tener un fantasma en cada chincheta roja de aquel plano. Por

riberas y montes. En pueblos o ciudades. Junto al mar o en la cima de un barranco. No. Las vacaciones tendrían que esperar. A que descubriera el motivo de mi desasosiego. A que encontrara a alguien que me ayudara a purgarlo. Alguien desconocido y misterioso. ¿Quién?

Por ejemplo, Diego Córdoba.

Cuando Alberto me vio aparecer a la mañana siguiente por la puerta de su despacho, se le dibujó en el rostro un gesto de satisfacción rayano en la prepotencia, un Ya-sabía-yo-que-volve-rías que me hubiese gustado borrar de una trompada. En vez de eso, me senté delante de él y le expuse mis condiciones. Iba a hacer el trabajo con los mendigos de San Luis. Por supuesto. Y sería el mejor de mi carrera. Pero me iban a pagar cada palabra, de la primera a la última, como si fuera una firma invitada. Estaba hasta las narices de vacas sagradas. De escritores célebres con cara de huéleme el culo que cada día subscribían un comentario estúpido, una paja mental en el periódico, y que eran venerados como dioses por la dirección. Además, no habrá ninguna corrección posterior, ¿me entiendes, Alberto?, ningún recorte de última hora: o publican mi reportaje completo, tal y como yo lo escriba, o me lo llevo conmigo a casa del carajo, ¿estamos?

Dávila prometió que defendería mis peticiones, ¿Dime?, bueno, pues tus exigencias, llámalo como quieras; te prometo defenderlas ante Mendoza, pero creo, Olga, que serías mucho más convincente si tu primera entrega logra impactarle, ¿perdón?, por supuesto que corre prisa, qué te creías, empezamos a publicar la historia el próximo domingo, así que andandito, llévate a Pancho para las fotos, y buena suerte. Yo estaba segura de que sería así la cosa: Alberto le relataría nuestra entrevista, con un susurro de voz y las orejas gachas, a Celso Mendoza, Padre Dios Mendoza, el director del diario; y Mendoza lo devolvería al corral, como a un manso, sin cogerse las manos, a la espera de leer la primera entrega. De modo que, hasta en aquello, Dávila me iba a dejar más sola que la luna.

Quedé en verme con Pancho Armas, el fotógrafo, en el bar de la esquina de parque San Luis con Herrería. De ocho y media a nueve de la noche. Cuando la morralla se recoge en sus portales. Ya había trabajado con él en otras ocasiones. Y me gustaba. Era un tipo singular. «El hombre invisible» le llamaban algunos en la redacción: muy callado y discreto para un oficio tan fisgón como el suyo. Se limitaba a enfocar y a disparar. Luego abandonaba el lugar sin hacer ruido. Sin dejar huellas.

Igual que un asesino a sueldo. Para lo único que no valía Pancho era para la crónica negra. No soportaba las noticias de sucesos. Parece ser que en su contrato había una cláusula que lo eximía de fotografiar la sangre. Detrás de esa anécdota, como en casi todo lo que concernía a Armas, había un misterio: una catarata de rumores y un desierto de certezas. En lo demás, era sencillamente el mejor.

Cuando llegué él ya estaba sentado en un rincón, junto a los baños. Sobre una

silla había dejado sus aperos de retratar, dentro de la desgastada mochila de cuero negro que siempre llevaba consigo. Estaba tomando un cortado largo y un triángulo de tortilla de papas. Cuando me vio, me saludó con la cabeza y me hizo un gesto con la mano para que me sentara. Pero, como era usual, no dijo nada. Esperó a que yo lo pusiera en antecedentes. Le expliqué lo que quería hacer. Nada de crónica sensacionalista. Nada de reflejar el *inframundo* de los perdedores ni zarandajas de esas. Tampoco pretendía darle al reportaje un tono de crítica social. No. Más bien de reflexión egoísta. Quería presentar a personas iguales a nosotros que, por caprichos del azar, habían acabado allí, ¿lo entiendes, Pancho?, pretendo que el que lo lea no diga, pobre hombre, fíjate dónde ha terminado, y luego respire hondo y pase la página, feliz de no ser él quien mira el objetivo con cara de hambre, no; quiero que se pregunte por qué no ha sido él, quiero que escarbe en sus recuerdos hasta encontrar en qué momento de su existencia se lanzó la moneda y salió cara, ¿sabes lo que te digo?

—Más o menos.

—¿Cómo que más o menos?

—Sí. Entiendo lo que dices. Pero no hasta dónde estás dispuesta a llegar.

—¿?

—En un asunto como este, si nos limitamos a sacar fotos y a preguntar, lo más probable es que nos quedemos solo con las cáscaras.

—¿Y qué propones?

—Propongo que durmamos con ellos. Que comamos la porquería que comen. Que olamos a su mierda.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente. ¿Quieres lapas? Pues mójate el culo.

—¿Cuánto tiempo necesitaríamos?

—¿Cuánto tiempo aguantarías sin cambiarte de bragas y sin un bidé a mano?

Era el segundo reto en menos de veinticuatro horas que me lanzaban. Solo que este sonaba mucho menos hiriente. Armas no tenía intención de lastimarme. Lo había dicho en una pose de Neptuno, con su barba tupida, su expresión de abuelo bondadoso y el tenedor en alto trinchanto un pedazo de tortilla. Le agradecí esa franqueza amable. Le robé la pieza con dos dedos. La probé, Puaj, no sé cómo puede gustarte la tortilla fría, sí, vale, puede funcionar, solo que necesitaremos ropa apropiada, ¿no?, sobre todo yo, porque tú, m'ijo, y no te me ofendas, ya tienes medio disfraz puesto. Fue la primera vez que lo oí reírse de verdad. Y me gustó. Se lo dije, Deberías reírte más. Y él, tímido, regresó a su reserva, No te creas, lo hago bastante a menudo, pero mi risa es como la procesión, que va por dentro; ahora bien, si vamos a continuar con esto, tendré que regresar a casa a preparar el material, ¿dónde se ha visto un pordiosero con una cámara de fotos de tres mil euros?, y tú saca lo que

encuentres en el cestón de la ropa sucia y ponte un pañuelo para esconder ese pelo radiante, ¿perdón?, con una hora me sobra, nos veremos ahí afuera, en la cabina de teléfonos, sobre las diez y media, ¿eh?, pues que sean las once.

No encontré nada en el cestón que pudiese valerme. Tuve que rebuscar en el ropero hasta dar con un viejo pantalón de chándal rucio de cuando corría por la avenida marítima, y una rebeca que una vez fue celeste. En el armario de la solana, dentro de una bolsa de supermercado, hallé unas zapatillas que usaba en carnaval. La costra de mugre y el olor a orín rancio me indicaron que servirían para que yo pasara, durante unos días, por pobre de pedir. Tuve la precaución de colocarme, bajo la ropa, una faltriquera de mi época hippie en la que pudiese ocultar la pequeña grabadora, las llaves de casa y el carné de identidad. No era cuestión de que me parase la policía y terminara entrevistando a las presas del cuartelillo. Así ataviada bajé a la calle con la esperanza de no toparme con nadie en el ascensor. Escapé loca. Me crucé en el portal con la pareja de ancianos del segundo que venía de su paseo diario. Llegaban agazapados bajo un paraguas negro. Tal vez por eso no me reconocieron. O quizás sí me reconocieron pero se hicieron los suecos para no avergonzarme. El problema vino después. Ni un taxi quiso parar. Tuve que hacer el trayecto de casa a parque San Luis andando. Casi media hora. Y llegué tarde, claro.

Pancho ya pensaba que me había rajado. Imaginó que, cuando me hubiese mirado al espejo, cuando hubiese reparado en mi facha, regularía, me la envainaría y acabaría renunciando. Me supuso de nuevo en el periódico, arrastrando los pies por el suelo de la redacción, de vuelta a las noticias de sociedad. Aunque no me lo dijo, lo intuía haciendo cábalas a ver qué excusa iba yo a darle para abandonar. Tal vez por eso, al verme llegar, me miró de arriba abajo y se rascó la frente. Era un gesto que ya le había visto hacer alguna vez, cuando un plano no acababa de cuadrarle. Lo tranquilicé, Soy yo, Pancho, que parece que has visto un fantasma; siento la tardanza, culpa de los taxistas que andan estirados últimamente, la madre que los parió, no han querido traerme; y no pongas esa cara, si hemos de pasar por matados habrá que amoldarse a hablar con mucha muletilla, y mucho cabrón, mucho me cago en tu madre, así que acostúmbrate a mi faceta verdulera. El fotógrafo también estaba de película. No le faltaba detalle. Además de una chamarra zarrapastrosa, llevaba puestos unos guantes roídos por las puntas, que le dejaban los dedos fuera. Se había embarrado las manos con algún líquido negro. Se le veían las uñas llenas de porquería. E, incluso, había traído una botella de ron perrero en un cartucho de papel estraza.

No obstante mi aspecto rudo, tenía más miedo del que me hubiese atrevido a reconocer. Mientras buscábamos un lugar donde pasar la noche con los mendigos, un batallón de hormigas me recorría la espalda. La respiración se me negaba. Y un sudor frío se hizo cuco en el nido de mi cuello. No me separé de Pancho ni un instante.

Anduvimos así, uno junto al otro, sin hablar, bajo una luna nueva indescifrable y una lluvia monótona. El primer obstáculo era encontrar un hueco libre entre tanta manta y tanto cartón y tanta colchoneta desastrada. Por todas partes, había un tufo a desánimo que tiraba de culo. Hasta tal punto que pensé si no habría sido la peor idea de mi vida aceptar el envite de mi jefe. De repente vimos salir del vientre de un portal a un tipo alto, pelado al cero, con una chaquetilla militar. Abandonaba su madriguera a la caza de sabe Dios qué presa. Pancho aprovechó la ocasión para conquistar el rincón. Me agarró por el brazo y me empujó a la gruta. Se sentó con las piernas cruzadas. Cerró los ojos. Y esperó a ver qué ocurría.

Ocurrió que los vecinos de guarida comenzaron a removerse inquietos ante tremenda irrupción en su intimidad. Cuatro bultos en hilera, cada quien con su propio sentido de la estética, farfullaron sus quejas. El primero, el más lejano a nosotros —barbudo, roñoso, la cara roja e hinchada de vino peleón—, levantó la cabeza de su jergón desmantelado y gritó algo que no pude alcanzar a entender. Con el estruendo, la mujer escuálida que yacía a su lado —apenas piel y pellejo, y una mueca inmutable en su cara marchita— despabiló y se interesó por si llevábamos algo de beber. Un tercer tipo, con marcado acento peninsular y la mente a la deriva, repitió en sueños la matraquilla que, seguro, le soltaría a la gente en las terrazas donde se apostaba, Perdóneme, caballero, yo no quiero engañarle, tengo sida y llevo varios días sin comer, solo pido para un bocadillo...

Busqué refugio en el fondo de los ojos de Pancho Armas. Sus pupilas titilantes me respondieron que también estaba impresionado por la escena. Que no fuera a creerme que era de madera. Que para él, a pesar de su carácter animoso y entero, todo aquello también era a estrenar. Y esa revelación, lejos de desolarme, me reconfortó. Me dio confianza. Aplacó mis temores. Si me hubiese dicho, Tranquila, nena, que estoy aquí para protegerte, me hubiera levantado y hubiera mandado a hacer puñetas el reportaje, el periódico y hasta la profesión. Pero me sentí extrañamente viva. Más que nunca. Y curiosa. Con ganas de saberlo todo de aquella gente insólita, descoyuntada de la sociedad, desterrada del paraíso.

Resultó que el dueño de los harapos en los que estábamos acurrucados decidió regresar antes de lo previsto. Cuando nos vio usurpando su rincón comenzó a amenazarnos, ¿Qué hacen ahí?, panda de cabrones, ese sitio es mío, fuera, fueraaa. Nuestra primera idea fue levantarnos y buscar otra esquina menos tumultuosa, no podíamos empezar con un escándalo. Pero nos atajó una voz, la del cuarto hombre, el que aún no había hablado, Ya vale, Roque, déjate de broncas, que intentamos dormir, nadie te manda abandonar el barco, ahora te jeringas y te buscas otro ponadero. El tal Roque permaneció en mitad de la acera sin saber cómo actuar. Se había quedado a medias en su arenga, en una posición ridícula, la mirada estrábica, medio encorvado, con su mano derecha en alto, enarbolando un bocadillo envuelto en papel de plata.

Parecía la estatua de un dictador de medio pelo. El desconocido no había necesitado levantar la voz. En su tono había, más que arrogancia, distinción. Tal vez fuese la manera, segura y flemática, en que se dirigió al otro sin mirarlo, sin siquiera levantar la cabeza. El caso es que nadie se atrevió a replicar. Los otros tres se hundieron aún más en sus tiñosas arpilleras y Roque decidió desaparecer entre las sombras.

No se volvió a oír un lamento. Le di las gracias a nuestro valedor. Le pregunté a quién le debíamos la ayuda prestada. Intenté entablar conversación con él. Esperé siquiera una mirada para hurgar en sus ojos y adivinar su perra suerte. Todo fue en vano. Solo obtuve un misérrimo No hay de qué, señorita. Y una tenue advertencia lanzada al aire, Si usted y su amigo van a quedarse un tiempo por aquí, les recomiendo que elijan recoveco al otro lado del parque. Después de eso, el hombre se dio la vuelta, se cubrió con su manta hasta las orejas y se dejó dormir. Iba a preguntar qué tenía el otro lado del parque que no tuviese aquél en el que estábamos, pero Pancho me contuvo, una mano en mi brazo y un susurro en mi oído, Déjalo estar, Olguita, no conviene tentar a la bicha; ya habrá tiempo mañana de averiguar más cosas. Armas, entonces, decidió imitar al desconocido. Se embozó en su vieja chamarra e intentó acomodarse al sueño.

Me desperté, aún a oscuras, con tortícolis, la espalda dolorida y un brazo sin reacción. Pancho dormía. Nuestro misterioso valedor había desaparecido. Los otros tres se tenían entre ellos un concierto de agonías y ronquidos. Me levanté con cuidado para no despertarlos. Aclimaté mis ojos a la penumbra. El de parque San Luis era, a esas horas, un cuadro fantasmagórico. Un claroscuro de formas y siluetas difuminadas. Media docena de farolas cercas que se negaban a rendirse arrojaban una luz desigual sobre parterres y losetas. Las sombras de tres estatuas parecían cobrar vida en mitad de la plaza. Una, negra e inmensa, erigida para recordar al más grande poeta de la ciudad. Otra, afilada y pequeña, representaba a una mujer —una vieja cigarrera del barrio, cuyo nombre ya nadie recordaba— rodeada de palomas. La tercera pasaba por un altar, una piedra de loza sobre un mojón en la que figuraban cuarenta y siete nombres imposibles, llenos de consonantes guturales. Era el triste recuerdo de un naufragio. Dos barcos, un buque francés y una gabarra haitiana, habían colisionado en mitad de una tormenta a apenas dos millas de la costa. La desgraciada gabarra, claro, se llevó la peor parte. Rota en pedazos en medio de la oscuridad, sembró la dársena de cadáveres.

Aproveché el recogimiento de aquella hora fronteriza para estirar las piernas. Para empaparme de un paisaje nuevo. Para llenarme, como hubiera dicho Pancho Armas, de sensaciones desacostumbradas, de olores desconocidos, de sonidos ajenos. Montículos de sillas metálicas, atadas con cadenas de hierro reforzadas, atestiguaban la presencia de dos bares gemelos que, de día, cautivaban a una heterogénea clientela: empleados de banca bien trajeados, peluqueras somnolientas, taxistas putañeros, barberos charlatanes. Todos iban a congregarse al café mañanero, a la cervecita del mediodía, al ron taciturno. También había una docena de mesas de mármol blanco apiladas en torno a una columna. Parque San Luis era lugar de encuentro de viejos jubilados cuya única pasión era el dominó o la brisca o el subastado. De ellos nada quedaba a la hora de los grillos. El único movimiento que pude confirmar entre tinieblas fue el golpe de caderas insolente y pingón de una cuarterona que salía —o entraba, vaya usted a saber— de su esquina de perdición.

En el centro del parque se levantaba un quiosco de periódicos, un bochinche de madera verde botella que desprendía un tufo mestizo de tinta y orines. Junto a él unas gradas de piedra rodeaban un diminuto tablado que solía albergar, sábados y domingos, un teatro de marionetas, un cuarteto de cuerda o el monólogo pastoso y majadero de algún que otro borracho trasnochado. Había también una fuente sin agua cuyo piso de mosaicos azules y blancos contaba una historia mitológica. Ahora criaban basura y hojarasca y cucas del tamaño de mi dedo gordo. Evité acercarme por allí. Las cucarachas jamás me dieron miedo, pero no podía soportar el sonido chirriante de sus cuerpos destripados bajo las suelas de los zapatos. Preferí rodear el quiosco de prensa. El olor a meados. El eclipse de farola que quedaba detrás del

tenderete.

Entonces fue que me llevé el primer susto de aquella aventura. Una figura salió de entre las sombras. Una figura desgarrada y contrahecha que alojaba una mueca disonante: mirada de hielo y sonrisa arrebatada. Cuando quise darme cuenta ya la tenía encima. Me abrazó con tanta fuerza que creí que me iba a partir en dos. Sentí su aliento pegajoso y una humedad caliente que me empapaba el cuello. Apenas podía respirar. Lo primero que me vino a la cabeza fue que iba a violarme. Allí mismo. En ese instante. Contra el quiosco de prensa de parque San Luis. Había oído tantas veces el testimonio de mujeres violadas que, por fuerza, en algún momento, me había puesto en su lugar y casi me había preparado para la ocasión. Pero nunca estás lista cuando toca. Porque nunca te crees que eso te vaya a ocurrir, te ocurra, te esté ocurriendo ya. Intenté zafarme de la pesadilla que creía andar viviendo. Me removí dentro de su abrazo. Pateé. Fue inútil. Ni siquiera tenía espacio para pedir ayuda. Esperé a que aflojara la presión. En lugar de eso, noté cómo el hombre se estremecía. Su pecho se henchía y se desinflaba en un extraño, entre patético y repugnante, paso de ballet. Lo adiviné restregándose contra mi cuerpo como un perro salido. Lo imaginé jadeando, babeando, corriéndose en mis muslos. Y sentí un asco atroz, una repulsión como jamás había sentido antes.

Pero, de repente, el tipo se separó de mí. Y pude verle la cara. Ni un atisbo de lujuria en su rostro. La humedad tibia que había sentido en mi cuello no eran sus babas obscenas. Eran sus lágrimas. Aún le seguían manando de sus ojos extraviados. Sin decir nada, antes de que pudiera entender lo que había ocurrido, volvió al infierno de donde había salido. Y entonces la que lloró fui yo. De vergüenza. De lástima. De tristeza. Me amaneció sentada en el césped bajo un árbol. Con las rodillas y el ánimo encogidos. Reprimiéndome las náuseas. Olía a hierba mojada. Una hoja cayó sobre mi regazo. Y me sentí de pronto laurel de indias. Allí. Amarilleando. Deshojándome en el silencio de una mañana de otoño.

Así me halló Pancho Armas. Se había despertado. Y, al no verme a su lado, lo asaltaron todos los temores. Se había asustado tanto —me confesó después, ante dos cafés con leche y dos bocadillos, el suyo de queso, el mío de pollo, sentados en uno de los escalones del teatrillo del San Luis— que ya estaba averiguando el número de la policía. Evité narrarle mi original episodio de dama y vagabundo, por si se lo pensaba mejor y decidía llamarla de todas formas. En lugar de eso, busqué un hoyo donde esconder el susto y disimulé, No sabes, Pancho, lo nocivo que es el queso, purito veneno, m'ijo, como todos los lácteos; ¿te has fijado en que el hombre es el único animal que sigue con la leche después del destete?, lo leí en una revista de nutrición, una revista seria, mano, no de esas con tías de la talla treinta y seis en la portada y regímenes de adelgazamiento hasta en el desplegable, ¿hmm?, boh, ya salió otro con que a los gatos también les gusta, eso es un cuento, sí, un invento de los

dueños para ahorrarse la pasta en comida decente, dale a un gato un filete de atún o de pollo y verás cuánto tarda en mandar la leche a la mierda.

Nada como una conversación intrascendente, un rayito de sol en la cara y un café para entibiar los ánimos. Todavía con el miedo en la boca del estómago, decidí que debíamos ponernos en marcha a ver si lográbamos que alguien nos contara una succulenta historia de desencantos y contrariedades. En un banco cercano, a la sombra de un flamboyán de flores imponentes, había una pareja discutiendo. Peleaban por un batido de frutas. Al parecer la chica lo había comprado de fresa y su amigo detestaba las fresas. Armas sacó su punto ácido, ¿A eso te referías con lo de los productos lácteos? Y yo, incómoda ante su comentario, No seas ruin, Pancho, una cosa es la frialdad y otra el cinismo, no hay que ser más cruel de lo estrictamente necesario. El fotógrafo comprendió que se había pasado y recogió velas, Lo siento, chica, no me lo tengas en cuenta, pasa que me levanto de muy mala baba.

Él era navarro. Se llamaba Arturo. Pero su nombre, al igual que su cuerpo, había venido a menos en los últimos años, había menguado tanto que en el parque todos lo conocían por Turo. Ella había nacido en un lujoso barrio a quinientos metros de donde nos sentábamos. Se llamaba Lena, de Elena. Hacían una pareja que ya hubiera querido conocer Valle-Inclán. Me pareció admirable, casi heroico, que Turo y Lena hubiesen logrado escribir una historia de amor en aquel tremedal. Porque, tras el temperamento sanguíneo y áspero de él, y la mirada de hambre y desilusión de ella, resultaba evidente que no sabrían vivir el uno sin el otro. Discutían por soltar la flema no más. Como los fumadores, acabados de despertar, malgastaban sus cinco minutos tosiendo ante el espejo. La prueba fue que, cuando nos acercamos para hablar con ellos, Lena fue a refugiarse en el costado de Turo y este le puso un brazo protector por encima. Ese gesto, que a mí me conmovió —qué bien me hubiese venido un abrazo como aquél en otro tiempo—, fue motivo más tarde de una nueva discusión con Pancho. Al muy bruto no se le ocurrió otra cosa que hacer un mal chiste sobre el Dios de los pobres creando a Lena de la costilla de Turo. Estaba claro que su humor no se había aún desperezado.

Luego de haber dejado claro que ni Armas ni yo éramos un inconveniente, que su lugar en el parque no peligraba, que no teníamos intención de buscarles problemas, Lena nos relató su romance. Ella venía de una familia acomodada —obvió darnos su nombre, jamás supimos si por no avergonzarlos o por puro despecho hacia una patulea que la había abandonado a su suerte—; él venía del frío, no es lo mismo ser pobre en una callejuela de Pamplona, con sus inviernos largos y chinchosos, que en parque San Luis. A la mierda hasta los sanfermines. Ella conocía de memoria cada rincón de la ciudad; él sabía de carrerilla todas las formas de supervivencia. Ella había coqueteado tanto con la heroína que eran pocas las regiones de su cuerpo vírgenes de moretones y agujonazos; él se había casado con una botella de ginebra y

su hígado llevaba desahuciado desde hacía tiempo. Ella había empezado en el instituto, nada más por probar algo nuevo, aburrída de una vida sin riesgos; él ni siquiera había llegado al instituto, no tenía vida de la que aburrirse.

Hasta el mediodía —de eso fuimos testigos Pancho y yo durante aquel reportaje— podían pasar por dos enamorados sin suerte que girasoleaban, de manos, alrededor de la plaza triste. Después, sufrían una terrible, desgarradora metamorfosis que los abocaba a las tinieblas. El rostro de Lena se desencajaba hasta perder cualquier vestigio de humanidad. Y ella se tiraba a la calle a vendimiar, céntimo a céntimo, el dinero para su dosis. Gritaba, babeaba, moqueaba, se enfrentaba a la gente, les mentaba la madre por no querer ni escucharla. Turo, por su parte, escarbaba en los contenedores en busca de cualquier cosa con la que pudiese, después, mercar: botellas de plástico, cartones, muebles viejos. A la noche regresaban los dos hechos una piltrafa, cabizbajos, borrosos, sin contorno, las islas tristes de sus ojos más solitarias que nunca. No se reconocían. No se hablaban. Se ajustaban a un ritual que debió de haber nacido con su amor y que consistía en tenderse uno al lado del otro, rebuscar en las sombras un poco de calor y soñar con sabe Dios qué quimeras.

Pancho y yo evitamos comentar aquella transformación. Nos bastó mirarnos para comprender la impresión que nos había causado a ambos. Como había leído en alguna parte, «la discreción es la verdad que no hace daño». Yo pensaba en Lena. La muchacha debía de tener la misma edad que yo, pero había perdido la juventud en algún lugar del camino. Por más que le di vueltas, no logré entender cómo había podido llegar a tal estado de abandono. Y el desconcierto más hondo estaba aún por sobrevenirme. La siguiente mañana. Desperté con un dolor de ovarios insufrible y el humor cambiado. Según mis cálculos la regla no tenía que bajarme hasta la siguiente semana. Pero las prisas y el exceso de emociones adelantaron la marea. Por suerte, aunque el más doloroso, el primero era el día en que menos manchaba. Disponía de veinticuatro horas para buscarle arreglo al estropicio. Pancho me vio las ojeras e intentó ayudarme pero, con la torpeza propia de los hombres, no hacía sino empeorar las cosas. Esperar a que el fotógrafo me entendiese era como ponerle rejas al mar. De modo que, al final, decidí pasarlas sola. Hallé a Lena en su banco, bajo el flamboyán, jugando con los restos de un triciclo que Turo había apañado en un solar. La muchacha levantó la vista. Advirtió mi indisposición. Sacó de uno de sus bolsillos una caja de pastillas y me ofreció una.

—No, gracias, Lena. Prefiero aguantar.

—No seas boba, tía. Esto no va a engancharte. Solo te relajará. Tienes cara de estar pasándolo putas.

—Y es verdad, pero puedo superarlo.

—Allá tú, tía.

—Lo que sí agradecería es una compresa.

—¿Una compresa? Ja. Qué fina ella. Una compresa, dice.

—¿Cómo te arreglas tú?

Lena se levantó. Se acercó a los pies de un árbol donde había una bolsa de plástico y sacó un periódico viejo. Mi periódico. Eligió una página, curiosamente la de la columna de Alberto. Hizo tres tiras de arriba abajo. Y me animó a usarlas, Te aseguro que es el mejor papel secante que existe. Antes de acabar la frase yo estaba ya encorvada frente al árbol vomitando hasta la última gota de bilis. Ella soltó una risotada y regresó al triciclo, Lo que yo te digo, nos salió fina la muchacha.

Nadie se muere la víspera. Pero si hubiera sido por mis paisanos, me hubiera desangrado allí mismo. En mitad de la calle. El farmacéutico, un viejo entrecano y cerúleo, cuyo cuerpo se perdía en una bata demasiado grande, no oyó lo que quería. Ni siquiera me dejó llegar al mostrador. Salió como una furia a botarme a la calle como agua sucia. Se abrió paso entre sus clientes con los brazos en cruz como si quisiese espantar de su farmacia mi nauseabundo olor. Intenté explicarle lo que ocurría, pero no escuchaba. Luego, en la acera, ilusa de mí, pensé que hallaría amparo en alguien de mi propio sexo. Busqué el respaldo de una señora que arrastraba un carro de la compra, el de una mujer que llevaba a su hijo en un cochito, el de una estudiante que sostenía bajo el brazo una carpeta azul y lila con la divisa de la Universidad. Todas me miraron espantadas. Dieron un respingo. Y salieron a escape tal que si huyeran de la peste bubónica. Hasta que se me apareció la virgen en una senegalesa de pecho inmenso y sonrisa de luna que, a media lengua —un cuarto de mi francés marchito y un cuarto de su castellano desparejo—, se avino a paliar mis urgencias de compresas y entró en la botica a comprarme una caja.

La segunda estación de aquel vía crucis fue igual de mortificante. Necesitaba intimidad. Un baño abierto. Un lugar limpio donde cambiarme. Pero de nuevo las miradas de asombro, de inquietud y, más que nada, de aversión, me fueron cerrando puertas en seis manzanas a la redonda. Hasta que llegué a un tugurio oscuro y siniestro, en mitad de una callejuela, que apestaba a aceite rancio y a tabaco negro. Un antro sin ventilar. En la barra había un viejo marinero, el tatuaje sobado sobre el brazo, la piel curtida, el lenguaje grosero, el olor a morena, la ausencia de dientes, la barba cenicienta alimonando a la altura de la barbilla, allí donde descansaba un cigarro sin filtro. El tipo me animó a entrar, Pasa, guapa, que te invito a una copa. La encrucijada estaba servida: en un plato de la balanza, una tarde de incierta peregrinación; en el otro, cinco minutos de palique con *Popeye* y una visita al servicio de señoras de aquel garito infecto. Se trataba de saltar de la sartén directamente al fuego. Pesó más la necesidad o el hastío o el miedo. Entré. Respondí al saludo del viejo con una determinación que no parecía mía, ¿Por qué no, marinero?, mantenme la banqueta caliente y la bebida fría que me estoy meando. El comentario malicioso del camarero me acompañó hasta el baño, Coño, abuelo, hace quince años que lo conozco y es la primera vez que lo veo ligar.

Para mi sorpresa, el baño estaba limpio. Olía a mohó. A cerrado. Pero estaba limpio. Esperaba encontrar grietas, cochambre y restos de barreduras. Pero era obvio que en aquel bar no entraban señoras desde los tiempos del cuplé. El espacio —o, por mejor decir, la falta de él— venía aprovechado con precisión: en apenas dos metros cuadrados habían colocado una taza, un lavamanos, un secador de manos que no funcionaba y una papelería que, vista la bolsa de plástico que la forraba (la de una tienda de ropa que ya no existía), nadie había usado en años. Para cerrar la puerta

hube de enquistarme en el flanco vacío del retrete (en el otro, me lo impedía la papelería) y, de espaldas, al tiento, correr la hoja de madera desvencijada hasta que encajara en sus goznes. De una cosa estaba segura: nadie iba a molestarme mientras me cambiaba, no hubiera podido siquiera abrir la puerta.

Cuando salí, suspirando casi de alivio, las cosas no habían mejorado: el olor a fritango persistía, los dos hombres continuaban con sus *agudezas* obscenas y el ruido de la calle zumbaba en los oídos de un modo lacerante. Había en la barra, junto a un periódico doblado lleno de lamparones de café, un plato de aceitunas y un vaso alto con hielo hasta la mitad. El camarero sonreía con descaro, ¿De beber qué va a ser, bonita? Me senté en la banqueta. Me acodé en el mostrador. Intenté mantener el tipo. E imposté la voz cuanto pude, De beber un *gintonic*, amigo, con muy poca ginebra, que estoy de servicio. La risa de *Popeye* resonó en el garito como un ciclón marino, ¿De servicio?, ah, carajo, ¿y en qué trabajas tú, guapa? Le di un trago a la ginebra, el remedio mejor para sentar las madres cuando una anda averiada. Un trago largo y lento. Lo suficiente para buscarme un oficio que hiciera juego con mi aspecto y mis urgencias de baño. No hallé ninguno creíble. De modo que elegí el más disparatado, Soy agente de policía y voy de incógnito. Entonces fue el camarero el que explotó en una carcajada burlona, ¿Una poli?, qué emoción; ¿y qué se le ha perdido por el barrio a la policía?

El grasiento periódico mostraba la foto borrosa y dislocada de un cadáver y algunos titulares provocadores: *joven caucásico...*, *encontrado en los muelles...*, *herida profunda en la cabeza...*, *sin identificar...* Tomé prestado aquel galimatías para mi coartada, Pues investigo una muerte, ¿no lo han leído en las noticias?, ese tipo apareció la otra noche en el espigón, como lo oyen, al parecer andaba metido en un feo asunto de trata de blancas; ¿no tendrá usted en el reservado a unas cuantas rumanas de estraperlo, verdad? Las bromas se les congelaron de pronto. Ninguno de los dos acabó de creerse del todo mi alegato —se miraron, ceñudos, y se achicaron de hombros— pero tampoco estaban en condiciones de jugarse a cara o cruz si yo era lo que decía ser. Recogieron velas. El de detrás de la barra se dedicó, con gesto nervioso, a secar la loza del fregadero en tanto rezongaba que sí, que había leído algo de eso, pero que no le sonaba la cara del muerto, que nunca lo había visto por su bar, cosa normal porque, como yo podía ver, el suyo era un local más bien menudo con una clientela reducidísima. *Popeye* ni siquiera se molestó en justificarse. Agachó el morro y siguió bebiendo en silencio mientras mascaba su desconcierto.

Aproveché la tregua para la despedida. Hice amago de sacar el dinero de la faltriquera pero los dos a una, el marino con un gesto algo áspero de su mano; el camarero, a viva voz, se negaron a permitirlo, Ni se le ocurra, señorita..., bueno, señora..., bien, agente, eso, la casa invita. Agradecí el detalle. Me mantuve en la banqueta un minuto más, no más por no dar la impresión de nerviosismo. Tomé una

aceituna. Apuré la ginebra. Me sequé los labios con una servilleta de papel ribeteada en rosa palo. Y me despedí de ellos, Hasta más ver, señores, voy a estar algún tiempo por aquí, de modo que tal vez venga a visitarlos y a devolverles el convite, que pasen un buen día.

En la plaza me esperaba Pancho Armas, demacrado y sin uñas, No es que pretenda tenerte todo el santo día pegado a mis faldas, Olguita, pero si vas a mandarte a mudar cada media hora, avísame, coño, que me vas a matar del susto, ¿dónde leches has estado? Le conté por encima mi peregrinación a la Meca, Joder, lo siento, Pancho, fui a un sitio al que no podías ir por mí aunque quisieras, pero tienes razón, la próxima vez te prevengo antes, ¿qué ha ocurrido en mi ausencia? Y el fotógrafo, llevándome a un banquito e invitándome a un cigarro, Ha sido una mañana frenética, verás, me cansé de buscarte y, para espantar la inquietud, me puse a rondar por ahí; me he estado informando acerca de nuestro amigo, el que salió a defendernos la otra noche; y ¿sabes qué?, cada uno cuenta la feria según le va y hay una historia por cada narrador: hay quien dice que es un músico bohemio que se quedó colgado con el *crac*; y quien asegura que es un científico loco y amargado que no ha podido hallar la fórmula de la eterna juventud y por eso se pasa el día haciendo garabatos en una libreta; y, para remate de la puñeta, una vieja que vende lotería y que me oyó preguntar por él mencionó una casa de putas donde, al parecer, pasa algunas noches; lo único en lo que coinciden las versiones es que responde al nombre de Diego, que llegó hace un otoño a parque San Luis y que de vez en cuando desaparece como por embrujo.

—¿Y tú qué opinas?

—Vete a saber, Olga. Aquí, como diría mi madre, el que menos mea hace un charco. Están todos más *pallá* que *pacá*.

—Alguno parecerá más lúcido que otro, ¿no?

—¿Lúcido? Si te refieres a sobrio, la que más es la vieja lotera. Al menos no le hiede el aliento a alcohol barato. Aunque...

—¿Qué?

—Hay algo raro en la forma que tienen de hablar del tal Diego. Todos parecen experimentar por él un sentimiento mestizo, algo entre la admiración y la desconfianza. Les cambia hasta el tono de voz cuando mencionan su nombre.

—En cierto modo es lo mismo que nos pasó a nosotros anteanoche, ¿no? Al menos a mí. Puede tratarse del miedo a lo desconocido. Lo que está claro es que detrás de ese Diego hay un artículo.

—Y me da en la nariz que tú vas a escribirlo.

—No te quepa duda.

Tenía intención de revolver los desagües del parque hasta dar con Diego Córdoba —lo del apellido lo averigüé más tarde, cuando ya no había marcha atrás— y

descifrar el misterio de aquel curioso tipo. Solo conocíamos a Lena y a Turo, de manera que decidimos empezar por ese cabo. Sin embargo, no había rastro de ellos. Armas me advirtió de que, por lo que él había podido columbrar, la pareja no regresaría hasta el anochecer. Y es que parque San Luis sufría una curiosa mutación con la salida del sol: los muertos de hambre residentes dejaban paso a los muertos de hambre forasteros. Todo a consecuencia de una peregrina normativa municipal: los mendigos de afuera recibían albergue en residencias y en tinglados dispuestos para recibirlos; los inquilinos, no obstante, tenían que apañarse como Dios les diera a entender. En casa del herrero cuchara de palo. Así, al amanecer, los que dormían en el parque salían a buscarse la vida por la ciudad. Buscaban zonas menos vistas, esquinas más ventiladas, portales donde nadie les conociera. Por su parte, los negros venían buscando abrigo alrededor de un banco o una palmera. Venían a charlar en su bulliciosa lengua. A mercadear con elefantes de la suerte, con cofres de madera, con collares pintados a mano, con relojes de pega. Y a entonar canciones tribales. Si no fuera porque conocíamos la amarga travesía que había vivido aquella gente para llegar allí, hubiéramos podido pensar en la loca algarabía de un zoco de Agadir o un mercadillo febril de Marraquesh.

El fotógrafo y yo elegimos un rincón soleado para esperar el regreso de los amantes. Pancho fue a buscar bocadillos y cerveza a un bar cercano mientras yo me hacía hueco en una grieta de la escollera, a dos metros de donde rompían las olas. La resaca nos traía un ligero olor a petróleo y querosén, pero la vista del mar y el silencio apenas roto por un graznido salteado de gaviota nos compensaban. Armas comía despacio, masticaba cada bocado como si quisiera marear al pollo. Al final, me hizo caso y decidió abandonar el queso por un tiempito. Bebía a tragos cortos. A ratos se quedaba quieto, el bocadillo en una mano y la lata de cerveza en la otra, con la mirada fija en el horizonte.

—¿En qué piensas, Pancho?

—En nada.

—¿No sabes que eso es imposible? Nadie puede no pensar en nada. Nuestro cerebro está ideado para andar siempre funcionando.

—Pues el mío debió venir estropeado de fábrica.

—Ah.

—De todas formas, me refería a que no pensaba en nada importante. Solo miraba al mar.

—¿Y?

—Y me acordaba de algo.

—Joder, Armas, hablar contigo es cansadísimo. Hay que ir sacándote las ideas con cuentagotas.

—Es que me vienen así. De una en una.

—Vale, pues entonces espero a que reúnas un puñado de ellas y te pregunto luego.

—No te enfades, mujer, que te pones fea. Ocurre que yo no soy muy charlatán. Si el Señor hubiese querido darme el don de la palabra me hubiese hecho político y no fotógrafo. A mí hablar no se me da nada bien.

—Ya. Lo tuyo es observar.

—Eso mismo. Soy un auténtico *voyeur*.

—¿Sí? Vaya, vaya. De lo que una se entera trabajando con la gente. ¿Y que *te pone* más: una mujer desnudándose o una vistiéndose?

—Depende de la mujer.

—¿?

—Claro, bobilina. Las nerviosas se desnudan mejor. Son más apasionadas. Casi que se arrancan la ropa. En cambio las tranquilas tienen un arte especial para vestirse. Se regodean en cada movimiento. Y te dan tiempo a contemplarlas bien.

—Me estás tomando el pelo.

—No. Tú me preguntaste y yo te respondo.

—¿Has fotografiado alguna vez a mujeres desnudas?

—Yo le saco fotos a todo lo que se mueva. O, para ser más exactos, a todo lo que se esté quieto el tiempo suficiente para armar la cámara. Pero sí. Hace años trabajé con una agencia de modelos. No pagaban mucho pero sobrevivía.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Me aburrí.

—¿De ver modelos desnudas?

—Si tú supieras... Hasta de eso se aburre uno, m'ija.

—Cuéntamelo entonces.

—No tiene secreto. Hubo un tiempo en que llegué a compartir piso con dos de las mujeres más hermosas que puedas echarle en cara. En serio. Fue puro azar. Un día de verano estábamos trabajando en una playa. Imagínatelo: la arena blanca, el agua transparente, el cielo limpio de nubes. Era un pase de ropa de baño. Y sorprendí una conversación entre las dos. Tatiana y Mirta, que así se llamaban, hablaban de un apartamento caro, de una habitación libre y de la necesidad de compartir gastos. Estaban empezando también y necesitaban ahorrar hasta el último duro. Yo entonces vivía en una pensión de mala muerte. Lúgubre y triste como noche de ánimas. Lo único bueno que tenía era que quedaba encima de un garito donde se comían los mejores bocadillos de calamares del mundo. Pero estaba más que hartito de la misma rutina, la misma oscuridad y la misma pitanza cada noche. Así que, en un descanso, entre foto y foto, me acerqué a donde se cambiaban y me atreví a preguntarles si era imprescindible ser mujer para optar a esa famosa habitación. Tatiana, una rusa larga y lechosa, con unas piernas que a cada rato se me salían del objetivo, me sonrió y dijo

que no, que también les valdría un fotógrafo, que, total, yo ya me pasaba el día viéndolas en pelota picada.

—¿Y la otra qué opinaba?

—¿Mirta? Estuvo de acuerdo. Era una brasileña chiquita y pizpireta. Dijo que bueno, que sí, que, además, con un hombre en casa se sentiría más segura. De modo que me dieron asilo político. Y esa misma tarde me trasladé al apartamento. Hicimos una cena de bienvenida. Yo puse la comida (los últimos bocadillos de calamares que he probado en mi vida, ya nunca regresé al viejo apartamento) y las chicas el vino. Viví con ellas casi dos años. Una auténtica odisea. Estaban como cabras. Dormían de día y la noche se la pasaban de farra. Eran capaces de beberse hasta el agua de los floreros. Luego Tatiana se enamoró de un efebo italiano y se casó con él. Y la brasileña se hizo rica y famosa con el cine porno. Creo que debo de tener un par de cintas tuyas que me envió unas navidades. Es buena la jodida. No le darán nunca un Oscar pero tiene sus encantos. Lo último que supe de ellas es que viven en París y que ya no necesitan compartir apartamento.

—Caramba, Pancho. Eres una caja de sorpresas. Llevo viéndote entrar y salir del periódico... ¿cuánto? ¿Tres años? Pues tres años juntos y apenas te conozco. Te creía un ermitaño, un hippie, con esa estampa desordenada y libre que siempre traes. Recuerdo que una vez le pregunté a Alberto por ti y no supo darme noticia. Parece que nunca ibas los domingos a ver los partidos del *Plus* con los compañeros. Incluso alguien dejó caer en una de aquellas reuniones que eras... raro.

—Homosexual. Querías decir homosexual.

—No. Emplearon la palabra «raro». Aunque tal vez se refirieran a eso.

—Es que, para tu novio y sus amigos, si no te gusta el fútbol eres maricón. Menos aceite da una piedra. Son más simples que el libro de instrucciones de un martillo. Perdona que te lo diga.

—Perdón, ¿por qué? Alberto no es mi novio... Bueno, ya no.

—No quería entrometerme en tu vida. Simplemente era un comentario.

—No te entrometes. Solo que me hubiera gustado mantenerlo en secreto. Pero por lo visto es del dominio público.

—Si quieres mantener algo en secreto no trabajes en un periódico, mujer. Allí se sabe todo de todo el mundo.

—De ti no.

—Porque yo soy raro. Y de los raros nadie quiere saber nada. Les basta con intuirlo. De cualquier manera, tu relación con Alberto no es de mi incumbencia. Y creo que no debí de haber dicho lo que dije.

Al bueno de Pancho le faltó tiempo para disculparse. Lo intentó de todas las formas posibles. Mientras más le quitaba yo importancia al asunto —aunque me daba coraje que en la redacción alguien pudiera asociarme aún con Dávila, él tenía razón: no podía evitarlo—, más se esmeraba Armas en excusar su indiscreción. Era sincero. Había traicionado por un instante la doctrina, *vive y deja vivir*, que había hecho suya desde muy joven. Y se sentía culpable. Sobre todo por mí. Reconozco que, en lugar de dejar correr la cosa, aproveché el sentimiento de culpa del fotógrafo para meter baza y conocer algo más sobre su vida. Me pudo la curiosidad.

Y Armas me contó de qué manera honda y progresiva había llegado a crecerle, tal que un absceso, la urgencia de atraparlo todo. Se lo debía a la televisión. A los documentales de la *dos*. Se pasaba las horas delante del televisor. Y entre lobos y linceas, cebras y cocodrilos, se fue enamorando de paisajes, de noches de luna, de tribus clandestinas. Me habló de los bosquimanos, esos tipos pequeños y sagaces. De cómo encontraban agua en el desierto. De cómo les tendían trampas a los monos, que eran expertos en encontrar ríos ocultos bajo la tierra seca. Colocaban una piedra de sal en un minúsculo agujero excavado en la roca. Los monos iban a buscarla, metían la mano por el agujerito y cogían la piedra. Pero con el puño cerrado, claro, no podían sacarla. Y los muy torpes, en lugar de abrirla y escapar, se quedaban atrapados. Los bosquimanos, entonces, les ataban al cuello una cuerda larguísima y les daban a probar la sal. Por supuesto a los micos les entraba una sed tremenda y corrían a buscar el agua. De este modo, los tipos solo tenían que seguir la cuerda.

Fue así que, a fuerza de ahorro, Panchillo Armas se compró una cámara de fotos —las de vídeo escaseaban y aún no estaban al alcance de su paga mensual— y convirtió una arboleda que había cerca de la casa en su propia Sabana. Con la crueldad inconsciente de la edad, pasó de cazar saltamontes y abejas para retratarlos sobre el tapete verde con el que su madre jugaba a póquer, a atar un gato a un árbol y esperar a que apareciera el pastor alemán de los vecinos. Ese fue su primer reportaje fotográfico. Y a pique estuvo de ser el último. Porque el perverso espectáculo del pobre gato despedazado sobre la hierba pudo con él. Se pasó una semana vomitando desayunos, almuerzos y cenas. Llorando. Sin dormir de puro remordimiento. Atenazado por las pesadillas. Jamás pudo volver a fotografiar escenas truculentas. Era ver la sangre y revolvérsele el estómago y nublársele la vista y regresar a la arboleda de su niñez y al gato abierto en canal. Eso explicaba, por fin, la famosa cláusula de su contrato. Me sobrevino la duda de si Pancho podría seguirme hasta el final del reportaje. No tenía ni idea de lo que podríamos encontrarnos. ¿Y si la cosa se desmandaba y se nos moría alguno de aquellos miserables? Porque San Luis era territorio comanche. Allí podría ocurrir cualquier cosa en cualquier momento.

Pancho Armas con una simple ojeada me leyó las líneas de la frente, No te preocupes, Olga, lo que a mí me espanta es la sangre, no la muerte, a la muerte me

acostumbré muy joven, soy *huérfano* de abuelo desde los nueve años y de abuela desde los doce; ¿dime?, boh, en aquella época no se sabía muy bien de qué moría la gente: de un mal aire, de una infección cambada, de vejez prematura, qué sé yo; sucede que la muerte no me impresiona, es la sangre la que no aguanto; ¿perdón?, ah, bueno, chica, si eso ocurre, si a algún desgraciado de estos le da por morirse de repente, reza para que sea de un infarto porque como se muera de una puñalada vas a tener que hacer las fotos tú; y basta ya de hablarte de mi vida, que se nos ha hecho tarde, seguro que Lena y Turo regresaron ya.

Acababan de hacerlo. Pero a peor la mejoría. Su llegada nos iba a servir de bien poco. Ninguno de los dos estaba para charlas. No necesitamos más que echarle un vistazo a su manera de andar, atisbar un instante sus caras, olerles apenas el aliento, para comprender que habían iniciado su viaje a ninguna parte de cada noche. Estaban amontonando trapos y cartones para hacerse la cama. Los ojos se les cerraban de aburrimiento. Sí. Llevaban mucho tiempo aburridos de todo. Y, más que de todo, de su perra vida. Me acerqué a Lena. Me agaché a ayudarla con su traperera. Acabé de arroparla. Le sonreí. Ni siquiera me reconoció. Me mandó a la mierda directamente, antes de que pudiese abrir la boca, A la mierda, tía, déjame en paz; ¿quién te has creído que eres, pedazo de guarra?, ¿mi puta madre? El fotógrafo probó con Turo. Intentó mantener una charla con él pero, entre su acento norteño cerrado y la resaca de vino malo que traía, le fue imposible pescar nada. Pancho le preguntó si conocía a un tipo llamado Diego, si sabía dónde podríamos dar con él. El navarro, luego de taparse con una manta cuartelera color ceniza y justo antes de quedarse dormido al lado de su chica, soltó una perorata inconexa. Cuando los abandonamos a su sueño, me llevé conmigo una amarga sensación de orfandad, como si fuera yo la desamparada y no aquellos dos infelices que habían perdido ya la facultad de discernir entre realidad y delirio.

Intentamos reordenar la información que teníamos. Entre lo que Pancho había entendido y lo que yo había creído entender nos dio para una charada: *Córdoba, profesor, encoñado, puta y Lupe*. Menudo rompecabezas. A ver qué hacíamos con eso. Decidimos comenzar por la probabilidad más simple: el hombre que buscábamos era cordobés, había sido profesor antes de descarriarse y estaba más que liado con una prostituta llamada Lupe. ¿A dónde nos conducía tal descubrimiento? A Pancho le vino pronto a la memoria la imagen de una lotera zigzagueando, cojitranca y chillona, entre las mesas de la cafetería. La vieja, cuando oyó hablar de Diego, había dicho algo de un prostíbulo en el que solía cobijarse nuestro amigo. Lo intentamos por ahí pero a esas horas no había rastro de la mujer. Supusimos que ya habría agotado la paciencia de los parroquianos o que tendría vendidos todos los billetes y andaría de vuelta a casa. Armas intentó recordar cuáles habían sido sus palabras exactas. Sobre la existencia de un burdel —ella desconocía el eufemismo y lo llamó *puticlú* a secas

— no había dudas. Sin embargo, creyó también entenderle algo de un caserón verde y una calle sin salida.

El primero a quien preguntamos, un camarero enteco y aceitunado con la mirada hundida, nos observó durante unos segundos. No solo las cavernas de sus ojos, hasta la bandeja de latón pareció congelársele sobre su mano izquierda. Primero miró a Pancho Armas y luego, con más impertinencia que indiscreción, a mí, ¿Están seguros de que no se han equivocado de dirección? El fotógrafo asintió con la cabeza, Segurísimos, amigo, buscamos esa calle y ese caserón. El flaco puso cara de A-mí-que-me-registren y cambió la boca para dirigirse solo a Pancho, Esa calle y ese caserón como usted los llama están ahí, a la vuelta de la esquina, cualquiera puede darle razón de ellos, pero no creo que a su amiga la dejen entrar ¿sabe?, las muchachas tiran a clásicas y no les van nadita los experimentos, ¿entiende lo que le digo?; además, se les indigesta la competencia: si viera las broncas que montan cuando se trata de defender lo propio, no jugaría usted con semejante fuego. Pancho le dio una palmada en el hombro como si quisiese espantarle la cara de pasmo y le agradeció la confianza con una gratificación que a mí me pareció desmesurada para los méritos del camarero.

Era un tipo repugnante pero no un mentiroso: a la vuelta de la esquina, en efecto, hallamos lo que buscábamos. Solo que nos costó un triunfo reconocerlo porque, al menos por fuera, el tratamiento resultó de lo más exagerado. La calle vino a ser, en pureza, un pasadizo angosto. Un patio abierto. Apenas treinta metros de largo y seis de ancho por donde ningún coche se atrevería a aventurarse. Y el caserón, una vieja choza de pescadores, rehabilitada con cierta extravagancia y pocas perras, se hallaba al final de un pequeño montículo. Recordaba a las iglesias del oeste. Lo del color tenía una explicación sencilla: ocurría que se habían olvidado de encalar las demás casas y el color verde pálido de la «Pensión de Lupe» —el nombre aparecía escrito a la puerta, en un luminoso estridente y feo como pegarle a una madre— destacaba entre todas. El pasadizo estaba oscuro no tanto por la hora cuanto por una maraña de ropa tendida que cruzaba la calle de lado a lado y que, igual que en la espesura de una selva, impedía que la luz de las estrellas llegase al suelo. No se veía una sola farola en la callejuela, lo que acrecentaba la sensación de umbría. No obstante, había varias tomas de tierra. Se lo hice notar ingenuamente a Pancho, ¿Te has fijado en los renglones del suelo?, es como si hubieran conectado toda la red eléctrica y luego la hubieran anulado. El fotógrafo me puso la mano sobre el hombro con aire cansino, como un viejo maestro que imparte, por enésima vez, la misma lección, ¿Si tú fueras cliente de una casa de putas, te gustaría que todo el vecindario se enterase?, ah, amiga; ten por seguro que aquí hubo, contando por lo bajo, media docena de farolas, pero alguien se hartó de que amanecieran siempre apedreadas y decidió que lo mejor era ahorrarle a la ciudad ese dispendio inútil.

—Pero, si eso pasa con todos los burdeles, el Ayuntamiento no ganará para alumbrado público.

—Por eso las casas de putas decentes deben estar en las afueras, Olguita. O en el puerto o en el campo. Allí todo el mundo sabe a lo que va. Y a nadie se le ocurre tirarle piedras a la luna.

—Caramba lo que sabes del asunto. A ver si también va a resultar que has vivido en un burdel en otra época.

—Mejor no preguntes. Además, fíjate: esto es una pensión.

—Claro. Y la Lupe es la administradora. Anda, vamos a ver qué nos cuenta.

—¿Cómo que *vamos*? Tú no vas a entrar ahí.

—No te me pongas moralista, Pancho, que me recuerdas a mi madre.

—¿Moralista? Esto no tiene que ver con la moral. Te recuerdo que eres una desarrapada que ahora vive en la calle. ¿Qué vas a hacer en una casa de putas?, ¿buscar trabajo?

—¿Te parece que no doy la talla?

—Te sobra talla pero no se trata de eso. Si entras conmigo me espantas a las putas y a ver cómo encontramos luego al cordobés.

Tenía razón Armas. Ni el dolor de ovarios me atormentaba tanto como perderme esa parte de la aventura pero hube de reconocer que era mejor que lo aguardase afuera. Mi presencia en la «Pensión de Lupe» desafinaría cosa mala. Y podría dar al traste con la investigación. Le hice prometer que, en cuanto saliese, iba a contarme todo lo que ocurriera adentro sin escatimarme ni un detalle. Nada de secretos ni de confidencias. Quería saberlo todo. Nos despedimos con esa condición palpitando en el aire. Lo vi salvar un charco, adecentarse un poco, esconder aquellos horribles guantes, subir dos escalones, traspasar el portón de madera con ese andar calmoso. En la acera de enfrente, junto a una cabina de teléfonos, había un banco de piedra desde donde podía verlo salir. Esperé diez, quince, veinte minutos. Recuerdo que pensé que era una tontería andar zanganeando por el barrio sin tino pudiendo regresar a casa a darme una ducha.

Pero, entonces, volvió la lluvia. Rememoré la escena de los taxis pasando de largo. La parada de guaguas más cercana estaba al otro lado del parque, que, en noches como aquella, era como decir al otro lado del océano. Así que decidí regresar sola al soportal donde conocí a Diego Córdoba. A esperar a Pancho. Cualquiera en su sano juicio hubiese dicho que aquello no era buena idea. Que era meterse en la boca del lobo. Pero el chaparrón me estaba despabilando el olfato. Y mi olfato me decía que cabían dos posibilidades: que Diego estuviese allí, con lo que no me encontraría tan desprotegida; o que no estuviese, con lo que habría un hueco libre para mí. En ambos casos, pensé, hallaría refugio.

Diego no estaba. Otra cosa hubiese sido un milagro y yo andaba resabiada de

milagros. Pero, como intuí, su rincón apareció vacío y supe que nadie me lo iba a reclamar. Cuando escampó, un olor a tierra húmeda vino a posarse sobre el empedrado y a sustituir al hedor a podredumbre y miseria. Una cucaracha atravesó el puente de mis piernas cruzadas. Y vadeó un pequeño charco que la lluvia había dejado. Yo no tenía fuerzas ni para espantarme. Un bulto se acercó. Reconocí por los ojos estrábicos a Roque. Por suerte, venía en son de paz. Demasiado cansado también para montar una bronca. Si reparó en mi presencia, lo disimuló bien. Fue a su esquina en silencio. Se hizo un nicho con varios cartones que había contra la pared. Desplegó varias hojas de periódico que traía en una bolsa para engañar al frío. Y se acostó.

Me despertó el instinto. Un segundo antes de que Pancho pusiese su mano sobre mi hombro. En el feliz instante en que una luna redonda y orgullosa despejaba de nubes la mesa del cielo. Tuve la sensación de haber dormido seis o siete horas. Sin embargo, no habían pasado más de tres. Armas me vio calcular con torpeza la hora en las estrellas y me alivió la duda, Son las doce, Olga, vuelve a dormirte; mañana te cuento.

—Ni loca. Tú me cuentas ahora, en caliente. Mañana habrás olvidado, de la misa, la media.

—Ssss. Baja la voz, mujer, ¿tienes ganas de que aquí, el bisojo, se ponga a gritar como la otra noche? En serio, tengo una memoria de elefante. Con la luz del día lo recordaré todo.

—Mira, Pancho, vale que entraras tú solo en el burdel y yo me quedara, como las mujeres de los marineros, guardando ausencias. Pero no pienses que voy a pasarme la noche en vela hasta que regreses.

—¿En vela? Si estabas como un tronco hace un minuto.

—Estaba simplemente descansando los ojos.

—Sí, claro, y los ronquidos se oían desde la estatua de la cigarrera.

—Qué exagerado, por Dios. Anda, hombre, qué más te da contarme ahora. Mira. Te invito a una copa.

—¿Una copa? ¿A estas horas? ¿Con la facha que tenemos? Ni en el infierno nos dejarían entrar.

—Conozco un lugar en el que sí nos dejarían. Y sin hacer preguntas. No es el infierno pero podría pasar por él. El dueño es amigo mío.

El tugurio ganaba mucho a la luz de la luna. Tal vez porque la penumbra escondía mejor la roña. O porque un ambiente bohemio de malecón se había adueñado de las mesas. O porque el patrón, al sonido de la caja registradora, estaba de mejor humor. Lo cierto es que no me pareció tan descuidado ni tan tosco. No vi a *Popeye*. Imaginé que se habría hartado de charla o de ron o de que las mujeres le volvieran la espalda a sus arrumacos. El dueño me reconoció enseguida. Se le engrifó ligeramente la mirada, como si presintiese que nuestra aparición iba a suponer un inconveniente. Lo tranquilicé con un gesto atenuado y un saludo amistoso, No se apure, compadre, solo hemos venido a tomar un trago, este es el sargento Armas, mi compañero.

Por suerte, a Pancho se le detuvo una sonrisa sardónica en el umbral de la boca. Le habían dicho de todo en su larga vida, pero *sargento* jamás. Luego de que nos sentáramos en la única mesa que quedaba libre —las restantes estaban repletas de cambulloneros toscos, macizos, con caras de que les debiéramos dinero— y le contara mi actuación de la tarde anterior, el fotógrafo liberó la carcajada que se estaba guardando, Anda que no estás loca, Olguita, solo por el espectáculo de verle el hocico de espanto a ese pájaro te mereces que te cuente la historia de la Lupe. Y así, ante dos

vasos largos de un ron venezolano, Santa Teresa, conocí a Guadalupe Correa, una mucama grande de Veracruz, que acabó regentando un bar de putas al otro lado del mundo por culpa de un mal de amores.

En realidad se llamaba Guadalupe Cifuentes. El Correa lo tomó prestado en homenaje —o en desagravio— al hombre que la perdió, un morenazo de ojos verdes, *verdes como la albahaca*. Juan Pedro Correa comerciaba con tabaco entre México y el archipiélago. Una locura intrépida lo de la hoja mexicana, cuando todo el mundo apostaba por la de Cuba o Santo Domingo. Pero era más barata. Y el negro Correa estaba dotado de gran inspiración para el tráfico y el regateo. Todo un arte. Hacía la ruta americana cada tres o cuatro meses. Compraba, en distintos pueblos, la mercancía recién cortada y la juntaba en Veracruz, en cuyo puerto lo esperaba un barco que la conducía a las islas. ¿Fácil?

Fácil no. Muy al contrario. Resultaba expuesto. Claro. La prueba era que ningún otro mercader se atrevía a hacerlo. El riesgo era muy alto para la ganancia. Cualquier eventualidad —la rotura de la quilla, el mal tiempo, una plaga de insectos, hasta los piratas que surcaban el Atlántico— podía dar al traste con la operación. Nadie sabe cómo, pero el asunto es que Correa no perdió un cargamento en los diez años que duró aquel negocio. Cuentan que utilizaba un viejo remedio indio a base de café y hojas de salvia que mantenía la humedad lejos del tabaco. Que tiranizaba a la tripulación para ganarle tiempo al tiempo en pleno océano. Y que tenía untados a los piratas. Posiblemente eran supercherías, pero, dado el éxito de su empresa, la gente acabó creyéndolas a pie juntillas. ¿Cuánto duró?

Lo dicho. Diez años. Hasta que las grandes tabacaleras se hartaron de pagarle la comisión y decidieron instalarse por su cuenta y riesgo en las islas. Fletaron el par de barcos más veloces que pudieron hallar y acabaron comerciando directamente con los plantadores. Correa, lejos de amilanarse y viendo que aquella batalla estaba más perdida que la guerra de Cuba, se limitó a mudar de género. Según dicen, cerró los ojos, trazó una línea al azar sobre el mapa de América y, cuando los abrió, su dedo señalaba la zona de Maranhá, en pleno Brasil. Calculó con una regleta el puerto más cercano y le dio Recife. Preguntó qué había de interesante entre aquellas dos poblaciones perdidas de la mano de Dios y le respondieron que cacao. Y así cambio tabaco por cacao como otros cambian de ideología. Sin mirar atrás. ¿Y qué pintaba Lupe en esa historia?

A Lupe aquel trueque le sentó a cuerno quemado. Era la mucama, la sirvienta del socio mexicano de Correa. Vivía en la casa colonial, en pleno puerto de Veracruz, donde el negro se hospedaba durante dos semanas cuatro veces al año. Cuando lo conoció era una chiquilla. No llegaba a los veinte. Y se enamoró de él. Al principio fue un juego. Juan Pedro la perseguía por la casa y la muchacha se dejaba querer. Luego comenzó a llevarle regalos. A sacarla a cenar. A llenarle el cuarto de rosas y

azucenas. Hasta que una noche de otoño —a la Lupe aún le chispeaban los ojos cuando lo recordaba— lo dejó entrar al cuarto junto con las flores. Y se quedó. Y el hombre le enseñó lo que es el mojo con morena. Parece ser que no solo estaba dotado para el mercadeo. Vivieron esa historia de amor algunos años. Siempre con la promesa de Correa de que al próximo viaje se la llevaba con él. ¿Demasiadas expectativas?

No. Se trataba de esperanza. La expectativa es otra cosa. La expectativa es una posibilidad, dentro de lo razonable, de que algo suceda. La esperanza, en cambio, es un estado de ánimo. El deseo, la urgencia, la necesidad casi de que lo que uno ambiciona pueda en verdad ocurrir. No. Estaba escrito. Muchacha de sangre inquieta, Lupe no pudo esperar. Le costaba resistir noventa noches en blanco dejándose las uñas, el color de su pelo, la vida entera, hasta verlo, de nuevo, aparecer en el puerto. Casi se volvió loca cuando comenzaron a pasar las estaciones y el jeringado negro no regresaba. De modo que decidió salir tras él. Seguirlo hasta el fin de la tierra si fuera necesario. Y lo hizo. Ahorró hasta el último peso de su paga. Y se enroló en un barco que la trajo hasta la isla. ¿Y aquí?

Aquí la aguardaba la realidad más cruel. Una esposa. Dos niños. Una casa. Un jardín. Hasta una perra dálmata. Una perra que, para más escarnio, se llamaba Lupe. El muy cabrón le había puesto su nombre. Ella desembarcó. Indagó en los tinglados del atracadero. Dio con su dirección. Fue a buscarlo. Nerviosa. Temblona. Ilusionada. Vio a los niños jugando en el jardín. Y a la esposa, a través de los cristales de la cocina, preparando el almuerzo. No lo quiso creer. Debía de haber alguna explicación. Sería, sin duda, una coincidencia. Una confusión. Eso sería. Hasta que uno de los niños le tiró una pelota a la perra y le gritó, cógela, Lupe, cógela. Entonces comprendió. Echó a correr. Muriéndose. Ahogándose. Bebiéndose las lágrimas. Jurando en arameo que nunca más volvería a confiar en un hombre. Que a partir de ese día de septiembre de mil novecientos setenta y cinco nadie más le iba a tocar un pelo sin pagar. ¿Y cumplió su promesa?

Sí que lo hizo. Exactamente veintisiete años. Justo hasta que, otro septiembre, vio entrar en su burdel a Diego Córdoba, un hombre aún más desamparado que ella, el más infeliz que había conocido y habría de conocer. Pero había que ir por partes. Veintisiete años atrás, al verse abandonada, sin parientes, sin amigos, sin un chavo —le quedaban tan solo un par de monedas, una en cada bolsillo de su falda de volantes—, la muchacha tuvo que recurrir a lo que mejor sabía hacer. Pero no tenía recomendaciones. Ni padrinos. En ninguna casa la admitieron. En unas porque ya tenían sirvienta. En otras porque no la necesitaban. Y en la mayoría porque ninguna mujer sensata iba a dejar entrar en su casa a una cuarterona con esa forma de cimbreado. ¿Adónde fue a parar?

Adonde mismo Pancho la encontró esa noche. Y es que la única que la admitió —

y no tardaría mucho en lamentarlo— fue la dueña de un burdel de poca monta, Soledad Castillo. Al principio Lupita solo fregaba los suelos y lavaba la loza y oreaba las sábanas para espantarles aquel olor a sexo apresurado. Pero los clientes, al verla ir y venir con su meneo de diosa azteca, pronto se fijarían en ella. Estaban hartos de pingonas viejas, de carnes fofas, de papadas rancias, de tetas abatidas, de bostezos en mitad de la faena. Y el cuerpo grande y despierto y duro de la mucama veracruzana se convirtió en el mayor objeto de deseo. Ella jugó sus bazas como el mejor tahúr del Misisipi. Volvió al entretenimiento de dejarse mimar, de consentir los regalos y las flores, de calentarles el seso y la entrepierna a sus galanteadores. Hasta que los pretendientes ya no pudieron más. Se negaron a aceptar más gatos y pidieron liebre. Liebre de la buena. Exigieron a la dueña que pusiera en nómina a la Lupe. Hubo un motín. Muy famoso por la época. Salió en todos los diarios. Tuvo que acudir la policía. Y hasta un juez de primera instancia. Un verdadero escándalo. El resultado fue el principio del renacer de Lupe, la primera piedra de su altar: medio prostíbulo incendiado, una docena de clientes a la cárcel y Soledad Castillo al sanatorio psiquiátrico, donde murió de lástima la nochebuena del ochenta y seis.

Sin herederos. Las malas lenguas apuntan a que tuvo un hijo, al que dio en adopción, pero nunca se supo. Pues el caso es que, mientras Soledad se amustiaba en la celda nívea del psiquiátrico, el juez hizo algo que asombró a la ciudad: desoyendo las voces de la calle —sobre todo, las de las esposas de los clientes enchironados, rojas de la rabia y la vergüenza— les devolvió el burdel a las putas. La Lupe aún guardaba en su cuarto los recortes de prensa de aquellos días. En una entrevista a cuatro columnas, su señoría declaró que prefería volver a abrir el local a dejar en la calle a una docena de pobres mujeres. Que allí no hacían daño a nadie. Que era su casa. Y que, a partir de ahí, cada cual vigilara a su marido. Ni que decir tiene que las rameritas eligieron a la Lupe para llevar el negocio. Y así nació el actual burdel.

Jamás se demostró que los antiguos parroquianos volvieran a visitar la casa, pero de lo que nadie tuvo dudas fue de que el escándalo sirvió de reclamo para otros, que hicieron cola a fin de conocer, en el sentido bíblico, a la nueva madame. Y a fe que la veracruzana hizo honor no solo a las expectativas sino también, y sobre todo, a las esperanzas. Porque Pancho Armas la había conocido aquella noche y, con cincuenta años auestas, la mujer valía un Perú. El fotógrafo dejó caer una mueca desconsolada cuando me confesó, Porque estabas tú esperándome, Olga, y me dio apuro, que si no...

—Hombre, gracias por lo que me toca. ¿Tan buena está?

—Espectacular.

—Pues por mí podías haberte aprovechado. No soy tu mujer.

—Es broma, chica. No lo de que está buena. Lo está y mucho. Pero la Lupe ya no ejerce.

—¿Cómo lo sabes, totorota? ¿Le preguntaste?

—No me hizo falta. Me bastó ver cómo miró a Córdoba.

—¿Quién es Córdoba?

—Ah, coño, olvidé contarte. Turo al final no andaba tan desatinado. Él dijo Córdoba, no que fuese cordobés. Se refería al apellido del fulano: se llama Diego Córdoba. Y lo de que anda liado con la Lupe salta a la vista. Sin embargo, se equivocó en una cosa: el tipo no es profesor de nada.

—¿Qué es?

—Ni idea. La que me lo contó (una chica de Europa del Este; acento polaco o ruso, qué sé yo) no supo aclarar cómo se ganaba la vida. Pero estaba segura de que no era profesor.

—¿Y eso?

—Antes de caer tan bajo, Diego manejaba dinero. Demasiado para el sueldo de un maestro.

—Eso es nuevo. ¿Y qué más te dijo?

—Ya no pude interrogarla más. Lupe me recibió en aquel momento. Y, cuando salí, la polaca debía de estar en plena faena porque no la volví a ver.

—¿Y a Córdoba?

—A Córdoba, sí. Pero no más que un instante. Yo estaba hablando con la dueña en el comedor. Sí. Una salita no muy grande y coqueta. Decorada a la manera de las viejas mansiones, pero muy sencilla: paredes encaladas, muebles de madera de pino, sofás forrados con telas de colores muy vivos. Hasta libros había. ¿Puedes creértelo? Nada burdel. En serio. Tomábamos café. Por cierto, un café de escándalo. Igualito a los que hacía mi madre cuando yo era chico. Negro. Fuerte. Retinto. Café sudado. Ya sé que me ando por las ramas. No me mires así, que ya voy al meollo. Qué quieres, me salió el fotógrafo. De pronto, digo, entró él. Para ir a la cocina. Llevaba un pantalón suelto de tela y una sudadera azul oscuro de esas que usan los jóvenes. Con el logotipo de alguna universidad americana. Ahora que lo pienso, tal vez eso fue lo que confundió a Turo. Pues Diego apenas se dejó ver. Se disculpó por la interrupción: «sigan a lo suyo —dijo—, yo solo voy a por un vaso de agua». Y se perdió tras una cortina de cuentas de cristal.

—Algo sí te habrá llamado la atención.

—Sus ojos.

—Bueno, joder, ya volvemos a las respuestas por goteo. Venga, Pancho, que se nos hace de día. ¿Qué pasa con sus ojos? —Tiene ojos de suicida.

—¿Qué significa eso?

—Diego Córdoba mira las cosas como si se estuviese despidiendo de ellas.

—¿Y qué hizo Lupe?

—Si no fuera por quién es y el oficio que tiene, juraría que, al verlo aparecer por el salón, se ruborizó.

—Caramba. ¿Y no le preguntaste qué hacía él allí?

—Sí que lo hice. Y ese fue mi error. Toda la amabilidad desplegada con el café se difuminó. Se le oscureció el semblante. Se tornó huraña. Puso las tazas y el azucarero sobre la bandeja. Se levantó. La llevó a la cocina. Regresó. Me ofreció su mano.

Y dio por terminada la entrevista.

—Pues yo no pienso darla por terminada. Eso te lo prometo. Voy a conocer a ese tipo así tenga que pasarme el resto de la vida durmiendo bajo un puente.

Dormir, lo que se dice dormir, no pude. No tanto por las cucas, a las que ya empezaba a aclimatarme, cuanto porque se me fue la noche inventándole rostros a aquel desconocido. Nada sabía de él. Solo había oído su voz durante un minuto, lo justo para que me impresionaran la firmeza de su tono, su expresión cuidada, su distinción. El retrato que había hecho Armas tampoco ayudaba demasiado. Estaba confusa. Los informes eran imprecisos, contradictorios en ocasiones. Las piezas no casaban. Un hombre culto y con dinero que acaba sobreviviendo gracias a la caridad de una prostituta. Educado en las maneras y, sin embargo, vagabundo al lado de un hatajo de desarrapados. Me vino a la memoria la imagen de Turo y Lena. Miré a Roque a mi lado. Y a la desdentada. Y al enfermo de sida famélico. Me acordé del loco Tabares, el tipo que se me echó a llorar en el quiosco de prensa, el mismo que yo creí que iba a violarme y acabó desmoronándose en mis brazos. Diego no encajaba en ese escenario. De ninguna manera. Venía a ser como la protagonista de aquel viejo bolero, *cuando la hallé en el hondo precipicio de rebosante lodazal humano, la vi tan inocente de su oficio...* ¿Cómo se llamaba? Los nombres de las canciones siempre se me habían resistido. ...*Que con ínclita fe besé su mano y pensé que hay quien vive junto al vicio como vive una flor junto a un pantano. Flor de pantano.* Eso. Tenía que cantarlas enteras si quería recordar los títulos. Y ahora que lo pensaba mejor, para apurar el juego de analogías, el dichoso bolero trataba de una prostituta. Solo que allí se habían virado las tornas. Era la prostituta la que se apiadaba del cliente. ¿O no?

Porque tampoco me quedó muy nítida la fotografía del comedor del burdel. Pancho me había hecho una descripción muy escrupulosa, muy a su estilo de *voyeur*. Pero a mí no me cuadraba la escena. Una mujer de carácter, apasionada, enérgica, que se había sobrepuesto con tesón a la mayor de las vergüenzas —intenté ponerme en su lugar y sentí pánico: yo no habría vuelto a levantarme ni en veintisiete ni en cincuenta y cuatro ni en ciento ocho años—, ¿enamorada de un pobre trotamundos? ¿Qué vínculo había entre ellos? ¿Qué tenía Diego para que la mexicana hubiese roto la promesa de no volver a dejarse acariciar gratis por ningún hombre? ¿Por qué, si tanto lo amaba, Lupe iba a consentir que él regresase cada dos o tres noches a parque San

Luis, a dormir en un zaguán, sobre unos cartones de tabaco viejos, envuelto en harapos? ¿Y por qué regresaba él al zaguán cuando tenía cobijo entre las sábanas de una hermosa mujer, dueña de un pasado legendario y un café fantástico? En aquella historia había tantas grietas como en el techo del portal donde dormíamos.

El corazón tiene más cuartos que un hotel de putas. La realidad siempre supera a la ficción. Y aquello era la realidad. La pura, simple y cruda realidad. La mía — entonces lo supe— era una ficción venida a menos. Un sucedáneo de existencia. Un paripé. ¿Estaba sintiendo celos de una puta? No. Qué va. Estaba sintiendo celos de una mujer. Una mujer que había vivido. Amado. Muerto. Renacido. Que se había arriesgado. Que había cruzado el Atlántico como quien cruza la Laguna Estigia, con una mano adelante, otra atrás y dos monedas para el barquero.

Y enfrente estaba yo. ¿Qué había hecho con mi vida? ¿Dónde estuvo mi riesgo, mi dolor, mi renuncia?

¿La ruptura con Alberto? Menuda renuncia, no me la pierdan. Lo que sentí fue rabia y desencanto, pero poco más. No llevábamos juntos tanto tiempo. Tres años. Casi cuatro. Más se perdió en la guerra. Empezamos a poco de entrar yo en el periódico. Me asignaron a su sección. Y él era —es— el mejor periodista que he conocido. En el fondo siempre supe que lo nuestro era un juego, un entretenimiento, algo en lo que ninguno quería profundizar no fuera que se metiera por medio el amor y acabáramos liándola. Me conquistaron su conversación, su desparpajo, su manera de sonreír y de mover las manos como si acariciara un piano invisible. La primera noche, el muy marrullero me sacó a bailar, algo que no hubiese sido más que una anécdota si no hubiéramos estado en el salón de su casa. Puso un disco de Paquito D’Rivera. Y cuando comenzó a sonar *Vereda tropical* me tomó de la mano y me empujó al parquet a golpito de cadera.

Él jamás lo reconoció, pero para mí que lo tenía ensayado porque la siguiente canción era *Acércate más* y ahí sí que desplegó todo su encanto, artillería pesada, y me agarró fuerte por la cintura y apoyó su barbilla en mi hombro y comenzó a susurrarme lo bien que olía yo y lo lindos que tenía los ojos. Tramposo. Sus dedos fríos y húmedos fueron dejando un rastro de seda a lo largo de mi espalda, más cordillera que otra cosa. Desde el cerro de la nuca hasta el despeñadero de las nalgas. Perro viejo.

Esa noche a mí no me nació pasar de ahí y él lo dejó estar. Nos acabamos las copas. Me ayudó a ponerme la chaqueta. Y me llevó a casa sin un mal gesto, sin una palabra más alta que la otra. Fullero. Se mostró tan comprensivo que bajé la guardia. Y a la segunda cita su boca ya no le habló a mi oído sino a mis labios. Y sus dedos se despeñaron del todo en el escote de mi falda. Una relación cómoda. Muchas sonrisas y pocas preguntas. No. Definitivamente por ahí no iban los tiros.

¿Y estudiar periodismo? Claro que se trataba de una carrera sin mucho futuro

para una chica. Una mesa de despacho en el sótano. Un flexo. Un ordenador lleno de parches, heredado tres veces. Un geranio anacoreta ajándose en un tiesto de escayola pintada. Puro cine. Pero no había habido en mi decisión un motivo altruista ni romántico. Era lo único para lo que servía. Siempre fui novelera. De niña, además de mi faceta marimacho, me pasaba el día contando historias. Repitiéndole a mi hermana, en su cuarto, las noticias que acababa de escuchar en el telediario. Inventándome chismes de los profesores, de los vecinos, de mis tías gemelas, Consuelo y Encarna. Mi madre me molía a pellizcones cada vez que me oía imitar sus voces cluecas. «Te vas a ir al infierno por burletera», me decía. Sí: lo único para lo que servía. Y, sin embargo, ni siquiera había sido esa mi primera razón. La cosa tuvo que ver con algo más profundo. Más íntimo. Casi clandestino. Algo que jamás me atreví a contarle a nadie. Y es que para estudiar periodismo había que ir a Madrid, a Santiago, a Salamanca. Al fin del mundo. Ahí estaba mi secreto. Yo quería ir al fin del mundo. Escapar de todo lo que me recordara a mi padre.

Agustín Morante era carpintero. El destino —y los genes: mi abuelo Tomás se le había anticipado— le dio unas manos de artista, capaz de hacer sonreír a la madera. Trabajaba, sobre todo, con barbusano, un material fuerte y robusto. Cómo no acordarme del barbusano. Olía a cloaca que tiraba de culo. A pura mierda, que al principio creí que era el pobre papá que se descomponía. Un día me puse a morir en medio de la carpintería. Se lo dije, Papá, aquí huele fatal, me estoy mareando. Él me llevó al patio trasero. Me sentó a la sombra. Me sirvió un vaso de agua fresca de la pila. Me besó con dulzura en la frente, Quédate a jugar aquí afuera, mi vida, ya verás qué pronto se te pasa. Y al día siguiente vino con una furgoneta y se llevó todos los troncos que tenía apilados al fondo del taller. Cambió el barbusano por la casuarina y la caoba rubia, una madera esponjosa que parecía bizcocho. Aún podía verlo con su martillo y su buril, las manos entintadas en aceite de linaza y pez griega. A veces, también hacía trabajos de encuadernación para la imprenta de don Juan Artilles. Cosía a mano las tapas. Con extremo cuidado, como si no quisiera hacerles daño, las pegaba con un engrudo seboso de poliada de harina. Y al final las untaba con petróleo para darles consistencia. El problema venía luego, cuando mi madre amenazaba con echarlo de casa mientras lo ayudaba a restregarse con esparto para poder sacar aquella porquería de las uñas.

¿La muerte de papá? Eso sí fue un dolor y un riesgo y una renuncia juntos. Me destrozó por completo. Estaba muy unida a él. No sé si tenía algo que ver con el complejo de Electra, con la necesidad de la figura paterna o con cualquier mentecata sicoanalítica de las que nos enseñaron en la Facultad. Pero, menos amantes, fuimos de todo: compañeros, amigos, cómplices. Necesitaba sentirlo cerca. Él, lijando tablones para fabricar bargueños. Yo, jugando a hacer figuras con el serrín y los tarugos que se desperdiciaban. Sentía nostalgia cada hora que pasaba sin él. Era

cierto. Nostalgia. Hasta el dolor.

Papá me trataba como a una reina. Me mimaba. Me toleraba todas las diabluras. Y yo, a cambio, le encubría su único vicio: el tabaco. En ocasiones lo cogía fumando, furtivamente, en mi baño, para que mamá no rastreara su olor. A mí me daba lástima. Intenté que lo dejara pero aquello era más fuerte que él. Hubo veces en que fingí ser yo quien compraba los cigarros.

Y mi madre me reprochaba —más de un fin de semana de arresto me gané— la mala influencia que ejercía sobre él, Olga, ¿no te das cuenta de que lo de tu padre es una enfermedad?, yo no puedo luchar sola contra esto, m'ija. Tenía razón mamá. Por desgracia para todos tuvo razón de cabo a rabo.

Una tarde de octubre que trabajaba en la carpintería, enfrascado en su afán de restañarle las heridas a un viejo vestidor, las cenizas candentes del cigarro que llevaba en la boca cayeron sobre el serrín. Eso dijeron en el informe. Junto a otras conclusiones igual de aterradoras. Que el fuego tuvo que prender enseguida. Que no tardó en propagarse por el almacén. Que encontró cielo abierto entre tanto tablón y tanto mueble antiguo. Que papá no fue consciente de lo que ocurría hasta que ya no hubo remedio. Que murió por asfixia, antes de que las llamas llegaran a tocarlo. Esto último siempre me sonó a cuento chino. A un intento de dulcificar el horror. No nos dejaron ver el cuerpo. Caja cerrada, dijeron que dijo el forense. Caja cerrada, acabamos por aceptar. Y velamos un cuerpo que tan solo intuíamos. Sin certeza. Sin convencimiento. Sin la seguridad de que fuese papá. Después de eso, mi madre se encerró en un luto perpetuo. Y a mí nadie me quitó el sentimiento de culpa. Nunca.

Amanecí baldada. Me dolían las coyunturas de los huesos. Por el frío y la humedad y una postura incómoda, recogidas las piernas en un abrazo íntimo como si así pudiera evitar que se me escaparan las emociones. Me dio la sensación de estar despertando de un largo coma. De haber pasado diez años fuera del mundo. Sin embargo, no sentía dolor. Ni angustia. Ni cansancio. No experimentaba el vacío que uno puede esperar luego de una década —resumida, tal que una pesadilla, en una simple noche — vacía y estéril. Solo un ligero desconcierto. Acaso llevaba tiempo postergando esa purga de ánimo. Acaso ya iba siendo hora de que pusiera en orden mi conciencia. Tal vez necesitaba que alguien me hurgara en las entrañas, me zarandeara, me despabilara. El caso es que esa noche de otoño me miré al espejo y no reconocí la imagen que me devolvía. Y comprendí por qué había elegido el puesto del periódico. Un trabajo loco. Sin domingos ni fiestas de guardar. El teléfono siempre a disposición de la noticia. Almorzando a deshora un bocadillo y un zumo de frutas. Con suerte, en el despacho; si no, donde me sorprendiera la entrevista o el funeral o el desfile de modas. Así hasta llegar a casa. Derrengada. Con el tiempo y las ganas justos para una ducha rápida antes de acostarme. Y comprendí también y sobre todo por qué había optado por un amor —¿podía llamarse amor a mi historia con Dávila?— liviano y conveniente. Cómodo tal que unas viejas zapatillas. Un amor manso. Sin reclamaciones y sin compromisos.

Comenzó a clarear un cielo abierto, el cielo azul e intacto de después de la lluvia. Estuve un buen rato observando el sueño apacible de Pancho Armas. El respirar entrecortado de Roque. Los murmullos revueltos del sidoso. El mudo lamento de la desdentada. Me levanté. Salí al parque. Me llené del olor de la mañana. Olía a acera mojada. A sal. A hojas muertas. Y también a sangre. Al cordón empapado de la recién nacida Olga Morante. Saqué de la bolsa mi libretilla. Escribí una nota apresurada. Para tranquilizar a Pancho. Regresé a dejárselo sobre el regazo. No quería que, de nuevo, estuviera buscándome como un loco. Y me fui a montar guardia a la puerta del burdel. A esperar a Diego Córdoba.

A media mañana vi salir a un hombre de la casa de Lupe. Llevaba un tres cuartos tiñoso que en otra vida hubo de ser color canela. Bajó el montículo sin prisa, cabizbajo, arrastrando los pies, como quien no tiene adonde ir. Al pasar por delante de mi banco levantó la vista y me miró. Quise creer que me sonreía, pero la mueca de sus labios valía tanto para el roto de una sonrisa como para el descosido de la indiferencia. Me sentí la mujer invisible. Llegué a dudar si lo que estaba ocurriendo no era parte del sueño que no soñé esa noche, parte de la misma catarsis. El hombre siguió de largo. Salió del callejón. Torció a la izquierda, hacia parque San Luis. Entonces caí en la cuenta de lo que había dicho Armas sobre sus ojos. Era él.

Al levantarme sentí un leve vértigo. Hube de apoyarme en una de aquellas farolas ciegas. Demasiadas emociones para tan poco tiempo. Y el estómago vacío. Y el ron

de medianoche. Y la inoportuna regla. Respiré hondo. Dejé que el aire volviera a colmar mis pulmones. Me sentí algo mejor, pero prometí meterme en una cafetería en cuanto tuviera ocasión. Eché a andar. La calle comenzaba a revivir tras una larga y fría noche. Un comerciante de pieles subía la cancela de su tienda haciendo un ruido atronador. Una mujer paraba un taxi. Un joven había aparcado su moto en mitad de un paso de cebra y batallaba con un cajero automático insumiso. Dos tipos bien trajeados cruzaban en ese momento y le dijeron algo al motorista, que los miró con arrogancia. El farmacéutico conversaba, en la puerta, con un cliente. Cuando pasé a su lado hizo un gesto de extrañeza. Quise creer que se arrepentía de haberme echado a gañidos de su botica. Las terrazas bullían. Los camareros hacían equilibrios con sus bandejas por entre las mesas. La gente apuraba su desayuno, a toda prisa, antes de regresar al trabajo. Un grupo de africanos montaba su tenderete de pieles y tapices y arquetas de madera. Pero no hallé rastro de Diego Córdoba.

Aceleré el paso como pude hasta el centro de la plaza. Allí, donde la fuente deshabitada, donde el quiosco de prensa, donde las tres estatuas, había un claro desde el que podían divisarse los cuatro caminos que nacían o morían en parque San Luis. Un enjambre incesante se movía arriba y abajo. Imposible distinguir una figura concreta. Me subí al pedestal sobre el que se erigía la estatua del poeta. Me alongué cuanto pude. Pero era como buscar una aguja en un pajar. Además, la claridad del día se reflejaba sobre las baldosas hiriéndome la vista. Desconcertándome. Creí ver tres Diegos Córdobas. Tres abrigos marrones. Tres andares cansinos. Uno de ellos, de pronto, se abrazó a una mujer en un gesto demasiado exultante para un hombre tan triste como el que yo buscaba. Otro entró en una oficina de correos, una maniobra impropia en alguien que, hasta donde yo sabía, no tenía a nadie a quien escribir. El tercero se dirigía al embarcadero. Ningún lugar más propio para un tipo atormentado y solitario. Decidí tomar ese camino. Y me sonrió la suerte de las feas.

El hombre resultaba más pequeño, más endeble, más insignificante de lo que su voz hacía presagiar. Allí sentado sobre una roca. Con la espalda encorvada. Los hombros desvaídos. La frente gacha. Fui incapaz de quebrar el hechizo de mar que parecía envolverlo. Aproveché para acomodarme en un recodo del rompeolas, unos metros más atrás. Yo también necesitaba de un descanso. El fresco de la mañana me despabiló. Me arrebujé en la rebeca como pude. Y esperé a que la brisa de otoño le hablara de mí. No supe calcular cuánto duró el diálogo mudo que sostuvimos. De no ser por los furiosos embates de las olas contra la escollera hubiera pensado que el tiempo se había detenido para nosotros. Desde donde yo estaba me era imposible verle los ojos pero, cuando levantó la cabeza, tuve la convicción de que los tenía fijos en la línea azul del horizonte. Me pregunté si se estaría despidiendo, por fin, definitivamente.

De repente, noté cómo su cuerpo se arqueaba y me llegó un murmullo confuso

que no alcancé a descifrar. Pensé primero en el susurro de las babas del mar cuando rompían, una especie de lamento ronco y tenaz. Hasta que comprendí que era él quien hablaba, Digo, señorita, si es que se va a quedar ahí sentada en la puerta del cielo.

—¿Perdón?

—No creo que me haya seguido hasta tan lejos con el frío que hace para quedarse a medias.

—No pretendía molestarlo.

—¿Está usted segura?

—Solamente quería agradecerle su intervención de la otra noche.

—Ah, bueno. Pues ya lo ha hecho. ¿Vio qué fácil? No hay de qué.

—¿Aún sigue ahí? Eso me hace suponer que no vino solo a darme las gracias.

—No. Es cierto. También quería hacerle unas preguntas.

—Unas preguntas. ¿La envía ella? Vuelva y dígame que ya no hay nada que rascar.

—¿Disculpe?

—Sí. Creo que ya he purgado mis pecados. ¿Ve? Lo único que tengo es esto. Me he quedado con lo puesto. Y a ella este chaquetón no le va a servir.

—¿A ella?

—¿No son usted y el joven que la acompaña sus abogados?

—No.

—¿No vienen a espiarme?

—Puedo asegurárselo.

—¿Me va a decir que se les arruinó el negocio familiar de la noche a la mañana? Ustedes tienen de mendigos lo que yo de guardia civil.

—Eso puedo explicarlo... ¿Me permite acercarme? Voy a perder la voz de tanto gritar.

—Puede usted sentarse donde le plazca. Sobre todo si no viene a pedir nada.

—Gracias... Lo cierto es que usted tampoco parece un mendigo.

—No se fíe de las apariencias, señorita.

—Olga. Me llamo Olga Morante.

—Yo, Diego Córdoba.

—Eso lo sé. He estado observando a sus compañeros del parque. He oído sus miserias. Todos tienen una triste historia, un infortunio, una pesadilla de la que no logran desengancharse. Ya no esperan nada de la vida. Apenas se les entiende cuando hablan...

—Y usted se pregunta a qué soy yo adicto, ¿verdad?

—No quisiera ser indiscreta.

—Déjeme adivinar: dice que no es abogada y no parece detective privado. Es periodista.

—Atinó.

—Entonces, ¿de qué me habla? La indiscreción es la que le da de comer. Porque comerá tres veces al día, ¿me equivoco? Y tendrá más ropa que esa. Y el banco la tendrá agarrada por el pescuezo con una hipoteca.

—No lo sabe usted bien, Diego. Me quedan cien mil euros sin contar los intereses.

—Ahora andan muy bajos. Los bancos se pelean por quedarse con los clientes. Tiene pinta de chica lista. Seguro que no paga más de seiscientos al mes.

—Quinientos cincuenta. Parece saber mucho de hipotecas.

—Un poco sí. Y dígame, Olga, ¿qué tal va el reportaje? ¿Ha empezado a escribirlo? ¿Comprende algo de lo que pasa aquí?

—A eso he venido. A que usted me lo explique.

—¿Y por qué yo?

—Ya se lo dije: es el único a quien se le entiende.

—Pues bien que lo lamento. Llega demasiado tarde. Ya no hay nada que contar.

—¿Hábleme de ella?

—¿De quién?

—De su mujer.

—Ah. Mi mujer.

—Sí. ¿Tan mal se portó con usted?

—No mucho peor de lo que yo me porté con ella.

—¿Qué ocurrió?

—¿Está usted casada?

—No.

—¿Ha vivido alguna vez con alguien?

—Nunca más de un fin de semana.

—Esa es buena política. No deje que nadie la convenza de lo contrario.

—Es una política algo cobarde, ¿no le parece?

—Hay quien lo llamaría prudencia.

—La prudencia y el amor no combinan bien. Hace poco me contaron la historia de una mujer que atravesó el Atlántico persiguiendo un sueño.

—Sí. Para morir en la orilla.

—Pues a mí me parece una proeza.

—Seguro, pero yo ya estoy viejo para proezas. Viejo y cansado. No creo que mi historia le sea de mucha ayuda, Olga. Sus lectores quieren romances hermosos y animados con finales felices. Quieren tipos decentes que se enamoran de mujeres buenas. Para desgracias ya tienen con las suyas. Y con las páginas de sucesos. Esos pobres diablos que llegan en chalanas, muertos de hambre y frío, en busca de El Dorado. Esos sí tienen mérito. ¿Por qué no escribe sobre ellos?

—No me crea insensible, Diego. Pero la historia de todos esos hombres es la

misma. Siempre. Y ya hay quien la ha contado. La biblioteca municipal está llena de libros que lo atestiguan. Usted lo ha dicho: se trata de hambre y necesidad. Algo tan viejo como el mundo. Es gente que no tiene nada que perder. Por eso se la juega con un mar tramposo y traicionero. La muerte no es lo peor que puede ocurrirles.

—A veces, los envidia.

—¿Y eso?

—Ellos, al menos, tienen excusa.

—Tal vez. Sin embargo, su caso —intuyo— es diferente. Justo lo contrario. Por lo que he oído antes y lo que ha dicho ahora, usted lo tuvo todo y todo lo perdió. Y eso les interesa a mis lectores. Pero, sobre todo, me interesa a mí.

—Les agradezco el interés a usted y a sus lectores. Pero de lo mío, como dice, también están llenas las bibliotecas. Debe de haber veinte mil libros que traten de la estupidez humana.

—No sé por qué me da que lo suyo tiene más que ver con el amor.

—¿Y qué es el amor, m'ija, sino la expresión más perversa de la estupidez? ¿Conoce la historia de Titón?

—Uf. Pertenezco a una generación a la que se le dio siempre mal la mitología. Porque hablamos de mitología, ¿verdad?

—Y de la buena. Verá. Le cuento. Ocurrió que la Aurora (creo que era la Aurora) se enamoró hasta el tuétano de un tipo, un tal Titón. Y en su arrebato, rogó a Júpiter que le diese la inmortalidad.

—Y Júpiter, celoso como todos los dioses, se lo negó.

—Mucho peor. Se lo concedió al instante.

—¿Entonces?

—Entonces la Aurora le pidió a Júpiter que le otorgara la inmortalidad a Titón. Pero con las prisas se olvidó de pedirle la guarnición de la eterna juventud. Y, claro, el hombre, con los años, fue envejeciendo hasta convertirse en una piltrafa, puro pellejo y hueso. Al final, acabó pidiendo la muerte.

—Caramba. ¿Y dónde encaja usted, Diego, en la fábula?

—Ese es el problema: que no encajo. Lo malo de las fábulas es que uno cree que puede trasplantarlas a la vida real y eso es imposible. Si supiera cuánta princesa desdichada y cuánto héroe desengañado vive bajo los soportales de parque San Luis no se lo creería. No, Olga, no encajo. No soy Titón. Y menos, Júpiter. Ni Dios ni eternamente joven ni inmortal. Y, por si éramos poco parió la abuela, la Aurora de mi historia, al final, no me quería tanto.

—Su mujer.

—No. Ella, la pobre, tuvo poca vela en este entierro. Bastante me perdonó. Pero lo siento, tal vez podamos seguir hablando en otro momento. Ahora tengo una cita. Sí, no me mire de ese modo, parece que aún puedo gustarle a una mujer, incluso

después de muerto. Lástima que ella también llegue tarde.

No quise tensar la cuerda más de lo imprescindible, no fuera que acabase ahorcándome yo sola. Me interesaba retomar aquella conversación y presentía que, si formulaba una pregunta más, me convertiría en gato. Perdería la confianza de Córdoba. Se me desplomaría el castillo de naipes. Así que me limité a estrecharle la mano. Era áspera y rugosa. Y una cicatriz sonrosada la cruzaba desde la base del dedo meñique hasta la del pulgar. Como si hubiese firmado un pacto de sangre con alguien. ¿Con la muerte tal vez? Le deseé suerte en su cita. Y lo observé alejarse por el camino del muelle igual de manso y cauteloso, con las solapas de su gabán caladas hasta las orejas y arrastrando los pies en un extraño mambo. Cualquiera hubiese dicho que se dirigía al patíbulo.

Regresé a cumplir una promesa: la de buscar refugio en la primera cafetería que hallase y sujetar la flojedad. Pero antes quise pasar por el parque a recoger a Pancho. Armas se había quitado la careta aprovechando que hasta el último mono había salido a buscarse la vida por la selva. Lo encontré haciendo fotos de un modo indisimulado. Me recibió con una sonrisa de oreja a oreja, no supe si por la alegría de verme o por el gusto que le daba su trabajo. Evité preguntarlo no fuera que me desilusionase su respuesta. Mejor la incertidumbre. Andaba yo muy sensible y no hubiese digerido bien un desengaño a esas alturas. El caso es que dejé que me invitara a almorzar a cambio de contarle la entrevista con Córdoba.

En un aparato de radio ostentoso y metálico sonaba una voz tibia en lo que yo creía portugués. Pancho me sacó del error con otra de sus pasmosas revelaciones, No, querida, eso no es portugués; eso es bahiano, el alma del Brasil hecha música; sí, no te descojones, que no es lo mismo aunque sea igual; el tipo que canta es nada más y nada menos que Caetano Veloso, *eu te quero só pra mim, voce mora en meu coragao, nao me deixe só aquí, esperando mais um verao*, la canción se llama *Mimar voce* y ni de coña tiene que ver con el fado, ¿que cómo sé tanto de canción brasileña?, ah, amiga, usted no sabe, tres cuartas partes de mi sangre es carioca, mi madre nació en Salvador de Bahía, la cuna de la bossa, sí, pues no sé cuándo, pero tuvo que ser allá por el treinta y cinco o el treinta y seis; su familia emigró, cosas de la necesidad, y ella, luego de dar más vueltas que un trompo, acabó recalando por aquí para que le diera tiempo de conocer a mi padre y de tenerme a mí antes de que se le pasase el arroz;

»El caso es que la viejita nunca olvidó de dónde venía, se negó a transigir en los recuerdos y en la decoración y convirtió la vieja casona de los Armas en una auténtica embajada de Brasil, que no hay compatriota que venga a la isla que no se quede a cenar y hasta a dormir en casa, tendrías que ver las veladas que organiza: las partidas de póquer, los rodicios, la *cachaga*, el orujo de caña hecho por ella en un alambique que esconde en el garaje, y también la lectura de los poetas nacionales —

Raimundo Correia, Oliveira, Cabral de Melo— y, claro, la música de Caetano Veloso, María Bethania, Gal Costa, Gilberto Gil.

El fotógrafo comía igual que hablaba. Despacito. Solemne. Masticaba cada bocado como si fuese el último. Y se tomaba su tiempo en lo que parecía una ceremonia. Hablando de Toquinho o Joao Gilberto, cortaba un pequeño pedazo de carne. Lo guiaba al centro del plato. Colocaba sobre él una papa frita y luego un trozo de verdura. Lo trinchaba todo junto. Y se lo llevaba con mucha pulcritud, casi con mimo, a la boca. Le brillaban los ojos como a un chiquillo.

Luego, se dejó seducir por mi relato de Diego Córdoba. De rato en rato me interrumpía con un leve ¿De verdad? o un ¿Te dijo eso? o un ¿Tuviste la cara de preguntarle? Pero me permitió contar de carrerilla la conversación con nuestro hombre. En las ocasiones en que, hambrienta, paraba yo para darle un mordisco a mi atún a la plancha, él abandonaba los cubiertos sobre el plato en ademán casi devoto hasta que yo retomaba la palabra. Esa era la señal para regresar a su ritual de carne, papas y verdura.

El final de la historia llegó con la sobremesa. Ninguno de los dos éramos de postre. Coincidimos en que un dulce era mal puente entre un módico almuerzo y un café tolerable. Armas se permitió, incluso, pedirle un puro a la camarera. Ante mi mirada de sorpresa, se encogió de hombros y me respondió que algún vicio había que tener para enfrentarse a un mundo tan sombrío. Lo dijo con la boca pequeña y los ojos pícaros pero viéndolo, luego, disfrutar de un habano que apestaba —volví a los días de infancia, a la carpintería de mi padre, al barbusano—, comprendí que hablaba en serio. Me pregunté cuántos secretos más podía ocultar aquel curioso tipo. Pero antes de que pudiese desplegar ese pensamiento sobre el mantel de cuadros, el fotógrafo me ganó por la mano, ¿Qué te parece el tal Córdoba?

Y a mí qué podía parecerme. Un meandro más en aquel laberinto en que se había convertido mi vida aquellos días, ¿Qué quieres que te diga?, se parece algo a ti, Pancho, una caja de sorpresas también, un hombre lleno de ángulos ciegos con un pasado terco que se empeña en volver cada rato y, sobre todo, un tipo lento de reflejos; ¿qué significa eso?, significa que a Córdoba le ocurre como a ti, que hay que arrancarle las noticias con sacacorchos, bien es cierto que él usa otro método, no sé cómo decirte, tú alargas las frases hasta casi el olvido, Diego responde siempre con otra pregunta que se queda en el aire flotando, durmiendo el sueño de los justos; en cualquier caso, al paso que voy, entre los dos me van a hacer vieja, me veo cumpliendo años en el zaguán del parque.

El fotógrafo amagó una réplica, pero se lo pensó mejor y lo dejó en sonrisa a medias, No será para tanto, mujer, tarde o temprano se derriten los témpanos, seguro que antes de que te quieras dar cuenta lo tienes comiendo de tu mano; además, aunque Córdoba no saliese de cabezón, a la memoria le ocurre como a las fichas del

dominó, basta que caiga una para que la sigan todas las demás en avalancha; y, si no, siempre habrá maneras de rellenar esos vacíos que dices que tiene, ¿qué maneras?, carajo, Olga, tú eres aquí la experta, yo no sé mucho de esto pero, si Córdoba nos confundió con abogados, es que hay pleito por medio y, si hay pleito por medio, también habrá una esposa cabreada como un macho dispuesta a contarle a quien preste atención sus penas, su soledad, las barrabasadas de su ex marido; de manera que únicamente queda buscar en la guía su dirección y su teléfono, mejor solo teléfono porque, con esta facha, una visita nuestra la espantaría, aunque también podríamos encargárselo a Julio o a Martín en la redacción, ¿perdón?, ah, no quieres implicar a nadie más en la investigación, vale, se dijo, entonces telefonea a la ex señora Córdoba y hazte pasar por lo que se te ocurra, tal vez por abogada de Diego, sí, no bromeo, si él te tomó por tal con esa rebecca rucia y esos pelos desquiciados, ¿va a dudar ella de la autenticidad de esa voz tuya tan cálida y transparente?

La voz de Laura Cano, sin embargo, sonó digna. Había un matiz de recia austeridad en su Sí, dígame, que me negué a interpretar. Me había propuesto no sacar conclusiones precipitadas. No enjuiciar cada una de sus palabras. Por supuesto, me era imposible desdeñar la mirada sin futuro de Diego en los tetrápodos del muelle, pero hubo algo en nuestra charla que se me quedó grabado a cincel. Lo de que su esposa no se había portado con él peor que él con su esposa. La conclusión era obvia: Córdoba podía sentir todo el remordimiento del mundo, pero ni una migaja de rencor. No se atrevía a juzgarla. Y, si ni siquiera él la juzgaba, ¿quién era yo para condenar a Laura antes de escuchar lo que tenía que decir?

De cualquier modo me sentí una impostora. Jamás había tenido que disimular en mi trabajo. Ni en mi trabajo ni en mi vida privada. Recuerdo una discusión con un novio andaluz, del Puerto de Santa María, en la época de universidad a cuenta de que si las mujeres fingíamos los orgasmos. No me podía creer, entonces, que quien dormía conmigo dudara de algo tan importante. ¿Fingir? ¿Y tú me lo preguntas? Anda ya. Poesía eres tú. Si el totorota aquel no sabía diferenciar cuándo yo disfrutaba de cuándo me hacía daño, arreglados estábamos. Claro que así nos fue. Al segundo verano se nos marchitó la pasión. Nada más regresar de vacaciones, de repente, pensándolo bien, nos dimos cuenta de que ninguno de los dos había echado de menos al otro. Y decidimos, de mutuo acuerdo, que hasta allí habíamos llegado. Nadie me bajará del burro de que aquello fue un alivio para él. El gaditano no encontraba el modo de romper conmigo y se lo puse a tiro en la penumbra de una pizzería, mantel de cuadros rojos, una botella de chianti con una vela sudada, un cacharro de cristal con una flor de pega y una camarera mulata a cuyo culo a él se le iban los ojos de un modo descarado.

No. Jamás hasta entonces había tenido que aparentar lo que no sentía o lo que no era. Algo que me producía íntimo orgullo, casi vanidad. Cada una de las personas a quienes entrevisto saben quién soy. Saben cuál es mi oficio. Saben qué voy a hacer con la información que me están dando. Siempre he odiado malversar las opiniones o los sentimientos o las creencias de los demás. Me mata sacarlas de contexto, disfrazarlas, putearlas con el torpe pretexto de un buen titular. Alguna vez me llevé un rapapolvo de Alberto Dávila, otro que tal baila, Olguita, cariño —el muy tolete usaba el diminutivo y ese tono conciliador y paternalista en sus reprimendas—, te falta mala leche para esta profesión: la gente quiere leer algo nuevo, algo que los despabile por las mañanas, algo de lo que hablar, luego, en las tertulias. Yo le respondía, cada vez con más desgana, Pues que se compren *El Caso*, Al-ber-ti-to, o se vayan directamente a la página de sucesos que es la forma más delicada que se me ocurre de decirles que se vayan a la mierda; yo me niego a trampear a quien se confía a mí con la esperanza de que mañana va a leer *su* verdad en *mi* artículo, sí, no te rías, se trata de eso, de confianza, igual que si estuvieran en un confesionario o en la

consulta del médico; si pierden la confianza se va al carajo todo por lo que nos levantamos cada mañana. Dávila, qué otra cosa iba a hacer, se maravillaba de mi extemporáneo sentido del deber.

Fue por eso que me costó tantísimo engañar a Laura Cano. Y por eso que decidí colar alguna verdad, aunque fuese pequeña, en aquella maraña de embustes innobles, Buenas tardes, ¿señora Cano?, soy Olga Morante, represento a Diego Córdoba en el litigio que mantienen ustedes, sé que tendría que ponerme en contacto con sus abogados pero pensé que podríamos hablar antes; en cualquier caso, entendería perfectamente que usted no quisiese. Laura dejó que acabara la frase que era tal que dejar que cavara mi tumba para, después, enterrarme con un par de sentencias, ¿Hablar usted y yo?, ¿algo así como «de mujer a mujer?», hombre, eso es típico de Diego, se está especializando últimamente en cobijarse tras las faldas de una jovencita, porque usted tiene voz de adolescente como *la otra*, no sé si le habrá dicho mi... ex marido que es por eso que hemos llegado aquí, ¿verdad?, supongo, no, mejor espero que le haya hablado de la otra, es la regla de oro, a los abogados no hay que mentirles nunca, eso dicen en las películas, así que Diego le habrá hablado de *ella*, ¿no?, de cómo me traicionó cuando más lo necesité, ¿verdad?, bien; y ahora, ¿qué?, ¿qué pretende que haga yo?, ¿que perdone?, ¿que olvide?, ¿que haga como si nunca hubiera ocurrido?, ¿sabe que tienen todas las de perder en el juicio?

Intenté capear la marea de rabia que venía crecida, Desde luego que lo sé, señora Córdoba... perdón, señora Cano, sé lo de la chica y sé lo del juicio perdido, ¿dígame?, no, no me refiero a que Diego haya perdido el juicio, ¿eh?, bueno, esa es su opinión y está en su derecho, pero no la he llamado para hablarle de locuras transitorias, se trata de la muchacha, ¿se llama Yaiza?, lo ignoraba, de veras, créame, de lo que menos tratamos Diego y yo es de la chica, de eso quería hablarle, sí, dejó de ser un obstáculo hace tiempo, ya no está, se fue, esta misma mañana he estado con él y tengo la certeza de que la olvidó y usted también debería hacerlo porque, de lo contrario, ella se habrá salido con la suya.

Pero me cogió la ola. Me salió el tiro por la culata. Pancho Armas me había advertido, cuando preparábamos la estrategia entre buche y buche de café retinto, que las mujeres heridas no retroceden ni para coger impulso. Y yo, con mi manía de la neutralidad, me dejé sorprender por su resaca furiosa de rencor, ¿la olvidó?; la olvidó, por supuesto, qué remedio, la olvidó, estaríamos buenos; Yaiza, ¿ve?, yo siempre he creído que los nombres marcan y Yaiza tiene nombre de adolescente, de las que le levantan a una el marido, sí, gracias a Dios no la he visto, pero seguro que tiene su vientre liso y sus grandes tetas, a ver, dónde está el mérito, a esa edad yo también las tenía, pues la tipa lo exprimió como a un limón y le sacó el cuero (amigos, familia, trabajo, todo se lo llevó con ella, con su pan se lo coma) y cuando a él ya no le quedaba ni para la guagua, le dio puerta; «se habrá salido con la suya», dice, la

realidad es que ya se salió, señora mía, ya-se-sa-lió; y no veo cómo va a cambiar eso nuestra conversación.

En un último intento por aplacar su ímpetu me puse en su lugar. Me compinché con ella. Abracé su causa, Ya sabemos por dónde piensan los hombres, qué podemos esperar de ellos, siempre han sido así, cortados por la misma tijera, torpes, insensibles, canallas, fáciles de llevar al huerto, sin criterio cuando se trata de seleccionar. No tuve suerte. Laura Cano ya había tragado bastante bilis. Ese fue su error. Cuando una cierra los ojos la primera vez se expone a que la humillen y la pisoteen, que es como se sentía ella desde hacía más de un año: humillada y pisoteada, rota por dentro, con la estima por donde andan las ratas. Y si yo que, aunque joven, era también mujer no podía entenderlo, es que aún me quedaba mucho por vivir, por amar, por llorar. Pero que no me preocupara: ya me llegaría el turno. Siempre llega. De modo que buenas tardes. Y si quería alguna cosa más, a Rubio y Asociados, sus abogados. En la calle del Pilar. En pleno Barrio Antiguo.

Cuando, una hora después, sentados en el muro que daba a la playa de Santo Domingo —una tarde de postal, un sol de almíbar, un cielo veteado—, le hablé de Laura Cano, Pancho me confirmó algo que yo tenía bien claro. El de la ex mujer de Córdoba era un camino vedado. Por allí no íbamos a salir de pobres. Y no estaba ni medio bien que hurgáramos en sus heridas como gusanos. Tuve la sensación de haberle contagiado mi vergüenza al bueno de Armas. El fotógrafo se pasó el resto de la velada en Babia, taciturno, mirándose los pies y sin ganas de hablar. Y lo que iba a suceder esa noche acabaría de derrotarle el ánimo. Nada más llegar a parque San Luis comprendimos que algo no andaba bien. Había un revuelo turbio en el zaguán donde dormíamos. Los matados andaban en corrillos, quejumbrosos, aturcidos, con gestos de desorientación. Pensamos en una redada. Nos habían hablado de que la policía solía hacer batidas por las noches y se llevaban a algún despistado, según Lena solo para joder, para justificar el sueldo de los asistentes sociales, si no, cómo se explica, qué se les había perdido en el culo del mundo, si allí nadie tenía donde caerse muerto. El caso era que a los dos días volvían a soltar al arrestado, que regresaba al parque con el pelo cortado al cero, ropa limpia y afeitado, con lo que se ganaba las burlas y el pitorreo de los otros.

Pero en aquel desbarajuste nada tenían que ver los municipales. La respuesta se hallaba en la otra esquina del parque. En un banco de piedra caliza. Bajo un flamboyán de flores anaranjadas. Donde un hombre escondía su rostro entre las manos. Los últimos rayos de la tarde caían delicadamente sobre sus hombros sometidos, lo que le confería un aspecto desolador. Algo le había ocurrido a su compañera. El lugar que solía ocupar ella en el camastro de cartones y andrajos se veía desierto. No había señales de Lena.

La muchacha se había desplomado en plena calle. Al lado de una parada de

guaguas. Mientras mendigaba a voz en grito, salvaje, desaforadamente, los treinta céntimos que necesitaba para costearse su cuota de delirio. Treinta céntimos de mierda. Turo los había contado, tras descubrir el revuelo de gente alrededor de un cuerpo diminuto caído sobre la acera. Tras reconocer en ese cuerpo a la mujer que amaba. Tras abrazarla. Y besarla. Y llamarla entre lágrimas. Y tomarle el pulso. Y encontrar en su mano trincada —*blanca de apretar*, como decía aquella vieja canción — el dinero que había vendimiado esa tarde maldita. Treinta céntimos de mierda separaban la vida de la muerte.

Se la llevaron al hospital. Dos hombres rudos, descorteses, con aspecto de luchadores. No dejaron siquiera que los acompañara. El más alto le preguntó si era familia de la mujer. Y el navarro, en su desconcierto de viudo primerizo, no supo responderle. Dudó un instante. Tomó aire. Miró a su alrededor. El tiempo justo para que desconfiaran, para que ya no admitieran lo de que era lo más cercano a una familia que tenía la pobre desdichada, Lo siento, no me vale, si no es familia-familia, no puedo dejarle que nos acompañe. ¿Familia-familia? ¿Creía ese... funcionario que una muchacha así, tan... escuálida, tan indefensa, podía tener familia-familia? Si la tuviera no hubiese llegado a ese extremo de orfandad. Pero eran las normas. ¿Las normas? Las normas, claro. A buenas horas mangas verdes con las putísimas normas. ¿Y no dicen nada las normas sobre lo de morirse en mitad de la calle como un perro? ¿No dicen nada sobre una ciudad de gente mezquina que le niega los últimos treinta céntimos a una muchacha? ¿Nada sobre ese hombre, Turo, el único ser humano que se había preocupado por esa mujer, Lena, en los últimos cinco años? No. Nada. Por supuesto. Las normas no tienen alma.

Y ahora él estaba ahí. Perdido. A media hora de la soledad más absoluta. Sin saber qué hacer ni adónde ir. Observando el hueco vacío en la cama de harapos. Sin atreverse a ocupar su lugar. Porque una cama sin Lena no es una cama. Es un erial. Un pozo negro. Un puñetero desierto. Turo fue incapaz de decirnos a qué lugar se habían llevado a su compañera. Aquel cabrón solo habló de parentescos y de normas, no de lugares. Cualquiera sabía. Fue entonces que una voz ronca y cruda salió de detrás del flamboyán. Era el loco Tabares, fiel a su costumbre de aparecer de entre las sombras dando sustos de muerte, Estará en el Virgen de la Peña, allí acabamos todos, es un asilo de beneficencia, lo llevan unas monjitas con el hábito más blanco que hayan visto jamás, tal que ángeles. Y el loco Tabares lo sabía bien. A él lo dieron por muerto. O tal vez fue que se murió de veras. La noche de San Juan. Un ataque al corazón.

Como no se movía ni tenía aliento ni le encontraron pulso, decidieron que el pobre había pasado a mejor vida. Un alivio. El mundo tiende a pensar que, para vivir como ellos, lo mejor es morirse de una vez.

También vino una ambulancia con dos tipos fornidos y malencarados. Solo que,

entonces, no había nadie que reclamara el *cadáver*. Nadie a quien negarle que los acompañara. Lo trasladaron al Virgen de la Peña. Con las monjitas ángeles. Y el milagro sobrevino cuando lo amortajaban. Una de las hermanas, mientras le untaba el cuerpo con aceite balsámico para espantarle aquel olor a miseria y a muerte, le hizo cosquillas en la planta del pie. El hombre dio un respingo y despertó creyéndose en el cielo de los locos. Y se viró la tortilla. Y fue la monja la que sufrió un ataque, que casi se les queda en aquella sala fría y húmeda donde espulgaban los cadáveres de los miserables.

Lena debía de estar, pues, con las monjas de Virgen de la Peña. Allí nadie les preguntaría si eran familiares, qué bobada. Los miserables no tienen familia. Y, si la tienen, no van a reclamarlos a ese lugar. Por eso son miserables. Viene en el diccionario. Turo escuchaba la diatriba del loco en silencio, con la vista en nosotros. Como si buscara que dos personas serias refrendaran una teoría, si no descabellada, al menos algo extravagante para su entendimiento. Hospital para pobres. Monjas ángeles. Muertos que resucitan. Esperaba que Armas o yo tomásemos la iniciativa. Y el fotógrafo recogió el guante sin titubear, Pues se dijo, arriba que nos vamos, no podemos quedarnos aquí con cara de taitas; venga, que nos espera ese famoso hospital de las resucitadoras, hemos de averiguar qué ha sido de Lena. Y allí que fuimos los tres, Turo, Pancho y yo. El loco se negó en redondo cuando se lo mentamos. Ya le había visto las orejas al diablo y tenía la convicción de que a ese no se la pegan dos veces ni por la intercesión de una madre salesa ni de la misma Virgen de la Peña que bajase a ayudarlo.

Era noche cerrada cuando llegamos a un inmenso portón de doble hoja en madera repujada. Tenía unos llamadores en forma de antorchas que, según se desprendía de una leyenda en el dintel de piedra basta y hollada, simbolizaban la ofrenda de luz al peregrino. Cada hoja se abría, a su vez, en dos pequeñas e incómodas puertillas como las de las iglesias de pueblo con las que había que tener cuidado porque, o te dejabas los cuernos en el alto o te trompicabas con el peldaño. Pancho estuvo a pique de romperse la crisma con el escaloncito traicionero y suerte tuvimos de que nadie oyó la sarta de Me cagos que soltó.

Más tarde supe que el Virgen de la Peña había sido en su día convento y hospicio y colegio todo en uno, que recogía a los niños abandonados, a los hijos de madres solteras y a los que nacían dentro de los prostíbulos y nadie se atrevía a reconocer. En los años ochenta, sin embargo, con el cambio de los tiempos —ya nada había de escandaloso en que una mujer sin marido tuviese un hijo, las adopciones estaban a la orden del día y las prostitutas criaban a sus hijos en el mismo burdel— el negocio se fue a la porra. Y ocurrió, las cosas del destino, igualito que con las putas de casa Lupe. Antes de botarlas a la calle, decidieron convertir el edificio en hospital aunque, todo sea dicho, sin perder de vista su función filantrópica. Por eso se dedicaron a

recoger a los desheredados de la tierra y el mar. Y convirtieron los cuartos en auténticas torres de babel en las que compartían lesiones y enfermedades hombres, mujeres y niños africanos, asiáticos, europeos del Este, latinoamericanos, apátridas en fin de incierta procedencia.

Nos salió a recibir una madre con cara de querubín o serafín o trono, que jamás me aclaré con los arcángeles. Lo único cierto era aquel rostro lozano y mofletudo que no paraba de sonreír beatíficamente. Sor Micaela tenía, tras unas gafas de montura plateada, unos ojos grandes y centelleantes color aceituna. Pero su júbilo se estremeció, de pronto, nada más escuchar de labios de Turo el nombre y la descripción de la muchacha. Pancho y yo canjeamos una mirada cómplice, a espaldas de nuestro amigo, que venía a decir que ya no había tutía, ni milagro, ni resucitación que le valiera a la desdichada Lena. La monja nos guió por un corredor largo y angosto de paredes encaladas y sobrias. Había una hilera de bancos a los lados de cuando el hospital era convento. Lo rubricaban, en los respaldos, unas chapas doradas con el nombre de las familias que pagaron la construcción de la capilla y se ganaron el derecho a asiento reservado durante más de un siglo. Familia Amador Yáñez. Familia Navas del Castillo. Familia de don Alejandro Ortuño Figueroa. Y así hasta doce casas solariegas, seis a cada lado del claustro.

Supuse que el resto oiría misa de pie, como mandaban los cánones de la época. Pero, a la salida del hospital, cuando ya los ánimos se hubieron calmado, Pancho me dio una clase de historia social. Ningún miembro de esas familias nobilísimas había puesto jamás un pie en la capilla de la Virgen de la Peña. Ellos no más pagaban. Sí. Lo que oía. Pagaban. Para acallar la culpa. ¿Qué culpa? ¿Qué culpa iba a ser? La de abandonar a sus hijos o sobrinos o nietos bastardos, en talegas, a hurtadillas, de noche, en la puerta del convento. ¿Cómo lo sabía Armas? Todo el mundo lo sabía. Era un secreto a gritos. Además, Pancho había coincidido en su barrio con más de uno. Yo no tenía ni idea, claro, porque había estudiado en un colegio de niñas bien. Pero él se había criado en la escuela pública. Y allí había de todo, como en botica. Desde el hijo de un intelectual rojillo, cuyo padre tenía como única norma que a los curas ni agua, hasta el de un militar de vieja escuela, que entendía que una educación popular curtiría el carácter de su vástago. Así las cosas, en cada clase tenían un revolucionario, un facha, un chuloputas vividor y, claro, un par de Santanas y un par de Expósitos, que era como apellidaban a los huérfanos, al menos donde él se había criado.

¿Y con quién se juntaba Pancho? Él lo tenía muy claro. El revolucionario solía ser un pelma que siempre estaba dando la vara con sentadas y huelgas por cualquier bobería. El facha, un enano acomplexado y peligroso que se dejaba bigote para parecer más hombre. Y el vividor, un imbécil con cara de huéleme-el-culo. Su mejor amigo se llamaba Elías. Elías Santana Expósito. Menuda guasa, ¿eh? Ambidextro.

Bastardo por las dos caras. Era un chiquillo cojonudo. Tenía un genio del carajo para arriba, pero también una nobleza que ya quisieran para sí los hijos del marqués de La Mareta. Y corría los cien metros como nadie. Él decía que se había entrenado en la inclusa, huyendo de la alpargata de un cura cascarrabias. El bueno de Elías, coño. Cualquiera sabe qué habrá sido de él.

¿Y qué ocurría con los otros, con los bastardos de familias ricas? ¿Se pasaban la infancia, como en las películas americanas, buscando a su verdadero padre? Qué va. No tenían tiempo. La vida los mantenía demasiado ocupados para vainas sentimentales. En la escuela del barrio, o te espabilas o te espabilan. No. Los aristócratas ilegítimos se contentaban con llevar a gala el parecido. Porque eso sí: la naturaleza, perra vieja, se empeñaba en joderles la farsa a sus familias. Y al final los chiquillos resultaban ser clavados a sus madres o a sus tíos o a sus abuelos y, si les daban tiempo, hasta al tatarabuelo que figuraba, tieso como una estaca, en el retrato del salón de plenos del Ayuntamiento, en la biblioteca del caserío de algún conde o en la sala capitular del obispado. Cuando no era un lunar, era un mechón de pelo blanco y rebelde; cuando no los atormentaban unos ojos extraviados, lo hacían unas orejas abanadas. Lo dicho: la naturaleza acaba burlándose de los que pretenden burlarse de ella.

En el hospital, la sor nos invitó a pasar a una sala desnuda y desabrida. Aunque nadie dijo esta boca es mía, estuve segura de que a todos nos vino a la mente la historia de la resurrección del loco Tabares. Ni un mueble. Ni un armario. Ni una mísera banqueta donde sentarse. Tan solo tres camillas de metal brillante sobre las que pendían sendas lámparas. Y un recipiente del mismo material que contenía un líquido amarillento de aspecto oleaginoso y un lienzo blanco, un jirón de toalla vieja, con la que untar con aceite a los cadáveres. Dos de las camillas se encontraban vacías. En la tercera, la del fondo, una sábana larga que colgaba a los lados hasta casi rozar el suelo escondía un cuerpo humano. Un cuerpo pequeño y frágil y, sobre todo, muerto. El cuerpo de Lena.

A pesar del frío de la sala, hubimos de sostener a Turo antes de que se desplomara del mareo. La monja, sobresaltada, corrió a buscar una silla y una jarra de agua y limón con la que reanimarlo. Y nos dispusimos a pasar la noche más amarga de nuestras vidas. Por desgracia, como cualquier hijo de vecino, tanto Pancho como yo habíamos tenido que padecer la pérdida de algún ser querido. Pero nada como aquel velatorio depreciado y mudo, sin un corrillo de parientes escandalosos ni una vecina plañidera ni un mal chiste de borracho. Turo se la pasó inmóvil, sin consuelo, retrepado en la silla de tijeras que le trajo la monja. No abrió la boca. De vez en cuando exhalaba un suspiro que parecía provenir de los sótanos de su garganta. Apenas probó la limonada. Para no perturbar su abatimiento, Pancho y yo decidimos salirnos al corredor a respirar un aire menos viciado y acomodarnos en uno de los

bancos, el de la Familia Rosales Espinosa. Por su parte, sor Micaela marchó a atender su ronda y, salvo un par de veces en la madrugada que volvió a ver si necesitábamos algo, nos dejó con nuestra tristeza.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos en silencio, sentados uno al lado del otro, mirando a la blancura de la pared opuesta. Ninguno de los dos llevaba reloj encima. Claro. Éramos pobres de pedir. Morralla. Muertos de hambre. Y hubiera sido una pifia llevar un Maurice Lacroix en la muñeca. Mi padre solía contarme una historia que, si no era cierta, hubiera merecido serlo. Iba sobre Miguel Hernández y un reloj. Se lo habían regalado sus amigos poetas. Y él lo llevaba puesto cuando intentó pasar un control de fronteras. El último control. El que lo llevaba a la libertad. Al carabinero o al guardia civil o al soldado que tenía que dejarlo cruzar le mosqueó la alhaja y lo mandó detener. Y Miguel Hernández regresó a la cárcel. Y se murió de pena. O de amor. O de tuberculosis. Papá cambiaba el final en cada ocasión. Según la lección que pretendiera darme con la historia del reloj. Poco después de medianoche —ahí no eché de menos el Maurice Lacroix: acababan de dar las campanadas en la torre de la capilla— nos desveló un coro de gitanos que comenzó a entonar una canción lastimera, una soleá desgarradora. Alguien más acababa de morir. La primera reacción de Pancho Armas fue ir a ver cómo le afectaba aquel revuelo al navarro. Un segundo después salió, de nuevo, al pasillo negando con la cabeza, Para mí que está en la misma postura que cuando lo dejamos, si no enloquece de esta, poco le va a faltar.

—Hay que confiar en el tiempo, Armas. Dicen que lo cura todo.

—No sé, Olga. El hombre está muy tocado. No es que haya perdido a un ser querido. Es que ha perdido a la única persona que tenía en la vida. Y no tengo muy claro que el tiempo sea tan buen curandero.

—¿Sabes? Aún recuerdo la muerte de mi padre. Creí que el mundo se acababa allí. La vida, entonces, me pareció chiquita mierda. Mi madre y Ana no me sirvieron de mucho. Cada una llevábamos el duelo a nuestro modo. Y, por miedo, por vergüenza tal vez, optamos por encerrar el dolor en un cajón con siete llaves. Creíamos —ilusas— que, si no hablábamos de ello, era como si nunca hubiese sucedido. Pero sucedió. La ausencia de papá se hizo nido en la casa. En el salón. En su sillón orejero de franela. Casi más que su presencia. Todas lo mirábamos desconsoladas. Pero nadie decía nada. Nunca. Así que yo estaba tan sola como Turo esta noche. Tardé años en superarlo. Todavía sueño con él. Pero ya no me despierto con el alma en un puño. Y, cuando voy a casa de mi madre, me siento en el sillón y acaricio la franela y recuerdo su olor a tabaco y loción de afeitar. Hay que tener confianza en la capacidad de sobrevivir del ser humano.

—Pero un padre no vale. Perdona, no me malinterpretes. No quiero decir que no se sufra. Solo que entra dentro de la... lógica natural, por llamarlo de alguna manera.

Es natural que uno entierre a sus padres. Están para eso: nos crían, nos alimentan, nos pagan la carrera y se nos mueren. Hay tribus primitivas en las que los ancianos, cuando se acerca la hora, simplemente se van a morir a otra parte. Es cuestión de culturas.

—¿Tú tienes padre?

—Todos tenemos padre.

—No, tonto. Me refiero a si vive.

—Sí... Creo que sí.

—Joder, lo siento. Pregunto demasiado.

—No importa. Tampoco es secreto de estado.

—Hace mucho que no sé de él. Se marchó cuando yo tenía siete años.

—Ahora entiendo algo que dijiste ayer.

—¿El qué?

—Lo de que tenías tres cuartas partes de sangre carioca.

—Sí. Es cierto. La tengo. Y cada año el porcentaje crece. Con un poco de suerte, seré cien por cien brasileño antes de tener un hijo. Aunque solo sea para no joderle el inventario al pobre chiquillo que, a lo peor, me sale malo en matemáticas.

—¿Ves? A eso le llamo yo sobrevivir. No sé cuánto te afectó la marcha de tu padre, pero no renuncias a tener un hijo.

—Sí. Bueno. Es una vocación algo reciente. Pero no creas: no pienso repetir los errores del mío.

—¿Tantos fueron?

—Uno solo. Pero valió por todos.

—¿Recuerdas lo que te hablé de mi madre? ¿Lo de su temperamento generoso? ¿Lo de que acogía en casa a cualquier paisano en apuros? Pues una vez dio asilo a unos parientes lejanos que, como ella, habían escapado del hambre. Vivieron con nosotros un verano. El mejor verano de mi vida. Pese a todo. Era gente humilde. Recuerdo sus ojos. Sí, ya sé: tengo fijación con los ojos. Es deformación profesional. ¿Qué quieres? Yo tengo una cámara y los demás tienen ojos. Y me gusta que se hablen entre ellos. Pues los ojos de Joaquim y de Sonia eran dóciles, casi sumisos. Joaquim se ganaba la vida como cocinero. Y Sonia, su mujer, bordaba como pocas.

—Y tu padre se fugó con la costurera.

—No. Peor. Había una hija. Silvia se llamaba. Era bellísima. Tenía diecinueve años. Una piel lisa y brillante. Olía a toronjas. Llevaba siempre unos trajes de flores vivas que su madre le hacía con retales y restos de paños. Le sentaban como a una diosa. Silvia. Carajo. No sabía lo que era un sujetador. Ni falta que le hacía. Cuando jugábamos y nos poníamos a sudar, a ella le caían las gotas por el escote. Y, cuando no le caían, ella se preocupaba de mojarse el canalillo con una manguera que había en el jardín.

—La coquetería de los diecinueve.

—Imagino. No sé. No tengo con quien comparar. A esa edad yo ya era un viejo. Un vagabundo con la cámara a cuestas. Y la imagen de Silvia y la manguera me parecían muy lejanas. Como las fotos en sepia que tenía mi madre en su aparador. Es lo que tienen los recuerdos de infancia.

—Y te enamoraste de ella.

—Y me enamoré de ella. Fíjate que se lo confesé. Una tarde que jugábamos al escondite inglés. Fue antes de que empezara a sudar. Yo era muy inocente. Le dije, Silvia, si eres capaz de esperarme doce años, me casaré contigo. La cosa ya debía de andar liándose porque la brasileñita me despelusó la moña y me contestó, con su acento querendón, que me agradecía la oferta, pero doce años era mucho tiempo. Y no se equivocó. A los doce días la vi marcharse. Puso todos sus trajes estampados en una maleta de cuero y la metió en el portabultos del coche de papá. Al parecer yo no era el único Armas que se había fijado en Silvia.

—¿Y se fueron juntos?

—No se fueron. Mi madre los echó. A todos. Cuando me hice mayor me contó la cosa. Los había pillado en la cama de la niña. Ella solo llevaba puesto el olor a toronjas. Resultó que tampoco sabía lo que eran unas bragas. Mi padre le estaba secando con regodeo las gotas de sudor. Entonces entendí lo del ritual de la manguera. Y, luego, las lágrimas de Sonia. Y la vergüenza en los ojos de Joaquim. Y el coraje en las manos de mi madre. Los dos, cogidos, en la puerta de la casona, los vimos partir a todos en el coche. Luego se cerró la puerta y la vida siguió como si nada hubiese sucedido. Siguieron viniendo del otro lado del Atlántico a compartir la carne y la cachaca y la poesía y la música.

—¿No lo fuiste a buscar?

—¿A quién? ¿A mi padre? Ya te lo dije. Eso solo pasa en las películas americanas. La vida me mantuvo demasiado ocupado. Crecí pronto. Aprendí mi oficio. Y me emancipé. Si papá eligió a Silvia en vez de a mi madre y a mí... Si renunció incluso a la vieja casona de los Armas... Allá él. De todas formas, ir a buscarlo hubiera sido una puñalada traperera para mi madre. Una traición. Ella no me lo hubiera impedido, de eso estoy seguro. Hasta lo hubiese comprendido. Pero sé que le hubiera roto el corazón.

—Una última pregunta, Pancho: ¿te supone algún problema seguir con lo de Córdoba?

—¿Por qué habría de suponerlo?

—No sé. Por cómo has estado todo el día, creo que la conversación con Laura Cano no te gustó.

—Es cierto. Me recordó a mi madre. Puedo entender cómo se siente. Pero, amiga mía, yo soy fotógrafo. No Dios.

Enterramos a Lena en el cementerio del puerto. Donde marineros y calafates. A media tarde. En un nicho común. Aparecieron tantos restos de anteriores inhumaciones que Pancho, con su demonio socarrón, bromeó con que había más gente dentro que fuera de la tumba. Y lo peor era que tenía razón. Cinco personas nos dimos cita allí. El cura, un franciscano con la mirada hundida y flaco como un guirre. Sor Micaela, toda circunspecta y solícita. Turo, a quien habíamos dejado a solas un par de horas con una botella de whisky de malta que le ayudara a sobrellevar mejor la pena. Y nosotros dos. Yo debía de estar muy afectada porque no me di cuenta de las fotos que Armas tomó de aquel entierro. O quizás fue que mi amigo se volvió invisible una vez más. El caso es que las hizo. Y —al César lo que es del César— eran buenas. Pero cuando, al día siguiente, las puso sobre mi mesa de la redacción para montar la primera entrega del reportaje, le aseguré que, si llego a pillarlo en plena faena, le hubiera hecho comer la máquina. Por suerte para todos ni me enteré.

Eran buenas. Sí. Y, pese a todo, apenas me dijeron algo que yo no hubiese apreciado aquella tarde. El cura era el mismo, tal vez incluso más afilado que el de mi memoria. Un tipo sacado del teatro de Molière: enjuto, siniestro, aguileño, a juego con su condición de enterrador. A uno de los retratos de Sor Micaela le descubrí un mohín sollozante que se me había pasado por alto la tarde del cementerio. No era de extrañar que el loco Tabares la considerara un ángel, pues hasta un halo de apacible beatitud le rodeaba la figura, sus manos entrelazadas aferrando un rosario, humillada la cabeza, inmaculado el manto. Junto a ella el pobre Turo parecía el lado oscuro de la fuerza —o como quiera que se tradujese— de *La guerra de las galaxias*. Su pelo enmarañado y sucio se le empegostaba en la frente, sus ropas habían perdido el color original y las uñas ya no se le distinguían, una costra de mierda desde la muñeca hasta las yemas de los dedos.

Sin embargo, el compañero de Lena aparecía sonriente en casi todas las fotos. Recuerdo que Pancho y yo, de regreso a parque San Luis, nos disputamos el origen de ese gesto. Para Armas, racionalista y escéptico hasta el pomo, era cosa del whisky, según él un licor que propende al cinismo, frente al ron, más dado al alboroto. Para mí era algo más profundo, una suerte de homenaje a la amiga muerta, acaso un pacto. Tal vez lo hubieran acordado en alguno de los escasos momentos de lucidez que compartieron: nada de llantos, amigo, el que sobreviva recordará al ausente con alegría, brindará por el otro, le mojará las patas, se meará en su tumba si hiciera falta, cualquier cosa antes que darle el gusto a la muerte de verlos soltar una lágrima. Eso. Que se joda la muerte.

No quisimos dejar solo a Turo esa primera noche. Lo acompañamos a su banco. Le impedimos que acabara la botella de malta. Nos comprometimos a guardarle el resto para el siguiente día. La prendimos en una rama del flamboyán en forma de cuña. Tuvimos que jurar por la memoria de Lena que nadie bebería ni un solo trago.

Y nos turnamos para hacer guardia en la cabecera —o a los pies, cualquiera sabía allí— del camastro andrajoso. Al caer la noche, los colegas fueron llegando uno a uno a darle el pésame al navarro: la mujer famélica y desdentada —entonces descubrimos que le decían la Chelo—, el enfermo de sida, Roque, el loco Tabares. El gran teatro del mundo. La parada de los monstruos. Puro esperpento en mitad de la nada. Todos traían el mismo semblante, una mezcla de sentimientos encontrados: pena, alivio, miedo. La pena por la compañera que ya no volvería. El alivio por no haber sido ellos. El miedo de saberse advertidos, de saber que la muerte solo avisa una vez y el día menos pensado a cualquiera le podía tocar la lotería.

También se presentó un tipo al que no habíamos visto antes. Alguien que, de no ser por la mugre y la hediondez, hubiera encontrado hasta guapo. Escondía un pelo rubio e ingobernable bajo una gorra *rasta*. Y mostraba con descaro el resto de su fisonomía: los islotes azules de sus ojos, la piel atezada, el torso descarnado, la sonrisa fácil. El loco nos contó la historia de aquel hombre. Le llamaban Bob Marley, cómo no. Se ganaba la vida de lavacoches. ¿Con eso le daba para comer? Claro. A la vista estaba que no necesitaba mucho. Para comer y para marihuana, que era lo que le iba. De qué si no iba a sonreír tanto. Tenía más traza de bohemio que de desarrapado. Unos meses atrás, a un vecino al que solía lavarle el coche —un viejo *vauxhall victor*, con el asiento delantero enterizo y cambios en el volante— le dio por morir de repente y, cuando desempolvamos sus papeles, resultó que se lo había dejado en herencia a él. Por eso nunca lo habíamos visto. No dormía en los chaflanes como los demás, sino en los tinglados del puerto. En el mismo coche. En el asiento corrido. Un tipo huraño Bob Marley. Llegó, saludó a Turo, se detuvo un instante a hablar con Roque y con la esmirriada, y desapareció entre los parterres. Jamás se volvió a dejar ver por el parque. Al menos no en el tiempo que estuvimos allí.

Turo agradeció a todos las condolencias. A su modo. Sin ruido. Sin palabras. No hubo abrazos ni frases hechas. Nada de *Ánimo*, hay que sobreponerse, no somos nadie, siempre se van los mejores, blablablá. Eso lo dejaban para los otros, para los que vivían al sur del puente, en Barrio Antiguo. Allí, en parque San Luis, cada uno iba a su bola, nadie era nadie y, por tanto, ninguno era mejor que el otro. Allí, en parque San Luis, tenían claro como en ningún otro sitio que estaban de paso. Que los huecos que dejaban los que se iban, más temprano que tarde eran cubiertos por los que llegaban. Que sus vidas rastreras eran un constante *quítate tú p'a ponerme yo*. Nadie, por supuesto, hablaba de ello —igual que en casa, a raíz de la muerte de papá—, pero sucedía. Vaya si sucedía.

A medianoche, durante mi guardia, ocurrió algo inesperado. Había comenzado a lloviznar de nuevo y a mí me dio por pensar en lo caprichosa que es la vida. En cómo cambian las cosas cuando una las ve desde el otro lado del cristal. Y en cómo son de distintas si una está protegida, azocadita, en el salón de casa, viendo caer la lluvia, a

si una está botada en la puñetera calle, sin cobijo, enchumbándose hasta el alma. De las terrazas iluminadas llegaba el eco de un tango. Bandoneón y añoranza. La voz rajada y honda de Diego *El Cigala* brincaba por encima del piano cálido de Bebo Valdés, *niebla del riachuelo, amarrado al recuerdo, te sigo esperando; niebla del riachuelo, de ese amor para siempre me voy alejando; nunca más volvió, nunca más la vi, nunca más su voz nombró mi nombre junto a mí; esa misma voz que dijo adiós.*

Había en los bares una escandalera propia de víspera de fiesta. En realidad, pensándolo bien, con tantas sensaciones sublevadas, había perdido la noción del tiempo. Si me hubieran dado a jurar, hubiera sido incapaz de señalar el día en que estábamos. Para mí que llevaba nueve meses enredada en aquel reportaje. Y sin visos de parir nada coherente. De pronto, de entre las mesas de una de las terrazas, escaparon dos sombras. Con el tango de fondo, mi pesimismo y la cortinilla de agua que caía, dudé si no me habría dormido, si no serían Bebo y *Cigala* que venían a rondarme en el sueño. De cualquier modo, con la luz a su espalda y el vaho de lluvia, era imposible distinguirlos. Hasta que los tuve a mi lado, al abrigo del árbol.

Una mujer y un hombre. Ella era morena. Más atractiva que hermosa. El pelo azabache, recogido graciosamente en un moño corto, moteado de gotitas de lluvia. No necesitaba ni un retoque de bisturí, ni un apaño cosmético, ni un vestido suntuoso. Venía muy poco pintada, apenas una breve línea bajo sus ojazos y algo de brillo en la pulpa de sus labios. Llevaba la edad —medio siglo, nada más y nada menos— con la soltura de una adolescente. Sus arrugas, algunas muy pronunciadas, se las había ganado a pulso. Y las paseaba como una sombrilla en los días tropicales. Sin duda era conocedora de que, en vez de arrebatarle la belleza, solo se la afinaban. Guadalupe Cifuentes. Eureka. La mucama de Veracruz. Por fin. La hubiese reconocido incluso de no llegar acompañada de Diego Córdoba.

Él hizo una parca presentación a sabiendas de que era del todo innecesaria. Yo había oído hablar mucho de Lupe y ella —lo supe por cómo me miro— adivinaba quién era yo. Tenía una mano bonita y grande subrayada de venas violáceas. En su apretón había un arreglo de vigor y ternura. No la retiró de inmediato como hacen esas mujeres que esquivan el contacto con las otras. No. La mantuvo firme. Y, como para reforzar su espontaneidad, arrió la izquierda hasta atenuar mi mano con las dos suyas. Todo sin dejar de mirarme a la cara, Es un placer conocerla, señorita Morante; solo lamento que tenga que ser en estas circunstancias. Yo le agradecí la cortesía y convine con ella en que eran malos tiempos para el romanticismo, Pero uno no elige, doña Guadalupe, ni a los amigos ni el momento en que los conoce. Ella sonrió y se le iluminó hasta el último surco de su rostro, Tiene razón, pero si quiere que seamos amigas de verdad, llámeme Lupe; el Guadalupe lo tengo desterrado: o trae ingratos recuerdos o lo pronuncia gente pendeja y lambiscona que no más pretende ofender.

Diego no abrió la boca. Permaneció a un lado, observándonos con un guiño curioso, la mirada viva y alerta, como si tasara el valor de una piedra preciosa. Luego señaló con la cabeza al bulto que yacía al amparo del árbol, ¿Cómo anda el amigo navarro?, menuda trastada lo de vivir una vida como esta, que antes de sentarte a la mesa, ya te han ahorcado el doble seis. Iba a revivir mi conversación con Pancho en los pasillos del Virgen de la Peña, cuando el fotógrafo me robó la vez. No insista, Córdoba, no la va a convencer; según Olga, los seres humanos somos supervivientes por naturaleza. Diego dejó su vista tendida entre Armas y yo, fisgoneante, tanteando la forma y el tamaño de nuestra relación, Siento haberlo despertado, don... ¿Francisco?, ¿Pancho?, ¿también le escuece el nombre como a Lupe?, espero no haber sido un fastidio para su sueño. Y Armas, ya desvelado del todo, No se apure, la culpa es de *El Cigala*, ¿*El Cigala*?, es ese que canta con la voz quebrada; pasa que debo de tener un muelle flojo, porque desde que oigo música mis pies y mis caderas pegan a bailar como hechizados.

La risa brincona de la veracruzana se coló en la conversación, ¿De veras?, qué linda coincidencia, a mí me ocurre lo mismo, aunque lo achaqué siempre a la ascendencia americana, de modo que tendré que revisar mis cálculos. Yo aproveché la leve cola que traía la voz de la mexicana para devolvérsela a Pancho, indiscreción por indiscreción, A sus cálculos no les ocurre nada, Lupe; ahí donde lo ve, mi amigo es más brasileño que otra cosa, lleva el ritmo en las venas.

Arrebujados bajo el flamboyán, aguardamos a que escampara en una discusión inofensiva, una reflexión que se columpiaba entre la identidad latinoamericana y la pobreza. Lupe y Pancho hicieron causa común para explicarnos, con fingida modestia, lo que significaba pertenecer al tercer mundo. Si alguien nos oyó esa noche, hubiese pensado que ellos habían nacido en la miseria más absoluta, mientras que Diego y yo pertenecíamos a una clase social favorecida por todo tipo de recompensas que, por supuesto, ninguno de los dos reconocía. Por eso, siempre según ellos, la visión de parque San Luis les resultaba menos truculenta que a nosotros, más tiernos y acostumbrados a tenerlo todo. ¿Y la muerte? Ah, caramba, la muerte era otra cosa. Ahí nos perdonaron la vida. Porque la muerte —eso estaba escrito desde el principio de los tiempos— nos hermanaba a todos. Igual de cabrona y despiadada en casa del enfermo que en la del médico.

Eso sí, Pancho, animado quizás por el hechizo que sin duda habían producido en su ánimo los ojos de la veracruzana, sostuvo la teoría científica e históricamente demostrada de que la muerte en casa del pobre tiene más rendijas por donde colarse. Utilizó el símil de los terremotos y las catástrofes. En todos los países ocurren, pero, claro, con resultados bien distintos en Bangladesh que en Tokio. En una ciudad morían dos o tres mil personas y quince o veinte mil perdían sus casas. En la otra, apenas había media docena de heridos y solo tenían, si acaso, que cambiar la

cristalería. Diego tomó la palabra para preguntar si había oído bien, si aquello significaba que nosotros éramos Tokio y Lupe y Pancho, Bangladesh. Porque, hasta que no se demostrase lo contrario, el único que vivía de verdad bajo un saliente de la calle era él, Diego Córdoba. Lupe tenía el negocio más próspero que se podía tener. Ayer, hoy y mañana. Lo de las putas, con perdón, era un valor seguro, ríase usted de la fluctuación bursátil. Y las de periodista y fotógrafo, por lo que se veía, eran profesiones distinguidas que, además de pagarte la hipoteca, te dejaba tiempo libre para jugar a detectives.

Hubo un silencio embarazoso durante el cual Armas y yo intentamos leer entre líneas. Fue inútil. No había emoción en el discurso de Córdoba. No parecía estar bromeando. Pero tampoco se apreciaba enojo en sus palabras. Todo lo más un leve desdén ante lo que acababa de escuchar: que un fotógrafo de quien apenas tenía noticia hubiese cometido la insolencia de sentenciarlo, sin saber quién era él en realidad ni de dónde venía ni cómo había acabado allí. Lo que más me desconcertó fue lo de «jugar a detectives». ¿Habría hablado Córdoba con su ex esposa después de nuestra conversación telefónica? Improbable. No se comunicaban sino por medio de los abogados. Además, de haber sido así, el hombre no hubiera mantenido la frialdad y el despego que mostró durante la breve charla. Alguien que había sido capaz de mandarlo todo a la porra, no hubiese dudado en mandarnos también a nosotros a poco que le tocásemos las narices. La veracruzana acudió en nuestra ayuda con su voz dulce y apaciguadora. Se estaba haciendo tarde. Ellos tenían que irse. Y a nosotros, pobres, nos aguardaba aún una larga velada. Nos estrechó la mano, la de Pancho quizás con más entusiasmo. Tomó a Diego del brazo. Y volvieron a perderse en la noche de otoño, en el instante mismo en que *El Cigala* remataba con nervio un hermoso bolero *Y, la verdad, no se porqué se me olvidó que te olvidé..., a mí que nada se me olvida.*

La noche, en efecto, se hizo larga.

Por suerte, de madrugada clareó. El cielo de parque San Luis se llenó de mil pecas luminosas. Y una luna descarada se instaló en lo más alto. Sin embargo, dentro de nosotros seguía lloviznando. No supe bien si por Diego, por Pancho o por la insistente presencia de mi padre, el caso era que me sentía terriblemente deprimida. Con ganas de llorar hasta secarme. Aguanté como pude, no tanto por pudor cuanto porque me parecía obsceno afligirme por mis propios fantasmas tan cerca de una muerte, la de Lena, y una desolación, la de Turo. Y sospechaba que al fotógrafo le ocurría lo mismo. Solo era una intuición, claro. Porque —cada uno repantigado en su margen del banco— no volvimos a hablar hasta que las primeras luces del amanecer asomaron la frente por encima del Faro de los suicidios.

El Faro de los suicidios llevaba en la playa del Farallón cuatrocientos años. Lo habían erigido los conquistadores en honor a su victoria. Y lo habían hecho a conciencia: escapó a tres cañoneos, al célebre maremoto de mil ochocientos uno, y al incendio que arrasó media ciudad en la primavera de mil novecientos quince. Por eso, aunque encarnaba la derrota más dolorosa de los isleños, y aunque ya había quedado en desuso desde hacía casi medio siglo, ningún alcalde tuvo el valor de demolerlo. Así que quedó allí, solitario y distante, como una palmera en el desierto. Y allí iban todos (jugadores sin fortuna, amantes infelices, hombres de negocio arruinado, locos de remate y alguna que otra viuda desquiciada) a inmolarse al modo de los antiguos indígenas: arrojándose al mar, de noche, desde el acantilado. Lo de la nocturnidad, según se mire, tenía también su leyenda. El Faro de los suicidios era el último rincón, la última boca de la isla que el sol besaba cada día. Y el espectáculo del atardecer era tan soberbio, tan majestuoso, que hasta el más desdichado acababa por recapacitar y por volverse a casa.

Cuando amaneció, Turo aún roncaba la tajada. Y Armas se removía en su rincón, martirizado por las agujetas, ¿Estás dormida, Olga?

—Ya no.

—Vaya. Lo siento.

—Era broma. No he podido pegar ojo en toda la noche.

—Lo suponía. La cosa se complica.

—¿Y eso?

—Eso es que el reportaje se nos ha ido de las manos. Nos hemos olvidado pronto de los mendigos.

—Solo hemos cambiado de papel. No servimos para redentores.

—¿Cómo?

—Sí. Cuando llegamos, esperábamos encontrar a tipos como Lena y Turo y la chica esquelética y el loco Tabares. Hombres derrotados, mujeres degradadas, miseria, marginación, vidas irremisiblemente al sumidero. Era lo lógico, ¿no?

Presagiábamos una ciudad sin esperanza dentro de otra sin alma. Y nosotros, los libertadores, la voz de los sin voz, la luz en la oscuridad y chorradas de esas.

—Y entonces aparecieron dos fantasmas.

—En efecto. Y nos bajaron los humos de un cachetón. Hemos pasado de mirar al suelo a mirar al cielo. De sentirnos afortunados por no estar en la calle como pordioseros a sentirnos vacíos por no vivir las vidas de Lupe o de Diego. Si no sus vidas, al menos la intensidad con la que las viven. Parece que nos hayamos enamorado de ellos.

—¿Enamorado? Mujer, yo no diría tanto.

—Lámalo como quieras. El caso es que nos intrigan más que los otros. No me preguntes por qué. A lo peor nos estamos volviendo idiotas de tanto ver culebrones y folletines sensibleros. O será que, en los tiempos que corren, las historias de amor seducen más que las de muerte. Diego y Lupe son Unicornios. Tréboles de cuatro hojas. Delicados y únicos.

—¿Nos hemos implicado demasiado en todo esto?

—Tú lo has dicho, Pancho. Hemos perdido la perspectiva. Reconocerás que ambos tienen una personalidad, ¿cómo te diría?...

—Aplastante.

—Aplastante.

—Y ahora ¿qué?

—Ahora nos pasa como a los suicidas que van al Faro al atardecer: nos cuesta decidir si merece la pena.

—¿Y entonces?

—Entonces tenemos dos caminos: o nos tiramos de cabeza al barranco o nos volvemos a casa con el rabo entre las piernas.

—Yo solo.

—Ni se te ocurra repetirlo. Tú solo haces las fotos. Lo sé. A mí me toca decidir. También lo sé. Pero lo que no sé y quiero saber es lo que harías tú.

—¿Lo que haría yo?

—Sí. Fíjate por dónde: estoy dispuesta a aceptar lo que decidas.

—Coño, Olguita: sabes lo mal que se me da tomar decisiones.

—Pues es una mañana bien linda para aprender.

El relevo llegó a eso de las ocho. En forma de milagro. Sor Micaela se había fajado como una mula con sus superiores para que consideraran a Turo como un enfermo más y le permitieran pasar una temporada, acaso la última de su existencia, en el Virgen de la Peña. Y se nos presentó en parque San Luis para llevárselo. Ella, otra monjita igual de pulcra y dos recios enfermeros. Por supuesto, el navarro tenía aún tibia en la memoria la imagen de Lena en una de las camillas metálicas. Y la sábana blanca sobre su cuerpecito. Y el balde de agua y aceite. Y la silla incómoda. Y

el canto fúnebre de los gitanos. Y la muerte.

De modo que hizo lo que cualquiera hubiera hecho en su lugar. Oponer resistencia. Mentarnos la madre. Cagarse en todo lo humano y lo divino. Llorar. Patalear. Berrear. Las hermanas salesas le juraron por el manto de la virgen que no iban a permitir que se muriese. ¿Cómo podía hacer alguien semejante juramento? ¿Quién puede prometer una cosa así? Ellas. Sor Micaela y sor Virtudes. Por supuesto. Tenían cuña con *el de arriba*. Él les había hablado y estaba en esos instantes inspirando todos sus actos. ¿Una prueba? ¿Cómo que una prueba? ¿Se creía Turo, acaso, que Dios no tenía otra cosa que hacer que estar mandando pruebas? ¿Pensaba que aquello era uno de esos programas de la televisión en donde, de buenas a primeras, te aparece un abuelo o un tío carnal que creías muertos? No. Turo no lo pensaba. Pero sin una prueba no se movía de parque San Luis.

En esto que, a causa de un golpe de viento o de una ardilla juguetona o de un crujiir repentino de la madera —nadie supo ni quiso preguntar—, la botella de whisky que habíamos escondido entre las ramas cayó al suelo y se hizo pedazos contra las raíces del árbol. Al navarro todo se le fue en miradas atónitas: al licor derramado; a nosotros, para toparse con nuestra resignación; a los enfermeros, para hallar una sonrisa epiléptica, mitad burla, mitad desconfianza; a las madres salesas, para corroborar otro milagro en sus ojos piadosos, ¿No querías una prueba, hombre de poca fe?, pues ahí la tienes.

El eco de sus gemidos, aún incrédulos, nos acompañó un buen trecho. Y se nos añurgó el alma, conscientes de que lo que acabábamos de experimentar era lo más parecido a una despedida. Hasta que llegamos a una cervecería y la combinación del hambre que traíamos y el repentino olor a pan y a café recién hechos nos volvió traidores, ingratos, amnésicos. Más que desayunar, devoramos. Tanta ansiedad mostramos que el camarero, con un deje guasón impropio de la hora, mientras se acercaba a la mesa a servirnos por tercera vez en apenas diez minutos, nos preguntó Señores, de verdad, ¿lo de ustedes era hambre o prisa?

Yo andaba decidida a que fuera Pancho quien zanjara la cuestión del reportaje. Mis silencios y mis gestos no le dieron tregua.

Y él, antes de acabarse el último café, ya lo había resuelto. Continuaríamos. Cómo no. Lo esperaba —el fotógrafo estaba tan harto como yo de artículos desabridos y noticias anodinas—, pero me sorprendió su agilidad para ordenar los siguientes pasos. Lo primero, una ducha. Necesitábamos regresar a nuestras vidas, al menos por unas horas, antes de que nos volviésemos chalados del todo: él revelaría las fotos que había tomado en el parque y en el cementerio; yo escribiría la primera entrega a fin de que saliese en la edición del domingo; y el totorota de Alberto Dávila tendría que comerse con papas su sarcasmo y su risita boba. Lo segundo, una breve visita a un colega que trabajaba en los juzgados: con algo de suerte, podríamos dar

con la famosa Yaiza, a ver qué tal bailaba. ¿Y lo tercero? Lo tercero era más complicado. Requeriríamos un último milagro. ¿Qué milagro? Hacer hablar a un mudo.

Esa mañana, de camino a mi apartamento, se me derramó una felicidad que no recordaba. Era un gozo inexplicable, casi ingenuo. Unas ganas locas de abrazar a todo el que me tropezaba en la calle. ¿Qué tal? ¿Cómo le va? Soy Olga Morante. Sí. La periodista. ¿No me conoce? Pues para su información, vivo en la calle Maninidra esquina Primero de Mayo. Allí tiene usted su casa para lo que guste. Qué día tan hermoso, ¿no le parece? El otoño. Claro. El otoño y su dulce murmullo de hojarasca. Pero esa dicha repentina, como casi siempre, me vino acompañada del remordimiento de turno: ¿cómo era capaz de sentirme radiante en momentos tan sufridos? Evité, por muchas razones, comentarlo con Pancho. Porque me hubiera soltado una homilía sobre la culpa y los colegios de monjas. Porque me hubiera recitado a Benedetti, *Seré curioso, señor ministro, de qué se ríe, de qué se ríe*. O mucho peor: porque, aunque era un tipo magnífico y le había cogido cariño del bueno, no dejaba de ser hombre, y lo hubiese achacado a la regla y a mis hormonas revueltas, y entonces sí que se hubiese armado la marimorena. Lo dejé estar, pues. Nos despedimos hasta la tarde, en que nos encontraríamos en la redacción para cumplir la primera parte del plan.

No estaba dispuesta a que nada ni nadie me amargara ese día, de modo que al llegar a casa desprecié las luces parpadeantes del contestador. Seguro que mi madre había agotado la cinta con mensajes fatalistas. El apartamento olía a suavizante. Gina había venido el miércoles y había echado a lavar sábanas y toallas. La ropa me esperaba doblada sobre la cama con su olor a frutas. Pasé la mañana en el baño, la radio encendida sobre el lavamanos. Ni siquiera me molesté en cambiar de emisora con lo que me la pasé escuchando la que Gina elegía cuando limpiaba. Una cadena especializada en cantantes de moda, lentos y románticos como ellos solos. No importaba. Mejor. Así no me distraería.

Estuve tanto tiempo en el agua que mi piel parecía la de una vieja cuando salí de la bañera. O tal vez fuese la mía de después de la batalla. Tal vez había mudado como las serpientes. Solo que las serpientes son listas y se mudan a otra piel nueva y brillante, mientras yo me había convertido en mi madre. De hecho —mira quién habló de fatalismo— la mujer que me miraba de arriba abajo desde el otro lado del cristal se parecía a ella. Estaba más delgada. Había perdido pecho. Se le marcaban las costillas. Ahí sí tuve que cambiar de emisora porque Luis Miguel, qué forma de amariconar un bolero, no hacía juego con mi recién estrenado aspecto. Pensé en qué oiría mi madre para ponerme en situación. Y, como no encontré una de tangos y no estaba el horno para música clásica, me pasé a los informativos. Me confortó descubrir que, al menos, el mundo no se había movido de su sitio. Las mismas voces. Las mismas tertulias. Los mismos anuncios. La misma guerra.

La hora de comer me agarró, por supuesto, sin hambre. Me probé varios vestidos hasta dar con uno dentro del cual no se me notara la decadencia. Lo asocié con un collar de cuentas y una pulsera. Elegí un perfume que disimulara el olor a pobre. Me calcé unos zapatos de tacón para darle el gusto a mi madre, que aún creía que los planos eran de marimacho. Y salí a aliviar la mala conciencia. Pero a mi mala conciencia aún habían de quedarle unos días de purgatorio porque ni mamá ni Ana estaban en casa. Luego de tocar tres veces al timbre, tuve que entrar con mis llaves por la puerta que casi nunca se utiliza y casi nunca se abre porque da al salón bonito y estuvo siempre destinada a las escasas visitas importantes que teníamos. Desde lo de papá, por supuesto, mi madre no volvió a recibir una visita importante. Ella es muy categórica en cuestiones de etiqueta: cuando decide cerrar una puerta, la cierra. Y, al que no le guste, a quejarse al maestro armero. Lo cierto es que, puesto que fui la primera en mandarme a mudar, en el reparto de llaves, me tocó en herencia la de la puerta supletoria, la de la puerta de visitas, la de la puerta trancada para siempre amén.

Hubo una época en que me dio miedo. No era un miedo infantil, qué va. Me agarró ya grandita. Hacía poco que me había mudado al apartamento. Y, cuando ya no tuve valor para seguir postergando la inauguración, invité a unas amigas a cenar. Casi todas llegaron con algún regalito para vestir la casa nueva: un jarrón para flores, un reloj, un juego de cubertería. Salvo una. Lola Sastre. La llamamos Lola *Sartre* porque desde chica ya era rara y filósofa. Quien no tenga una amiga rara y filósofa que tire la primera piedra. Lola, medio en broma medio en serio, me regaló una colección de cuentos de segunda mano. Cuatro libritos de Cortázar que había publicado Alianza a finales de los setenta: «Ritos», «Juegos», «Pasajes» y un cuarto del que no recuerdo el título.

A Lola le habían llamado la atención en una librería de viejo de Madrid y, según dijo, supo que tarde o temprano los iba a necesitar para alguien. Venían acompañados de una tarjeta en la que se veía el retrato del escritor envuelto en el humo de un cigarro. Ella la aprovechó para brindarme una dedicatoria con visos de premonición: «Si eres capaz de leer a Cortázar de principio a fin y, aún así, decides seguir viviendo sola, mi más sincera enhorabuena: ni siquiera un hombre podrá atemorizarte. Te quiero. Lola». Ni que decir tiene —ya ha quedado clara mi pasión por los retos— que lo primero que hice esa noche desde que se fue la última de mis amigas fue sentarme a leer, uno a uno y por riguroso orden, los famosos relatos. Lo cierto es que lo llevaba bastante bien. Las primeras dos semanas sobreviví a los «ritos». En la tercera me divertí con los «juegos». Y, cuando ya me creía a salvo del sortilegio, nada más abrir los «pasajes», vino el diablo del miedo a colarse en mi sofá, bajo mi manta azul iberia.

«Casa tomada» se llamaba el cuento. Y fue leerlo y acordarme de la dichosa

puerta de invitados y entrarme una angustia remordida cada vez que visitaba a mamá. Tanta que, si no había nadie, me sentaba a esperarla sentada en la escalera del portal como cuando chiquilla. Entonces llegaba ella y volvía a leerme la cartilla con lo de mis distracciones, Mira tú que volverte a dejar olvidadas las llaves, m'ija; el día menos pensado te dejas la cabeza. Y yo, claro, bajaba el labio y aguantaba el sermón sin rechistar. Tardé más de un año en superar la aprensión y en retomar la lectura de los cuentos. Pero lo hice. Y los acabé. Y continué viviendo sola en mi apartamento. Y ningún otro relato me caló tan hondo como «Casa tomada». Y ningún hombre llegó a atemorizarme ni siquiera un tanto como Julio Cortázar.

No tenía tiempo de andar averiguando dónde había ido mi familia, así que a mi madre le dejé una nota —No me he muerto, mamá, no tendrán esa suerte. Pienso seguir dándoles la lata. Es que estoy hasta arriba de trabajo. De veras, desde que tenga un huequito, te llamo. Lo prometo. Un beso gordo—, y a Ana, el regalo que le había comprado en una tienda de decoración italiana: la lámpara de cristal que tanto le gustaba y llevaba pidiendo desde hacía dos navidades.

Frente al edificio de mi madre había una parada de guaguas. Cuando bajé, dos gusanos amarillos no hacían más que devorar y vomitar viajeros. Cualquiera de los dos me hubiese dejado a las puertas de la redacción en quince minutos. Pero decidí andar. Los gusanos bulímicos tenían un aspecto amenazador. Y yo estaba echando en falta un paseo bajo el sol de mediodía. Además, no tenía prisa. Hasta las cuatro no había quedado con Pancho. Y tampoco me apetecía encontrarme con Alberto tan pronto, sin haber asumido aún mi nueva piel, sin haber digerido del todo mi experiencia en parque San Luis. Dávila salía a las tres y no regresaba nunca antes de las seis y media. Si andaba lista, podría ir, escribir mi artículo, dejárselo acabado a quien estuviese en la rotativa y salir —«escapar» se hubiera correspondido mejor con mi intención— antes de que él volviese. Luego, con desconectar el móvil, tendría más que suficiente para evitar sus preguntas y sus digresiones malévolas. ¿Miedo? Puede. Más por mí que por él. Pese a mi historia con Cortázar, no soy una quejica. No me late la lágrima con facilidad. Pero acababa de pasar por el trance de sentirme pobre, de crearme violada, de descubrirme inútil, de intuirme huérfana, de saberme mortal. Y con esas cartas no pensaba sentarme a la mesa con Alberto Dávila.

El trayecto hasta el periódico resultó más largo e intenso de lo esperado. Tuve la firme sensación de estar en otra ciudad que no era la mía. Me costó enfocar las calles, las esquinas, las fuentes. Hasta los mendigos —tan familiares y reconocibles antes— me parecieron todos iguales: el mismo rostro incoloro y borroso. Todos excepto uno. Yo llevaba desde la mañana con una matraquilla en la cabeza. Traía a cuestas una canción como quien arrastra una digestión pesada: *I fall in love too easily, I fall in love too fast*. Seguramente se me habría colado durante las horas de radio y bañera. El caso es que, al doblar una esquina para tomar la Calle Mayor, me pareció que a mi

voz clandestina alguien le ponía música.

De repente, me hallé acomodando la letra a un tono más agudo, acompasándola a un ritmo más rápido, como quien acelera el paso para coger un tren. No advertí de dónde provenían mis prisas hasta que llegué a la puerta de una zapatería. Allí, un viejo acordeonista, sonriente y ciego, tocaba la misma canción. No quise obsesionarme con la casualidad pero se me erizó la piel al pensar si el tiempo no estaría de nuevo jugando conmigo. Por si acaso, para aplacar su furia, decidí echarle unas monedas a la funda vacía del acordeón que me miraba, en lugar de su dueño, igual que un ataúd en espera de inquilino. Un letrero avisaba al despistado: «una ayuda para un pobre músico sin ojos». Al oír el tintineo de las monedas en el ataúd, el viejo hizo una graciosa reverencia, Muchas gracias, bella joven; Dios se lo pague poniendo alguien en su vida que le devuelva la sonrisa.

Volví sobre mis pasos para enfrentarme al tipo y a la mueca estrambótica de su acordeón, Y usted, buen hombre, ¿no quedamos en que era ciego?, ¿de dónde saca que soy mujer y joven? El viejo, mostrando sus encías medio habitadas, En efecto, quedamos en que no puedo ver, señorita, pero oigo y huelo como nadie en diez kilómetros a la redonda y ese taconeo y ese perfume la delatan. Y yo, picada por la curiosidad, Vale, Sherlock, admitamos que me pasé con los zapatos y la colonia, pero lo de mi belleza y mi sonrisa se le habrá escapado. Y él, sin dejar de tocar *nuestra* canción, No crea, yo —y perdone usted a mi lengua— huelo la tristeza antes que la mierda; es amiga de infancia.

Y yo, comenzando a dudar si no estaría soñando todo aquello, Caramba, caballero, ¿tanto me hiede a mí? Y él, disfrutando con su disertación, Verá, un poco sí; esa canción que tarareaba y ese ritmo de tacón, y esa forma tan lánguida de dejar las monedas en la funda, sin arrojarlas como hacen los demás, revelan demasiada nostalgia para un día tan hermoso; ¿y lo de la belleza?, ah, lo de la belleza es una simple cuestión de percepción: los ciegos, como comprenderá, tenemos un concepto diferente de esa cosa que tanto les aterra a los que ven; yo sé que es usted bella y, si se atreviera a sonreír un poco más, sería la leche.

Y yo, halagada, Gracias por el consejo. Y él, exagerando otra reverencia, A usted por las monedas y la charla.

Vieja. Empedrada. Peatonal. Y, desde luego, no tan grande como una la recuerda de niña. La Calle Mayor no difiere en mucho de la de cualquier ciudad. Su originalidad reside acaso en la arquitectura colonial: casonas con largas balconadas de madera, desconchones de piedra viva y paredes grumosas de un color terroso y fueguino. Todas tienen su patio interior con galerías cuadradas y una pila de agua. Los bancos y las farolas, aunque de construcción moderna, están inspirados en las añejas fotografías de principios de siglo veinte que están expuestas de un modo permanente en el Gabinete Literario.

A esa hora del mediodía, a causa de la indisciplina del otoño en estas latitudes, hacía un calor despótico que amenazaba con dejarte ciega. Pensándolo bien, a lo peor el acordeonista no había nacido así, sino que llevaba demasiado tiempo tocando *I fall in love too easily* en la puerta de la zapatería. El asunto es que, con aquel tiempo bronco y aquel cielo intenso y repleta de anuncios de todos los colores, la Calle Mayor era el desierto de Nevada. Solo que, en lugar de hoteles y casinos, tenía joyerías, bazares, bancos, tiendas de indios y cafés. En cualquier caso, se trata de lo mismo: de atraparte como en una tela de araña, de seducirte, de comerte, de evitar que salgas antes de pulirte la pasta. Así de putas son las Calles Mayores. Esa en concreto remataba en un viejo edificio cuartelero de piedra oscurecida. La Jefatura del Ejército. Una construcción fría y húmeda. Sus paredes sudaban un moho macilento, una herrumbre mestiza, entretejida por el orín del mar y las cagadas de las palomas. Porque esa parte de la ciudad, donde el antiguo puerto de San Telmo, en vez de gaviotas, estuvo siempre plagada de palomas. Hay cientos. Quizá miles. Anidan en el campanario de la Catedral. En la torre del Obispado. En la azotea del Gabinete Literario. En el Banco de España. En el Palacio del Ejército. Le dan al paisaje una pátina verde poco esperanza. Maldito azote.

Al pasar por delante del portón de madera, volví a echar un vistazo al patio de armas. Era un lugar común. Un recuerdo de infancia. Aquella había sido mi rutina diaria durante varios años. Y me animó encontrarlo como y donde mismo estaba. Apenas había cambiado. Allí seguía la hilera de armaduras, pulidas, diminutas, hechas para soldados niños o soldados enanos. Y también el esqueleto de bronce de un palafrenero con su caballo disecado. Y, para compensar el efecto de tan patético ejército, aún estaba el cañón. El que se dejaron olvidado los nacionales en la guerra civil. Total, ni siquiera tuvieron necesidad de usarlo. No había contra quien: los pocos rojos que se levantaron en la isla cayeron antes de que se les oyera protestar. El dichoso cañón apuntaba al palomar. Pero, por el aluvión de pichones que seguía anidando en la ciudad vieja, su efecto intimidatorio era nulo. Solo una cosa eché a faltar en aquel paseo: la mirada furtiva y lujuriosa del soldado de guardia que tantas veces me escoltó y que halagaba mi vanidad de mocosa. De hecho, las mañanas en que el recluta de turno, la mayor parte de las veces porque había un superior en la puerta, no me miraba el culo, me rebotaba tanto que volvía a casa a cambiarme de ropa. Ese mediodía, para mi pesar —me hubiera venido bien un piropo—, no había soldado. En su lugar, me topé con los ojos inexpresivos de una muchacha rubia y corpulenta a quien el uniforme le caía de pie.

Cuando me senté a redactar el artículo, aspiraba a contar una historia inequívoca. Directa. La de una mujer sin nombre, sin edad y sin rostro. Una chica a quien la vida le había dado la espalda. Una existencia aperreada. Una muerte absurda. Y treinta céntimos en medio de todo. Pero ¿a quién quería engañar? Lena tenía nombre. Y edad. Y rostro. Y cada porción de aquella crónica me la recordaba. El problema era que nada de lo que escribía le hacía justicia. Cada nueva frase me sonaba más trivial y, por lo tanto, más obscena. Se me fue el tiempo en construir una idea sobre las ruinas de otra, igual que un fumador impenitente enciende el cigarrillo con las babas del anterior. Alguien dijo que el mueble más importante de un escritor es la papelera. De no haber estado yo en una redacción de periódico delante de un ordenador conectado a la red, de haber sido una escritora romántica o una guionista de cine de las que se pasan media vida empeñando y desempeñando sus remington o sus hammond para pagar la pensión, mi cesto no hubiera dado avío a tanto papel estrujado.

Armas llegó a salvarme en pleno naufragio. Venía recién duchado y oliendo a lavanda con una carpeta de fotos para que yo eligiera. Cruzó el zigzagueante río de mesas que ataviaba la sala. Y, al verme allí ante la pantalla, desgredada, mortificándome el pelo con la punta de un lápiz, dándole vueltas al mismo pensamiento, acercó una silla y se sentó conmigo, ¿Qué pasa, Olguita?, ¿se nos fue la inspiración? Y yo, señalando a la ventana temblorosa de mi ordenador, Este jodido, que va a su aire. Y él, leyendo la única línea que se había salvado de la quema, Ya, a su aire, claro; déjame ver lo que has borrado, ajá, mmm, sí, no está mal, pero para ese viaje no nos hubieran hecho falta tantas alforjas. Y yo, picada en mi orgullo, Anda al carajo, Pancho, y dime algo que no sepa; tú estuviste allí conmigo y viste lo que yo, ¿son cosas mías o lo hemos soñado? Y él, ablandando la voz, Ni una cosa ni otra, pasa que estás pensando como una periodista, quieres ser objetiva y ecuánime, pero aquí no te van a valer esos tejemanejes. Y yo, ¿Y entonces? Y él, ¿Cómo te sientes? Y yo, Rabiosa, indignada. Y él, Pues olvídate de las cinco doble uves y cuéntale tu rabia y tu indignación a los lectores. Y yo, Es que con quien estoy indignada es con ellos.

Era cierto. Después de lo vivido en parque San Luis me creció una grima incontenible hacia mis lectores. Cada vez que pensaba en ellos se me quedaba un regusto de ceniza en la boca. No sabía explicar por qué. Me figuré primero que tenía que ver con que por su culpa, por defenderlos, por atenderlos, por creer en ellos, me había visto metida en aquel enredo. Pero pronto comprendí que, lejos de odiarles, tenía que estarles agradecidos por permitirme vivir tan intensa experiencia. La razón de mi resentimiento había que buscarla más adentro, tal vez en la manera en que murió la pobre Lena. Me la imaginé en la parada, implorando a una multitud que pasaba, que esperaba la guagua. Y de imaginarme a Lena pasé a imaginarme a los otros. A los otros que la mirarían sin verla. Que la repudiarían sin conocerla. Que

pasarían a su lado desviando la mirada para no tener que enfrentarse a su miseria. Alguno, incluso, se atrincheraría detrás un diario. Miserables. Se habían gastado un euro en un maldito periódico y le negaban treinta céntimos a una mujer agonizante.

Pancho atajó mi inquina para alegar, en su defensa, que ellos no sabían que Lena agonizaba. Pues claro, es que si encima llegan a saberlo es para encerrarlos en un calabozo y tirar la llave al mar, para fusilarlos, vamos, nos habíamos vuelto locos o qué. Claro que no lo sabían, pero eso es porque llevan una vida de egoístas. Todos ciegos, mudos, sordos. Ahí anidaba el origen de mi rabia. En ese tipo que se escondía tras el periódico en el instante en que Lena se despeñaba del todo. Ese tipo cobarde era *mi* lector. Ese tipo insensible compraría el domingo siguiente *mi* diario y se sentaría a leer *mi* crónica. Para ese tipo mezquino y cicatero estaba yo escribiendo. Por eso era que me costaba tantísimo completar una línea. No. No era que Lena no se lo mereciera. Era el lector quien no se lo merecía.

El fotógrafo siguió jugando a abogado del diablo para excusar la complacencia del lector. Porque nosotros, Pancho y yo, una semana antes también vivíamos en ese egoísmo. Y escribíamos y tomábamos fotos para ese lector sin saber de Lena y de otra mucha gente como ella. ¿Otra mucha gente? Desde luego que sí. Gente oscura. Anónima. Nosotros solo habíamos arañado la superficie en parque San Luis. Lena, Turo, el loco Tabares, Roque. Eran solo la nata que flotaba en aquel caldero de mierda. Había cientos. Miles. ¿No leía yo las estadísticas o qué? De modo que tenía que tragarme la rabia y escribir mi artículo. O no. Mejor. Tenía que escupirla toda en el artículo. ¿No había dicho yo que habíamos perdido la perspectiva? Pues había que recuperarla. ¿Por Lena? ¿Qué por Lena? Por ella ya nadie podía hacer nada. Por los otros. Por los que aún quedan en parque San Luis. Si Pancho me hubiera espabilado a bofetones no me hubiera dolido más.

Pero surtió efecto. Me olvidé de las cinco doble uves y redacté una confesión. Sí. Pura y dura. Una apostasía de la periodista que era, que fui, que había sido. Admití mi torpeza, *Yo antes era como tú, lector*. Y mi ignorancia, *Pasaba por el parque de los desamparados con la cabeza gacha y el miedo en el cuerpo*. Y mi hipocresía, *Y los ojos cerrados, así les daba las monedas sueltas, las de cobre, las que nadie quiere, para adormecer mi sentido de culpa*. Y mis prejuicios, *Luego corría a casa a lavarme, no fuera que se me hubiese quedado pegado en las manos la sarna o algo así*. Y mi obstinación, *Y, aunque tuviera que dar un rodeo enorme, procuraba no volver a encontrarme con ellos*. Pero una confesión no tiene sentido alguno sin dolor de contrición *Por eso ahora, lector, hoy para ti, me siento indecente, traidora, renegada*. Y, mucho menos, sin propósito de enmienda *Por eso ahora, lector, hoy para ti, voy a contarte la historia de la mujer que no sabía lo que era una compresora*.

Pancho Armas, mientras tanto, anduvo revoloteando alrededor de mi mesa. De vez en cuando se acercaba a traerme un café o un botellín de agua o una de sus fotos

tomadas en San Luis por si flaqueaba mi inspiración. Luego, cuando llegué al relato de la muchacha, ya no volvió a marcharse. Se quedó allí, como había hecho siempre. Una estatua de sal, callada e invisible, detrás de mí. Cuando acabé de redactar la crónica, no dijo nada. Se mantuvo de pie, serio e inalterable. Esperó a que la impresora escupiera las tres cuartillas del artículo. Las cogió al vuelo. Las releyó, sus ojos de águila sobre la llanura de los folios. Me miró. Me ayudó a levantarme de la silla. Me devolvió mi trabajo. E hizo algo que jamás hubiera esperado de él: me abrazó. Con una suavidad y una ternura infinitas. Me dio la impresión —tuve que adivinarlo porque, muy a su estilo, no acompañó su gesto con una mísera palabra— de que estaba descargando en aquel abrazo toda la incertidumbre de los últimos días. Al separarme de él, pude leer en sus ojos lo más parecido a un elogio. No me hizo falta más para sentirme reconfortada.

Ya en la calle, rompí el silencio, ¿Ahora toca juzgados? Y él, cediéndome el paso en la acera, ¿Juzgados?, ¿juzgados por la tarde?; allí ya no trabaja ni el contestador automático. Y yo, desalentada, Pero ¿no habíamos quedado en que conocías a alguien y que íbamos a preguntarle por esa tal Yaiza? Y él, alentador, Eso fue esta mañana, m'ija, y no me hizo falta ir, me bastó con un par de llamadas de teléfono. Y yo, en ascuas, Hombre, ¿y cuándo pensabas contármelo? Y él, sedante, Luego de que acabaras el artículo; no se puede abarcar dos imágenes en una sola toma. Y yo, ¿Y qué? Y él, ¿Cómo que «y qué»? Y yo, Arranca, Pancho; digo que qué te dijo tu amigo de la chica. Y él, Ah, la chica. Y yo, Sí, la chica, la chica, Yaiza... Y él, Montenegro, se apellida Montenegro, si hubiera estudiado contigo en el colegio, se hubiera sentado dos pupitres por delante. Y yo, ¿Por qué dos pupitres? Y él, Claro, mujer: Montenegro, Montero y Morante. Y yo, Oye, ahora que lo dices, en mi colegio había una Paula Montero que se sentaba delante de mí; ¿y la anterior?, ¿quién era la anterior?, déjame que recuerde... era. Lucía, sí, Lucía Montelongo, caramba, Pancho, casi atinas. Y él, Listo que es uno; de todas maneras, la chica es algo más joven y no tiene pinta de haber estudiado con las monjas. Y yo, ¿Y qué pinta tenemos las que estudiamos con las monjas? Y él, Cualquiera menos la de una destroza hogares, eso no lo enseñan las Teresianas, va contra todas las reglas de la Santa. Y yo, Fíate de eso y no corras; ¿qué sabrás tú lo que enseñan las Teresianas? Y él, Yo no sé lo que enseñan pero si sé a qué clase de niñas y dónde viven esas niñas y, desde luego, Yaiza Montenegro no cumple los requisitos. Y yo, Ese es un comentario injusto y clasista, con lo bien que íbamos esta tarde. Y él, Perdona si ofendo tus oídos; por supuesto que es un comentario injusto y clasista, pero eso cuéntaselo a tus monjitas que son las que seleccionan a las alumnas. Y yo, ¿Qué dices?; en mi colegio había niñas de todas clases. Y él, Ya, claro. Y yo, Bueno, mira, no me apetece seguir discutiendo, así que vamos a lo que importa; ¿qué has averiguado de la muchacha? Y él, Tienes razón, Olga, disculpa, no me hagas caso; ya te dije que si no duermo bien, me entra la

acidez; la chica, sí, te cuento.

Yaiza Montenegro vivía en Los Tilos, una barriada modesta de la ciudad alta. Con sus padres y un hermano. Trabajaba en el Ayuntamiento, entregando citaciones a los morosos. Pero todo eso era antes de conocer a Diego Córdoba. Antes de liarse con él. Antes del escándalo. Después, se mudó a un apartamento en la calle Zaragoza y pidió una baja voluntaria. Laura Cano había dejado caer en su querrela, como quien no quiere la cosa, que quizás no fuera tan después. Que tal vez fue Diego el que le montó el picadero y la retiró. Sin embargo, para el amigo de Pancho aquella era una de las cuestiones que aún tendrían que aclararse en el juicio. Lo que sí parecía claro era que Yaiza había conocido a Córdoba en su trabajo. Diego era asesor fiscal. Y de los buenos. Por eso, como había dicho la chica del burdel, manejaba tanto dinero. Por eso, como yo había podido comprobar, sabía tanto de hipotecas. Tenía dos socios, dos hermanos gemelos a los que había conocido en sus años de estudiante universitario y con quienes había montado la asesoría. Les iba muy bien. Hasta que dejó de irles. ¿Cómo se conocieron?

En el Ayuntamiento. A la asesoría les había llegado una demanda por impago de impuestos. Sin duda había habido un error. Y Diego fue allí a aclararlo. Y, lo que es el destino, lo atendió Yaiza. Y el asunto se resolvió tan pronto como Córdoba presentó los papeles en regla y la Montenegro descubrió el tinglado. Había hasta cuatro asesorías en la misma calle y resultó que era otra la morosa. Otra que también tenía por socios a dos hermanos y a un tercero. Eso fue lo que confundió a los servicios jurídicos. Y de esa confusión los sacó la muchacha. De modo que puede decirse que le resolvió ese problema a la asesoría de Córdoba pero le creó otro, mucho más chungo de desenredar. Diego no supo cómo agradecerle que lo sacara del guirigay. Y se empeñó en pagarle el favor. ¿En especie?

Nadie en los juzgados se atrevía a asegurarlo. Por lo pronto la invitó a una cena, invitación que ella aceptó encantada. El resto no era difícil de adivinar. Diego habría desplegado todo su encanto para impresionarla. La habría llevado a un restaurante de lujo. Le habría hablado de literatura, de pintura, de cine. Le habría contado dos o tres leyendas mitológicas. ¿La de Titón? ¿Por qué no la de Titón? Conmigo había funcionado. La habría cubierto de flores y de mensajes de móvil. Y se la habría llevado al huerto creyendo que era mozuela. Pero esas cosas las carga el diablo. Y la princesa se volvió rana. ¿Sabía yo como llamaban a la Montenegro en los juzgados? ¿«La viuda negra»? No, qué más quisiera ella. Le llamaban «la gafe». Sí. «La gafe». Porque fue conocerla y jodersele la vida. Tenía razón Laura Cano. Yaiza se lo llevó todo por delante. Caramba con la chica, parece que no moja pero empapa. ¡Qué ganas de conocerla! ¿Cómo es?

El amigo de Pancho la había visto solo una vez. Se había presentado a declarar antes del juicio. De modo voluntario. Hubiera valido con una declaración escrita.

Pero la chica, dicen, le cogió gusto a lo de sentirse la reina del mambo. Y se plantificó allí con su vestido entallado, su pañoleta y sus gafas de sol. Todo Dios tuvo que ver con ella. Morena. Rotunda. Atractiva. De belleza algo tosca. Un lunar *femme fatale* que podría ser postizo. Unas tetas muy reales. Y, qué curioso, lo que más le llamó la atención fue su olor. Era un olor impulsivo. Ácido. Una combinación atropellada de perfume y sudor. Y, sin embargo, no atosigaba. Antes al contrario, resultaba atrayente. A nadie le extrañó que Córdoba se hubiera entusiasmado con la muchacha. Además, según pudieron comprobar los que conocieron también a Laura Cano, ambas mujeres eran polos opuestos. La esposa era una señora, se le notaba nada más abrir la boca. Cada palabra en su sitio. La mirada bizarra. No había en ella ni un solo gesto traspapelado. Incluso en una confesión tan degradante como la que tuvo que hacer ante el funcionario del juzgado, en ningún momento perdió los papeles. Seguramente estaba aleccionada por sus abogados, pero aún así en la entrevista se pasó de discreta. Como las actrices del cine en blanco y negro. Yaiza, por su parte, era a todo color. Puro entusiasmo. Una mujer inquieta de gesto resuelto y lengua impúdica. Entonces, ¿por qué nadie se extrañó de que la eligiera a ella?

Porque eran hombres. Todos. El funcionario, el secretario del juzgado, el amigo de Pancho. Y, como tal, tenían una visión masculina que eras lo mismo que decir una visión maniquea y simple del mundo. Los viejos tópicos de siempre. Laura tenía que ser, por fuerza, un témpano en la cama. Claro. Y Yaiza, un volcán siempre a pique de reventar. Acabáramos. ¿Y esa era suficiente razón para tirar por el desagüe más de trece años de vida en común? ¿Un arrebató momentáneo? ¿Un ataque de lujuria? ¿Una picazón en los bajos? ¿Eso pensaba alegar el abogado de Diego —hombre también— ante el juez?

Sí y no. Eso pensaba alegar su abogado. Pero ni uno solo de los que asistieron a la entrevista, incluido el secretario del juzgado que oyó el revuelo que se formó en la sala y salió de su despacho a interesarse por el asunto, se explicaba la locura de Córdoba. Luego mi asombro tenía algo de sentido: era una locura enamorarse así de una chica como Yaiza. No. Qué va. Todo lo contrario. Yo no lo había entendido. Era una trama algo más compleja. Pancho me lo definió como su amigo y los amigos de su amigo lo habrían definido. No era una locura enamorarse de una mujer como Yaiza Montenegro. Lo que era de auténtico gilipollas era separarse de una mujer como Laura Cano. ¿Y entonces?

Entonces la maniquea y la simple era yo. Mi visión femenina no entendía ni iba a entender por muy despacio que me lo explicaran que lo más lógico hubiera sido hacer lo que hacen otros, lo que hace todo el mundo: seguir felizmente casado con su mujer y mantener a su amante en el pisito de la calle Zaragoza. Total, eran dos líneas paralelas. Sí. Paralelas en la acepción más pura, la matemática, de que por mucho que se prolonguen jamás llegan a cruzarse. Yaiza y Laura no tenían nada que ver. Vivían

en la misma isla pero en mundos distintos. Y Diego podría haberse muerto varias veces antes de que le descubrieran el pastel. ¿Pancho estaba de acuerdo con esa teoría?

Por supuesto que no. Pero el enfoque de Pancho en un asunto como aquél venía nublado desde el principio. Desde la infancia. Desde la historia de su padre con la brasileñita que odiaba la ropa interior. Desde el recuerdo de su madre cerrando puertas detrás de ella. Él era una excepción. Igual que Córdoba, por lo visto. Las excepciones que confirmaban la regla. Según el amigo del juzgado, de cien casos como el de Diego Córdoba, solo uno optaba por confesar su desliz y separarse de su mujer. ¿Seguro?

Segurísimo. Uno de cada cien. Y ya no tocaba más hasta el siguiente otoño cuando otro gilipollas se encoñara de nuevo con una muchacha como Yaiza y mandara su vida a la mierda.

Era normal que yo me quedara de piedra. Soy mujer. Las estadísticas varían mucho en el caso de las mujeres. Ahí es casi al revés. Solo dos o tres de cada cien eligen permanecer al lado de un marido al que no quieren. Al que, incluso, detestan. El resto se echa la manta a la cabeza y lo manda a hacer puñetas. Tiene que ver con el valor. O con la incomodidad. O con la inconveniencia. Los hombres son cobardes, cómodos y convenientes. ¿Prefieren lo malo conocido?

Ni siquiera eso. Simplemente se dejarían cortar un brazo antes que tener que elegir. Prefieren que sean ellas quienes elijan. Y si no les dejan opción, se quedan a vivir con lo malo conocido. Pero le montan un picadero a lo bueno por conocer.

La calle Zaragoza quedaba a un tiro de piedra del mar. Y a un océano de Los Tilos. Yaiza había ganado, sin duda, en el trueque. De camino a su casa, Armas y yo apalabrábamos la manera de conducir el encuentro con la chica. Tocaba reivindicaciones. Él reivindicaba su derecho a hablar, Si la muchacha es como dicen, Olga, estará más dispuesta a contarme su versión a mí, por hombre, que a ti. Yo, el derecho de la Montenegro a la presunción de inocencia, Hasta que no le oiga el *cloquio*, Pancho, me niego a aceptar que es como dicen; ya he visto el criterio que tienen tu amigo y los amigos de tu amigo en lo que se refiere a las mujeres.

Y ambos, el derecho a presentarnos como lo que éramos, periodistas, y no mendigos ni abogados ni demás zarandajas. Sin embargo, me fue imposible, con toda la equidad que pretendía mantener, no divagar acerca de Yaiza, no figurármela, no ponerle maneras a su nombre y a sus apellidos. Al fin y al cabo era la muchacha que, según todas las interpretaciones, había arruinado la vida de Diego Córdoba. Y yo sentía demasiado respeto por Diego. Las mujeres con las que yo lo relacionaba hasta la fecha, Laura Cano y Guadalupe Cifuentes, habían demostrado un temperamento y un temple fuera de lo común. ¿Por qué iba a estar hecha Yaiza Montenegro de otra pasta?

Cuando supo a través del microfonillo quiénes éramos y qué buscábamos, abrió la puerta. No hubo sorpresa. Ni titubeos. Ni cambio de registro en la voz metálica que nos invitó a subir. Únicamente una advertencia, ¿Oyeron?, cojan el ascensor de la izquierda, el de la derecha no llega hasta el quinto. El zaguán indicaba un edificio, si no nuevo, sí adecentado. Altos techos. Baldosas jaspeadas. Inmensas lámparas lloronas. Buzones cromados. Un sofá de cuero. Una palmera enana recién regada. Un interminable espejo con marco de yeso. El ascensor de la izquierda se tomó su tiempo para arrancar. Y al hacerlo emitió un ruido asmático del que se sobrepuso enseguida. La puerta del quinto B estaba abierta. Y, bajo el dintel, una chiquilla de aspecto achinado —pequeña, delgada, ojos mordidos, cabello largo y frágil— nos aguardaba con una sonrisa expectante. ¿Aquella quinceañera era Yaiza? No, soy su prima, ya me estaba yendo, Yaiza está adentro, sigan este pasillo hasta la sala, y siéntense, por favor, que ella sale ahora mismo. Le dimos las gracias y obedecimos sin hacer preguntas. Nada más sentarnos, una voz desde algún escondrijo del apartamento nos anunció lo apropiado en tal situación: que Yaiza saldría a recibirnos en dos minutos y que nos sintiéramos como en nuestra casa. ¿Cortesía? ¿Afectación?

Una verdad a medias. Porque, en efecto, después de dos minutos contados de reloj —de un reloj imaginario, porque allí no había nada que probase que el tiempo transcurría—, la chica salió a recibirnos. Pero hubiera resultado imposible, entonces y hoy, con o sin reloj, que nos sintiéramos en nuestra casa. No de la forma en que estaba decorada. Era el salón más deshabitado e impersonal que había visto en mi vida. Como estar sentado en mitad de una fábrica de muebles. Alguien había hecho

traer el escaparate entero de una tienda y lo había encajado, con escasa fe, nula esperanza y maldita caridad, en aquel cuarto. No se había molestado siquiera en colocar una planta o un cojín o una lámpara que le diese vida a aquello. El cenicero que había en la mesilla no había sido usado jamás. El sillón orejero no tenía ni una arruga. Las revistas eran del año del diluvio. Los cuadros parecían sisados de un hotel. Los portarretratos llevaban aún la fotografía de la modelo con la que se vendieron, la misma pelirroja de expresión idiota y escote generoso. Y, de haber tenido más de dos minutos de reloj hipotético, me hubiese levantado a comprobar si los libros de la biblioteca no eran de cartón piedra.

Por la actitud atónita de Pancho comprendí que él tenía la misma sensación que yo. En cualquier otra circunstancia, ya habría tomado media docena de fotos para captar la esencia de la mujer que íbamos a conocer. Sin embargo, permaneció sentado junto a mí buscando el más mínimo indicio de esencia en aquella pieza muerta. Y, entonces, resolvió plasmar lo que a su juicio mejor reflejaba la sala de estar de Yaiza Montenegro: mi cara de asombro. Dirigió su cámara hacia mí. Y capturó una mueca que no había conseguido desbaratar la curiosidad. Cuando iba a preguntarle qué demonios estaba haciendo, si se había vuelto tonto o qué, a ver si iba a llegar la dueña de la casa y nos iba a coger en mitad de la broma, se cumplieron los dos minutos contados de reloj inexistente. Y Yaiza Montenegro entró en su salón con aspecto radiante y animoso. El mismo que luciría una actriz secundaria que solo tiene cuatro frases en escena y debe aprovecharlas al máximo. Un aspecto, eso sí, que desafinaba de un modo bárbaro con el decorado.

Nos ofreció café o té o agua o algún refresco. Y aceptamos: Armas, café solo; yo, té helado. Luego, al abandonar el apartamento, admitimos haberlo hecho sin ganas. Solo por el gusto de comprobar si allí vivía realmente alguien. Solo para poner a prueba a la chica. La Montenegro la superó con creces. Volvió con una bandejita de cristal sobre la que traía un juego de café de puente y paloma. Cosas de su madre, dijo. Que llevaba veinte años comprándole la vajilla y zurciendo la colcha para cuando la viera salir de casa a la iglesia. Algo tradicional su madre, dijo. Los Tilos es, más que un barrio, un pueblo. De otra época. Sí. Pleno siglo diecinueve. Se habían llevado un chasco cuando se fue no para vivir con un marido, sino para vivir sola. O algo peor. Amancebada. Después de lo de Córdoba, a pesar de que ella les había explicado hilo por pabilo lo ocurrido, el disgusto fue monumental. La pobre, dijo. Su madre aún sueña con ella ardiendo en los infiernos. Ni el beneficio de la duda al purgatorio le concedía.

De alguna manera se nos tuvo que notar el desaliento que nos había causado aquella sala porque Yaiza se apresuró a excusarla. Se trataba de un apartamento alquilado. Los muebles ya estaban allí cuando ella llegó, dijo. Y no había tenido tiempo ni ganas ni gusto para cambiarlos. Sobre todo los del salón. Como podíamos

comprobar ni siquiera tenía televisor. Para ella era un lugar de paso. Nada más. Hacía vida en la cocina, en la solana, en el baño, en el dormitorio. Le bastaba con eso. No solía recibir visitas, dijo. De hecho, nosotros éramos los primeros. ¿Su prima? No. Penélope no era visita. Vivía allí con ella. Se la había traído del barrio-pueblo. De Los Tilos. Para no sentirse tan sola, dijo. Sobre todo tras el desagradable asunto de Diego Córdoba. Ahí queríamos llegar. ¿Cómo de desagradable?

Mucho. Muchísimo. No podíamos imaginar cuánto. La gente la puso a caer de un burro. Incluso quienes ella menos hubiese pensado: parientes lejanos, vecinos de siempre, colegas, antiguos compañeros de instituto. Sí. Incluso amigas, dijo. Las que ella consideraba amigas, claro, porque menuda amistad de mierda era esa que aguantaba tan poco peso. Le negaron el saludo que, para una mujer tan afable y solícita como ella, era como negarle el pan y la sal. La declararon culpable. Asesina a sueldo, estafadora, puta de arrabal todo en uno. La miraban con asco, dijo. Eso quienes la miraban. Los más, apartaban la vista para no enfrentarse a ella. Y luego la despellejaban con los insultos más hirientes. Ni siquiera se molestaban en bajar la voz para que no los oyera. De verdad, dijo. Había sufrido tanto que había tenido que mudarse de barrio y de trabajo. ¿De trabajo también?

Pues claro. ¿Con qué ánimo iba a aparecer por el Ayuntamiento después de lo que creía, suponía, estaba segura de que mascullaban a sus espaldas? Cayó en una depresión, dijo. Una depresión era poco. Lo suyo fue un socavón. Un pozo sin fondo. Sí. Había tenido que visitar a un psicólogo y todo. Ella. Que pensaba que eso era cosa solo de las estrellas de cine. Ella. De Los Tilos. De un barrio-pueblo del diecinueve. No pudo con ello, dijo. Se quiso morir. Pidió una baja. Y empezó a trabajar en una tienda de ropa. Con su prima Penélope. Por eso se la había traído a vivir con ella. Para sentirse acompañada. Para recobrar el valor de levantarse cada mañana. Para ir juntas a la tienda. Para compartir gastos. ¿Qué gastos?

Los gastos de la casa, dijo. Comunidad. Agua. Luz. Teléfono no tenían. Cada una usaba su móvil. Alquiler también, claro. Al principio la ayudaba Córdoba. Pero solo al principio. Cuando eran tan felices. Cuando se amaban tantísimo. Y en tantísimos sitios. Cuando cada día era una celebración. Él no paraba de hacerle regalos con cualquier excusa. Que llevaban saliendo una semana. Que se cumplía un mes desde la primera cita. Que había pasado por una tienda donde vendían unos pendientes preciosos. Que pensaba que era su cumpleaños. Que el catorce de marzo era tan buen día como otro para Santa Yaiza. Que la quería. Hasta que comenzaron los problemas. ¿Qué tipo de problemas?

Problemas de pareja. Celos. Diego no soportaba que ella saliera con amigos, dijo. Se volvió quisquilloso. Obsesivo. La seguía. Le registraba el bolso. Le controlaba las llamadas del móvil. Y comenzó a cambiar regalos por preguntas. A todas horas. ¿Quién era Pedro o Luis o Federico? ¿De qué los conocía? ¿Qué hacían? ¿Adónde

iban? ¿De qué modo se despedían? ¿A qué hora llegaba por la noche? ¿Qué se puede hacer hasta las cinco de la madrugada en la calle? Cosas de viejo, dijo. Y ella no estaba acostumbrada a darle cuentas a nadie. Ni a su padre. Tenía más libertad cuando vivía en Los Tilos, dijo. Desde los diecisiete en que comenzó a buscarse la vida por ahí. Entonces estudiaba de noche y trabajaba de día. En una hamburguesería. Luego se sacó el carné de moto y se hizo mensajera. Hasta que un amigo le consiguió lo del Ayuntamiento. Y allí conoció a Diego el celoso. A Diego-Otelo. ¿Le dio motivos?

Por supuesto que no. Qué motivos iba a darle para volverse así de loco. Eran figuraciones suyas, dijo. Jamás tuvo un lío con ninguno de los chicos. Eran amigos. Nada más. Ella era de las que creía en la amistad entre un chico y una chica. Una amistad sana. Sin prejuicios, dijo. Diego no. Diego opinaba que eso era imposible. Que esas uniones tenían truco. Que uno de los dos (por lo general el hombre, cuestión de instinto) se quedaba enganchado al guardabarros. Y terminaba arrastrado por los suelos, hecho un desperdicio. Discutían también por eso. A él no le entraba en la cabeza que Yaiza mantuviera esas relaciones estando con él. ¿Y qué pasaba con su matrimonio?

Era lo que ella le decía: ¿qué pasaba con su matrimonio? ¿Él sí podía mantener otra relación y ella no? ¿En qué parte del contrato estaba escrito eso? Y él contestaba que no era lo mismo. Que él ya estaba casado antes. Que Laura venía en el lote cuando se conocieron. Y que esa era una simple cuestión de tiempo. Porque Córdoba le repetía una y otra vez que iba a dejar a su mujer. Pero con la boca chica, dijo. En mitad del amor. Cuando estaba a punto de correrse. Entonces le susurraba todo lo que la quería. Y cómo iba a dejar a Laura. Mañana mismo. Siempre era mañana. Un mañana que jamás llegaba, claro. En esos lances uno promete muchas cosas. Hasta la luna, dijo. Su madre tenía un refrán para eso: «el hombre promete hasta que la mete y, una vez metido, nada de lo prometido». Pero a ella no le importaba. Lo quería. Y le gustaba la relación que mantenían al principio. Sin ataduras, dijo. Bueno, con la única atadura de su amor indomable. ¿No esperaba más?

No. Yaiza no esperaba más. Qué más podía esperar. Diego la hacía sentir una reina. «Princesa» la llamaba. Y se portó muy bien con ella. No por los regalos, dijo. No fuéramos a creer lo que no era. Lo de menos eran los regalos. Era su risa. Su manera de hablarle. Su cultura. Sí, eso. Le enseñó tantas cosas. A distinguir el vino bueno del peleón. A aliñar las ensaladas. A hacer el café con canela. A disfrutar de la pintura. Y de la poesía. Y del cine. Con Diego todo era a estrenar, dijo. Cuando veían una película en el vídeo, uno al lado del otro, con las manos y las piernas entrelazadas, él le iba contando lo que era un plano corto, lo que era un *traveling*, lo que era un contrapicado. Paraba la película y volvía a poner la escena para que Yaiza viera qué maravilla de movimiento de cámara. Sobre todo *Tú y yo*. La vieron cien

veces. Y en todas acabaron llorando. Los dos, dijo. En la escena final, con esa música tan romántica de fondo. Cuando Cary Grant abría la puerta de la habitación y comprendía por qué ella no se había levantado del sofá y por qué se cubría las piernas con una manta. Diego decía que esa era la mejor definición de tristeza que existía. Que no había diccionario que la mejorase. En ningún idioma. La caída de ojos de Cary Grant era con mucho la mejor escena del cine. Y ella no lo entendía pero lo creía. Porque lo quería. ¿La diferencia de edad?

Qué importaba, dijo. Ella ya sabía lo que era tener novios jóvenes. No habían sido tantos como habían contado por ahí. No fuéramos a hacer caso de habladorías. Solo tres. Y estaba harta de niños. No cambiaría a ninguno de ellos por Diego. Ahí también aprendió Yaiza lo que no está en los escritos. Lo de que la paciencia es la madre de la ciencia es pura verdad, dijo. Nadie le había hecho el amor como Diego Córdoba. Yaiza sabía que era de mal gusto hablar de eso con desconocidos y, mucho menos, comparar. Pero no tuvo reparos en confesarse con nosotros, que parecíamos tan buena gente, dijo. Ningún escrúpulo en declarar que lo de Diego era un caso aparte. Increíble lo que aguantaba. Nunca tenía prisa. Vale, no conservaba el brío de un veinteañero. No. Pero lo compensaba con la suavidad, con la ternura, con la habilidad para hacerla reír. Ella jamás había supuesto que se podía reír en medio de la faena, dijo. Tanto que al final le dolía todo el cuerpo. Pero lo que más, la mandíbula. ¿Había vuelto a ver a Diego?

No. Desde hacía ocho meses no sabía nada de él, dijo. Había oído que sus socios lo habían denunciado. Que Laura Cano lo había echado de casa. Que sus amigos y sus parientes le habían dado la espalda. Incluso llegó a pensar lo peor. Por su posición. Era un hombre acostumbrado a vivir bien. A buenos restaurantes. A trajes de marca. Y a este tipo de hombres les cuesta un triunfo soportar la adversidad. No era como ella, dijo. Ella. Que había nacido en una familia humilde. Que con poco tiraba. Que cuando había, había, y cuando no, no. A ver. Qué remedio. Jamás pasó hambre, ojo. No fuéramos a pensar lo contrario. Pero nunca tuvo lujos. Y tan feliz que fue su infancia. Pero Diego. Sí. Después de conocer su derrumbe, Yaiza se puso en lo peor. Dos meses se pasó comprando el periódico todos los días. Para revisar las noticias de sucesos, dijo. Las esquelas. No era que lo creyera capaz de un disparate, no. No la viéramos tan fatalista. Pero una oía y leía y sabía de cosas peores. Torres más altas cayeron. ¿Por qué, entonces, no fue en su busca?

Estuvo tentada. Más de una vez. Pero luego se ponía en la piel de Diego y desechaba la idea, dijo. Nosotros no lo conocíamos. No como ella. Córdoba era un hombre orgulloso. Un hombre habituado a mandar. A que le obedecieran. A tomar decisiones. Le hubiera sentado como un tiro que Yaiza se hubiese presentado allá donde se escondía. Además, si se desapareció sería por algo, ¿no? Cómo iba a ir a buscarlo. Eso hubiera acabado por hundirlo. Si no lo estaba ya, claro. Segurísima. Le

hubiera revuelto las tripas, dijo. A lo peor se hubiese puesto violento. Como la última vez. ¿Qué ocurrió la última vez?

Ocurrió que, al llegar a casa, se lo encontró en el sillón. Sí. Allí. Donde mismo estábamos sentados nosotros. Ya era de noche. Lo recordaba porque se olvidó de encender la luz del pasillo y, cuando llegó a la sala, se llevó un susto de muerte. Diego estaba sentado. Con la mirada perdida, dijo. Con el gesto sombrío. Con los hombros rendidos. Pero, al verla, se produjo como una transformación. Como en esas películas de miedo en las que al personaje, de pronto, se le encienden los ojos. O muestra unos dientes de lobo. O da un grito espeluznante. Lo de Diego fue todo a la vez. Se levantó y se plantó a su lado de un salto. Yaiza creyó que iba a pegarle. Y en realidad iba pegarle, dijo. Pero en el último instante algo se lo impidió. No sabría decirnos qué fue. Pero a Diego Córdoba los nudillos se le quedaron azules de tanto apretar las manos. ¿Por qué se había puesto así?

Por algo que descubrió en algún bolso, creía. Ya había dicho que se los registraba. Pues en uno de ellos debió de haber encontrado alguna cosa. Alguna tontería. Yaiza no supo precisar. No. Una nota. Una foto. ¿Quién podía saberlo? ¿Quién podía entrar en una mente así de trastornada? Era una época en que cualquier bobada lo sacaba de sus casillas. El caso fue que se lo echó en cara a Yaiza. Le pidió explicaciones. Le gritó. No era la primera que le había gritado. Pero esa vez fue la peor. Diego se había convertido en otra persona. Violenta. Desagradable. Y esa noche Yaiza acabó por pedirle que se fuera. Para no volver. ¿Y se fue?

Sí que se fue. Dejó las llaves encima de la mesa y se fue. En su mirada había tristeza, creía. Abatimiento. Arrepentimiento, tal vez. Pero Yaiza ya no podía perdonarlo. No se sentía segura ni cómoda a su lado. Ya no. Le oyó recorrer el pasillo, a oscuras. Despacio. Con andar de jubilado. Le oyó abrir y cerrar la puerta de la entrada. Oyó el zumbido carrasposo del ascensor. Esa fue la última vez que lo vio. Algo parecido le había dicho al funcionario que le había tomado declaración en el juzgado. No podía contarnos más. Era todo lo que recordaba. ¿Una última cosa? ¿Por qué fue a declarar si no estaba obligada?

Ah, eso. Aún no lo sabía. Fue un pronto. Por lástima quizás, creía. Porque se sentía en deuda con Diego. Con el primer Diego, claro. El de antes de la rabia. Porque, a pesar de todo, había sido una persona especial para ella. Además, su abogado se lo había pedido. La había llamado y le había dicho que eso lo ayudaría en su pleito con Laura Cano. Que Laura había declarado en persona también. Y que, con Diego desaparecido, no había nadie que contrarrestara esa información. Nadie que diera la cara por él. Y ella era la más cercana a Córdoba. Sin ella estaba perdido, eso dijo el abogado. Por lo que parecía no había servido de mucho. Diego tenía todas las de perder en ese juicio.

Pero que no se dijera que Yaiza Montenegro había dejado a un amigo en la

estacada cuando más la necesitaba. Por eso declaró. Solo por eso.

Salí de allí provocada. Con retortijones. Y un regusto a arena en la boca. Estaba de mal humor y llena de dudas. Cuando se lo comenté a Pancho, ironizó, Eso es que no has comido nada desde esta mañana, Olga; vamos, te invito a cenar a un sitio que hay por aquí cerca donde preparan un filete de raya sensacional, ¿qué?, es pescado, mujer, la raya es pescado, ¿o es que no ves los documentales de la tele? Ya estaba harta de preguntas, así que acepté la coña marinera del fotógrafo y me dejé conducir—casi seducir— por él, entre callejuelas estrechas, hasta llegar a un pequeño restaurante francés. El local andaba sobrado de ornamentación para mi gusto. Demasiadas alfombras y cortinones. Demasiados perifollos en las paredes. Demasiados colgajos siniestros en el techo. Y al final resultó que la raya, en efecto, era pescado. Que se comía. Y que estaba exquisita. Eso mejoró algo mi humor. Pero no me resolvió las dudas.

Decidimos dejarlas a un lado hasta después de la cena. Valía hablar de la familia. De la infancia. De sexo si se terciaba, total después de lo que habíamos oído esa tarde ya nada podría escandalizarnos. De cualquier tema. Pero prohibido hablar de trabajo mientras cenábamos. Con el café, reanudamos el asunto Córdoba o el asunto Montenegro o el asunto Cano, que ya no estábamos seguros de cómo llamarlo. Lo único que sabíamos era que se trataba de un triángulo amoroso al más puro estilo folletín. Ya en plena sobremesa, Pancho se pidió un puro y un Calvados. Si no lo hubiese conocido bien, hubiera jurado que lo hizo para presumir de gastrónomo y de culto. Porque aprovechó la tesitura para contarme que el Calvados era una bebida muy francesa. Que lo tomaba el comisario Maigret. Y que, como lo nuestro se estaba pareciendo cada día más a una investigación policial, qué menos que ponernos a tono. Tanto se empecinó en que pidiera yo uno, que le hice caso. Y, si la raya era pescado y se comía, el Calvados era coñac y no había quien se lo bebiera.

Las copas son el diablo. Los ojillos de Pancho relampagueaban, tras el vaho blanquecino de su puro. Imaginé que él me vería igual a mí. La bebida se nos había subido a la cabeza. Nos lo tomamos como una tregua entre batalla y batalla. Al día siguiente tendríamos que volver a parque San Luis, en palabras de Armas, a tocarle los huevos a Diego Córdoba. Era lo que hubiese hecho Maigret. Un careo. Lo hacían todos los detectives. En la realidad y en la ficción. En la salud y en la enfermedad. En la riqueza y en la pobreza. Definitivamente Pancho estaba borracho. Pero mantenía un humor y una lucidez envidiables en alguien que se había metido entre pecho y espalda tres cuartos de Torres seco y dos Calvados, el suyo y el mío, que se había quedado intocado en la mesa luego de descubrir que era coñac. Un careo, sí. Iríamos a contarle a Diego lo que nos había relatado Yaiza Montenegro. A ver qué pasaba.

Porque lo de Yaiza no se sostenía. Muchas lagunas. Muchos interrogantes. La chica era demasiado aficionada a sobreactuar. La forma en que se expresaba,

recalcando las eses hasta cuando no iban, la delataban. Y su manía de dar excusas que jamás le pedimos. Y su pose. Sus piernas cruzadas. Su gesto de ordenarse el cabello. Su táctica de coger la taza con dos deditos, como si fuera una pieza de la dinastía Ming. Su manera de frotarse las manos como una niña de las Teresianas. ¿Íbamos a volver con lo de las niñas de colegios de monjas? No, mejor no menearlo. Vale. Pero estaba más claro que el agua clara que la Montenegro quería aparentar lo que en verdad no era.

Me gustó conocer al Pancho cáustico, al Armas quisquilloso, al fotógrafo desinhibido. El Calvados lo volvió locuaz. Le soltó la lengua. Permitted que dejara salir su versión socarrona para hablar, sin tapujos, de Yaiza, Solo los ángeles tienen alas, Olguita; la perfección no existe, bueno, sí que existe, en Mozart, en Galdós, en Paul Gauguin, pero no en el saloncito de la Montenegro, chica, tremendo tanatorio, no hay visos de música ni de libros ni de cuadros de verdad; lo siento, yo es que soy un fijón, ya lo sabes; y siempre he creído que el lugar donde uno vive dice mucho de lo que uno es, ¿verdad?, y allí todo era postizo y engañoso; ¿te diste cuenta?, le faltaba alma; para mí que la tipa nos tomó por tontos y no hay nada en el mundo que me jeringue más, ¿por qué lo digo?,

»Tal vez porque la vida me ha hecho desconfiado, porque no me creo que alguien pueda ser tan bueno como Yaiza y tan malo como Diego, porque soy fotógrafo y conozco la gama de matices que se columpian entre el blanco y el negro, por todo eso tal vez; ¿oíste el discurso que nos soltó la muchacha?, un muñeco de ventrílocuo parecía, sí, como si lo tuviese grabado en una cinta y ella solo moviese los labios, tenía ensayadas las respuestas, contestaba a las preguntas sin siquiera tomarse un segundo para pensarlas, y, luego, esa vaina de niña salida del arroyo que con su sudor y esfuerzo llega al Olimpo, carajo, está más visto que el telediario;

»Pero tú fuiste más lista; le cambiaste el guión y se le desbarató la coartada, ¿no te fijaste?, fue a mitad del concierto que se le quebró el pulso, le flaqueó la memoria, se vio incapaz de explicar por qué no había ido tras él, si tanto miedo tenía de que se pegara un tiro, ni por qué fue a declarar si tan mal se había portado Córdoba con ella; por piedad, dijo, ¿te parece la Montenegro una mujer piadosa?; y lo más sorprendente, la guinda del pastel, la traca final, sí, chica, la última noche en que lo vio, cuando lo echó de casa, resulta que Yaiza recordaba cada detalle de su relación, hasta el más pequeño, hasta el más íntimo, vamos, que solo le faltó revelarnos la marca de condones que usaban, y, sin embargo, olvidó el motivo por el que Diego Córdoba se volvió loco, una nota, dijo, una foto, dijo, no sabría decir, dijo; no, Olguita, no, no me lo creo, aquí huele a muerto que tira de patas.

Pancho Armas no supo nunca lo cerca que estuvo esa noche de la verdad. El fotógrafo —o las copas, que eso nunca se sabe— podía haberlo dicho más alto pero no más claro. Y coincidía conmigo en que a aquel puzzle le faltaban piezas. Vale que

Diego se volviera posesivo, una mujer como Yaiza levanta pasiones. Vale que se volviera suspicaz, suele pasar en las relaciones desniveladas. Vale que le supiera a vinagre que ella saliera con amigos, hay quien cree que todo el monte es orégano. Pero de ahí a perder el juicio de aquella forma. No encajaba con la imagen que teníamos de él. La imagen de un hombre derrotado, pero sereno. Sin fe, pero con tino. No podía imaginarlo enfurecido hasta la locura por una nota o una foto halladas en el bolso de la Montenegro. No. Había algo que la chica no había querido decirnos. Y que tendríamos que averiguar si queríamos desenredar la madeja.

El día siguiente era domingo. Lo supe por el silencio de fiesta que se instaló en mi cuarto desde bien temprano. Cuando vives cerca de un mercado no necesitas despertador para saber si tienes tiempo de dejarte dormir media hora más o ya llegas tarde adonde quiera que te esperen. Por el ronquido de un camión nevera. Por el regateo de abastecedores y puesteros. Por la bronca del vecino al que siempre le aparcan delante del garaje. Me levanté a media mañana con una sensación viscosa en el cielo de la boca. Intenté recordar de dónde la había traído la noche anterior. Regresé al Stone's, un pub irlandés que había a dos calles del restaurante. A un camarero alto y rubio y guapo como él solo, que resultó que estaba más interesado en Pancho que en mí. A una decepción. A dos copas de más.

La ducha acabó de zanjar el conflicto con mi cabeza, pero el del estómago iba a necesitar algo más de tiempo. Prescindí del café. Rematé las existencias de agua y limón que había en la cocina. Y puse mi destino en manos de dos aspirinas. La perspectiva de vestirme de nuevo con retales roñosos y volver a San Luis no mejoró mi acidez. Esa cuestión había sido motivo de agarrada en el pub. A mí me parecía que ya no tenía ningún sentido, a quién íbamos a engañar, Diego Córdoba —y, probablemente, Lupe— estaba al cabo de la calle sobre nuestros planes. Pero Pancho no pensaba en Diego ni en Lupe. Le preocupaban más los otros. Sí. Los otros. Que se rebelarían. Que tomarían como una afrenta, un desprecio imperdonable vernos llegar allí tan campantes, con la cara lavada y sin disfraz. Yo argumentaba que no. Que los otros nos agradecerían la sinceridad. Que una verdad a tiempo era una victoria. Pancho argüía que eso servía para las retiradas y solo para las retiradas. Que hay mentiras que no hacen daño a nadie y verdades que matan. Que la sinceridad estaba bien para el confesionario. Y que líbrelo Dios de los sinceros que de los mentirosos ya se libraba él. Porque tenía razón o porque yo estaba a esas alturas rendida para seguir discutiendo o porque el ron empezaba a cebarse de un modo inmisericorde con mi entendimiento o porque el camarero rubio babeaba con Armas y no conmigo y eso era más de lo que podía soportar en una noche. Lo cierto es que consentí en volver a vestirme con harapos.

Con una condición. ¿Cuál? Yo quería visitar el burdel de Lupe. No toleraría quedarme fuera de esa partida otra vez. ¿Por qué? Que Pancho pensara lo que quisiera. Que estaba templada como un requinto. Que jamás había vivido esa experiencia. Que quería saber qué ofrecían en un lugar así para que le dieran tanto bombo desde los tiempos de Cleopatra. El caso es que yo iba a entrar en aquella casa de putas antes de acabar ese artículo. ¿Cómo? Por mí como si había que disfrazarse de fulana. O arreglar un trío con una de las chicas. O pagar el doble por un servicio caprichoso. Iba a encontrarme con Diego Córdoba allí. En su último refugio. Como que me llamaba Olga Morante. ¿Que entonces no podría vestir como una pordiosera? Pues buscaríamos un apaño. Llevaría un petate con un vestido dentro. Eso haría. No

era extraño ver a los mendigos de parque San Luis cargados con bolsos malos de supermercado en los que llevaban sus pertenencias. Una más no habría de notarse. ¿Trato hecho? Trato hecho.

Ocurre que los tratos que uno cierra después de medianoche suelen ser mal negocio. Y yo estaba arrepintiéndome ya del envite con Pancho. Nos citamos donde la primera vez, en el bar de la esquina de Herrería. Pero en esta ocasión el que se retrasó fue él. Cuando llegó, traía cara de sepulturero. Aunque apenas habló, su voz sonaba opaca y aguardentosa, y mantenía el charol cínico de la noche del sábado. Tardamos diez minutos en llegar a la «Pensión de Lupe». Anduvimos con la mirada gacha y las manos en los bolsillos. No supe bien si por la resaca turbia o porque no dábamos un euro por la empresa, el caso es que ni siquiera nos molestamos en trazar un plan. No programamos quién estaba más libre de pecado para tirarle a Córdoba la primera piedra. Ni al atravesar el parque. Ni al alcanzar la farmacia. Ni al enfrentar el callejón. Ni al subir la loma. Ni al llegar a la puerta de la casa verde. No más tocamos y esperamos.

Pancho reconoció enseguida a la mujer que salió a abrirnos. Solo que lo de «mujer» le quedaba muy grande. Si aquella chica llegaba a la veintena yo era la princesa de Éboli con parche y todo. Pelirroja. Piel blanca. Ojos claros. La muchacha tiraba a delgada y no obstante gastaba, como poco, dos tallas más que yo de sujetador. Asombroso, el sueño de todo hombre, murmuré. Armas me replicó fingiendo un carraspeo, No, mi vida, ese es el sueño de toda mujer. Y ella, perdida en mitad de nuestra guerra de sexos, en un castellano salpicado de «ges», ¿Qué *quiequen* a estas *hogas*?, la *mayoguía* de las chicas están *dugmiendo*, ah, usted es el *señog* que vino el *otgo* día a *hablag* con la doña, ¿no?

Se llamaba Veronique y, pese al nombre, no era francesa. Era ucraniana. Mi segundo sentimiento —el primero fue la envidia ante aquel rostro y aquel cuerpo sin taras— fue de lástima. Sería una de tantas que había arribado a la isla engañada por algún desalmado. Un mafioso que, seguro, le habría prometido un contrato fantástico como modelo o actriz o bailarina y que, ahora, la estaría chantajeando, extorsionando, amenazando con darle una tunda o, algo peor, con matar a sus padres y a su hermano pequeño allá en Ucrania. Pero mi imaginación, como siempre, se me había adelantado. Por Lupe me enteré, más tarde, que ella no contrataba esclavas. Que Veronique, como todas sus chicas, había elegido ese trabajo por voluntad propia. Que la ucraniana ganaba en una tarde lo que yo en un mes. Que la habíamos pillado en casa porque era domingo y libraba. Que cualquier otra mañana la podríamos encontrar en la Facultad de Veterinaria donde estudiaba segundo curso. Y que —eso no lo dijo Lupe pero para mí que lo pensó— calladita estaba yo más guapa.

Si a Veronique le extraño verme allí con Pancho, no se le notó en el gesto. Nos hizo pasar a una salita que había luego de un vestíbulo atiborrado de espejos. Y nos

pidió que esperásemos. No pude evitar comparar aquella sala con la que habíamos visitado el día anterior. Y, a todas luces, la de Yaiza Montenegro salía perdiendo. Era. ¿cómo había dicho el fotógrafo?, sí, nada burdel y muy acogedora. Había plantas. Lámparas de pie jugando a las cuatro esquinas. Un diván de psiquiatra bien disimulado. Y tres sillones orejeros de colores saltarines: uno azul, otro rojo y otro naranja. También había una mesa de juego cuadrada con varias sillas alrededor. Y un mueble bar de estilo antiguo. Y algunas reproducciones de Toulouse Lautrec. Y una librería de pared a pared con la Enciclopedia Británica y una colección de lujo de novela europea del XIX con autores de dos en dos. Me pregunté qué pensarían Tolstói y Dostoievski, Balzac y Flaubert, Dickens y Emily Brontë, Clarín y la Pardo Bazán sobre lo de eternizarse en un salón de putas. Estarían encantados.

De no saber dónde nos habíamos metido, hubiera pensado que en unos instantes vendría una vieja profesora de piano a servirnos té con pastas y a contarnos la historia de los retratos que había sobre el aparador. Sin embargo, eso era precisamente lo que le faltaba a la habitación: retratos de familia. Claro. Se lo hice notar a Armas, Imagino que no conviene pasarse con el aliño, ¿verdad?, una cosa es que el cliente se sienta cómodo y otra que se sienta como en casa; si se siente cómodo, volverá a la semana siguiente; si se siente como en casa, le empezarán los remordimientos o le entrará vergüenza o se acordará de su mujer y, entonces, ya no volverá, ¿no es eso?

Y Armas volvió a enmendarme la plana, ¿Remordimientos?, ¿vergüenza?, el principiante quizás, pero el cliente de toda la vida no tiene ni una cosa ni la otra, lleva viniendo a estos sitios desde joven, la primera vez con su padre, lo de putaño es hereditario; no, Olguita, no lo has entendido, esto no es como una discoteca a la que uno llega chulo, intranquilo o tímido, según su carácter, a ver si liga con alguna chica; aquí el ligue está asegurado, siempre que traigas la pasta, claro, porque una cosa es cierta como que me llamo Pancho: en un lugar así no se fía, se paga por adelantado, y no vale la excusa de los nervios o las copas, si se te encoge el ánimo pagas igual que si bates el récord de la casa.

Le pregunté si el suyo era un discurso basado en la experiencia y contestó muy parsimonioso, No, m'ija, mi padre solo me enseñó a fugarme con adolescentes y pasa que me gustan las mujeres más hechas, ¿qué quieres que te diga?, si no quieres creerme, no me creas, pero a mí las putas me sientan igual que el marisco de concha, me da urticaria pagar por echar un polvo, lo siento, no te digo que dentro de unos años, cuando la cosa flojee, no me aficione a la buena vida, sobre todo después de lo que he visto, pero aún puedo elegir.

De pronto, la voz grave de Guadalupe Cifuentes retumbó en el cuarto como un volador, Diga que sí, Pancho; que usted puede elegir, usted y todos: yo pude elegir volverme a México, Olga pudo elegir otro reportaje, mis chicas otro oficio, mis clientes otra afición; pero aquí nos tiene reunidos en amor y compañía, ¿no cree que,

a veces, es el azar quien nos elige a nosotros?; en ocasiones me he preguntado qué hubiera sido de mí si el pinche su madre de Correa no hubiese tenido esposa; a lo peor ahora yo sería una aburrida mujer de mediana edad, con un culo como un pandero y la única diversión de jugar al cinquillo con las vecinas y ver los culebrones de la televisión; ¿quién sabe de cuántas noches en vela me libré?, noches interminables esperando a que mi maridito regresase de una reunión de negocios, cuando en realidad el condenado se la pasaba en una casa de putas como esta.

La veracruzana, sin dejar de presagiar la triste vida que le hubiera tocado al lado de Juan Pedro Correa, se dirigió al mueble bar, abrió una puerta de cristal, sacó unos vasos y una cubitera y se dispuso a prepararnos el cóctel de la casa, un combinado con ginebra y zumo de tomate, insuperable para combatir la resaca, Quien tiene buena noche no puede tener buen día, ¿no es eso lo que dicen por aquí?

¿Tanto se nos notaba? Pancho ensayó una excusa, Discúlpeme, Lupe, no era intención ofender. Y la mujer la aceptó, No se haga problema, mi compadre, una ya tiene caparazón como las tortugas y pocas cosas ofenden. Y él, torpe, Solo intentaba poner a Olga en situación. Y ella, juguetona, Ya veo, ya; pero dígame, que me interesa eso de las putas y el marisco, ¿tan mal le hemos tratado? Y él, cogido en un renuncio, No se trata de eso, Lupe, es que no se me da nada bien el ritual. Y ella, insistente, ¿El ritual?; caramba, eso suena a la ceremonia de apareamiento de la vinchuca. Y él, desmañado, Me refería a que todas las relaciones, sobre todo las que tienen que ver con el amor, llevan su protocolo. Y ella, divertida con el apuro del fotógrafo, Pero aquí no hablamos de amor, ¿verdad?, esto es puritito sexo no más. Y él, tomando resuello, Eso trataba de explicar; en el amor hay una parte de juego, quiero decir que uno se arriesga a que la chica lo rechace, y eso, al fin y al cabo, es lo que le da vidilla al asunto, ¿no?; en el amor se establece un diálogo en el que quien más quien menos expone algo; en cambio, en el sexo —sobre todo en el sexo pagado— todo está dicho; a una puta le importa una vaina que seas listo o estúpido, que seas guapo hasta el dolor o más feo que Picio, que seas buena persona o un perfecto cabrón, el dinero habla por ti.

Hasta a mí me pareció que a Pancho se le había ido la baifa con lo de las putas. De hecho, hice amago de recoger mi bolso y levantarme porque aquella misa estaba dicha, Lupe nos iba a echar a patadas a la calle y nadie en el mundo podría culparla por ello. Sin embargo, la ex mucama ni se inmutó. Se tomó su tiempo para contestar a mi amigo. Le dio un sorbo lento y profundo a su combinado levantamuertos. Jugeteó con la lengua como cogiéndole el gusto. Se acarició el mentón con su manota grande y nervuda. Y sonrió amargamente, No crea, Pancho, una puta no es tan distinta a cualquier otra mujer; puede ser coqueta, tierna, a veces llora por las noches, siempre agradece un piropo, jamás soporta que la maltraten, no le gusta hacer daño porque sí, quiere sentirse libre, quiere ser feliz; de acuerdo, me va a decir que

una puta coge por dinero, pero no será tan ciruelo de pensar que es la única, ¿verdad?; ¿necesito contarle la cantidad de mujeres que se casan con un apellido o con una posición social o con un chalet, un coche y un armario entero de trajes de Versace?; se lo digo a boca de jarro: haga usted cuentas y dígame luego quién es más puta;

»¿Sabe la anécdota de Groucho Marx y una condesa con la que cenaba un día?, tal vez él no fuera Groucho, tal vez ella no fuera condesa, tal vez no fuera en una cena, pero el caso es que le preguntó a la dama si cogería con él por un millón de dólares; sí, y la dama se quedó dudando qué responder; entonces volvió a la carga — ya sabe cómo era el cuate para los enredos— y le hizo la misma pregunta pero esta vez por diez dólares; la mujer respondió sulfurada: ¿qué se ha creído usted, que soy una puta?; y Groucho o quien fuera le contestó: que es una puta ya ha quedado claro, ahora solo negociamos la tarifa; hágame caso, Pancho, nosotras no somos distintas a cualquier otra mujer, la única diferencia es que no regateamos el precio.

Armas no pudo, no supo o no quiso contestar. Levantó su copa y esbozó un brindis. Y se hizo un silencio cómplice que daba a entender a las claras quién había ganado la discusión. Y yo, no sé por qué, me quedé con la magua de decirle a Guadalupe Cifuentes que sí pero que no. Que ahora tampoco íbamos a idealizar el oficio de puta ¿verdad? Que había mujeres normales y corrientes que se enamoraban de un hombre, de los pies a la cabeza, sin importarles una batata si no tenía dónde caerse muerto. Mujeres que no gozaban de la suerte de parecerse a ella o a Veronique, ni —y perdóneme, Lupe, por usarlas de ejemplo— de tener un culo como el suyo o unas tetas como las de la ucraniana. Mujeres que se pagaban la carrera despachando hamburguesas o sirviendo copas en un bar o dando clases particulares de latín. Que no se abrían de piernas con tanto atrevimiento. Que se buscaban la vida para hallar un trabajo. Que tardaban cinco años en reunir para la entrada de un piso.

Me quedé, no sé por qué, con la magua de decirle a Guadalupe Cifuentes que no pero que sí. Que yo no era tan tonta como para creer que el amor y el sexo iban a todas partes juntos. Que había mujeres normales y corrientes también que se acostaban con hombres a quienes apenas conocían. Que se entregaban a alguien —y perdóneme, Lupe, que la imite; es una afición que tengo desde chica— por pu-ri-ti-to deseo no más. O por necesidad. O por falta de cariño. O porque les salía de allí. Pero no hacían negocio con ello. De modo que no me venga a contar milongas con que una puta es el mejor invento desde la rueda y todas las demás —y perdóneme, Lupe, la grosería, pero es que se me calienta la boca cuando oigo según qué cosas— somos tontas del culo.

Me quedé, no sé por qué, con la magua de decirle a doña Guadalupe Cifuentes que qué pasaba con las mujeres que no se casaban con nadie. Mujeres normales, corrientes y emancipadas que no requerían de ningún tipo que las mantuviera.

¿Necesitaba contarle —y perdóneme, Lupe, que la plagie de nuevo; pero me da que, si no, no va a entenderme— la cantidad de mujeres que tenían chalet y coche y ropero repleto de trajes de Carolina Herrera (a mí Versace nunca me gustó), por sí mismas y sin la ayuda de nadie? ¿O es que no habíamos avanzado nada desde los tiempos del cuplé? ¿O es que al final seguían siendo los hombres los mantenedores y nosotras las mantenidas? Me quedé en fin con la magua, no sé por qué, de aconsejarle a Lupe que saliera de vez en cuando de su torrecita de marfil. De sugerirle que se diese una vuelta por la ciudad. De invitarla a visitar los despachos de abogados, los hospitales, las aulas de la universidad para contar las mujeres que andaban por allí. De explicarle —y perdóneme, Lupe, el atrevimiento; es que llevo varias noches maldurmiendo y malcomiendo y malhaciendo mis necesidades y se me ha derretido la paciencia— que el mundo era más grande que su casa de putas. No sé por qué me quedé con esa magua.

En lugar de eso me reprimí. Conté hasta veinte. Hice de tripas corazón. Tragué saliva. Devolví un gesto demasiado dócil para mi gusto y mis ganas de bronca. Y le revelé a Guadalupe Cifuentes en la sala de espera de su *pensión*, aprovechando que la veracruzana se sentía arrolladora y de buen humor, que su alegato en defensa de aquel «estilo de vida» —y perdóneme, Lupe, por el eufemismo; pero no quiero perder la oportunidad que me brinda— me recordaba a una chica que acabábamos de conocer, una tal Yaiza Montenegro.

Fue como mentarle a su madre, invocar al demonio, citar la sogá en casa del ahorcado. Se le agrió la expresión. Su bebida revirtió en cicuta. Las manos se le volvieron garras para aferrarse a uno de los cojines que tenía a su lado y apretarlo con cierta saña, ¿Le han hecho una visita a Yaiza?; bueno, de haberlo sabido antes me hubiera ahorrado el sermón, esa... mujer es el más claro ejemplo de lo que pretendía explicarle a Pancho; o, a lo mejor, no; esa no responde a ningún parámetro: están las putas, las mujeres honestas y después está Yaiza Montenegro.

A Armas no le hicieron falta más datos para comprender que aquélla era nuestra última oportunidad de sacarle algo en caliente a la ex mucama. Más tarde se le enfriaría la rabia o lo hablaría con Córdoba y se volvería muda. De modo que el fotógrafo corrió a cubrirme los flancos, Algo así le venía yo diciendo a Olga esta mañana: para mí que la Montenegro no es trigo limpio; parece una mosquita muerta pero lanzó un par de dardos envenenados contra Diego que no nos casaron, eso de que se volvió celoso y violento, y que al principio iba a abandonar a su mujer por ella pero luego se acobardó, no sé, yo no conozco mucho a su amigo, pero no me parece de esos hombres. Lupe cayó en la emboscada, Por supuesto que no les casan, Pancho, esa mujer miente más que habla; es una.

Me tocaba a mí tirar, ¿Usted la conoce, Lupe? Y salió un doble seis para que pudiera lanzar de nuevo los dados sin dejar respirar a la mexicana, ¿La ha visto

alguna vez? Ella ya no podía volverse atrás, Sí, no, verá... primero quiero que me prometan que lo que voy a decirles no sale de este cuarto, ¿estamos?, Diego ya ha sufrido bastante; ustedes no pueden entenderlo, lo han conocido aliviado del luto como quien dice, tenían que haberlo visto cuando llegó aquí por primera vez: un hombre con la mirada secuestrada, herido en su orgullo, un hombre solo; por supuesto que él intentaba disfrazarlo, fingía divertirse, bebía ron a palo seco y hasta se llegó a echar alguna raya de coca con otros clientes —la droga viene con ellos, ¿eh?, aquí no se brinda ese servicio; pero no podemos hacer nada si alguno se la trae de casa, siempre que no se le vaya de las manos, ¿no es eso?—; si Diego no se gastó en un par de meses ocho o diez mil euros no se gastó nada, pero había algo compulsivo en su comportamiento, ¿cómo lo sé?;

»Por vieja, claro; ¿de cuándo acá una nace sabiendo?; no, una aprende con el tiempo a conocer las manías de sus clientes: las del primerizo que no sabe qué hacer con sus manos; las del experto que en seguida toma la iniciativa y se mete hasta la cocina (hay aquí un vasco que cada vez que viene se empeña en preparar marmitako de bacalao porque le pone cachondo comerlo en la cama); las del compulsivo que ni siquiera se sienta a tomar una copa y, no más llegar, elige dos o tres chicas y se pasa la noche entera en un cuarto; las del ocupado hombre de negocios que avisa media hora antes para reservar y no perder tiempo; bueno, no me gusta jugar al psicoanálisis pero imagino que allá afuera harán lo mismo, ¿verdad?, el burdel es tan solo una prolongación de sus vidas; ¿y Diego?

»Diego no se comportaba como ninguno de ellos; poco hablantín, llegaba, pedía una botella de ron y un vaso y se iba a sentar ahí, en la mesa de póquer, aunque él a lo que jugaba era a dominó; a veces, cuando se hartaba de beber solo, invitaba a las muchachas, aún sabiendo que lo que ellas beben es limonada; solía preguntarles cuáles eran sus nombres verdaderos y de dónde venían y cómo era que se habían metido a putas; aquí he de hacer un inciso porque esto es significativo, deben saber ustedes que en un burdel hay dos cuestiones sagradas, tabúes: los besos en la boca y las preguntas personales, no obstante en la actitud de Diego ninguna de las dos cosas resultaba impertinente, ¿dígame, Pancho?, sí, a veces lo besaban en la boca, ¿por qué?, porque le agarraron cariño enseguidita, ya les he dicho que una puta no es diferente al resto de los mortales; Córdoba se ganó a las chicas, se notaba que no preguntaba con mala idea, no era descortés, lo único que quería era comprender, conocer mejor a las mujeres; ¿también a mí?

»No se lo creerán pero en lo mío tuvo que ver algo tan ordinario como el fútbol, sí, parece de chiste, ¿verdad?; pero es que en las noches de partido grande, sobre todo si gana el equipo de casa, aquí no hay quien pare la pata, todo el mundo quiere celebrarlo; un miércoles se jugaba la final de algún torneo, no sabría decirles, a mí el fútbol solo me interesa en lo que atañe a mi negocio, aunque debió de ser algo

importante porque no dimos abasto a recibir clientes; todo el mundo saltaba de alegría, gritaba, brindaba, celebraba la victoria, todos menos Diego, que mantuvo su costumbre de pedir ron y sentarse a la mesa; esa noche no estaba dispuesto a beber solo, pero ocurrió que no quedaban chicas libres con quien conversar, de modo que tuve que atenderlo yo, ¿dígame, Olga?, no, por supuesto que no es habitual que comparta mi tiempo con los clientes, yo siempre digo que soy como un crupier, me limito a repartir las fichas y a controlar que nadie haga fulleras, de hecho Diego es el primer y el único cliente que ha pisado mi cuarto, ¿perdón?

»Bueno, esa es una pregunta un tanto indiscreta, ¿no cree, Pancho?, no quiero que piense que me avergüenzo a estas alturas; ya les dije, a mí también me gustaba Diego, me intrigaba su retraimiento, el pesimismo instalado en sus ojos, sus maneras delicadas de tratarnos, para él lo de menos era acostarse con las chicas, el pobre, ni siquiera subía con ellas, cuando ya había bebido suficiente o su curiosidad estaba satisfecha, se levantaba, pagaba la cuenta y se marchaba; pues esa noche, como les contaba, me senté con él a beber, a beber de verdad, me pareció un desprecio tomar limonada, sí, recuerdo que nos jalamos la botella de ron entre los dos, allí corroboré que lo suyo era un mal de amores, bebía rápido, se le extraviaba la mirada a cada rato y no paraba de hablar de su niña, de su pequeña, luego supe lo de Yaiza y até los cabos sueltos; ¿lástima?

»No, no era lástima lo que me daba, ¿por qué iba a sentir lástima?, era otra cosa, no sé, Olga, llámelo usted afinidad o empatía, yo entendí perfectamente por lo que estaba pasando, imagino que Armas le habrá hablado de nuestra primera conversación y ya sabrá mi historia; no le será difícil, entonces, entender las razones por las que rompí mi norma de crupier con él; y porque he aprendido a leer en sus silencios, porque he bebido ron con él, porque más de una vez lo he tenido que subir a cuestras a mi cuarto y consolarlo en su llanto y velar sus pesadillas, por todo eso les digo que harían mal en creer a la tal Yaiza; no la conozco, no la he visto en mi vida, pero me basta y me sobra con ver en lo que ha convertido a Córdoba para saber que, si Dios existe, algún día esa muchacha habrá de regresar al albañal de donde la sacó Diego; ¿qué le hizo?

»Ah, no, ahora le toca a otro; yo ya he dicho más de lo que debía, les he contado lo que sé de primera mano, lo que he visto, vivido y sentido, algo que solo a mí me incumbe, y que además no es ningún secreto, cualquiera de las chicas y más de un cliente podrían confirmárselo porque estaban aquí cuando ocurría; pero ahora usted me pide que le cuente lo que él hablaba en sueños y eso no puedo hacerlo, eso van a tener que preguntárselo a Diego, eso si lo encuentran porque, a todas estas, desde la noche en que nos vimos en el parque, después de la muerte de esa pobre chiquilla, no he vuelto a verlo; de veras, cuando nos despedimos de ustedes me acompañó hasta casa y se marchó y hasta hoy; ¿eh?, no, ¿preocupada por qué?, Diego es así, algo

nómada, nadie puede retenerlo; a veces se pasa una semana fuera; ¿dónde?

»Ni lo sé ni me importa; verán, yo no soy su mujer, lo quiero como si lo fuera, no se los negaré, pero no ejerzo, no tengo ningún derecho sobre él; él sabe que cuando tenga frío, hambre, ganas de ron o me eche de menos, aquí hallará su casa; comprendo lo que están pensando, se preguntan por qué lo hago, ¿verdad?, hace unas semanas Veronique me dijo lo mismo; Veronique es la única que se atreve a discutir conmigo, es como mi hija, ¿saben?, una chica con un carácter especial y con una sensibilidad enorme para con los animales, será una gran veterinaria; pues una mañana que se quedó a estudiar —ella estudia en mi cuarto porque es el que tiene más luz; así, de paso, me hace compañía cuando leo— me dijo que Diego era un aprovechado, que solo venía cuando le interesaba, y me preguntó por qué se lo permitía; y yo me acordé de mi abuela allá en Veracruz, una mujer arrugada y sabia como una vieja enciclopedia a quien le gustaban las sentencias más que comer con los dedos, me acordé de ella y de uno de sus refranes, ¿qué refrán?, uno de los más hermosos que he oído en mi vida, uno que dice «quíereme cuando menos lo merezca, que será cuando más lo necesite».

«Quiéreme cuando menos lo merezca, que será cuando más lo necesite». Se nos quedó pegado, igual que arena luego de un día de playa, el proverbio de la abuela de Lupe. Lo arrastramos con nosotros al salir. Hacía un ruido chinchoso, de conciencia maltrecha. Afuera nos esperaba una tarde desierta de domingo. La ciudad parecía una tortuga vieja, recogida en su concha. Decidimos pasear en silencio para no despertarla. De las ventanas entreabiertas salía un eco brumoso de emisoras que me devolvió a otra época lejana y feliz. Tan lejana y feliz que me hizo desconfiar si en verdad me habría ocurrido a mí o lo habría soñado o leído en una novela. Fuese realidad, sueño o ficción, el caso es que un hombre idéntico a mi padre llevaba a una niña idéntica a mí a la carpintería donde trabajaba. Y, mientras le daba vida a un tronco informe —en mi recuerdo, era lo más parecido a Gepetto que existía en el mundo—, escuchaba la radio. *Carrusel deportivo*. A mi espejismo, por supuesto, lo que le gustaba era estar con el espejismo de mi padre. Adoraba el olor de su barniz. Sentarse en el suelo con las piernas cruzadas. Hacer filigranas con las virutas. Merendar pan con chocolate. El silencio de las tardes de domingo.

Por su parte, el espejismo de mi padre, entre tanto sus manos apacibles arrullaban la madera, espoleaba la memoria del mío con un juego infantil. Le hacía aprender los nombres de los campos de fútbol para examinarla, a la noche, de camino a casa. Por cada dos que ella atinaba él le daba cinco duros. Era estricto el jodido de él. Sí que lo era. Como si quisiera enseñarla a sobrevivir en un mundo de tramposos y truhanes. Ella tendría seis años y no le daba ni una pequeña ventaja. Qué va. Iba directo al grano. A los difíciles. Y solo le permitía tres fallos. Al tercero tenía que devolverle todo el botín y se acababa el juego. Casi siempre ganaba yo.

De aquellos domingos vividos o soñados me quedó el recuerdo indestructible de Agustín Morante, una paga extra que a ninguna niña de mi edad le estaba dada y una memoria de verseador cubano, ¿A que no sabes, Pancho, cómo se llamaba el campo del Murcia?, La Condomina; ¿y el del Pontevedra?, Pasarón; ¿y qué equipo jugaba en Altabix?, pues el Elche; menudo desperdicio de inteligencia, ¿verdad?; total ¿para qué?, ni siquiera para ligar me sirvió porque todos los chicos me miraban como un bicho raro, una tipa blancuzca, con coleta y voz de pito, iba y se sabía de memoria los cuarenta estadios del país.

—O sea que para ti el *carrusel* era la misa dominical. Caramba, para ser una niña de las Teresianas oías cosas muy raras.

—Porque sigues empeñado en que éramos todas unas simplonas que solo aprendíamos la vida y milagros de la Santa, a cruzar las piernas sin que se nos vieran las bragas y a hacer punto de cruz. Mira, a mi padre le daba coraje verme estudiar con las monjas. Él era medio rojo. Fíjate que me obligaba a cambiarme de ropa no más llegar a casa, porque decía que aquel uniforme le daba acidez. Yo estudié con las monjas porque mi tía Encarna, una hermana de mi madre, daba clases de Geografía

allí. ¿O es que crees que con el sueldo de un carpintero íbamos a poder pagarnos un colegio privado?

—Me hubiera caído cojonudo tu padre.

—Seguro que sí. Te pareces algo a él.

—¿Y cómo es que te fuiste a estudiar la carrera fuera?

—Eso fue por otras razones que no vienen al caso. Además, aquí no había la que me gustaba. La alternativa era hacerme maestra y no me veía yo dando clases el resto de mi vida a niños de párvulo.

—¿Y qué pasa con la UNED?

—La UNED no tiene Periodismo. O, al menos, no lo tenía cuando yo estudiaba.

—¿Y entonces?

—Entonces apareció de nuevo mi tía. Santa Encarna. Patrona de los desamparados. Nunca se lo agradecí lo suficiente. La buena mujer removi6 Roma con Santiago, nunca mejor dicho, hasta conseguirme plaza en un internado que la orden tenía en Salamanca.

—¿Becada?

—Eso decía el contrato. Pero no te arriendo la ganancia. Año y medio de pensión completa a cambio de ayudar a las hermanas en el comedor y en las cocinas. Año y medio de misa diaria, toque de retreta y rancho cuartelero. De fregar suelos y lavar la loza de las demás internas. ¿Qué quieres? Era lo único a lo que podía aspirar. Mi padre acababa de morir. Y la pensión de mi madre no daba para más.

—¿Y luego?

—Luego encontré trabajo. No creas, uno mal pagado y peor reconocido. De camarera en un bar de copas. Lo mejor fue que ya tenía práctica. En el bar conocí a dos chicas en las mismas condiciones que yo. Y descubrimos que el sueldo individual era una miseria pero, con tres miserias unidas, podíamos alquilar un piso pequeño cerca de la Facultad.

—Y allí se te afianzó el carácter.

—Si te refieres a que allí aprendí a sobrevivir sin los hombres, sí.

—Te habrás tenido que morder la lengua con el discurso de la Lupe acerca de las putas, ¿verdad?

—No lo sabes tú bien, Panchillo.

Desde la muerte de Lena y el ingreso de Turo en el hospital Virgen de la Peña, en parque San Luis las cosas se habían vuelto de lo más tranquilas. Descubrimos, no sin melancolía, que alguien había ocupado ya el lugar de la pareja a la sombra del flamboyán. El loco Tabares, quien nos salió a recibir con gran regocijo, nos puso al día en los acontecimientos más relevantes. Los nuevos vecinos eran tipos alborotadores y desordenados que por cualquier cosa discutían. Algo que para el loco tenía que ver con una tendencia odiosa al vino malo. Por la mañana se iban a limosnear a la puerta de un supermercado. Y, luego de la vendimia, allí mismo compraban los bocadillos y el cartón de vino. ¿Y dónde andaban aquel día?

Aquel día era domingo y los supermercados estaban cerrados. Así que habrían trasladado el tenderete a un veinticuatro horas. Tardarían un poco más en regresar. Eso era de cajón. Porque un señor que va a comprar las revistas o a alquilar una película de vídeo o a por el pan para el desayuno suele ir con lo justo en el bolsillo. Nada que ver con el que va a hacer la compra de la semana. Seguro. Estaba estudiado. En parque San Luis no madrugaban ni vestían trajes como en la Bolsa. Pero eran expertos también en estudios de mercado. Mira a ver si no. Mera supervivencia. Así que podíamos jurarlo: aquellos dos tardarían algo más y vendrían con peor humor. ¿Alguna otra cosa?

Sí. El viernes a la noche habían hecho redada. Tabares ya sabía cómo se las gastaban los municipales y se desapareció del mapa. Pero la buena de Chelo, la muchacha canija y desnutrida no tuvo tanta suerte. Anduvo lenta de reflejos. Y la trincaron. Como nos lo contaba. Se la llevaron para devolverla, según su uso y costumbre, al día siguiente. Eran rápidos los cabrones. El sábado vieron llegar a Chelo aseadita y con el pelo cortado al rente. Parecía una presidiaria. Un espantapájaros. Después de los acontecimientos de la última semana había pocas ganas de broma. Pero, al parecer, Roque no se dio por enterado. Sí. Se le fue la mano con las pullas. Y tuvieron bronca. Una tan sonada que Chelo decidió mandarse a mudar a otro portal. Fuera de eso, sin novedad en el frente. ¿Y Diego Córdoba?

El loco Tabares nos remitió de nuevo a la Lupe. Si ella no lo sabía, entonces no lo sabía nadie. Así que estábamos como al principio. Pancho sugirió que nos diéramos una vuelta por la escollera. Sin embargo, lo dijo en un tono tan mustio y cabizbajo que se nubló la tarde. La piel se me engrifó. El loco tuvo que haber tenido la misma sensación porque se apresuró a recalcar que, en todos los años que él llevaba allí, ni uno solo de los mendigos, Y miren ustedes que he conocido desgraciados en el parque, pues ni uno se ha siquiera acercado por el Faro de los suicidios; confíen en la estadística: allí solo van los que han perdido mucho y nosotros ya no tenemos nada que perder. Armas comprendió su imprudencia y reculó como pudo, No me refería al Faro, hombre; simplemente pensé que podía estar en las rocas del malecón; mi amiga estuvo hace poco con él por allí, ¿verdad, Olga? Yo le seguí la corriente sin mucha

convicción, Cierta, cierto, Tabares; de hecho Córdoba me reveló que era uno de sus lugares preferidos. El mendigo nos contempló con los ojos arremangados. Y, por si las moscas, decidió acompañarnos a echar un vistazo.

El trayecto se convirtió en un auténtico guirigay, un continuo dislate que estuvo a pique de acabar con mis nervios. Por un lado, yo seguía dándole vueltas a una funesta visión que me arañaba el pecho como si tuviese un gato loco en el escote: la visión de Diego al borde del acantilado. Por otro, Tabares —haciendo honor a su nombre— hablaba solo, y Pancho se vio más de una vez respondiendo a preguntas que no iban dirigidas a él. La confusión rozó el cielo del absurdo cuando, en una ocasión, Tabares le preguntó de veras algo y el fotógrafo, creyendo que el hombre seguía en trance, continuó andando como quien no quiere la cosa con la vista fija en las baldosas del paseo. Entonces, el otro comenzó a hacer aspavientos en mitad de la avenida, a dar saltos, a gritar como un poseso. Hubimos de jurarle por nuestros muertos que lo tomábamos en serio y que nada más lejos de nuestra intención que burlarnos de él.

Gracias a que los locos son como las tormentas de verano, que se serenán con la misma facilidad con la que se arrebatan, pudimos continuar camino. No obstante, cuanto más nos acercábamos al muelle —no había huellas de Diego por ningún lado— más me atormentaban los malos presagios. En los rompeolas, casi ocultos por las rocas, distinguimos algunas figuras medio tumbadas. Al principio creímos que se trataba de pescadores aficionados. Pero, ya de cerca, caímos en la cuenta de que iban de dos en dos y no había cañas ni aparejos a la vista. Tabares nos advirtió que era lo único que íbamos a encontrar allí a esas horas, La gente joven busca la intimidad del atardecer, no tienen otro sitio donde ir a meterse mano; no se lo imaginan: esto se pone a reventar, sobre todo en verano; ahora apenas encontraremos dos o tres parejitas, enténdanlo, debe de ser el lugar más incómodo del mundo, y aún con el calorcito se soporta, pero en otoño solo vienen los muy necesitados, lo mejor será dar la vuelta.

No ocultaba su inquietud. Para mí que le habíamos contagiado nuestros presentimientos. ¿Habría perdido la confianza en la estadística? ¿En los estudios de mercado? ¿En sí mismo? El caso fue que, a medida que continuábamos andando y que el Faro iba dejando de ser una línea borrosa en el horizonte para convertirse en una columna formidable de piedra y moho, Tabares se iba perdiendo más y más en soliloquios y gesticulaciones. Cuando llegamos al caminillo de tierra que rodeaba a la torre nos encontramos con una cadena de hierro oxidada y una señal de prohibido el paso escrita a mano. Pancho se sonrió ante el obstáculo. De una zancada lo salvó. E insistió en uno de sus razonamientos indiscretos, ¿Se supone que esto va a evitar que alguien se tire por el despeñadero?, si yo quisiera suicidarme, un cartelito así me reafirmaría en la decisión, carajo.

El loco se detuvo. Se le alojó en el rostro una mueca religada de suspicacia y

miedo. Negó con la cabeza. Y, por más que le insistimos en que era una ordenanza que no iba con nosotros, que solo pretendíamos evitar una desgracia, que no teníamos intención de hacer una *barbaridad* —por suerte Armas esa vez eligió un vocablo prudente, el término *locura* se le quedó bailando en los labios—, el hombre se emperró en esperarnos allí. Y allí que lo dejamos sobre un saliente del malecón, retrepado, absorto en quién sabe qué cavilaciones, con la mirada opaca como tela de paraguas.

El caminillo, estrecho y sinuoso, aprovechaba los meandros que le dejaban libres las rocas. Había que mirar bien dónde pisábamos porque algunos recodos eran muy traicioneros. Pancho lo aprendió pronto cuando en un mal paso estuvo a punto de desaparecer entre la maleza. El sonido lejano y profundísimo de los guijarros que arrastró en su tropiezo nos hizo ser conscientes, si no lo éramos ya, de la altura a la que estábamos. Así que decidimos andar en fila india y sin despegarnos de la muralla. Hasta llegar al punto más alto del arrecife, justo debajo del ojo —ahora ciego y silencioso— del faro. Una grieta entre dos peñascos nos señaló el lugar que los pesimistas elegían para precipitarse. El sitio era pavoroso. Frío como una puñalada. Apenas nos atrevimos a mirar dos segundos: uno para convencernos de que una caída desde allí no era ninguna broma; otro para asegurarnos de que, si Diego había decidido lanzarse al vacío esa tarde, era de género tonto esperar encontrarlo en aquella cala; si el océano decidía escupir su cuerpo, lo haría tres millas más abajo, en la playa de Santo Domingo. El camino de vuelta fue más corto. No tanto porque, entonces, ya sabíamos dónde pisar, cuanto porque nos empujaban unas ganas irrefrenables de salir de aquel tétrico lugar.

Tabares había desaparecido. Al parecer le había entrado la prisa. Y había optado por volver a parque San Luis sin nosotros. Divisamos su figura desgarbada, como una mancha en el lienzo del malecón, cien metros más adelante. Andaría hablando solo. Renegando de Pancho y de mí. Dudando de quién —él o nosotros— estaba más loco. Armas se pasó todo el trayecto —un intento baldío de restablecerme el ánimo—, en un interminable Ya-veríamos. Ya veríamos cómo Diego asomaba por algún lado. Cómo se burlaría —a su modo, apretando los dientes, sin mover una ceja— de nuestro desasosiego. Cómo nos recibiría con su voz de barítono y su gesto cachazudo. Ya verás, recalcó con insistencia, cómo todo queda en nada. Pero, por no quedar, no quedaba ni el recuerdo de Diego. Los mendigos andaban en su penoso letargo de la caída del sol y a quien quiera que preguntábamos nos salían por peteneras, ¿Córdoba?, ¿y ese quién es?

A mí ya no me llegaba la camisa al cuerpo. Hasta Pancho me vio tan abatida que se ofreció a acercarse al burdel por ver si Diego había regresado, A lo mejor estamos haciendo diluvio de cuatro gotas, Olga, es posible que a estas horas nuestro hombre esté rey, calentito entre las sábanas de su princesa azteca. Me rehice mal que bien. Me

convertí en la diosa de la indiferencia. Le pedí que lo dejara estar. Que no había que ser más papista que el Papa. Que los lobos solitarios, luego de saciar el hambre, siempre acababan por regresar a la guarida. Pero la verdad era otra. Lo que no estaba yo dispuesta era a parecer una mojigata a los ojos de Lupe. Ni loca. Antes muerta que la veracruzana pensase que me estaba enamorando de Diego o algo por el estilo. Si ella jugaba a no desarmarse, a no revelar inquietud alguna, a no aparentar esposa abandonada, yo iba a jugar a lo mismo me da que me da lo mismo.

Eso, claro, de cara a la galería. En las cavernas andaba muriéndome de impaciencia. Busqué una excusa para quedarme a solas durante un rato. Me escabullí entre los paseantes. Me acerqué a una cabina de teléfonos. E hice una llamada al periódico. Elena Espino, la redactora de informativos, estaba esa noche de guardia. Mi relación con ella no andaba para fiestas así que hube de pisar de puntillas. Elena pasaba por ser mujer adusta y distante. No solo conmigo, sino con la mayoría de los colegas de la redacción. Se sentía incomprendida. Relegada. Llevaba veinte años serpenteando por entre aquellas mesas. Veinte años viendo anochecer desde un despachito temperado y austero, un despachito que cada vez se parecía más a ella. Veinte años, febril la mirada, errante en las sombras y con el alma aferrada a un dulce recuerdo, que se dice pronto. Y su nombre y su foto seguían sin aparecer en los títulos de crédito. Había visto ascender a muchos compañeros de profesión con menos merecimientos. Y el hecho de que todos fueran hombres —encima de cornuda, apaleada— agravaba esa sensación de desafecto.

Sin embargo, tenía en mi mano una baza ganadora: Alberto Dávila. Porque si había alguien a quien Elena detestase, ese era Alberto, la mano derecha de padre dios Mendoza, el supuesto culpable de su marginación. Y si de algo estaba yo segura era de que no iría corriendo a contarle al jefe que su ex novia se hallaba en apuros. Así que decidí ponerle la verdad encima de la mesa —estaba ya ahíta de patrañas y, además, con ella no valían las medias tintas—, Verás, Elena, es que ando metida en el endemoniado reportaje sobre los mendigos de San Luis y se me ha extraviado uno; seguramente no sea nada pero, como aquí un simple catarro te manda para las Chacaritas, prefiero asegurarme; mira a ver si me lo encuentras en los teletipos; ajá, un tipo de unos cincuenta años, metro setenta y cinco, pelo castaño, se llama Diego Córdoba, ¿dime?, no, ahora estoy en la calle participando en una obra de Charles Dickens, no llevo encima el móvil, mejor te llamo yo, ¿en quince minutos?, de acuerdo, Elena, gracias.

Fueron los quince minutos más largos de mi vida. Cada uno de los novecientos segundos resonó en mi cabeza como campanadas de fin de año. Anduve dando vueltas, nerviosa. Imaginé toda clase de peligros a los que Córdoba, libre o forzadamente, podría estar desafiando esa noche. Intenté hacerme fuerte aplicando la lógica. Diego no tenía más motivos que cualquiera para suicidarse. *La vida*, y no solo

su vida, era una mierda. De arriba abajo. De principio a fin. Tampoco era una víctima propicia para rateros. ¿Qué le iban a robar?, ¿un pulóver en el que el escudo de la universidad de UCLA pugnaba con los lamparones?, ¿unos zapatos andrajosos?, ¿un gabán desgastado? Por otra parte, de haber sufrido un accidente, ya se habría sabido. Aquélla era una ciudad de comadres chismosas en las que no se puede guardar un secreto. En aquel cuarto de hora me dio tiempo, incluso, para sentirme culpable. A lo peor yo había venido a remover, como tierra pantanosa, los recuerdos de Córdoba. Con mis preguntas, acaso, había despertado al león de su desesperanza.

Me costó marcar de nuevo el número de la redacción. Mis dedos estaban agarrotados. Había acabado por contagiarles mi angustia. Cuando escuché el saludo de Elena, ¿Olga, eres tú?, busqué alguna cadencia que denotara desánimo. Pero su inexpresión era absoluta. Y eso me preocupó aún más.

—Sí, Elena. ¿Has averiguado algo?

—Bueno. Tengo aquí una noticia que sacamos mañana de alguien que coincide con tu mendigo, pero puede no ser.

—¡Dios mío!

—Espera, chica. ¿No sabes lo de vísteme despacio que llevo prisa? El periodismo no es una ciencia exacta. Esto, como todo en la vida, tiene luces y sombras.

—¿?

—Por lo pronto, la luz es que no vamos a darla en necrológicas.

—¿Y la sombra?

—Que alguien va a pasarse una temporadita en el hospital.

Sucedió la noche del sábado. Una pandilla de *skins*, todos menores de edad, le había dado tremenda paliza a un vagabundo. Solo por divertirse. Por el siniestro placer de verlo revolcarse de dolor. Por la dudosa gloria de la superioridad de la raza. Por oler sangre. Por sentirse más hombres. Podían haberlo matado. De hecho, eso fue lo que debieron pensar cuando la última patada sonó a pared hueca. A cuerpo inerte. A cadáver. Los cobardes lo abandonaron en un callejón, sobre un charco de lluvia empantanada, en mitad de la noche. El teletipo era muy impreciso. Varón. Buena estatura. Mediana edad. Muy poca suerte. Mal lugar y mal momento para dejarse ver. Imposible, por la mugre que debía de llevar ya encima y el fango que se le pegó luego, distinguirle el color de la piel o el cabello. Hablaban, eso sí, de un olor a alpendre que echaba para atrás. ¿Heridas?

Muchas. Las predecibles después de una felpa como la que se llevó: tres costillas astilladas, fractura en mano izquierda, magulladuras múltiples, varios dientes de menos. Si alguien tenía interés en reconocerlo, le iba a costar bastante. Por dentro, toda una incógnita: hasta que no lo examinaran los doctores, no había diagnóstico definitivo. La policía había agarrado a dos de los chiquillajes. Andaban por la calle jactándose. Presumiendo de valientes. Evocando su hazaña. A las primeras de cambio

y sin tocarles un pelo —en un estado democrático, la tortura no existe— cantaron como pericos. El calor o la euforia o el afán de protagonismo los alentaban. Nombres, domicilios, teléfonos. Se daba por sentado que al día siguiente, como muy tarde el martes, estarían todos en el cuartelillo. ¿Y el mendigo?

El mendigo más solo que Dios, en el pabellón de urgencias de la Clínica San Martín. La ambulancia iba a llevarlo al Virgen de la Peña, que era el hospital más cercano. Pero al hombre lo único que se le entendía —a media boca, nunca mejor dicho— era que, para eso, mejor lo dejaran botado en el callejón. Los enfermeros, por si luego les cargaban el muerto de las reclamaciones, transigieron. Y en San Martín lo dejaron. Tenía una pinta penosa, pero aún respiraba y hasta sacó fuerza de debajo del sufrimiento para hacer algún chiste sobre lo mustias que le resultaban las clínicas, a ver si iba a pillar alguna infección.

Si alguna esperanza tenía en que el apaleado no fuese Diego, la noticia de Elena me la quitó de golpe: solo un hombre con ojos de suicida podía sacarle la lengua a la muerte en su primera cita. Y yo, a qué negarlo, estaba tan indignada —con todos: con él, con los pandilleros, con Lupe, conmigo misma— y tan revuelta de estómago que me olvidé por completo de Pancho Armas. Mi única obsesión era llegar a la clínica antes de que a Córdoba se le cruzaran los cables y le diera por cualquier despropósito como escabullirse por alguna ventana o liarse a trompadas con el vecino de cuarto. De camino a San Martín, me vino a la memoria una película que había visto por aquellos días, una en la que Jack Nicholson se paseaba, desorientado y con el culo al aire, por los pasillos de un hospital. Me pareció estar viendo a Diego en la misma situación, mortificando a los celadores.

Por suerte para el personal de la clínica, al machucado Córdoba se le habían ido las pocas fuerzas que le quedaban en protestas y bromas. Nada más cruzar la puerta de cristal corredera perdió el conocimiento y aún no había vuelto en sí. Cuando llegué, hube de inventarme que era hija suya para que la enfermera de la cuarta planta me permitiese estar un rato a su lado. Funcionó. No sé de qué me extrañaba: él parecía un anciano y yo había perfeccionado tanto la mentira que hasta empezaba a creerme mis propias trolas. Me hicieron firmar un formulario de rutina con mis datos. Por si en algún momento debían localizarme. Diego dormía como un bendito. Con una respiración sigilosa, apagada por el sonido intermitente de un aparato que medía los latidos de su corazón. Chapado en cables y cachivaches metálicos. En un cuarto común que olía a formol. Junto a una tele muda que daba un programa de cotilleo. En una cama blanca que discrepaba de una manera cruel con su piel y sus greñas. Al menos, le habían dado un baño y le habían cortado las uñas. Al otro lado de una cortinilla verde hospital, un hombre de tez cerúlea y tos cavernosa lo tenía más crudo. A tenor de la cara de resignación de sus cuatro hijas, parecía estar en las últimas.

No fui consciente del paso del tiempo. Ni de que, una tras otra, las cuatro mujeres con luto anticipado se hubieran ido marchando. Cuando quise darme cuenta, la habitación estaba en penumbras y un silencio de tumba se había instalado en ella como una visita más. Una enfermera con cara de niña y andar saltarín apareció para cambiarle a Diego la botella del suero. Le tomó el pulso. Le arregló las sábanas. Le acarició la frente. Todo con tanto mimo que, de no ser por el cansancio, me hubieran comido los celos. Estuve segura de que lo próximo que iba a decir la mujer era que se me había acabado el tiempo, que se había hecho tarde, que los enfermos tenían que descansar. Pero debió de verme tan taciturna, tan desconsolada, que se limitó a sonreír con indulgencia. Se acercó a un roperillo que había detrás de la puerta, sacó una manta azul y me la puso sobre las piernas, Toma, mi amor, que ya tenemos bastante trabajo con los inquilinos para que también se nos enfermen las visitas; mira, en el pasillo tienes una máquina de café y otra de dulces por si te entra la gazuza,

¿vale?; y no te preocupes, tu padre saldrá de esta, tiene pinta de ser fuerte como un toro y se le ven en la cara las ganas de vivir. Luego miró al otro enfermo como diciendo, A ese infeliz, sin embargo, le quedan dos afeitadas, pobrecito mío. Y salió del cuarto tarareando en voz baja una canción sandunguera y algo premonitoria, *Tú me quieres dejar, yo no quiero sufrir; contigo me voy, mi negro, aunque me cueste morir.*

Fui a buscar un café. Volví a sentarme en el sillón, a los pies de la cama. Alguien se había dejado una revista sobre la mesa de las medicinas. Intenté distraerme, pero me fue imposible. Escrutando, emboscada tras mi manta, cualquier gesto de Diego, cualquier señal de la máquina cuenta latidos que anunciara un cambio en su estado. En algún momento debí de quedarme dormida. Tuve un sueño dislocado e inquieto, un sueño-muñeca rusa a los que, para mi desgracia, ya estaba acostumbrada. Tenía una bronca con mi padre. Él me echaba un rasca por quedarme dormida velando a un enfermo. Yo intentaba despertar pero no podía. Y era la angustia —no yo— la que le respondía a gritos que no tenía derecho a regañarme, que estaba muerto, que me había abandonado como a un juguete viejo y que hiciera el favor de salirse del sueño pero ya. Y él, con su tono cadencioso y burlón, acababa por desarmarme, Precisamente porque estoy muerto, bobilina, solo me puedo aparecer en sueños. De repente, una tercera voz, una voz desconocida, la voz más atormentada que yo había oído jamás, salió de la oscuridad para decir Quiero a mi hija, por favor, devuélveme a mi hija. Hasta el espectro de mi padre se cuajó ante aquel lamento. Nos miramos durante ¿unos segundos? —¿quién puede medir el tiempo de los sueños?— y fue papá el que reaccionó primero, Despierta, Olga, despierta; al otro lado de la cortina verde hay alguien que te necesita más que yo.

El estremecimiento fue tan rabioso que eché a perder la revista y la manta con el café ya frío. Diego Córdoba se había incorporado. Ahora estaba sentado en la cama. Tenía los ojos abiertos, pero aún andaba perdido en su pesadilla. Me miraba, pero contemplaba a otra. Me hablaba, pero sus palabras no iban dirigidas a mí, ¿Dónde está Claudia?, ¿qué has hecho con ella?, ¿por qué no la has traído para que se despida de su padre? No me atreví a interrumpir su delirio. Había oído que era peligroso turbar el sueño de un sonámbulo. Que podías producirle un ataque al corazón. Que se habían dado casos de sonámbulos muertos luego de un despertar brusco. Aunque era una tesis algo descabellada desde el punto de vista científico, esperé a que Diego acabara su tormento. Y, cuando dejó de sollozar, cuando su mirada recobró la cordura, lo ayudé a recostarse de nuevo. Repetí, de un modo instintivo, la misma maniobra que le había visto hacer a la enfermera: le tomé el pulso, le recompuse las sábanas y le acaricié la frente de mármol frío.

Él no volvió a resollar el resto de la noche. Yo no volví a dormirme. La enfermera con cara de niña regresó un par de veces a ver cómo andaban sus pacientes. De la

manera que lo dijo no supe bien si me incluía a mí en el lote. El viejo de la cama de al lado pidió agua. Y ella le dio de beber de un vaso de cristal que había sobre una cómoda. Comprobó que la respiración de Diego estaba en orden. Se interesó por si yo necesitaba algo. Le dije que no, que la silla era incómoda como el demonio pero que nadie se muere de una tortícolis. Antes de que saliese de la habitación, sentí curiosidad y le pregunté por qué me había permitido quedarme aquella noche. La enfermera se encogió de hombros, ¿Y por qué no?, ¿qué mal hay en ello?, ¿ves a ese señor de ahí?; es arquitecto, está forrado de dinero, tiene una casa en la colina de Santa Margarita con más baños que el teatro Tirso de Molina, y una piscina y una pista de tenis y un viñedo y una cuadra de caballos y también cuatro hijas, creo que las has conocido, ¿dime?

»¿Las que tenían cara de resignación?, no, cielo, lo que tú leíste en sus caras fue impaciencia, no resignación; ¿dónde están ahora?, ¿tú las ves?, porque yo solo veo a un viejo moribundo que no tiene ni quien le acerque agua a la boca; no, ninguna ha querido quedarse a acompañarlo, demasiado atareadas, les repugnan los hospitales, odian el olor a enfermo, le entran arcadas nada más de pensar en que hay que cambiarle los calzoncillos a cada rato, se han pasado la tarde entrando y saliendo a respirar para no vomitar el almuerzo; le han dejado, eso sí, una montaña de revistas por si se aburre, hay que joderse, el hombre ya no ve tres montados en un burro y las tipas le dejan revistas; y otra cosa, ¿crees que se han molestado en averiguar si su padre tiene cura?

»No, qué va, andan muy preocupadas por cuánto tiempo va a durarle la agonía, y con agonía me refiero a la de ellas, pobrecitas, qué pena me dan, haciendo cuentas de lo que les saldrá la broma; fíjate que podrían haberlo llevado a una clínica privada en donde el hombre estaría infinitamente más cómodo, qué digo, podrían comprar una clínica entera con todos los médicos y las enfermeras dentro, pero total, para qué gastarse un duro, si igual se va a morir; ¿y me preguntas por qué te dejo quedar aquí contra las reglas?

»Porque me da la gana; porque hay reglas injustas, porque no está ni medio bien ponerle trabas a la gente que sufre de verdad, a la gente que actúa de corazón; porque tú te vas a mamar una noche en vela en ese jeringado sillón que te va a dejar el culo marcado una semana; porque lo haces sin esperar nada a cambio, porque ese hombre..., ¿perdón?, ¿se llama Diego Córdoba?, ah, pues mira por dónde, ni siquiera sabemos cómo se llama el arquitecto, sus hijas no han tenido la decencia de presentárnoslo, pues te dejo quedar porque Diego Córdoba, encantado de conocerlo, amigo mío, no tiene ni con qué pagar el baño que le dimos y ni siquiera es familia tuya —esto último es un secreto entre nosotras, yo no me he tragado eso de que es tu padre, perdóname si me paso de llana pero ustedes se parecen como un huevo a una castaña; y tampoco pueden ser amantes porque..., en fin, tú ya sabes por qué—; así

que mientras él esté convaleciente y yo de guardia, a ti no ha de faltarte una manta y una almohada para pasar la noche, y con las reglas me limpio yo el... bueno no sigo, que me estoy calentando, y aún me queda guardia para dar y regalar, sí, hasta las diez de la mañana, y tú, si necesitas cualquier cosa, me llamas, mi nombre es Julieta Osorio.

Cuanto más lo pienso, tanto más me convenzo de que Julieta fue la única buena noticia de aquel episodio tan desafortunado. Si me había sobrecogido hasta el terror que una manada de chiquillos tuviera tanto odio amontonado para apalear de aquella forma a un hombre indefenso, me tranquilizó saber que aún había personas con el corazón intacto como Julieta, capaces de indignarse ante la sordidez humana y de saltarse las normas por puro sentimentalismo. Me devolvió la fe. Me dio seguridad. No tanto por mí, que apenas tenía vela en aquel entierro, como por Diego. Por todos los Diegos maltratados que habían pasado y habrían de pasar por la planta cuarta de la clínica San Martín. Se me quedó una pregunta a media lengua. La había formulado para mis adentros mientras Julieta hablaba pero, luego, le quedé tan agradecida que lo olvidé. Tal vez de haberla hecho entonces los acontecimientos hubiesen sido bien distintos. Eso nunca se sabe. El caso es que no la hice y el río del destino siguió su curso inexorable. ¿Por qué Diego Córdoba y yo no podíamos ser amantes?

Su voz recuperó la afinación con las primeras luces de la mañana, Dios debe de tener todavía alguna esperanza puesta en mí, cuando me envía un ángel protector; ¿no me dirá que se ha pasado toda la noche ahí sentada? Me costó disimular mi júbilo ante el galopante renacer de su ironía, Hombre, soy periodista, ¿recuerda?, estoy acostumbrada a los retenes; la noticia es un amante soberbio y antipático que no espera nunca. Y él, recomponiéndose en la cama, ¿Y se supone que ese amante soy yo?, ¿con esta pinta?, ¿no me dirá que sigue usted empeñada en contar mi historia? Y yo, acomodándole la almohada, O la cuento o me busco otro trabajo, en el periódico se me han acabado los comodines. Y él, masajeándose las manos ya cansadas de tanto aguijonazo, A eso, de donde yo vengo, se le llama chantaje emocional, ¿lo sabía?; y no tengo yo el cuerpo para emociones fuertes. Y yo, Demontre, no quería darle esa impresión; usted solo preocúpese en ponerse bien, Diego, que el mío tampoco es un trabajo para tirar voladores. Y él, Amiga mía, con esa tendencia suya a los disfraces, no sé cómo no se hizo actriz. Y yo, Porque soy muy mala, ¿no lo ve?, enseguida me cogen las mentiras. Y él, Es que le falta práctica, Olga, nadie nace sabiendo; y luego, claro, está lo de su mirada. Y yo, ¿Qué le ocurre a mi mirada? Y él, Que no es capaz de mantenerla cuando miente, la retira pronto y luego no sabe qué hacer con ella, como si le quemara.

Y yo, Joder, es que me quema. Y él, Entonces no mienta; un detective que conocí una vez decía que la línea más corta entre dos puntos no es la recta, sino la verdad. Y yo, Es una buena frase para una novela policíaca. Y él, ¿Le gustan ese tipo de novelas?

Y yo, Me gusta cualquier tipo de novelas, siempre que sea buena. Y él, ¿Nunca intentó escribir una? Y yo, Qué va, me falta imaginación; llevo demasiado tiempo pegada a las faldas de la realidad. Y él, Bueno, la realidad y la ficción son rentas complementarias; en una novela caben las dos: es el lector el que elige con qué parte de cada una se queda para desgravar más. Y yo, Sabía de sus conocimientos legales, ahora veo que también es crítico literario. Y él, No, qué más quisiera, simplemente he vivido y leído un poco más que usted; y puedo asegurarle que no sé dónde acaba la realidad y dónde empieza la ficción; mire: coja esta última semana; póngale bigote, adelgace y déle un acento nuevo a los personajes que ha conocido; renombre los lugares donde ha estado, no sé, por ejemplo, en vez de parque San Luis, diga parque Santa Catalina, y en vez de playa de Santo Domingo, ponga playa de Las Canteras; y tendrá su novela. Y yo, Eso sí sabría hacerlo, Diego, pero me falta lo más importante. Y él, ¿El qué? Y yo, Una historia. Y él, ¿Le parece poca historia la vida real? Y yo, Ya se lo dije, me parece mucha pero muy manoseada; necesito algo diferente, algo que se salga de lo cotidiano, y en los últimos tiempos eso me lleva siempre a usted.

Y él, Yo también estoy muy visto, m'ija, me he hartado en los últimos meses de que me confundan con el rey pescador. Y yo, ¿El rey pescador?, ¿esa no era la

película del mendigo y el locutor de radio? Y él, Sí, también, pero yo me refería a un mito bastante anterior. Y yo, Ya le dije que los mitos me cogen a trasmano. Y él, Ya veo, ya; pues el rey pescador, Olga, tiene que ver con el rompecabezas del santo grial; no, no ponga esa cara, no le hablo de supercherías de vieja, aquí volvemos al asunto de antes: la realidad y la ficción son como aceite y vinagre, si usted los deja posar en un vaso y les da tiempo para que mediten en su jerarquía, enseguida se asientan, ¿verdad?, pero el más leve movimiento hace que se enreden otra vez para que no distingamos, salvo por el color, dónde anda cada uno; pues, como le decía, unos dicen que el grial es el cáliz que Jesús bendijo en la última cena, otros que es la lanza que le rompió una de sus costillas, otros que es el sudario, como ve, la cosa va de religión cristiana; en cualquier caso, como todo mito, se trata de una alegoría, la alegoría de un secreto, un secreto muy bien guardado a través de los siglos. Y yo, ¿Y el rey pescador? Y él, El rey pescador es el guardián de ese secreto; ahora no me pregunte cuál es el mío porque, entonces, dejaría de serlo y perdería el misterio y usted dejaría de quererme. Y yo, O lo querría aún más, eso nunca se sabe; permítame una pregunta personal, Diego, ¿tiene su secreto algo que ver con una niña que se llama Claudia?

Córdoba sabía mucho de la vida. Sabía de tributos y de nóminas. De mitos y de leyendas. De realidad y de ficción. Lo que no sabía hasta esa mañana en que comenzó a desvelarse el secreto del rey pescador era que hablaba en sueños. Y yo supe que no lo sabía por la avalancha de desconcierto que se le vino encima cuando hablé de la niña. Ni la sábana pudo resistir el fuego de su rostro, ¿Quién le ha hablado de Claudia?, ¿de dónde ha sacado ese nombre? Diego me había inspirado tantas emociones en aquel breve espacio de tiempo —gratitud, curiosidad, admiración, afecto, lástima— que no sé cómo me sorprendió que aún pudiera inspirarme una nueva. Pero lo hizo. Y no necesitó gritar ni bracear, como había hecho Tabares, para expresar su furia. Le bastó con su voz abisal y rotunda para estremecerme, Me gustaría estar solo. Amagué una defensa pero no me dejó concluirla, Me gustaría estar solo, *ahora*. Tenía un carácter diamantino: cuando tomaba una decisión, justa o inmerecida, la llevaba hasta el final. Y con un lacónico gesto de su mano dejó sentenciada aquella conversación.

El pasillo de la cuarta planta estaba vacío a esas horas. Lo agradecí en el alma. No tenía ánimos para disculpar mis lágrimas. Ni para explicar por qué me marchaba con ese aire de derrota. No tuve fuerzas para despedirme de la enfermera. Pensé en dejarle una nota pero me pareció injusta e innecesaria: injusta, porque Julieta se merecía algo más que un pedazo de papel emborronado con prisas; innecesaria, porque ella leería mejor en los silencios de Córdoba que en mis palabras. De todas formas, sabía que iba a volver. Preferí bajar a pie para que la brisa mañanera que se colaba por las contraventanas me despabilara. Desde el rellano del primer piso, oí cómo alguien reñía. Al principio lo achaqué a una discusión entre colegas, cosas del

cambio de turno, un enfermero que se retrasaba y otro que andaba loco por marcharse a casa. Pero pronto reconocí una de las voces de la contienda. Era la de mi fiel escudero Pancho Armas.

Cuando llegué al vestíbulo, lo encontré batallando con un celador negro y grande como un ropero empotrado. El celador se escudaba en un discurso impermeable y sólido, un bloque de granito hecho argumento, bajo ningún concepto, iba a dejarlo entrar con semejante facha de desarrapado porque, a): si Pancho estaba herido, tendría que dar la vuelta al edificio e ingresar por urgencias; y b): si no lo estaba, nada se le había perdido en la clínica hasta el mediodía, que aquéllas no eran horas de visita. El fotógrafo intentaba con pasión desarmar a su oponente. Le reprochaba su intolerancia, su insensibilidad, su falta de camaradería. Él era también proletario. Sí, coño, claro. Trabajaba de noche en un almacén de plátanos, ¿cómo si no iba a tener aquella pinta tan de mañana? Era un trabajador. El negro lo miraba desde la atalaya de sus casi dos metros sin inmutarse. Sostenía, con una mano férrea e intransigente, la puerta de cristal entrecerrada, dejando apenas un hilo de corriente para que el intruso entendiera lo que decía.

El intruso, Pancho, empujaba con todo su cuerpo pero la hoja de la puerta no se movía ni un poco. Cansado de presionar la cristalera, templando la voz y el gesto, muy a su estilo, Armas cambió de estrategia y le dio por la erudición y la rimbombancia: ¿sabía el celador quién había sido San Martín?, ¿no? Mal íbamos si ni siquiera se había tomado la molestia en averiguarlo. Pues Martín de Porres, un hombre bueno entre los mejores, había sido un enfermero mulato. Lo que oía. Mulato. Como el celador, pero con un corazón que no le cabía en el pecho y que no lo hubiera dejado a él, ni de broma, botado en la calle como agua sucia. Al negro se la traía liviana lo que hubiese pensado de su actitud el santito mulato, Ni San Martín de Porres ni la porra de San Martín, usted aquí no entra porque a mí no me da la gana y se acabó la vaina.

A todas estas, la administradora —una mujer morena, resuelta y pizpireta— salió de su despacho taconeando con el firme propósito de poner los puntos sobre las íes. Le quitó, sin despeinarse, la manija de la puerta al guardián y se enfrentó con Pancho para sacarlo definitivamente de un error, comprensible pero craso, porque, en efecto, la clínica se llamaba San Martín, pero no en honor del santo limeño, sino del general libertador de la Argentina y Chile, Por eso en el membrete de la papelería figuraba una espada y no una escoba; así que si él, Pancho Armas, no se largaba de inmediato, ella, Genoveva Galán, iba a llamar a un ejército de guardias que lo iban a correr de allí a patadas en el culo, si no por borracho y majadero, sí por quererse pasar de listo, ¿estábamos? Antes de que la cosa fuera a peor, decidí intervenir y llevarme a mi colega a desayunar, aunque malditas las ganas que tenía.

Yo no. Pero el fotógrafo traía más hambre que un perro chico. Engulló dos

bocadillos y un dulce de canela con un apetito tal que, de no haber estado yo tan descompuesta, me hubiese contagiado. Mientras él daba cuenta de su desayuno y yo esperaba a que mi té de hierbas se enfriase, le referí los acontecimientos de la noche. Desde mi conversación, afectada aunque cordial, con Elena Espino, hasta el extraño sueño de Diego Córdoba. Pasando por la alegre aparición de la enfermera con la cara de niña. He de reconocer que, al principio, me dio la sensación de que se desentendía del asunto, enfrascado como estaba en su desayuno. Pero pronto comprendí que era su forma de escuchar. Desde que lo conocía, siempre había sido así. Daba igual lo que estuviese haciendo —mirando al mar, resolviendo un crucigrama, lustrando su cámara, comiendo—, el caso era que Pancho no solo reparaba en mis comentarios sino que ya estaba maquinando el siguiente paso. Y esa vez no iba a ser diferente. Con el último sorbo de su cortado, se felicitó de que Diego se hubiera recobrado tan pronto. Dedujo que estaría resguardado con Julieta. Y formuló la pregunta del millón, ¿De cuándo a dónde tiene Córdoba una hija?

—A mí que me registren.

—Tú fuiste la que habló con Laura Cano.

—Ya. Pero en ningún momento de la conversación salió a la luz lo de la hija. Es cierto que no pregunté. Sin embargo, de existir esa niña, ella lo hubiese sacado tarde o temprano.

—¿Por qué?

—Porque ya le resulta bastante duro a tu autoestima que tu marido te abandone por otra como para que, encima, te deje con una hija auestas. A mí, por lo menos, me hubiese hecho más daño por la niña que por la autoestima.

—Mi amigo de la Audiencia tampoco habló de ninguna niña.

Y eso es lo primero que debería salir a relucir en un juicio por separación. Cuando hay chiquillos por medio la cosa se complica. Además, ahora que lo pienso, le hubiesen dado el sumario al juez de protección de menores.

—Pues sí que estamos buenos.

—No. El que está bueno es Córdoba. A no ser que tuviese una hija de un matrimonio anterior (algo poco probable entre otras porque ya no sería una niña) tu héroe desvaría.

—¿Ahora es mi héroe?

—Bueno, tú me entiendes.

—A veces, no lo sé. Viendo cómo te preocupas por mí y algunos comentarios sobre Diego, cualquiera diría que estás celoso.

—Vale, lo siento. Yo iba por otro camino: el del rey pescador. Pero veo que no ha tenido gracia lo del héroe. Te decía que con todo lo que le ha pasado, incluida la tollina de anoche, puede que el hombre se haya desquiciado. Al menos un poco.

—Y puede que un mucho también, Pancho, no hace falta que midas tus palabras

conmigo. Pero lo lógico es que estuviese nervioso. O que tuviese miedo de la gente. O que viese peligros por todas partes. Pero de ahí a inventarse una hija.

—Eso no lo sabemos. No somos expertos en psicología.

—¿Y qué hay del nombre?

—¿Perdón?

—Sí. Le puso nombre. A la niña. La llamó Claudia.

—¿Tú no tuviste de pequeña una amiga imaginaria? Ah, claro, tú tenías una hermana. No sabes lo afortunada que eres. Los hijos únicos tenemos que improvisar sobre la marcha, a falta de pan, buenas son tortas. Y también les ponemos nombre. El mío se llamaba Miguelito, como el de Mafalda.

—De acuerdo, lo del nombre puede que no sea definitivo, pero si hubieses visto la cara que se le quedó cuando mencioné a Claudia. Fue como si lo hubiese visto desnudo, como si hubiese descubierto el mayor de sus secretos, lo que me recuerda que tengo que averiguar algo más de ese rey pescador.

—Me parece muy bien. Mientras tú buceas en tu ordenador, yo voy a hacer una visita de cortesía.

—¿A quién, si puede saberse?

—Sí que puede. A Yaiza Montenegro. No sé por qué me da que la sota de oros puede ser una pieza clave en este envite.

—Me parece una idea estupenda. ¿Volvemos a ser periodistas? Porque tengo unas ganas de quitarme estas ropas y de darme una ducha que ni te imaginas.

—Sí que me lo imagino.

—¿El qué? ¿Mis ganas? ¿O lo de quitarme la ropa y darme una ducha?

—Era broma. Es la segunda vez que te dejó sin palabras.

—Si no puedes mejorar el silencio, mejor te callas.

—Oye, Armas. Yo.

—Dime.

—Bueno, nada. Era una tontería.

—Odio que dejes las frases a la mitad. Si empiezas algo, acábalo.

—Sobre lo de antes. Lo de que Diego era mi héroe. Y lo de los celos.

—Creo recordar que ya me disculpé.

—Tú sí lo hiciste, pero yo no. Fui un poco bruta.

—Apenitas.

—¿Lo estás?

—¿El qué?, ¿celoso?, sí, hombre, a ti te lo voy a decir.

—Pues quiero que sepas que no tienes por qué estarlo.

Tres horas después, sentada en mi escritorio, delante del ordenador, mirando embobada la foto de un niño con sombrero de fieltro que tengo de protector de pantalla, aún me preguntaba cómo había sido capaz de decir lo que dije. No era que estuviese arrepentida. Sencillamente, no me lo creía. Intenté justificar mi atrevimiento —ante Pancho, ante el niño del sombrero, ante mí misma— a cuenta del cansancio, de una semana de vértigo, de una regla mal traída. Llegué a temer incluso si no estaría sintiendo por Armas una especie de síndrome de Estocolmo o cualquier otro achaque que llevaría por la calle de la amargura al psiquiatra más curtido.

Me acordé de las tertulias libertinas y disparatadas que solía mantener con mis amigas en el *Rose's Café*, un barito de tapas en la trasera de la Audiencia donde nos reuníamos después del trabajo. Allí tocaba un pianista más negro que blanco que se llamaba Marcelo Trinidad y que no hacía sino sonreírnos como un sonso desde su banqueta. Luego, más o menos a los seis meses de reunirnos en el *Rose's*, nos enteramos de que el tipo era sordo y sabía leer los labios y, claro, entendimos por qué lo de la sonrisa blanca del negro Trinidad. Cuando alguna sacaba el coreado asunto del ideal de hombre, el pianista negaba con la cabeza como si se apiadara de nosotras. Y yo, a qué negarlo, estaba de su parte. Siempre me salía por la tangente. Intentaba escabullirme al baño. Fingía una llamada inaplazable. Respondía con evasivas. Los modelos que ellas ponían sobre el mantel me resultaban o demasiado convencionales o demasiado ficticios. ¿Qué cosa era eso de ideal de hombre?

¿El hombre perfecto? Anda ya. La perfección no existe. Ni en el hombre ni en la mujer. Ni siquiera, como decía Armas, en Mozart o en Gauguin. La perfección no existe y punto. La gracia estriba en que las imperfecciones no te amarguen la vida. En que nadie sea, ante nuestros ojos, ni demasiado alto ni demasiado bajo, ni demasiado listo ni demasiado tonto, ni demasiado bueno ni demasiado malo. Era entonces cuando Carmencita Estévez o Lola Sastre, con mucho las más lanzadas del racimo, se compinchaban con el único propósito de escandalizar a todo el bar. Se picaban el ojo. Se envalentonaban. Se rodaban en la mesa hasta colocarse de frente al piano con el propósito de que Marcelo Trinidad no perdiese una coma de lo que iban a contar. Y explicaban con todo lujo de detalles sus hábitos amorios o, lo que es lo mismo, dónde y cómo y con quién descubrió cada una que había *demasiados* por los que valía la pena pagar, Sí, chicas, no lo duden, más vale que sobre antes que falte.

A mí no me lo parecía. Por supuesto no iba a engañar a nadie —ni a mis amigas ni al pianista discreto— contando la milonga de que las mujeres solo nos fijamos en el interior, que valoramos la inteligencia por encima de cualquier otro músculo, que no atendemos a formas ni a colores. Menos lobos, caperucita. Sin embargo —y quien me conoce bien no puede llevarse a engaño—, he mantenido siempre una indomable indiferencia hacia los guapos, los machotes y los lanzados. Desde que tengo conciencia de que me gustan los hombres. Desde la primera experiencia más o menos

sería. No soporto la arrogancia. Chulerías las justas, y nunca después del desayuno. Necesito una porción, aunque sea simbólica, de fealdad o de flaqueza o de timidez o, mejor, de todas un poco, para creerme que estoy delante de alguien de verdad y no de un figurín de revista. Por eso no podía compartir con ellas su afición a los actores impostados y melosos. Siempre les ponía pegas. Y sacaba del bolso mis célebres *demasiados*. Brad Pitt, demasiado lindo. George Clooney, demasiado fresco. Richard Gere, demasiado blanco. Andy García, demasiado cubano.

Y era, quizás, que las mujeres nos habíamos vuelto muy exigentes. Que ya no estábamos dispuestas a soportar lo insoportable. Lo más obvio eran las vejaciones, las humillaciones, los malos tratos que, por desgracia, sufrían muchas cuyo único pecado había sido elegir a un cabestro por marido. Mi periódico daba cuenta cada día de uno o dos casos, y más de una vez me había preguntado si tamaño despliegue informativo no serviría de tentación para esos caníbales sin alma. Había, no obstante, una úlcera menos tangible pero igual de corrosiva: el aburrimiento. Envejecer al lado del hombre equivocado. Un hombre sin gracia, sin modales, sin conversación. Un infierno de hielo. Carmencita Estévez lo definía a la perfección, con su ordinaria procacidad, Por quince centímetros de chorizo esta que está aquí no piensa aguantar toda la vida al cerdo entero. No hablábamos por hablar. Teníamos el botón de muestra en casa. En nuestras madres. Yo en eso había tenido suerte: papá era un tipo poco hablador que tiraba a despistado para fechas y celebraciones, pero lo suplía con un cariño y una devoción incondicional por sus tres mujeres.

Sin embargo, tenía bien cerca las experiencias de mis amigas. Como la madre de Noelia, la mujer sin piernas, a quien su marido le prohibía llevar falda por encima de la rodilla. O la de Inés, la dama pirata, que aparecía cada cierto tiempo con un ojo a la virulé y siempre le echaba la culpa a las puertas, que no cerraban bien. No me sentía orgullosa de los motes —a ambas, se los había puesto yo—, pero en mi descargo he de decir que solo era una forma de burla anticipada, una manera de sacarle la lengua al maldito destino que podía esperarnos a cualquiera de nosotras. Por eso me costaba señalar sin objeciones a mi príncipe azul, no fuera a desteñírseme o a volvérsese rana antes de tiempo.

Y entonces, cuando ya me tenían acorralada, cuando me veía obligada a decir aunque fuera un nombre para que no creyeran que me había pasado a la otra orilla, recurría a una tesis —por absurda, creíble—, según la cual para que me gustara un actor tenía que llevar apellidos de más de dos sílabas. Era esencial. Un valor seguro. Algo así como la denominación de origen en los vinos. ¿Tú estás tonta? ¿Y eso a cuento de qué? ¿Más de dos sílabas? ¿Como quién? Como Malkovich, como Nicholson, como Depardieu. Las amigas se quedaban meditando sobre mi teoría. Era extravagante, pero funcionaba. Una vez que mi hermana Ana fue a cenar con nosotras casi me jeringa el invento porque se acordó de mi actor favorito, ¿y qué pasa con

Daniel Day-Lewis, eh?, ese tiene dos sílabas y bien que babeas cada vez que lo ves, que no te pierdes una sola de sus películas. Entonces eché mano de mi madre, que para los nombres de los actores es un desastre, Day-Lewis tiene tres, mi niña, ¿o es que no sabes contar?, dai-le-güis, ¿dei-luis?, ah, no, querida, aquí cada una tiene derecho a pronunciar el inglés como le venga en gana.

Tan lejos y tan cerca de aquella incongruencia, Pancho había entrado en mi vida en un momento en que no hubiera distinguido a un príncipe de una rana, en unas horas en las que me daban igual ocho que ochenta. Armas, claro, no entraba en la nómina de actores como aquéllos. En realidad no entraba en ninguna nómina que se me hubiera ocurrido antes. Pero me gustaba. Y, bien mirado, en el fondo tenía sentido que me gustase. Porque era un arquetipo de esas pequeñas imperfecciones humanas. Su desgano en el vestir, su reserva al hablar de sí mismo, su miedo a la sangre. Fealdad. Timidez. Flaqueza. La santísima trinidad. Todo eso lo convertía en serio aspirante a hombre ideal aun con nombre bisílabo.

Aparté por un rato de mi mente al fotógrafo para seguir con la investigación. Busqué referencias del misterioso personaje del que había hablado Córdoba. A la hora ya tenía sobre la mesa unos cuantos artículos sobre el rey pescador y la leyenda del grial. Me llamaron la atención, sobre todo, tres. Fui subrayando con un rotulador fosforescente algunos párrafos para hacerme una idea de con qué me enfrentaba. El primero decía que los relatos solían ambientarse en países lejanos y legendarios. Que el grial, siempre bien protegido, se hallaba custodiado en un templo situado en lo alto de una montaña. Que el guardián del secreto, de nombre Anfortas, era a un tiempo rey y sacerdote y que estaba a la vez vivo y muerto. Mi imaginación se desparramó por todo el cuarto. Puestos a divagar, para muchos historiadores la isla en la que vivíamos era pura leyenda, no apareció en los mapas cartográficos hasta bien entrado el siglo XVI. Y el templo de la montaña bien podía haberse trasmutado en la casa de Lupe. Y, si el guardián era Diego, lo de rey y sacerdote no coincidía, pero era innegable que se balanceaba como un funámbulo entre los vivos y los muertos.

Un segundo artículo mencionaba una feroz desgarradura. El custodio del grial fue, al parecer, herido en una pierna —los cronistas más drásticos hablan de una lesión en los genitales— por una lanza enemiga. Incluso esa lanza podría haber tenido que ver con la de Longino, el centurión que, literalmente, le rompió el corazón a Jesús crucificado y que, luego, empapado de la sangre de Cristo, vería la luz y se convertiría en San Longino. Se trataba de una herida abierta que no cicatrizaba jamás, lograda alegoría de la pérdida de la fe, una herida de amor o la ruptura de un voto de castidad, algo que explicaría perfectamente que el Señor descargara toda su rabia sobre los genitales del pobre pescador-pecador. En cualquier caso, después de esa mordedura, todo su mundo se convertía en un páramo yermo y desabrido, la Tierra Desolada. No sé porqué no me extrañó que Diego Córdoba, hombre propenso a la

mitología, me escoltase hasta la figura del guardián del grial. Lo suyo podía entenderse como cualquiera de los pecados anunciados en la leyenda: una herida de amor (la que le dejó Yaiza Montenegro), la ruptura de un voto (con Laura Cano) y la consiguiente pérdida de la fe (en el ser humano y en sí mismo). Y si porque San Luis no era la Tierra Desolada entonces no existía tal lugar en el mundo.

El tercer relato me resultó más enigmático e inquietante, tal vez porque hacía referencia a quienes empeñaron su existencia en encontrar el dichoso grial. Y dejaron de parecerme divertidas las concordancias. Una cosa era hallar paralelismos entre la leyenda y Diego Córdoba y otra muy diferente verse una misma reflejada en un tinglado increíble de hacía cientos de años, que, para colmo, acababa como el rosario de la aurora. El caso era que la herida abierta del rey no sanaría hasta que un caballero puro llegase a su castillo e hiciese una pregunta clave: «¿A quién sirve el grial?». Muchos fueron los que marcharon a la búsqueda del secreto, pero la historia recuerda sobre todo a cinco: Lancelot, Gawain, Bors, Parsifal y Galahad. A medida que iba leyendo, el asunto me parecía más irreal. Una trama barata de esas novelas de intriga legendaria que tantos adeptos tienen en nuestros días. Confieso que jamás me han gustado ese tipo de aventuras. Todas fantasiosas, todas mágicas, pero todas iguales. Por eso me debatía entre la curiosidad y el escepticismo.

Según se cuenta, Lancelot llegó a ver el grial, no obstante fue cegado de inmediato por su turbulenta relación con la reina Ginebra. Gawain, excesivamente apegado al mundo terrenal y carente de la espiritualidad necesaria, no dio la talla. De Bors se sabe que tuvo la misión de regresar a Camelot para dar noticias de la sagrada copa, pero no queda claro si llegaría a resolver sus propias dudas. Y así llegábamos a los dos últimos caballeros a quienes, luego supe por qué, yo temía descubrir: Parsifal y Galahad. Al primero se le premió su ingenuidad y su delicadeza —le conocían como «el tonto perfecto»— y acabó reemplazando al rey pescador como guardián del secreto. El segundo era hijo de Lancelot y, aunque fue recompensado en la otra vida por su carácter noble y reposado, el caso es que murió buscando el grial.

Juro que no fui consciente hasta repasar luego mis anotaciones, pero mi mano había tachado la pregunta clave, ¿A quién sirve el grial?, y la había sustituido por otra: ¿Quién es Claudia?

Y junto a los nombres de Parsifal y Galahad, había escrito de un modo instintivo el de Pancho y el mío con sendos interrogantes. ¿Me estaba volviendo tarumba? ¿Me había dejado influir por las locuras de Diego Córdoba? ¿Un fotógrafo y una periodista, caballeros de la tabla redonda? De repente me sobrevino una sensación de angustia que no supe reprimir. La consecuencia de esa deducción era horrible. Podía soportar que Córdoba fuese Anfortas y Claudia su secreto. Pero si nosotros éramos los caballeros, uno de los dos iba a morir en la aventura, y no estaba preparada para ese galimatías. Apagué el ordenador. Me vestí. Y me tiré a la calle en busca de

Pancho.

El otoño había empezado a mostrar la pezuña de lobo. El aire se había vuelto chinchoso y frío. La primera bocanada me cogió desprevenida. Creí que se me escarchaban los pulmones. Un dolor enrabiado en el pecho me hizo comprender que, antes de continuar, debía serenarme, a no ser que quisiese reaparecer por San Martín como paciente y no como visita. Aminoré el paso y la respiración. Un taxi quedaba libre en esos instantes. Hube de esperar a que bajara una señora inmensa con una turba de chiquillos que, por las bolsas y las golosinas, venía del supermercado. Le di al taxista la dirección de Yaiza y, cuando el hombre quiso iniciar una conversación latosa sobre los hijos, le lancé una mirada fulminante que se quedó adherida como un chicle en su espejo retrovisor. El resto del camino él se limitó a mirar el chicle y a conducir, y yo a mortificarme con las tres dudas de Pedro.

Mis tres dudas no tenían el plante y la hermosura de las Gracias de Rubens pero abultaban igual. Tenía una por cada mujer del rey pescador. Por Laura Cano. Por Yaiza Montenegro. Por Guadalupe Cifuentes. Con todas había hablado al menos una vez y tenía la sensación de que, al menos una vez, todas me habían mentido. O, lo que venía a ser lo mismo, me habían ocultado algo. Puede que fueran detalles menudos —no muy menudos, claro; si no, no hubieran tenido reparo en contármelo— pero puestos en fila armaban el retrato que yo llevaba una semana intentando componer de Diego Córdoba. Estaba empezando a cansarme de tanto silencio junto. Y es que había algo de contención en sus declaraciones. Laura, por ejemplo, se contuvo después de sostener que Diego la había traicionado cuando más lo necesitaba. Yaiza, cuando le preguntamos por qué Córdoba se había puesto como un venado. Lupe, al no querer revelar qué era aquello tan horrible que le hizo la Montenegro a nuestro amigo. Todas estuvieron a un paso de decirlo pero, ignoro sus razones, no se atrevieron. Para remate de la puñeta, una enfermera con cara de niña había afirmado, sin atisbo de dudas, que Córdoba y yo no podíamos ser amantes. Yo tenía la sensación de que todas las contenciones eran la misma. De que estaban ligadas de algún modo, como los pañuelos de los prestidigitadores. Y de que me bastaría con tirar del primero de ellos para que, uno a uno, todos fueran saliendo del sombrero.

En el piso de la calle Zaragoza no había nadie. Pulsé el telefonillo varias veces y no obtuve respuesta. Di una vuelta a la manzana. Pregunté en las cafeterías de los alrededores por si Armas había decidido encontrarse con la Montenegro en sitio neutral. Aunque la calle estaba bulliciosa, apenas había nadie a esas horas en los bares. Un par de parroquianos dándole al ron de aperitivo. Dos o tres mujeres de cháchara. Pero ni Yaiza ni Pancho. Anduve dando vueltas como ave sin nidal. Busqué, sin fortuna, en mi agenda el número de teléfono o la dirección de Armas. Era la primera vez que trabajábamos juntos tanto tiempo y no lo tenía. Siempre nos

encontrábamos en la redacción, para qué iba a tener su dirección. También tenía la alternativa de llamar al periódico y pedirla, pero no quería alimentar chismorreos ni soportar las impertinencias de Alberto Dávila. Así que, de perdidos al río, me lancé a la aventura de resolver la primera duda.

La casa de Laura Cano en Ciudad Jardín era una maravilla. Un precioso palacete de cantería. Piedra y cristal en la fachada. Un torreón a modo de buhardilla. Un balcón de madera. El tejado a dos aguas. Y un patio frontal poblado de laureles de indias y palmeras enanas en el que, ante una taza de café y un buen libro, a una le faltaría muy poco para ser la mujer más dichosa de la tierra. No pude menos que pensar en Diego. En su estupidez. Me dieron ganas de volver a San Martín y sacarlo de la cama a trompadas. ¿Cómo alguien era capaz de arriesgar —y perder— todo aquello por una pàrvula como Yaiza Montenegro? Dios le da pañuelo a quien no tiene nariz. La verja de la calle no tenía echado el fechillo. Hice algo de ruido antes de franquearla por si aparecía algún perro entre las sombras de los árboles. Un pastor alemán con malas pulgas bramó, pero desde la lejanía de la acera de enfrente. Una anciana salió al mirador de otro caserón y me observó con cierta abulia. La saludé con un leve movimiento de cabeza. Crucé el caminito de loza que llevaba a la puerta. Y llamé.

Guardé silencio por si advertía algún movimiento dentro del palacete. Creí escuchar una voz femenina que cantaba en inglés, pero las casas estaban tan juntas que bien podía estar sonando en la de la mujer del mirador. Esperé unos segundos antes de tocar de nuevo. Acerqué esta vez el oído a la puerta. Y entonces sentí un taconeo aproximándose desde el otro lado. Cuando Laura Cano me abrió y preguntó que quería, tres cosas quedaron, de inmediato, demostradas: que ella era una mujer mucho más hermosa de lo que yo imaginaba; que la canción que había escuchado antes salía de su casa; y que yo, con las prisas, había olvidado prepararme para aquel encuentro. Laura, lejos de molestarse por la intromisión, pareció divertida con mis balbuceos. Hasta que oyó mi nombre. Y me reconoció. Y recordó la conversación telefónica que habíamos mantenido la semana anterior. Sin perder la exquisita compostura que la había hecho famosa en los juzgados, cruzó los brazos en ademán defensivo, Tengo buena memoria, señorita; y creo recordar que le aconsejé la última vez que todo lo que tuviera que decir se lo dijera a mis abogados; incluso le di la dirección de Barrio Antiguo.

Me vino a la cabeza, como un rayo, lo que había dicho Córdoba en la clínica sobre que el camino más corto entre dos puntos no era la línea recta sino la verdad. Y decidí seguirlo, Su memoria es excelente, señora Cano, pero temo que lo que tengo que decirle, a Rubio y Asesores le importen un bledo; se trata de Diego, no sé si lo habrá leído en los periódicos; anoche una pandilla de energúmenos le dio una tollina de palos y está en el hospital; seguro que de esta no se muere, pero aún están haciéndole pruebas por si se les escapó algo en el primer examen; y, en fin, que me pareció que debía usted saberlo. Laura se llevó una mano a la boca para que no se le escaparan de golpe los sentimientos. Y en sus ojos relampagueó algo parecido a la tristeza. Yo no era tan lista ni sabía tanta mitología ni había vivido tanto como otros pero, en aquel soportal, aquel mediodía de otoño, supe lo que significaba estar

enamorada.

Laura Cano me invitó a pasar. Me guió hasta un salón al que no le faltaba detalle. El formidable ventanal. La chimenea de piedra. La elegante librería de madera de pino americano. Los sillones confortables. La mesa de cristal cuya base era una columna de mármol vetado. La alfombra oriental delicadamente tejida a mano. En el aparato de música, una mujer cantaba con voz desgarrada, *My heart is low, my heart is so low, as only a woman's heart can be*. Y a mí me dio por pensar en el destino, no hay nada como jugar con las cartas marcadas. Laura se sentó frente a mí. Entrelazó sus manos. Y se mantuvo a la espera de que continuara con mi narración. A medida que le iba relatando lo ocurrido su mirada se melancolizaba más y más. No supe si fue su sentido práctico o la pose que estaba intentando mantener, pero lo primero que preguntó fue si Diego estaba bien atendido. Le hablé de Julieta y le conté cómo se desvivía por sus enfermos de la cuarta planta. La mujer suspiró. Y una amarga sonrisa se adueñó de su rostro.

Hay veces en que los silencios se vuelven tan macizos como una roca. El del salón de Laura Cano era, más bien, como la base de mármol de su mesa. Lleno de vetas por las que correr las lágrimas. La dejé llorar. Saqué del bolso un pañuelo de papel y se lo ofrecí. Ella lo tomó sin decir nada. No hacía falta. Podía reconocer la gratitud en su recato. Cuando habló fue para decir lo que yo hubiera dicho en su lugar. Que no me creyera que lo había perdonado. Que ni se me ocurriera figurarme que le importaba lo que pudiera ocurrirle. Que ni se me pasara por la imaginación que iba a cambiar en algo la situación. Que aquéllas eran las últimas lágrimas que iba a derramar por el cabrón de Diego. Yo hubiera mentido igual de mal. Y por eso la dejé desahogarse. Y le acepté una cerveza. Y esperé a que fuera a la cocina a buscarlas.

Y despejé la mesilla para que pudiera acomodar dos posavasos y dos copas de cristal talladas. Y corrí a limpiar con una servilleta la cascada de espuma que se despeñó desde el borde de su copa.

Y entendí que ni siquiera la probara.

Laura Cano, la cabeza abatida, se confesó a sus uñas bien cuidadas. Al dobladillo de su falda azul. A sus rodillas huesudas y blancas. La verdad, no comprendía por qué había reaccionado de aquella forma. Estaba prevenida, o eso creía, para enfrentarse al mundo desde su viudez prematura. Se había preparado, casi con el tesón de un ajedrecista, para resistir cualquier noticia que tuviese que ver con Diego. Pero había que entenderla.

Necesitaba que, al menos, yo la entendiese. De pronto vienen a contarle —en ese punto levantó la mirada para que pudiera leer la verdad en sus ojos enrojecidos— que unos bárbaros lo han apaleado. Y, entonces, tan solo acierta a imaginárselo allí. Malherido. Desamparado. En un charco de lluvia. En un callejón maloliente. En plena noche. Qué quería yo. Pese a todo habían sido trece años a su lado. Trece años

amaneciendo junto al mismo hombre acaba por dejarte huella. Por calarte hondo. Por marcarte la piel. Era como en la canción de Sinatra. ¿Conocía yo la canción de Sinatra? ¿*Ive got you under my skin*? Pues eso solo se puede escribir luego de trece años junto a alguien. Trece años. Ni un día menos. ¿Felices?

¿Quién podía garantizar la felicidad? ¿En qué lugar del libro de familia venía eso? Se hablaba mucho ahora de que el matrimonio no era más que un contrato. Un papel firmado. Por eso la gente se casaba con tanta alegría. Era tan fácil. Y por eso le duraba la cosa dos telediarios. Era un papel firmado, sí. Pero que no resistía una mísera llovizna. Se mojaba enseguida y ya no había quien reconociera las firmas. A la segunda riña ya se estaban preguntando si no había sido un error. Si no sería mejor que cada uno volviese por donde había llegado. Y adiós, muy buenas, si te vi no me acuerdo. Laura Cano, con lo de la riña, no se refería a maltrato físico continuado. Así lo dijo. De carrerilla y sin mucha convicción. Paladeando las consonantes. Como si estuviera leyendo el prospecto de una medicina. Maltrato físico continuado. Tal vez lo habría oído hacía poco en la radio. Pues no era eso. No fuera yo a malinterpretarla. No se refería a un marido que te molía a palos un día sí y otro también. Un marido borracho o celoso o tirano o todo a la vez. Eso era algo que no se podía tomar a broma. No. Ahí no había trato que valiese. No. ¿A qué se refería entonces?

Se refería a una simple discusión. Al lugar de la casa donde poner la tele o la mesa de estudio o la librería. A la manera de pasar los domingos. Al momento en que coger las vacaciones. ¿No me fijaba yo? Se refería al dónde. Al cómo. Al cuándo. En sus tiempos de escuela eran complementos circunstanciales. Cir-cuns-tan-cia-les. No eran más que anécdotas. Elementos con valor, claro. Pero prescindibles en la comunicación. Y habíamos hecho que esos elementos circunstanciales se adueñaran de nuestra existencia. Esas anécdotas se habían apoderado de nuestras vidas. ¿No lo entendía yo? Se hablaba mucho ahora del espacio y del tiempo. Debía de ser la moda Einstein. Todos querían tener su espacio y su tiempo. Y eso estaba muy bien. Era muy loable. Hacía juego con el vestido de la modernidad. Pero, caramba, si tan modernos eran, entonces que no se casasen. Que no se fuesen a vivir con otra persona. Que cada uno se quedase en su casita con su espacio libre y su tiempo virgen para hacer con ellos lo que les viniese en gana. Porque la convivencia era otra cosa. ¿El qué era?

Otra cosa. Muy distinta. Quizás algo peor que vivir en el desierto de la soledad. ¿Sabía yo? La víspera de su boda, su madrina le había dicho que la convivencia era la tumba del amor. A Laura aquello se le había quedado grabado como un tatuaje en la memoria. La tumba del amor. Lo había dicho con la boca grande y repintada. Con la expresión satisfecha de quien cree haber descubierto América. Laura le había respondido a su madrina que sí. Que podía ser. Que la perra chica para ella. Pero que, ya puestas a filosofar, le revelara el secreto de hacer una tortilla sin romper los

huevos. Su madrina no supo que contestar a eso. Había tenido cuatro maridos. Y el más resistente, un piloto de aviación sueco con quien apenas se entendía en inglés, le había durado tres años y medio. Qué iba a contestar. Y es que convivir con otra persona era una apuesta. Un reto. ¿Me gustaban los retos? Pues me animaba a probarlo. Según ella, yo tenía pinta de una mujer capaz de salir airosa de un matrimonio. ¿Indemne?

No. Airosa. Que no fuera yo a pedirle la luna ahora. Indemne era una palabra mayor. Indemne del matrimonio no salía ni el que lo inventó. No. El matrimonio era una prueba que dejaba sus marcas. Ya lo había dicho antes. La canción de Sinatra. Marcas indelebles. Te ibas secando al lado de alguien que también se secaba contigo. Y eso no lo salvaba ni el mejor cirujano plástico. Eran secaduras del alma. ¿Recordaba yo la conversación por teléfono que habíamos mantenido? Laura Cano había hablado de las tetas de la Montenegro. Yo debía perdonarla porque, entonces, ella estaba muy alterada y no había medido sus palabras. No se le notaría pero me juraba por sus muertos que lo estaba. Pues lo de las tetas —ya se había serenado, pero le pareció ficticio llamarlas «pechos» o «senos», una cursilería— era el menor de los agravios. Lo que menos importaba era que se te rindieran las carnes. Se te rendía la esperanza. ¿Siempre?

No siempre, claro. Eso no lo resistía nadie. Había días de vino. Días en que no soportabas al otro. En que tu marido era eso: *el otro*. Lo que la madre de Laura Cano llamaba un piojo pegado. Y rezabas a Dios para que te enviase una reunión de trabajo en la Península o, lo que era lo mismo, tres días sin él en casa. Tres días para ti sola. Dueña de los interruptores de la luz y del mando a distancia. Pero eran tres días no más. Porque, si cada vez que ocurría, tú te dejabas llevar por el desaliento, entonces apaga y vámonos. Había que resistir. El matrimonio era un reto. Se estaba repitiendo. Pero también era una prueba de resistencia. Sí. Y una prueba que a la larga, si te mantenías en pie, tenía su premio. Porque, amiga, también había días de rosas. Días en que te bastaba estar echada junto a él en el sofá para ser feliz. Aspirar su colonia. Sentir su respiración a tu lado. Apoyar tu cabeza en su hombro. Leerle en voz alta el libro que te estaba encantando desde hacía cinco noches. Por esos detalles, en apariencia insignificantes, habían valido la pena los trece años. ¿Se estaba contradiciendo?

No estaba segura. Tal vez sí. Pero yo debía comprender que Laura Cano había pasado por un calvario. Era una mujer rota.

Y se había ganado el derecho a contradecirse. Porque cada uno contaba la feria según le iba. Y a ella le había ido muy bien y muy mal. Le había ido como en esas películas en las que disfrutabas como una chiquilla con los amores de los protagonistas y al final al cabrón del director le daba por que, para ganar en realismo social, la chica tenía que enfermar de tuberculosis y morirse. Hijo de su madre. Dos

horas de delicia y diez minutos de miseria. Consuelo y desengaño. En la primera conversación que habíamos mantenido, Laura Cano andaba con la del desengaño. Y ahora, a medida que iba recordando para mí su existencia con Diego, por primera vez en mucho tiempo se sentía consolada.

No me atreví a consultar de dónde le venía ese alivio. A enemigo que huye, puente de plata. Sin embargo, no podía marcharme de aquel salón con la pelada sensación de haberla reanimado. Necesitaba una respuesta. En mi descargo, he de decir que aún no era consciente del dolor que aquello iba a causarle a Laura Cano. Cómo iba a saber yo que cuando había dicho calvario se refería a uno de verdad, a un vía crucis ingrato y tormentoso, y no a una simple metáfora. Comencé con tiento, Tengo que agradecerle, Laura, que me haya recibido; créame si le digo que me quedé con mal cuerpo después de que hablásemos la otra vez, necesitaba conocerla en persona para no llamarme a error; ahora puedo entenderla, pero hay algo de todo esto que se me escapa, algo que dijo por teléfono que me desconcertó y aún no he conseguido interpretar, máxime cuando acaba de hacer un hermoso alegato a favor del matrimonio; usted me dio a entender que Diego la había traicionado cuando más necesitada estaba de su apoyo.

Laura titubeó. Rehuyó mi mirada. Volvió a recomponerse el dobladillo de su falda. A refinar una imaginaria imperfección de sus uñas. A comprobar que sus zapatos mantenían intactos el charol. Era entonces o nunca. Yo debía aprovechar ese estado de endormida languidez para llegar al fondo del asunto. Sospechaba que si salía de aquel salón sin la pregunta clave, jamás podría volverla a plantear, ¿Qué fue de Claudia, señora Cano? La mujer no se inmutó. Mantuvo su abatimiento. ¿Y qué esperaba yo? ¿Una reacción como la de Diego en el cuarto de la clínica? ¿Que Laura se indignase? ¿Que se revolviere? ¿Que me echase de su casa? Si así fue, no la obtuve. En vez de eso hizo un gesto desolado, una apenas perceptible sacudida de hombros. Y unas lágrimas oscurecieron la tela azul de su falda. Y otra vez el silencio de mármol veteado.

Reconozco que en aquel instante concebí la idea de abandonarlo todo. El salón. La casa. La vida de Laura Cano y Diego Córdoba. El reportaje. El trabajo. Todo. Me sentía sucia. Estaba agotada. La cerveza me sabía a purgante. Acaso tenía razón el totorota de Alberto Dávila y yo no estaba hecha para el oficio. Quizás me faltaba sangre. El caso es que no hallé justificación alguna para seguir con aquello. No había dinero en el mundo que pagase el estropicio que estaba formando. El pretexto que nos buscamos a veces los periodistas —la Noticia, los Lectores, la Verdad, así con mayúsculas para que se nos llene más la boca— se me hizo chico. Nadie tiene derecho a hurgar en las heridas de los demás para satisfacer una curiosidad. Estaba a medio levantarme para ofrecer mis sinceras renunciaciones, cuando Laura hizo un gesto con su mano indicándome que le diera un segundo de respiro. Acabó de agotar su

llanto en el pañuelo de papel. Se levantó despacio. Comenzó a andar. Llegó a unas escaleras que había después de la cocina. Subió dos escalones. Se detuvo. Me invitó, con la mirada más escuálida que le recuerdo a nadie, a seguirla. Esperó a que llegara yo a la base de las escaleras. Siguió subiendo. En la segunda planta encaminó un breve pasillo. Encendió una luz. Llegó a una puerta cerrada. Apretó los dientes. Cerró los ojos. Y la abrió.

Era una habitación de niño. Pintada de azul celeste. Con tres nubes y un sol en una de sus paredes. En el medio una cuna de madera con los barrotes blancos. Un móvil de estrellitas colgaba del techo. Sobre la cabecera de la cuna. Como gotas de lluvia detenidas. Como lágrimas plateadas. Un móvil inmóvil en el tiempo. En una esquina, Micky Mouse nos contemplaba con su sonrisa helada. Un tren verde y violeta dormía a los pies de un oso de peluche. En una mesita enana, descansaban dos libros de dibujos. Laura acarició los bordes de la cuna. Se agachó a recoger la almohadita. Y no tuvo más que mostrarme el nombre que se veía cosido a ganchillo sobre la funda, Claudia, para que casi todo cobrara sentido.

Después de mucho tiempo de intentarlo sin suerte, de visitar a una docena de médicos en otras tantas clínicas, de experimentos crueles y esperanzas diferidas, Laura Cano se había quedado embarazada. Diego y ella vieron así colmados sus sueños. Y se prepararon, como cualquier pareja, a recibir al hijo deseado. Le buscaron un nombre. En realidad, buscaron dos. Daniel, si era machillo. Claudia, si era niña. Trazaron planes para él o ella. Lo inscribieron, con tres años de antelación, en un colegio americano de prestigio. Reformaron la casa. Tiraron un tabique a fin de convertir un estrecho y oscuro vestidor en el cuarto que yo había visto. Y esperaron. Como Laura ya pasaba de los cuarenta, se hizo todas las pruebas de control que le aconsejaron. Y las superó todas. El niño parecía sano. Cuando hablaban del bebé, le llamaban así: «el niño». Sin más. En una de las exploraciones que le hicieron a Laura, el ginecólogo les preguntó si querían conocer el sexo de su hijo. Ella miró a Diego. Diego la miró a ella. Y ambos negaron al unísono. ¿Extraño?

No. Les daba igual. Estaban tan felices que no les importaba que fuera Daniel o Claudia. Así que decidieron mantener la incógnita hasta el final. Pintaron la habitación de azul celeste, que pegaba con todo. La llenaron de juguetes divertidos que no sabían de sexos. Compraron ropa de colores neutros que les valieran a cualquier bebe. Por si acaso, Laura bordó una almohadita con el nombre de Claudia y otra con el de Daniel. Y el día que nació la niña, Diego se dedicó a recorrer la sala de maternidad buscando a otro Daniel recién nacido para regalarle el precioso bordado que les sobró. Al tercer día, tuvo suerte. Encontró a uno. Aunque después le dio vergüenza aparecer por la habitación de su madre con la almohada. ¿Y entonces?

Entonces se inventó una cosa rara. La API: Asociación de Parteros Insulares. Él era su representante. Y el bebé llamado Daniel era el número cinco mil desde la creación de la Asociación. Por eso el regalo. Al regresar a la sala donde su mujer se recuperaba de la cesárea, le contó lo ocurrido con esa cara de tonto que ponía para hacer chistes. Yo no lo sabía, claro. Lo había conocido en una época ruin y miserable. Pero Diego Córdoba tenía la sonrisa más linda de toda la ciudad. Del mundo entero. Pues, oyendo el relato de los Parteros Insulares, a Laura estuvieron a punto de saltársele los puntos de la risa. Fueron días de rosas. Aún no sabían que Claudia estaba grave. La niña parecía tan sana. Tan normal. Por supuesto, ¿quién podía sospechar que la pobrecita no llegaría a ver su habitación azul celeste?

Laura podía. Diego podía. La vecina de al lado podía. Sí. También la vecina de al lado. La del mirador. La que había oteado a Olga Morante cuando llegó a la casa de Ciudad Jardín. La misma. Había sido testigo de la tragedia. Había ayudado a Laura Cano a recuperarse del susto. En aquel momento solo cabía considerarlo un susto. Una caída tonta. Luego se convirtió en tragedia. Porque, a pesar de que los médicos no quisieron martirizarlos más —el forense testificó en la autopsia muerte súbita, algo por desgracia nada infrecuente en las maternidades—, a ellos no les cupo duda

de que aquella caída tonta había sido la causa de la muerte de Claudia. Y el mundo se les vino encima. Sobre todo a Diego. ¿Por qué a él, sobre todo?

Porque no estaba en casa cuando ocurrió. Porque tenía que haber estado allí para ayudarla a ducharse. Porque a ella le costaba hacerlo sola. Porque ya había tenido algún desvanecimiento como aquél, aunque nunca había rodado por las escaleras como aquella noche. Porque era la hora en que los dos se metían en la bañera y él la enjabonaba mientras le contaba cómo le había ido el día. Porque ella se lo había recordado hasta dos veces, una por la mañana y otra después del almuerzo, a lo largo del día. Y porque él le había prometido estar allí, como siempre, a la hora de la ducha. Se lo había prometido a Laura Cano. Y le falló. Justo el día en que más lo necesitaba ¿Trabajando?

No. Trabajando no estaba. Ella lo había llamado a la oficina y su secretaria le había dicho que Diego había salido hacía dos horas. Para su casa de Ciudad Jardín. Lo telefoneó al móvil y estaba fuera de cobertura. Cuarenta minutos fuera de cobertura. Menudo túnel, ¿verdad? Dicen que en Japón hay uno de casi sesenta kilómetros. El más grande del planeta. Pero, como mucho, se tarda en recorrer media hora. El túnel en el que se metió Diego esa noche era infinitamente más largo y oscuro. No había más que ver adónde lo había llevado. A parque San Luis. A la casa de putas de la mexicana. A la clínica San Martín. A la mierda. ¿Una explicación?

Sí. Desde luego que la habría. Todo tiene una explicación. Pero Diego no pudo dársela. El muy bobo no sabía mentir. Y por eso simplemente se calló. Cuando llegó a casa, se encontró con su mujer tendida en el sofá del salón y a la vecina de al lado poniéndole compresas frías en la cabeza y calientes en la barriga. Le entró pánico. Quiso llevarla a urgencias pero Laura se opuso. Solo había sido un desmayo. Ella estaba bien. El bebé estaba bien. No había manchado. Le dolía más otra cosa que el vientre. Esa noche Laura durmió en el sofá del salón. Y Diego la pasó desvelado en su cama. Y la siguiente al revés. ¿Y luego?

Luego igual. Ya jamás volvieron a dormir juntos. Ni se bañaron juntos. Ni hicieron nada juntos a excepción de salir corriendo al hospital cuando ella rompió aguas. Laura Cano soñaba con que las cosas cambiarían con la llegada de Claudia. Y seguro que hubieran cambiado, no había más que ver la cara de felicidad de Diego alongado sobre la cunita de la maternidad. De Diego sin despegarse de ellas ni un momento. De Diego invitando a puros a todo el que venía a visitarlas. De Diego narrando lo de los Parteros Asociados. Hubieran cambiado. Yo podría jurarlo. Pero Claudia murió a los siete días. Una semana. Acababa de cumplirse un año. Y Dios ni siquiera les dio la oportunidad de un domingo de resurrección. Esperaron el milagro hasta el final. No llegó. La enterraron un lunes. En un ataúd blanco del tamaño de una caja de zapatos. Laura pasó la convalecencia en casa de su madre. Y Diego desapareció. Era muy duro perder a un hijo. Tan duro que ni siquiera hay un nombre

para llamar a quienes lo pierden. Si se te muere un padre, quedas huérfana. Si es un marido, quedas viuda. ¿Qué demonios eres si se te muere un hijo? Nada. Absolutamente nada.

Nos despedimos en la puerta de la verja. Esperé en vano que me dijera algo sobre Yaiza Montenegro. Por algunos silencios interpreté que estaba demasiado cansada para echarle la culpa de su propia desgracia a nadie más que a la fatalidad. Las cosas eran como eran y ya no tenía sentido darle vueltas. Le di las gracias y, por si podía serle de ayuda, el número de la habitación de Diego en San Martín. Ella aceptó ambas cosas en silencio. Con la misma despegada cortesía que había mostrado en todo momento. Cuando cruzaba la calle para acercarme a la parada de guaguas, oí mi nombre. Me volví. Laura estaba apoyada en el muro de su jardín. No pude verle muy bien el rostro pero para mí que sonreía. Y no sé por qué me dio en el alma que volveríamos a vernos.

En el portal de casa me aguardaba Pancho. Nervioso. Con cara de tener una papa quemándole en la boca. Tenía algo muy importante que decirme. Algo que había averiguado con la Montenegro. Que no podía esperar. Que yo no iba a creerme. Que me iba a dejar estupefacta. Por eso le desconcertó mi aguante. Mi serenidad. Pero más le desconcertó el abrazo y el beso en los labios. Se quedó boquiabierto. Solo pudo decir, ¿Y eso? Y yo le respondí, Eso es para que se te enfríe la papa, ¿eh?, déjalo, son cosas mías; te diré que hoy almorzamos en casa, porque estoy ahíta de comer en restaurantes y de camareros latosos zangoloteando a mi alrededor y porque tengo ganas de ponerme un vaquero cómodo, de comer una buena ensalada, de sostener una conversación tranquila, y hasta de echarme una siesta de hipopótamo.

Hicimos todo eso y algo más que, si alguien me hubiera profetizado una semana antes, hubiese pensado que deliraba. Preparamos la ensalada en un abrir y cerrar de ojos. Apenas dijimos nada. Él estaba aún medio atolondrado por la situación y yo no deseaba que se me cortara la mayonesa con noticias desagradables. Además, me encantaba la cara de sonso que se le quedó a Pancho desde el beso. Luego, le expliqué dónde estaba cada cosa para que fuese poniendo la mesa y la música en lo que yo me daba una ducha rápida. Cuando salí con una toalla enrollada en la cabeza, el piano de Tete Montoliu lloraba en el comedor *We'll be together again* y mi fotógrafo había abierto una botella de Marqués de Arienzo, gran reserva del noventa y cinco, para que se oreara.

—Casi no sales, m'ija.

—Venga ya, exagerado. No he tardado ni cinco minutos.

—Anda que no.

—No. Y si quieres lo podemos cronometrar. Esa que suena es la tercera canción del disco. Me lo sé de memoria.

—Claro, claro. Pero lo que no sabes es que antes de poner la música me entretuve

en abrir el vino. Por cierto, espero no haberme pasado con lo del gran reserva.

—Armas, si hay un día en que merece la pena escuchar a Montoliu y abrir un Marqués de Arienzo del noventa y cinco, ese día es hoy. Además, el disco se lo pedí prestado a una amiga hace tres años y aún no se lo he devuelto, pero el vino es regalo de Alberto Dávila y es hora ya de que se lo devuelva.

—Caramba, ¿se puede saber qué te ha pasado desde el desayuno? Pareces otra mujer.

—Soy otra mujer.

—Y ¿lo viniste a averiguar ahora?

—Nunca es tarde si la dicha llega. Lo importante es haberlo averiguado antes de que la vida me lo hiciera saber a cachetones.

El almuerzo fue lento y regalado. Además de la ensalada, Pancho logró encontrar, no quise preguntar ni en qué vitrina ni en qué condiciones, una lata de espárragos de Navarra que nos zampamos sin remilgos. A la salud de Turo. Eso. Por él. Porque encontrase la paz que necesitaba con las monjas resucitadoras. Fuimos brindando por cada uno de los mendigos de parque San Luis hasta que se nos acabó con qué brindar. Y prometimos hacer un reportaje sobre ellos que estremeciera a los lectores de nuestro periódico. Armas lo había dicho. Se lo debíamos. Y, por qué no, nos lo debíamos a nosotros mismos. Y a fe que lo cumplimos. Con el de Lena, que había salido publicado el día anterior, fueron cuatro domingos a cuenta de los desarrapados. Un mes para dar a conocer a media ciudad cómo vivía la otra media. Mil palabras y una imagen en cada artículo. Dimos testimonio, así, de las vidas de Turo, del loco Tabares, de la Chelo, de Roque. Hasta Bob Marley nos dio para una anécdota —sin fotografía y de oídas— sobre la vez que pintó su *vauxhall victor* con asiento enterizo como si fuese un taxi y se pasó dos meses trayendo y llevando pasajeros sin cobrarles un euro.

De quien no escribimos nunca fue de Diego Córdoba y Laura Cano. Ese lunes de otoño decidimos que ya habían sufrido bastante. Que ya llevaban demasiado tiempo soportando la herida de su secreto. Que merecían una segunda oportunidad.

Y eso que entonces, la tarde en que yo conté hasta el último de los cuarenta lunares que Pancho Armas tiene a lo largo de su cuerpo enjuto, aún nos faltaba por asistir a la escena final de aquel drama. Entonces, la tarde en que Pancho Armas averiguó que yo tenía cosquillas en el cuello, aún no sabíamos lo peor de aquella tragedia. Entonces, la tarde en que Pancho Armas y yo redescubrimos el gusto que daba hacer el amor por vez primera con alguien, creíamos que ya no nos podía impresionar nada que tuviese que ver con Diego Córdoba. En medio de todo eso —de cuarenta lunares, de quinientas cosquillas y de placer del bueno— nos pusimos al día en nuestros hallazgos.

Era mi turno. Le conté por qué parecía una mujer nueva. Seguramente porque lo era. Y por más de un motivo. El primero era Pancho, quién si no. Después del miedo de pensarlo en peligro, cuando lo vi en el zaguán de casa brincando como un chiquillo, sentí que se había roto la maldición. Sí. Qué maldición iba a ser. La del rey pescador. Lo sabía. Ya estaba mayorcita para creer en semejantes mamarrachadas. Era una tonta (¿qué quería Armas?) pero me había llegado a obsesionar. Había comenzado a ver tantas coincidencias que me asusté de veras. La leyenda lo decía bien clarito: uno de los dos caballeros que quedaban en liza moriría antes de llegar al célebre grial. Y pensé que era él. ¿Por qué no yo?

Buena pregunta. No lo sabía. Ni siquiera se me había ocurrido que pudiese ser yo. Le parecería extraño pero estaba más preocupada por él. Sobre todo cuando no lo encontré en casa de Yaiza Montenegro. Sí. El corazón se me quiso salir del pecho.

Pero, luego, abajo, en el portal, supe que las coincidencias acababan ahí. Que ambos íbamos a sobrevivir, codo con codo, a aquel reportaje. Como había dicho Laura Cano, no indemnes, pero sí airosos. Sin embargo, que no se me pusiese pistoso el fotógrafo. No. Que no se me entusiasmara porque no era la única razón de mi renacimiento, como él decía. En la nueva Olga Morante también tuvo que ver, y mucho, la vieja Laura Cano. Fue como una simbiosis. Un contagio de ida y vuelta. Igual que cuando mamá, cada vez que Ana o yo pillábamos una enfermedad, nos ponía a dormir juntas para que la pasáramos al mismo tiempo. Exacto. Así fuimos las dos sobreviviendo a los respingos de la infancia. Imaginaba que eso era corriente en todas las familias. ¿En la de Pancho no?

Pues claro que no. Sería totorota. Él era hijo único. ¿A quién iba a contagiar? Sin embargo, Laura me había comprendido a la perfección. Ella también sabía lo que era dormir en la misma cama con una hermana aquejada de paperas o de sarampión. Sí. Laura Cano estaba acostumbrada. Así que no le pudo extrañar que, a medida que abría su corazón y, en cierto modo, expurgaba su enfermedad, yo comenzase a encontrarle sentido a algunas cosas que antes no lo tenían. Y se me revelasen algunas emociones que estaban ahí, latentes, como un herpes, a la espera de un golpe de calor o un ataque de nervios que las hicieran brotar. Pancho no podía entenderlo porque no sufría de herpes. En realidad, no sufría de nada. Jamás conocí un tipo tan resistente a las enfermedades. Así que ni en una vida entera que yo le dedicara a explicárselo con mimo a sus cuarenta lunares lo iba a entender. ¿Cómo, en apenas dos horas, dos mujeres podían haberse desagraviado de aquella manera?

Muy sencillo: una hora para cada mujer. Según Armas, eso hubiera estado bien, si cada una de nosotras hubiese dispuesto de su hora para depurarse. Pero en el salón de Laura Cano solo había hablado ella. Por supuesto. Qué cosas tenía Armas. Era ella la que estaba enferma. Yo simplemente me había dejado contagiar. Laura necesitaba poner sobre la mesa toda su rabia antes de que se le pudriese dentro. La había soportado en silencio. Sola. Sin la ayuda de nadie. Y es que nadie puede ayudarte en según qué tragedias. Hasta que yo fui a visitarla a Ciudad Jardín. Desde luego que el mérito no había sido mío. Yo únicamente oficié de espejo. De hombro. De pañuelo. Fue ella quien se desahogó. Quien escuchó en voz alta la historia de su vida. Y la historia de su vida, entonces, dejó de parecerle algo tan detestable. Dicen los que de esto saben que quien más quien menos tiene memoria selectiva. Que nadie puede vivir con el único recuerdo de las ingratitudes. Ni cien años ni cuerpo que lo resista. De manera que Laura le abrió la puerta a los recuerdos gratos de su existencia con Diego Córdoba. A los detalles, como ella dijo, que hacían que mereciesen la pena los trece años que vivieron juntos. A los momentos en que Diego era Diego y no el desecho humano que nosotros habíamos conocido en parque San Luis. ¿Solo había evocado lo dulce?

En absoluto. Pero lo dulce le ayudó a tragarse la amargura. Fue el caramelo que mitigó el sabor del aceite de ricino que iba a aliviar su pena. No toda su pena, claro. La tragedia de perder a una hija no se traga así como así. Eso es cierto. Pero aquel lunes de otoño —ahora cobraba sentido la imagen de Laura Cano despidiéndose o saludándome o agradeciéndome la visita desde el muro de su jardín— ella comprendió que solo podía superarlo junto a Diego. Eso explicaba, si uno ponía mucho de su parte, su recuperación. ¿Pero cómo podía explicar la mía? ¿Qué había sacado en claro yo de aquella simbiosis?

Mucho más de lo que, posiblemente, mereciera. Por lo pronto, la íntima satisfacción de haber compartido cuarentena con Laura Cano. De haber sobrellevado la fiebre junto a ella. Además, como en toda convalecencia mancomunada, me salvaguardaba de lo peor del virus. Las paperas y los males de amor, cuanto antes, mejor. De eso se trataba. Solo de eso. Porque hay enfermedades que matan igual a los treinta que a los cincuenta. Si alguna vez, tocaba madera, tuviera que pasar por el trance de perder a una hija, la experiencia de Laura me iba a servir de poco. No. Me refería a lo de los trece años de matrimonio. A lo de los pequeños detalles que hacen grande un amor. A lo de no esperar demasiado de la vida y limitarse a vivirla intensamente. Yo hasta entonces me obstinaba en tener la vida que quería. A partir de aquel otoño, iba a querer la que tenía. Mi familia. Mi trabajo. Mis amigos.

—No me mires así, hombre. No te estoy sugiriendo que te vengas a vivir conmigo.

—No te miro así por eso. Te miro así porque no me había fijado en lo bonita que eres.

—Ahora te toca a ti quedarte sin palabras.

—Si no puedo mejorar el silencio.

—Lo sé, lo sé. No te apures. Es este asunto que nos ha cambiado a todos.

—El grial.

—Y dale con el grial.

—Lo siento, Pancho. Vas a decir que estoy como una chota, pero empiezo a creer que Diego Córdoba no fue tan inocente cuando me habló del rey pescador.

—¿Piensas que te lo dijo para que intervinieras? ¿Como una llamada de socorro?

—No puedo asegurarlo, Pancho. A lo mejor le pudo el subconsciente. Pero él sabía que yo tiraría de ese hilo. Y encontraría la conexión.

—¿Qué conexión?

—¿No lo ves? Está claro. Todos queremos, por encima de todo, ser felices. Pero la mayoría fracasamos porque no sabemos cómo y dónde buscar. Y es que la felicidad no es la meta, sino el camino. Es la manera en que asumimos quiénes somos y lo que hacemos para llegar a ser lo que somos. Y ese camino no lo recorreremos solos. Estamos conectados a los demás. No sé tú, pero yo acepté este trabajo porque me

sentía vacía, inútil.

—Lo recuerdo.

—¿Y recuerdas también cómo empezó todo?

—Empezó cuando yo te propuse que pasásemos unos días con ellos.

—No. Si hubiera sido así, no estaríamos aquí. No lo propusiste. Me retaste.

—¿Te *qué*?

—Sí. Me retaste. Dijiste: «Comamos la porquería que comen; olamos a su mierda». Dijiste: «¿Quieres lapas?, pues mójate el culo». Dijiste: «¿Cuánto tiempo aguantarías sin cambiarte de bragas y sin un bidé a mano?».

—¿Me lo estás echando en cara?

—No, bobilín. Te lo estoy agradeciendo. Tú encendiste la mecha. A eso me refería cuando hablé de que estamos todos conectados. Si Alberto Dávila (hasta él está metido en el ajo) me hubiese asignado otro fotógrafo, me habría limitado a escribir un par de páginas más o menos sensibles sobre la miseria en una gran ciudad.

—Tú tenías la intención de hacer el reportaje de tu vida.

—Yo tenía la intención de salvar a unos pobres mendigos. Y son los pobres mendigos quienes me han salvado a mí.

—Queríamos comprender sus vidas y hemos acabado comprendiendo las nuestras.

—Más o menos.

—¿Cómo más o menos?

—Aún me falta por comprender alguna cosa.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo el papel de Yaiza Montenegro en este galimatías.

—Ah, eso.

—Sí, eso.

—Pues eso te lo puedo explicar yo.

A Yaiza Montenegro, se veía venir, le quedó grande el papel en aquella obra. Entró a destiempo a escena. Se olvidó de su frase. Hasta su vestuario parecía incongruente. Diego Córdoba reconoció después que, de haber sido otras las circunstancias, se hubiese enamorado de ella de verdad. Porque, además de su belleza y de su instinto animal para el amor —no sé porqué me da que se mordió la lengua antes de decir sexo—, era una buena chica. No debíamos juzgarla mal. La había conocido dos años antes. En su despacho del Ayuntamiento. Cuando el famoso error de la citación. Ella desplegó allí, acaso sin maldad, todo su encanto. En un minuto le solucionó el problema y le sobró medio para encandilar al hombre que tenía frente a ella. ¿Cómo pudo ocurrirle con una esposa como Laura Cano?

Pudo ocurrirle. Tenía que ocurrirle. Ni en una vida entera que Pancho le dedicara a explicárselo con mimo a mis cosquillas yo lo iba a entender. Se trataba de otro viejo mito. No tan viejo como el del rey pescador pero igual de arraigado. El mito de don Juan. Sí. El viejo conquistador. El que necesitaba el amor de una mujer con el mismo fervor que Drácula su sangre. Diego Córdoba acababa de cumplir cuarenta y siete años. Su matrimonio, trece. Mala suerte para el romanticismo. Creía que ya estaba de vuelta de todo. Que se le había pasado la época de las conquistas. No tenía tiempo. No tenía edad. No tenía ganas. No tenía ocasión. Y de repente llegó una muchachilla a romperle de cuajo esos cuatro principios. Una muchacha hermosa. Joven. Excitante. Y libre. Una base siempre se compensaba con un ácido. Era una ley química. Y los ácidos de Yaiza Montenegro compensaron las bases de Córdoba. ¿Estaba enamorado de ella?

No. Pero creyó estarlo, que, para el caso, era lo mismo. Y es que con Yaiza todo era a estrenar. La primera vez que engañaba a su mujer. La primera cita. El primer beso robado. Los nervios de la primera vez que la vio desnuda. Y el primero de los muchos miércoles, que era el día que Laura almorzaba en casa de su madre y ellos aprovechaban para verse a escondidas. Al principio en el coche. Luego, en una pensión que había por la Iglesia de los Desamparados. Finalmente, en el piso de la calle Zaragoza. Por cierto, no había sido idea de Diego. Fue Yaiza quien se cansó de vivir con sus padres. De coger tres guaguas para llegar al trabajo. De su barrio-pueblo rancio y remendón. Fue ella la que le dio la sorpresa, un miércoles de abril. Le preparó unos espaguetis con atún. Ella no comía carne. Y llenó la casa de velas de olor. Córdoba quedó hechizado. Tanto que se ofreció a pagar a escote el alquiler del piso. Por aquella época las cosas marchaban bien en la asesoría. Fue antes de abandonarse del todo. Antes del desengaño. ¿Y Yaiza aceptó?

Al principio, no. Al principio, Yaiza se negó en redondo. Ni loca iba a admitirlo. Sí. Eran solo doscientos cuarenta euros. Pero ni así. Se hubiese sentido como una mantenida. Ya bastante doloroso era ser *la otra* para, encima, apencar con la vergüenza de vivir a costa de él. Además no le hacía falta. Con lo que le pagaban en

el ayuntamiento y algunos ahorros que tenía, podía permitirse el alquiler. Él intentó convencerla, pero ella se cerró en banda. Entonces hizo algo muy típico de Diego Córdoba —del Diego Córdoba de antes del naufragio—: contraatacó. Comenzó a llevarle regalos a Yaiza con cualquier pretexto.

Y la fue colmando de rosas. De bombones. De joyas. De cuadros. De muebles para la casa. Hasta que la Montenegro hizo cuentas y comprendió que el muy tonto se estaba gastando el triple en los regalos que en el piso. De modo que acabó admitiendo los doscientos cuarenta euros a cambio de que Diego dejara para siempre lo de los agasajos. ¿Cuánto tiempo duró la aventura?

Unos meses. Yaiza no se lo vio venir. Pensaba que tenía controlada la situación. Se había habituado a esperarlo los miércoles con los espaguetis al fuego, el vino a enfriar y el mantel puesto. Y, a veces, a alguna deliciosa sorpresa que él se guardaba, como un mago, debajo de la manga. Así fue que descubrió Sevilla y Barcelona y Santander que fue como descubrir América. Porque ella jamás antes había salido de la isla. Y acompañar a Diego en sus viajes de trabajo fue lo más parecido al cielo. Se sentía importante. Como en las películas que alquilaban para las tardes de los miércoles. Cuando las lecciones de cine. Viajaban en distintos asientos. En el mismo avión. Como dos desconocidos. Apenas sin mirarse. Hasta llegar al hotel en donde los esperaban dos habitaciones contiguas. Dos cestas de fruta en la mesa. Dos botellas de cava. Y una luna de miel cada fin de semana. Yaiza, sorteando las lágrimas, le reconoció a Pancho que aquella había sido la época más feliz de su vida. ¿Y cómo es que no lo vio venir?

Las desgracias no avisan. Si no, vaya desgracias iban a ser. No avisan. Y nunca vienen solas. Yaiza tuvo ocasión de constatar hasta qué punto el jeringado refranero se agazapa detrás de la verdad. Hasta tres veces se la jugó la fatalidad. La primera cuando Laura Cano quedó preñada y a Diego comenzó a consumirlo el remordimiento. Empezó por ir los miércoles solo a almorzar. Llegaba. Comían casi en silencio. Sin probar el vino. Recogían la mesa. Y, después de un café que sabía a despedida y a llanto, se marchaba. Se acabó lo de las tardes tirados en el sofá con las manos y las piernas entrelazadas. Lo de alquilar películas de vídeo. Y, por supuesto, lo de los viajes de empresa. Luego ni los miércoles sobrevivieron al hundimiento. Diego fue relegando sus citas. Alargando sus ausencias. Estirando sus silencios como un chicle, incómodo y pegajoso. Hasta que en una de las visitas, Yaiza le devolvió sus últimos doscientos cuarenta euros —ya no tenía sentido pagar la mitad de un piso que no pisaba— y Córdoba se derrumbó. Lo sentía. Pero se veía incapaz de seguir con aquella aventura. Ella lo comprendió. Dejaron de verse. ¿Significaba eso que no estaba con la Montenegro cuando la caída por las escaleras de Laura?

Yaiza le juró a Pancho que no. Aquel día había habido un accidente en la autopista. Podíamos comprobarlo. Para algo estaban los periódicos. Un camión

cisterna se había empotrado contra una guagua turística. Dos muertos y siete heridos de diversa consideración. Así había dicho Yaiza. De diversa consideración. Como si aquella expresión tan destemplada invistiera de rigor científico su confesión. Pues fue un accidente. Lo dieron hasta los telediarios nacionales. A Diego lo pilló el fregado. Dos horas a la deriva. Botado en la carretera. Para colmo de infortunios, se había dejado el teléfono móvil en la oficina. Sin batería. Por eso Laura no dio con él. Él ni siquiera se molestó en contarle la verdad a su mujer. Aquello no cambiaba nada. Para Diego Córdoba lo único importante era que le había fallado. Otra vez. El atasco no le eximía de su culpa. Y no alivió ni un ápice su desesperación. Él tenía que haber estado allí y no estuvo. De todo esto, Yaiza Montenegro se enteró más tarde, cuando Diego volvió a su piso de Zaragoza. ¿Volvió?

Sí. ¿Adónde iba a ir? Fue después de la segunda desgracia. La peor. La más cruel. La muerte de Claudia. La misma mañana en que enterraron al bebé, tocaron a su puerta. Y, al abrir, se encontró con un tipo avejentado, con los ojos hundidos, barba de tres días y una maleta pequeña de viaje. Un desconocido. Un desconocido que se daba cierto aire con Diego Córdoba. Que vestía con su ropa. Que llevaba sus zapatos. Que se mordía las uñas como él. Ella se acercó al desconocido que se parecía a Diego. Y su olor le reveló la verdad. Aún lo quería. Entonces, lo besó en la frente. Le quitó la maleta. Lo cogió de la mano. Y lo acompañó adentro.

Se figuró que el regreso de Diego iba a ser la definitiva. Y se ilusionó como la chiquilla que seguía siendo. No estaba bien —lo reconocía— alegrarse del mal ajeno. Pero en lo más profundo de su alma, se alegró de tenerlo de nuevo a su lado. Le dijo que no se preocupara. Que ella jamás lo iba a abandonar. Que sería su niña para siempre. Que recordara a Cary Grant en la escena final de *Tú y yo*. Que a ella le importaba un pimiento lo de su silla de ruedas. Que él volvería a andar. Que en una semana regresaría de nuevo a su vida, a su trabajo, a su rutina, como si todo hubiese sido un mal sueño. Que ya lo vería él. Que saldrían del túnel. Sí. Qué cosas, ¿verdad? También empleó el símil del túnel como Laura Cano. ¿Y salieron?

Diego, en efecto, recuperó las riendas de su vida. Los gemelos lo vieron tan repuesto que no dudaron en ponerle en las manos, de nuevo, las llaves de la asesoría. Los clientes celebraron su rehabilitación. Y el negocio se vio favorecido por la vuelta del patrón. Pero fue una ilusión óptica que se desvaneció con la llegada de las lluvias. Estaba escrito que aquel jodido túnel se los tragaría a todos. Fue pura mala suerte. El extraño sentido del humor de Dios. La tercera desgracia. Porque Yaiza Montenegro no esperaba ya a Diego Córdoba en su vida. Y su vida la había llevado por otros derroteros. Había conocido a un chico. Un pibe de su edad. En la fiesta de cumpleaños de su prima Penélope. Llevaba saliendo con él un par de meses cuando reapareció Diego. Nada serio. La prueba fue que, nada más llegar este, le dio puerta al muchacho. Lo espantó como a un fantasma. Si le hubiese preguntado a Córdoba, le

hubiera contado cómo hay fantasmas que no se dejan espantar tan fácilmente. Si hubiese preguntado, Córdoba le habría contado la historia de Titón y la eternidad. Eso lo supo después. Sin ayuda de nadie. Solita. Cuando ya era tarde. Cuando empezó a repudiar los espaguetis con atún. Y la velas de olores. Y las rosas. Cuando los vómitos y el malestar de estómago y las noches en blanco. ¿Qué hizo?

Abortar. ¿Qué otra cosa iba a hacer? No iba a endosarle el bebé de otro a Diego. Y mucho menos a tener un hijo sin padre. Estaba asustada. No podía recurrir a su familia. Tremenda vergüenza. Se estuvo haciendo pruebas en una clínica privada para la intervención. Fueron días de mutismo. De soledad. De tardes paseando su congoja por las calles para que Córdoba no la leyera en sus ojos. Tanto sigilo acabo por despertar su curiosidad. Y fue peor el remedio que la enfermedad. Porque Diego creyó que había otro hombre. Y llegaron los celos. El monstruo de ojos verdes se les coló en la alcoba. Y llegaron los interrogatorios. Y la desconfianza. Y la inseguridad. Y los exámenes furtivos a sus bolsillos y a sus carteras. Un día Yaiza lo halló de rodillas en mitad de la cocina revisando la papelera. Y sintió miedo. Aquel infierno tenía que acabarse. Y se acabó. ¿Cómo?

De la única manera posible. Yaiza nos había hablado, cuando la conocimos, de la noche en que Diego se marchó definitivamente. Nos había contado la escena de sofá con rabia al fondo, a causa de una foto o una nota que él encontró en alguno de sus bolsos. Nos aseguró que no recordaba mucho. Solo que él se había ido para siempre. Pues resultó que Yaiza nos había mentido. O nos había contado media verdad que es la forma en que la gente cree mentir con mayor sinceridad. Porque lo del sofá era cierto. Lo del bolso era cierto. Pero su falta de memoria era pura pantomima. Claro que Yaiza recordaba lo que él había encontrado en su cartera. Y tanto que lo recordaba. Como que lo había dejado allí a propósito. ¿Fue capaz de hacer algo así?

Lo fue. Debíamos hacer un esfuerzo por comprenderla. Ya no podía soportarlo más. Quería que se fuera. Pero no tenía arrestos para echarlo ella misma. Entonces se le ocurrió. Y una noche, de vuelta de visitar a sus padres en Los Tilos, dejó la cartera colgada, como sin darse cuenta, en el espaldar de una silla del salón. A dos metros del sillón de orejas donde Diego Córdoba leía el periódico. Él tenía algo importante que decirle. Le pidió que se sentara a su lado. Pero ella solo tenía ganas de acabar con todo. Y le dijo que luego. Y se fue a dar un baño. ¿Y qué ocurrió?

Ocurrió que aquel bolso se convirtió en carnada para tiburones. Ocurrió que Diego le había cogido gusto a la sangre. Ocurrió que le hincó el diente y cayó en la trampa. Nada más oír el agua de la ducha, se tiró de cabeza a registrarlo. Y las encontró. Una detrás de otra. Colocaditas en una carpeta. A la vista. Para que ni dormido se le pudiera pasar por alto. La cartilla del seguro de Yaiza Montenegro López. La factura de la clínica en la que se explicaba con detalle la interrupción de su embarazo. Y la receta de los medicamentos que debía tomar la paciente después del

aborto. Cuando ella salió de su ducha simulada, Diego ya se había ido —luego, tampoco era cierto que hubiese estado a punto de pegarle, como ladinamente nos sugirió la primera vez— y su juego de llaves estaba sobre la mesa del salón. ¿Había que creerla?

Ahora sí. Yaiza juraba por su madre que se habían acabado las verdades a medias. Que esta era la versión definitiva. Que ya no tenía sentido disimular. Que, ahora que Diego se estaba muriendo, se sentía en el deber de sincerarse. ¿Diego muriéndose? A Pancho se le dibujó una sonrisa pícaro en el rostro. Yo debía perdonarlo. En tiempo de guerra, cualquier agujero es una trinchera. Y si para descubrir la verdad hubo de soltar una pequeña trola, una trola piadosa, no debía recriminárselo. De manera que se le ocurrió que podría servir a nuestros propósitos un momentáneo y pasajero agravamiento de la salud de Diego. Y vaya si sirvió. Mano de santo. La Montenegro se arrancó a aclarar las regiones oscuras de su relación con Córdoba. El resto de la historia ya la conocíamos.

Eso creíamos. Que la misa estaba dicha. Que, con el conmovedor testimonio de Yaiza, se había acabado la ópera. Pero la ópera no acaba hasta que no canta la gorda. Y la gorda estaba, en aquellos momentos, en una habitación de la cuarta planta de la Clínica San Martín. San Martín Libertador, no San Martín de Porres. Aún nos quedaba una estación en aquel calvario. Una cosa, al menos, había quedado clara: Diego Córdoba no había enloquecido, como creíamos todos al principio, de amor por Yaiza Montenegro. Ella solo fue un refugio. Igual que Lupe. Un espejismo. Pensaba que con ella podía recuperar lo que había perdido. Pero no. Imposible. Su herida era mucho más profunda. De las que no se quitaba con otra mora verde.

Esa tarde decidimos —para mejor decir, yo decidí; y Pancho, con su sempiterna indolencia de bohemio, no se opuso— echarnos la fugona. Nada de pasar por la redacción. Ni de volver a parque San Luis. Nos quedaríamos en casa. Mañana sería otro día. La declaración de la Montenegro me había abierto el apetito. De sofá. De cine. De espaguetis boloñesa, porque yo sí comía carne. Mandé a Armas a la tienda de vídeos que hay a dos manzanas de casa, bajando la plaza del Mercado, mientras yo me metía en la cocina a preparar algo sencillo. Le di indicaciones para que llegara allí. Pero no para la película. Lo dejé de su mano. Quería que, de una maldita vez, tomara una decisión.

Y quería, de paso, conocer sus gustos cinematográficos. He de admitir que, mientras ponía el agua a hervir para la pasta —al final, no tenía espaguetis y tuve que apañármelas con macarrones—, me puse en lo peor. ¿Y si Pancho me venía con una película de acción llena de trompadas y muertos? ¿O con una de terror plagada de puertas que no cierran y lámparas que no paran de balancearse? ¿O, peor, con una del oeste? No, por favor. Con una del oeste, no.

Resultó que, para bien de nuestro recién nacido arrebatado, el fotógrafo recorrió un

camino mental inverso al mío. Y pensó en el tipo de película que a mí me gustaría, algo que lo tuvo entretenido todo el trayecto hasta la plaza del Mercado. Intentó, con la torpeza propia de los hombres que en carnavales se disfrazan de mujer, embutirse en mis medias. Y caminar con mis tacones.

Y ponerse en mi sitio. Así que al final —desesperado y luego de varios tropezones— tiró por la calle del medio. Llegó, casi una hora después, con *Tú y yo* debajo del brazo. Dos pájaros de un tiro. Veríamos una buena película y agasajaríamos como era debido a Diego Córdoba. Esa noche cenamos poco y nos quisimos mucho. Bebimos casi nada y nos dijimos casi todo. Y Pancho Armas, en la escena final de la película, volvió a sorprenderme con una nueva habilidad. No solo había vivido a un tiempo con dos modelos, tenía tres cuartas partes de sangre brasileña y conocía los entresijos de una casa de putas. También sabía llorar.

El último martes de aquel otoño amaneció algo tímido. La manta se nos había quedado arrebujada a los pies de la cama. La ventana del cuarto estaba abierta. La persiana subida. Y unas nubes de plomo nos observaban desde el otro lado. Pancho dormía desnudo boca abajo. De no ser por el leve balanceo de su cuerpo al respirar, una podía pensar que estaba muerto. Me había restablecido ya de mi obsesión por los caballeros del grial pero, por si existen las meigas, acerqué la oreja a su espalda. Su corazón latía a ritmo de vals. Cálido y uniforme. Noté su piel muy fría. Con cuidado, lo arrojé con la sábana. Me levanté. Descarté ponerme las zapatillas para no despertar a mi colega. A mi amigo. A mi amante. Busqué la palabra que definiera lo que éramos. Lo que habíamos empezado a ser desde el día anterior. No hallé ninguna que me contentara. En otras circunstancias no hubiese dado un paso hasta encontrarla. Pero el suelo parecía la tundra helada y yo necesitaba llegar al baño cuanto antes. Sin embargo, antes de ganar la puerta del cuarto, sonó el teléfono. Y se acabó la paz.

Llamaban de la Clínica San Martín. Era Julieta. Me había localizado gracias a la ficha que me hicieron firmar. Su turno había acabado hacía media hora. Pero, cuando estaba poniendo al día a su compañera, apareció una mujer, una tal Laura Cano, que aseguraba ser la esposa de Diego Córdoba. ¿Y eso era extraño? En absoluto. ¿Qué puede haber de extraño que viniese a visitar a su marido a la clínica? Lo extraño era que, mientras Laura Cano rellenaba el formulario pertinente, se presentó alguien con distinto nombre, Guadalupe Cifuentes, pero con el mismo título, señora de Diego Córdoba. Y se formó el pitote. Tuvieron que llamar a Administración. Y acababa de subir Genoveva Galán, con cara de que le debieran dinero y fiel a su estilo de llamar a la guardia pretoriana para restablecer el orden. De modo que la enfermera se acordó de mí. Ella sabía que yo no era hija de Diego, pero Genoveva no. Así que estaban esperando a que yo fuese a reconocer a *mi madre*.

Tardamos una hora. El tiempo de una ducha rápida y de pasar por casa de Pancho a que se cambiara de ropa. Recordando la trifulca con el celador negro a cuenta de la facha del fotógrafo, Pancho eligió un pantalón de pinzas, una camisa azul y una chaqueta de cuadros con coderas de pana. Parecía un profesor de universidad americana. Pero estaba muy guapo. Se lo dije. El muy bobo se ruborizó. Y yo lo quise un poquitito más esa mañana. El celador estaba en la puerta. Nos reconoció. Se puso en guardia. Tensó la mandíbula. Se cuadró en la entrada. Antes de que dijese una sola palabra, le expliqué que doña Genoveva nos estaba esperando y llegábamos tarde. El hombre aflojó. Se desinfló como una sopladera. Casi nos miró con lástima. Y nos franqueó la entrada, Pues vaya por Dios, tanto que lo siento; mucha suerte, y que no les pase nada. La Galán debía de ser el mismo diablo. En el ascensor, Pancho bromeó con que iba a proponer que al próximo huracán que llegase al Caribe, si le tocaba nombre de chica, le llamaran Genoveva. Una enfermera rubia que subía con nosotros

no pudo reprimir la risa. Aún resonaban sus carcajadas cuando la puerta del ascensor se cerró a nuestra espalda.

En el puesto de mando había rebotallo. Desde el corredor de la cuarta planta nos llegaban las voces. Intentaban opacarlas para no molestar a los enfermos, pero se oía perfectamente lo que decían. Las cuatro mujeres trataban de ponerse de acuerdo sobre cómo tratar aquel asunto. Julieta, bragada en tantas guerras de pasillo, parecía la menos preocupada. Era de la opinión de esperar a que la hija, o sea, yo, decidiera. No en vano había sido la única que hasta entonces se había preocupado por el paciente. La que se había pasado una noche sin dormir junto a su cama. Lupe y Laura, por alguna extraña razón, se habían puesto de acuerdo en que fuese el propio Diego el que zanjara la cuestión. A fin de cuentas, él era el más interesado. Ninguna de las dos desveló mi falsa identidad: o me habían cogido afecto de verdad o estaban muy seguras de que el silencio les convenía. Genoveva Galán, por su parte, decía —y cito textualmente— que ni hablar del peluquín: en el cuarto de Córdoba no entraba ni Cristo hasta que no se aclarase quién era quién allí.

Las cuatro se callaron no más llegar nosotros. Julieta me presentó a su jefa. Y, creyendo hacerme un favor o jugando a dar realismo a aquella farsa, cualquiera sabe, no se le ocurrió nada mejor que presentar a Pancho como mi marido. De inmediato se produjo un duelo de gestos tan elocuentes como una homilía. A Lupe se le dibujo una mueca sardónica en el rostro. Laura nos sonrió con ingenua dulzura. Y la Galán cerró un ojo para medir distancias con Pancho Armas, Caramba, a quién tenemos aquí, al renombrado especialista en la vida y milagros de San Martín de Porres; no hay duda de que hoy tiene usted mejor aspecto. El fotógrafo reaccionó a trompicones, Bueno, sí, ejem, es que ayer venía de trabajar, apenas había dormido y, compréndalo, así sin afeitar... La administradora levantó una mano para calmar las aguas, Claro, claro, no me diga más, señor mío, ¿y estaba preocupado por su suegro?, un interés loable; y usted debe de ser la hija del señor Córdoba, ¿verdad?, pues nada, nada, no la entretengo, la dejo que salude a su madre.

Yo empezaba a estar harta de tanta bobería con los parentescos. Pero no podía dejar a Julieta por mentirosa después de cómo se había comportado con Diego y conmigo. Así que le seguí el juego. Eso sí. Me prometí que iba a ser la última patraña de aquella empresa, Mi madre, señora Galán, está en su casa, con sus gatos y sus gladiolos; ella y mi padre se separaron hace mucho tiempo; no sabe nada de todo esto porque lleva unos meses algo perjudicada del corazón y no quiero alarmarla. A la administradora se le acabaron ahí los argumentos. No estoy segura de que me creyera del todo, pero no se atrevió a refutar la teoría de una ex mujer enferma. Se lo tomó con calma para mirar a Lupe. A Laura. A Pancho. Negó con la cabeza. Se frotó con dos dedos el puente de la nariz. Suspiró. ¿Iba a echarse a llorar? Se recompuso. Y por fin se dirigió a Julieta, Yo no puedo perder más el tiempo con este desbarajuste,

m'ija, tengo mucho trabajo sobre mi mesa; tú eres la jefa de planta; lo único que te pido es que, para no dar más espectáculos, me hagas el favor de que entren de una en una a la habitación de ese pobre señor, y a quien Dios se la de, San Pedro se la bendiga, buenos días.

La enfermera esperó a que los pasos de Genoveva Galán se perdiesen por el corredor. Murmuró algo sobre que no le hiciéramos caso. Que el espectáculo ya lo había dado ella con su taconeo y su manía del orden y la disciplina. Que no éramos niños. Y nos dio libre albedrío para que entrásemos a ver a Diego cuándo y con quién quisiésemos. Nos miramos con desconcierto. Acostumbrados a la voz impetuosa y a los modos despóticos de la administradora, tanta libertad nos cogió desprevenidos. Alguien, creo recordar que fue Julieta, propuso que Laura Cano pasase la primera. Aunque fuera simplemente por el orden de llegada. A Laura le pareció bien. Estaba algo nerviosa y debió de pensar que los malos tragos, cuanto antes, mejor. Nadie se opuso. Lupe fue la primera en aceptarlo. Se separó del grupo y, en silencio, se dirigió hacia uno de los bancos del pasillo. Se sentó. Cruzó una pierna sobre la otra. Abrió su bolso. Sacó un libro y unas gafas de montura dorada. Y se puso a leer. Pancho sabía de mi interés en hablar con la enfermera. Aprovechó la situación. Con la excusa de que no había tenido tiempo de desayunar, preguntó por la cafetería. Julieta le indicó un pasillo a la derecha, una puerta azul y unas escaleras. Y él se despidió con un beso que me supo a gloria.

Julieta no se dio por enterada. Creo que su única duda era cómo demontres se había metido en aquel jaleo. Hacía casi dos horas que su turno había acabado y en las ojeras se le notaba una noche larga y dura. Seguramente tenía ganas de marcharse a casa, pero no puso reparos en que le robara unos minutos. Era importante para mí. ¿Tenía que ver con el estado de salud de Diego? Sí y no. Era algo más complejo. ¿Más íntimo? Sí. Tal vez más íntimo. Ella señaló con la nariz a Lupe, que seguía enfrascada en su lectura a solo unos metros de nosotras, Esta clínica tiene otra cafetería para el personal sanitario; supongo que nadie se quejará si te invito a un cortado y a tarta de manzana; tengo la impresión de que tu amigo no es el único que olvidó desayunar, ¿verdad? Agradecí la oferta, ¿Tendrán sándwiches en esa cafetería?, es que no hay manera de que me entre nada dulce por las mañanas. Y ella, con su socarronería, Pues viendo el beso que acaban de estamparte en pleno morro, cualquiera lo diría.

Le pedí a Julieta que se adelantase. Quería decirle adiós a Guadalupe Cifuentes. Tenía la certeza de que, a mi vuelta, ella ya no estaría allí. Y que esa mañana iba a ser la última vez que la iba a ver. Lupe, gran conocedora del juego de ajedrez que es a veces la vida, entendió enseguida mi movimiento. Y dejó a un lado el libro que estaba leyendo. Y se quitó las gafas. Y tomó la iniciativa. Y pronunció su discurso final, subrayando cada frase, conservando en todo momento su sonrisa de dientes blancos y

alineados, tasando mis reacciones, Bueno, Olga, supongo que es una despedida; fue un placer conocerla, aunque lo de conocerla es un decir porque en una semana ha pasado usted del monzón a la sequía: primero fue mendiga, luego periodista, ahora nos sale con que es la hija de Diego Córdoba, caramba, mañana leeremos en su periódico que pertenece al servicio secreto; lo que pasa es que, como espía —y perdóneme la franqueza— no va a llegar muy lejos; noto en su cara cierta expresión de lástima que, de no ser porque una ya está curada de espanto, me ofendería; entiendo que ha tomado partido por la mujer que está ahí adentro; quizás su moral le susurre al oído que es la mejor elección para Diego, y quizás lo sea; pero yo, en su lugar, no estaría tan segura de que la señora Cano vaya a admitir lo que está oyendo y, sobre todo, lo que está viendo ahorita mismo en esa habitación; porque ella es de su cuerda, tiene una conciencia virgen y escrupulosa como usted, y veremos si está dispuesta a ensuciarla esta mañana.

—¿A qué se refiere, Lupe?

—Usted espere y verá.

Ante dos cafés con leche y dos bocadillos de jamón serrano, me dispuse a despejar la tercera duda que, luego de la arenga que me había soltado Lupe, me quemaba en la boca del estómago. Ahora que pienso en ello, he de admitir que no estaba preparada para escuchar lo que Julieta Osorio iba a revelarme. Pensé que una muerte (el secreto de Laura Cano) y un aborto (el secreto de Yaiza Montenegro) ya eran bastante sufrimiento para una vida entera. De haber sospechado siquiera que me faltaba aún el secreto de Lupe Cifuentes, me hubiera limitado al café con leche. Porque el bocadillo de jamón serrano volvió a salir de mi estómago una hora después de aquella conversación.

—Y dime, ¿qué era eso tan importante que no podía esperar hasta la noche?

—Primero quería disculparme por despedirme a la francesa el otro día.

—Qué dices. Ni me enteré. Tuvimos una apendicitis de urgencia que se nos complicó. Nos llevó media mañana.

—Pues ahora me siento peor. Debería dejarte descansar.

—Eso es nuestro pan de cada día, cielo. Si la sangre me echase para atrás me hubiese hecho gerente y no enfermera. Aunque, como habrás visto, aquí a las gerentes les gusta más la sangre que a nosotras.

—Menudo carácter la de la Galán.

—Hay que entenderla. Tú no sabes lo que es este circo. Aquí o sacas el látigo o los leones te comen por la patas.

—Lo imagino.

—Bueno ¿qué querías saber?

—¿Cómo ha pasado Diego estos dos días?

—No se ha quejado. Claro que parece hombre de pocas palabras.

—Me temo que en eso tuve la culpa yo. Hubo bronca el domingo por la mañana.

—Eso es normal entre padres e hijas.

—Lo dices de coña, pero te aseguro que más de uno que yo conozco hubiera dado su brazo derecho por que Diego Córdoba fuera su padre.

—¿Tu amigo Pancho?

—Sin ir más lejos. No tuvo una infancia lo que se dice cómoda.

—Por eso le ha cogido tanto cariño al hombre.

—Sí. Y no solo él. Verás. Yo tenía una espina atravesada de viejo. Mi padre. Era carpintero y fumador. Una pésima combinación. Mamá se pasó la vida peleando para que lo dejara. Y yo, como me daba lástima, lo encubría. Era una chiquilla. Calculaba que lo del cáncer era una posibilidad, sí. Pero remota. Lejana. A esa edad una no piensa en la muerte. Y, si lo hace, nunca cree que le vaya a tocar de cerca. Pues a mí me tocó. Y tan cerca que, como suele decirse, pude sentir su aliento en el pescuezo. Mi padre murió en su carpintería. En un incendio. Por culpa de una colilla mal apagada. Puedes imaginártelo. Siempre me sentí responsable de aquello. Lo siento, ahora sí que estoy dando un espectáculo.

—Toma un pañuelo, anda. Y no te preocupes por esos. Están acostumbrados. Aquí cada mañana llora alguien. Porque se les muere un paciente. Porque se enamoran de un anestesista casado. Porque les pagan poco. Olvídate de ellos. Sobre lo que decías, lo que no veo claro es qué tiene que ver Diego Córdoba con tu padre.

—Posiblemente nada. Pero, siendo distintos, poseen algo en común. La edad, por ejemplo. Diego tiene la misma edad que la imagen que yo guardo de papá. Es la única ventaja que tienen los muertos. Que nunca envejecen. Y hay gestos, no sé, pinceladas, que me lo recuerdan. A veces me parece que el demonio lo puso en mi camino para probarme. Sí. No sé cómo explicarlo. Como si me quisiera decir: «Al otro no lo pudiste librar, pero que no se diga que no tengo corazón; aquí tienes una segunda oportunidad». Fíjate que la otra noche, velando a Diego, soñé con mi padre. Yo sueño mucho con él. Sin embargo este sueño fue diferente. La manera en que me miraba. En que me hablaba. Te parecerá una tontería, pero creo que papá me ha perdonado.

—No es que te haya perdonado, chiquilla. Es que jamás te culpó. Eras tú quien lo hacías. Y en cierto modo es lógico. Cuando alguien se nos muere, a todos nos entra el remordimiento de no haber pasado más tiempo junto a él. De no haberlo besado más. De no haberle dicho más veces lo que lo queríamos. Eso nos pasa a nosotras con pacientes que apenas nos da tiempo a conocer. Cuánto más con un padre a quien se adora. Dime, ¿cómo conociste a Córdoba?

—Pancho y yo somos periodistas. Bueno, yo soy periodista. Él es fotógrafo. Caramba, por cierto, mira que soy malcriada. Ni siquiera me he presentado como Dios manda. Me llamo Olga Morante. Y estoy haciendo un reportaje sobre los

mendigos de San Luis.

—Qué interesante. Sigue, mujer. No me dejes en ascuas.

—Yo trabajaba en *Sociedad*. Y aquello era cualquier cosa menos periodismo. Moda. Necrológicas. Bodas y bautizos. Recepciones en los consulados. Una mierda, perdona la expresión. Estaba hasta el moño de tanta majadería. Deprimida. Creo que ese es el adjetivo que mejor me sentaba. No podía más. Y le dije a Alberto, mi jefe, que lo dejaba. Que necesitaba algo de tiempo para saber lo que quería hacer con mi vida.

—Y él te encargó lo de los mendigos.

—Ajá.

—Típico de los jefes. Genoveva es igual, ya te habrás percatado. Les dices que estás harta y, en vez de darte un mes de vacaciones, te aumentan el trabajo. Como ellos viven para trabajar, creen que te hacen un favor.

—Algo así. Lo que ocurre es que Alberto me conoce. Durante una temporada fuimos... algo (no preguntes el qué, porque no sabría contestarte). Y él sabe que soy como los caballos, que me espolean y salto. Así que me retó a lo de los mendigos. Y aquí me tienes.

—Y entonces apareció Diego.

—Es que lo de él cantaba mucho. Era como un bolero, no sé si lo conoces, *Flor de pantano*.

—*Cuando la vi en el hondo precipicio de rebosante lodazal humano...* Me encanta ese bolero.

—Pues parece escrito para Diego Córdoba. En San Luis, entre tanto bárbaro y tanto miserable, un filósofo culto, exquisito, con esa voz de barítono, destacaba como un charco de sangre sobre la nieve.

—El rey pescador.

—Caramba, ¿tú también? ¿Es que a todo el mundo le ha dado ahora por las leyendas?

—¿Qué leyenda ni que ocho cuartos? Hablo de la película. La echaron el domingo en la televisión.

—No jodas. Perdón. ¿El domingo? ¿Anteayer?

—Sí. Anteayer. Me pasé la tarde entera tumbada delante de la tele. Y si te digo la tarde entera, créeme. Con esto de los anuncios, las películas duran cuatro horas.

—Voy a acabar creyendo en la casualidad. Verás: esa película es una versión más o menos libre de una vieja leyenda inglesa o irlandesa o escocesa, qué sé yo. La del santo grial. Un secreto escondido: la copa donde Jesús bebió en la última cena. Un guardián: el rey pescador, un viejo guerrero con una herida en la ingle. Un héroe: un caballero de la tabla redonda que descubre el secreto. Tiene de todo, como en los culebrones.

—Perdona un momentito: ¿cómo llegaste a la leyenda?

—Diego me dio la pista. No sé por qué se identifica con el guardián del grial. Perdió a una hija, ¿sabes? Una niña de siete días. Terrible. Laura Cano, ahí donde la ves, es de verdad su esposa. Ahora llevan un año separados porque el totorota de Diego la jeringó liándose con otra. Eso fue antes de lo de la niña, así que él se empeñó en relacionar su infidelidad con su desgracia. Ambos han vivido un tormento que no le deseo a nadie. Aunque, o yo soy una ingenua romántica, o ahora mismo están poniendo sus cosas en orden. Les va a costar lo suyo, no digo yo que no. Laura va a tener mucho que perdonar. Y Diego mucho que humillarse. Pero con suerte y una caña todo se pesca. Sobre todo si uno es eso: el rey pescador.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Lo sé. Ya te lo dije. Es una tontería.

—¿Una tontería? Mira. Tócame el brazo. Me has puesto piel de gallina.

—Ahora eres tú la que me toma el pelo.

—En mi vida he hablado más en serio. ¿No lo ves?

—Veo a una pareja que ha perdido a una hija y mucho tiempo de ser felices. Y a otra, Pancho y yo, que se ha dedicado a mortificarlos sin misericordia.

—Coño, Olga. Estás más ciega de lo que yo creía. A ver: por lo poco que sé y lo que me has contado, lo del grial es una metáfora. —¿Y?

—Que no es una copa vieja de madera.

—No. Ya te lo dije: es un secreto. Algo así como el conocimiento o la felicidad o las dos cosas a la vez.

—Y, según la leyenda, el caballero libra al rey pescador de la maldición cuando descubre ese secreto. O sea, cuando alcanza el conocimiento o la felicidad o las dos cosas a la vez.

—Sí. Algo así.

—Pues si es perro, te muerde. Porque, o yo tengo demasiada falta de sueño, o toditas las piezas encajan. ¿Qué más quieres, un mapa? Carajo, si es que hasta la herida en la ingle coincide con la leyenda.

—¿De qué hablas?

—De la herida en. Ah, caramba. Tú no lo sabes. Claro. Eso es lo que venías a preguntar. Me estás mirando igual que el otro día. Cuando te dije que él y tú no podían ser amantes. Olga, lo siento. No sé si debo contártelo.

—Contarme qué.

—Por favor, Julieta.

—Acabas de decirlo: Laura va a tener mucho que perdonar y Diego mucho que humillarse. Y los dos juntos, mucho que quererse. Porque lo que es sexo, no van a volver a tener en la vida.

Confiesa que creyó volverse loco. Había empezado a levantar cabeza después de lo de Claudia. Empezado a creer que era cierto eso que decían de que tras la tempestad viene la calma. Empezado a mirar a las estrellas desde el balcón que compartía con Yaiza Montenegro y a decirse que, por qué no, alguna brillaba para él. Y entonces todo se vino abajo. Como un castillo de arena. Llevaba tiempo notando el cambio en la muchacha. Andaba desvelada. Se provocaba con los olores. Apenas probaba la comida. Ni siquiera los espaguetis con atún. No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de lo que sucedía.

Pero Yaiza, acaso por temor a su reacción, no quiso compartir el acontecimiento. Lo rehuía. Se pasaba las tardes en la calle. Para volver directamente a la cama. A dar vueltas como un trompo. Con los ojos abiertos clavados en el techo. Asegura que, al principio, creyó que había otro hombre. Era lo natural. El cansancio y el sufrimiento habían acrecentado la diferencia de edad entre ambos. Pero, por más que le preguntaba, ella lo negaba siempre. Por eso se dedicó a revolver en sus carteras. Necesitaba una respuesta. No sabía decir qué buscaba. Quizás una confirmación de que el embarazo iba bien. De que seguía su curso tal y como se espera en esos casos. Se sentía perdido. Fueron horas de angustia. Denigrantes. Sobre todo, la noche en que ella lo pilló revolviendo en la basura. Por supuesto que estaba al corriente de que el hijo no era suyo. A ver. Matemáticas puras. Pero como al principio ella lo había recibido y cuidado y mimado, Diego acarició la idea de formar una familia.

Si Yaiza le hubiera dicho que había otro hombre, jura que él habría hecho la maleta, habría agarrado la puerta y se habría marchado. Sin un pero. De la misma manera como llegó. Sin embargo, el silencio de la chica era infranqueable. Era un Ni contigo ni sin ti que lo estaba desquiciando. Tenía que hacer algo. Y al fin se decidió. Iba a decirle que no se preocupara. Que él le devolvería con creces los cuidados y los mimos. Que buscarían un piso más grande. Que tendrían ese hijo. Que serían felices. Fue la tarde en que ella había ido a visitar a sus padres. La esperó leyendo en el salón. Y, nada más verla entrar, le pidió que se sentara. Pero Yaiza volvió a las andadas de posponerlo todo. Dijo que necesitaba una ducha con urgencia. Con urgencia. Qué manera de pervertir el término. Él estuvo de acuerdo. Qué iba a hacer. Si había esperado un diluvio podía esperar una ducha. Ella se metió al baño. Pasaron treinta, cuarenta, cincuenta minutos. El agua no paraba de correr. Mientras tanto, él se quedaba sin uñas. Se leía hasta los anuncios por palabras del periódico. Se hartaba de caminar arriba y abajo por el pasillo. Hasta que, en una de las vueltas, se fijó en el bolso. Era un bolso marrón de asas largas. Tenía un cierre en forma de abanico. Colgaba del respaldo de la silla. Estaba abierto. Y le sacaba la lengua. Sí. Le sacaba la lengua. La punta de una lengua verde y angulosa. La esquina de una cartilla del seguro.

La noche estaba para Jorge Manrique. Regresó a Angostura, su pueblo. A una

escuela. A una clase larga como un suplicio, dominada por un crucifijo y el retrato de un Generalísimo que te perseguía con la mirada te sentaras donde te sentaras. A don Heriberto, un hombre pequeño de hombros desanimados a quien, según decían, su novia había dejado colgado en la puerta de la iglesia y que, a partir de ahí, siempre vistió de luto. Don Heriberto les hacía memorizar estrofas de poemas, cuanto más largos mejor, para declamarlos después en la fiesta de los padres. Los niños recitadores del Tirol. Cuando llegó la hora de las coplas de Manrique, a Dieguito le tocó aquélla. Y en la noche de invierno en que tiró la moneda y salió cruz, cruz y cruz, la estrofa se le vino encima mezclada con la lluvia, *Y consiento en mi morir con voluntad placentera, clara y pura, que querer hombre vivir cuando Dios quiere que muera es locura.*

Sin embargo, reconoce que no era tan fuerte como había creído siempre. Alguna vez había pensado en la muerte y le parecía que, llegado el momento, podría enfrentarse a ella cara a cara. Con insolencia, incluso. Consideraba que, si la muerte es el último acto del teatro de la vida, por fuerza uno ha de morir de la misma manera en que ha vivido. Y él había vivido de pie y sin condiciones. Pero le bastó la caminata por el malecón bajo la lluvia para que se le enfriara la bravura. Cuando llegó, estaba empapado. Le costaba respirar. Tenía fiebre. Rodear el torreón de piedra fue una condena. Y el Faro de los Suicidios, una mole negra e imponente que amenazaba con aplastarlo. La oscuridad le impidió ver el hueco entre los dos peñascos que a nosotros tanto nos había descorazonado. Sin luna, con la pantalla de agua que caía, apenas veía donde pisaba. Se resbaló varias veces. En una de ellas, creyó sentir en los pies un aire frío como de abismo. Y sintió miedo. Y se aferró a la tierra con las uñas. Y corrió a refugiarse bajo las faldas del Faro. Y lloró todo el llanto que había reprimido tras la muerte de Claudia.

A tientas logró salir de allí. Con esfuerzo desanduvo el camino. Ofuscado por la fiebre buscó las luces de la ciudad. Pero, antes de llegar, sobre el espanto y la rabia, afloró la humillación del cobarde. Ni siquiera había sido capaz de acabar con su vergüenza como un hombre. Cobarde. Y entonces la idea se le reveló. Como un relámpago. Se detuvo. Cobarde. Saltó la baranda que daba a la escollera. Se arrodilló. Cobarde. Y buscó, entre los guijarros que abundan en el dique, uno liso y afilado que pudiese servirle. Lo que vino después, admite, fue muy confuso. En su arrebató, agarró la piedra con tanta fuerza que se lastimó la palma de la mano. Eso explicaba la cicatriz. El pacto de sangre con la muerte. Y la sangre de su mano vino a mezclarse con la de su miembro para que él no supiera lo que estaba pasando. El dolor lo tumbó. Por un momento pensó que lo había conseguido. Que, con dudas y todo, iba a morir. Allí. Entre las rocas del desembarcadero.

No perdió del todo la conciencia. Lo sabe porque se puso a calcular las horas que podrían quedarle hasta que alguien pasase por allí y descubriera su cuerpo. La vida de

la gente suele depender de detalles así de triviales. Suele a veces estar en manos del azar. La de él estaba ahora en manos de un solitario pescador o de una pareja de amantes. Si lo encontraba el pescador, al amanecer, tendría alguna posibilidad de sobrevivir. Los amantes llegarían muy tarde, no hay cuerpo que resista un día entero desangrándose. Durante la larga vigilia tuvo fuerzas y tiempo de soñar con Laura. Le hubiese gustado despedirse de ella. Pedirle perdón. Decirle que había sido la mujer de su vida. Que él también había nacido solo para quererla. Que antes que ella, la nada. Y después, el desierto. Que no tenía más que verlo, allí, en mitad de la noche. Quiso besarla pero se lo impidieron. Unos brazos que parecían no tener fin tiraron de él con fuerza. Sintió que lo arrastraban fuera del sueño. Al dolor de su sexo se le añadió la mordedura de las rocas en su espalda. Alguien lo levantó como un fardo. El mundo se volvió cabeza abajo. La tierra se hizo cielo. Durante unos segundos pudo ver las baldosas encarnadas del malecón alejándose. Y luego la oscuridad.

Despertó en el Virgen de la Peña, donde los desgraciados. En una alcoba blanquísima y desnuda. Era de día. La luz del sol acariciaba el tabique de enfrente. La sombra cimbreada de un naranjo le hizo caer en la cuenta de que estaba vivo. Una monja enfermera le cambiaba el apósito de la entrepierna. Con extrema delicadeza. No sabe decir si por no hacerle daño o por tratarse de la zona que era. Por más que lo intentaba, la mujer no podía ocultar una mirada de compasión. Pobrecito mío. Pero en todo aquel tiempo jamás mencionó el asunto. Su asunto. Fue el médico el que le dio la mala noticia. Intentaron salvarle la hombría. Pero se les fue el tiempo en salvarle la vida. Casi dos meses se pasó allí. Igual que un condenado, contaba los días por el sol y el naranjo, las agujas de su reloj de pared. Cambió de compañeros varias veces. Se morían o se recuperaban. Quién sabía. Jamás se interesó por la suerte de aquellos infelices.

Conoció por la enfermera cómo había llegado al hospital. De madrugada. Unos golpes profanaron el silencio, como en noche de ánimas. Alguien aporreaba el portón. Y, cuando fueron a abrir, se toparon con el aparecido. Solo, chorreando sangre, apoyado contra el muro, bajo la leyenda del peregrino. De su salvador no había ni rastro. Está seguro de que fue Tabares. El único de aquel estercolero que era parque San Luis acostumbrado a pasear de noche. Y, luego, estaba esa historia que contaban. Aquello de que había muerto y renacido. Lo de las monjas resucitadoras. Y la aversión que le tenía Tabares al asilo. En una ocasión, casi de pasada, le preguntó por aquella noche. El Loco ni lo reconoció ni lo negó. Una sonrisa torcida fue su única respuesta.

Salió del hospicio con la ropa prestada. Recuerda que había adelgazado tanto que todo le quedaba colgando. De su anterior vida, solo conservaba su cartera y un pañuelo de tela al que habían aliviado de las manchas de sangre. En la cartera descubrió quince euros, un billete de ciegos terminado en siete y pasado de fecha, una

foto de Laura y las tarjetas de crédito. Se imaginó a sus socios y a su ex mujer corriendo a los bancos para anularlas. Ya había derrochado bastante el patrimonio como para dejarle una cuenta abierta. Hubiera sido como darle una ametralladora a un ciego. Iba a arrojar las tarjetas a un contenedor cuando se fijó en una. Una verde esperanza. Una que no hubieran podido anular aunque hubiesen querido. Una que nadie conocía. Ni siquiera su mujer. Le dio vergüenza confesárselo incluso a Laura. Había abierto una cuenta el día en que supo que iba a ser Padre. Para Daniel o Claudia. Por si las vacas flacas. Fue engordándola al golpito. Y allí estaba la tarjeta sonriéndole. Picándole el ojo. Desafiándolo, venga, atrévete, si eres hombre. Él no era hombre. Pero no tenía nada que perder.

Faltaban ocho euros para los veintidós mil. Una miseria o una fortuna, según hablara el asesor fiscal o el triste pordiosero. Necesitó de un mes para dilapidarlos. No podía sacar todo de golpe, claro. Hubieran desconfiado los del banco. De modo que, cada dos o tres días, sacaba una suma diferente. Hasta agotarlo todo. Amante como era de la historia clásica, le pareció decoroso —casi romántico— lo de quemar las naves. Sostiene que no quería cadenas en su nueva existencia. Se compró algo de ropa. Más que nada para no descubrirse si algún guardia lo veía en el cajero. Y, acaso para acallar lo poco de conciencia que aún le quedaba, por primera vez en su vida alternó la honradez con el vicio. Efectuó cuatro donaciones al Virgen de la Peña. Dos mil euros por semana. Y reventó el resto en el burdel de Lupe.

Iba solo a mirar, desde luego. Se sentaba a una mesa de póquer. Bebía ron. Hablaba con las chicas. Se interesaba por sus vidas. Las escuchaba. Al principio las putas lo tentaban, anda, hombre, súbete conmigo, verás las cosas ricas que sé hacer. Pero Lupe finiquitó la broma, Ya está bueno, niñas, dejen al hombre en paz; él subirá cuando tenga ganas. Alguna se malició que Lupe lo quería para ella sola. Al final acabaron por aceptar su presencia tranquila. Igual que se acepta la presencia de un gato ronroneando entre las piernas. Una tarde bebió más de la cuenta. Había un barullo enorme. Lo relaciona con el fútbol pero no puede asegurarlo. Todo el mundo bebía y saltaba y gritaba vivas.

Y de repente, como si alguien le hubiese quitado el tapón a la bañera, el salón se vació. Solo quedaron ellos. Y la veracruzana se avino a compartir el ron con su cliente. Y le dijo, Sube. Y él le respondió, A qué. Y ella, A dormir conmigo. Y él, Muy tentador, pero esta ha sido la última visita. Y ella, Y eso por qué. Y él, Porque ya no tengo ni para pagarte un vaso que te rompa. Y ella, Pues sacaremos la vajilla barata, pero esta noche la pasas aquí.

Era verdad. Todo. Que Lupe lo quería para ella sola. Que él ya no tenía dinero. Y que la pasó allí. Reconoce que la mexicana esa noche se ganó el cielo. Subieron a su cuarto. Ella lo ayudó a desvestirse. Le quitó la camisa. Los zapatos. Los pantalones. Él la miró a la cara. Quería verle el terror en sus ojos cuando lo descubriera. Pero

Lupe se comportó como si lo hubiese sabido desde siempre. Le sacó los calzones. Se le quedó observando unos instantes. Con una mano como de espuma, le acarició la oquedad de la ingle. Con unos labios como de incienso, besó el vacío de la entrepierna. Sabe que es imposible, pero tuvo una erección. Como las lagartijas que aún menean la cola después de perderla. Se bañaron juntos. Se acostaron juntos. Ella apoyó la cabeza en su pecho. Y le dijo, en un susurro pero con toda la convicción del mundo en su voz, A partir de ahora, siempre que quieras, esta será tu cama.

Asegura que no era buen momento para apostar por él. Cuando uno se siente la mitad de un hombre, comete el doble de estupideces. Y él se sentía inseguro. Culo de mal asiento. A veces le entraba el pánico. Un miedo atroz de volver a dañar a quienes más lo querían. Como ocurrió con Laura y con Yaiza. No quería que Lupe siguiese ese camino. Entonces escapaba. Pasaba las noches por ahí. En la calle. En un banco, si el clima era apacible. Bajo un portal, si hacía frío. Sus períodos de ausencia dependían de la luna. Como las mareas. Como las reglas de las mujeres. De repente, necesitaba una semana entera, siete días con sus noches, para encontrarse. Necesitaba hacerse muchas preguntas. Andar mucho. Y olvidar más. Otras veces, en cambio, le bastaba con una noche fuera. Con la salida del sol, lo veía claro. Y regresaba adonde su amiga mexicana.

Sin embargo, confiesa en su patio de palmeras enanas y laureles de indias donde lo vi por última vez, durmiera entre las sábanas de lino de Guadalupe Cifuentes o entre cartones viejos de tabaco en el zaguán de parque San Luis, algo jamás cambió: el recuerdo de su cobardía. La imagen de un hombre blando y asustado, en la oscuridad, bajo la lluvia, arañando la tierra con coraje, lo persiguió como un fantasma. Se le aparecía en sueños. Lo torturaba sin piedad. Por eso cada día tomaba rumbo al malecón. Se sentaba en las rocas a contemplar el mar. No. No era que buscara la respuesta a sus preguntas en la baba azulada de las olas. No. Demasiado bonito para ser cierto. Simplemente quería tener a mano el Faro. Si le volvía el valor, que lo cogiera cerca.

Y hubo un día, recuerda aferrándose a la mano blanca y firme de Laura Cano, que estuvo a un palmo de conseguirlo. Un día despejado en que creyó haber vencido al miedo. Un día luminoso de después de la lluvia. El día en que se cumplía un año de la muerte de su hija. Se levantó con la fecha en el pensamiento. Mientras se duchaba, midió con justeza el paso que iba a dar. Se vistió. Bajó al comedor. Besó a Lupe en la frente. Desayunó con ella. Le declaró lo guapa que estaba esa mañana. Se cortó de decirle todo lo que hubiera querido, no fuera que advirtiera su intención. Salió a la calle. Cruzó parque San Luis. Saludó a algunos viejos conocidos. Pasó junto a unos pescadores que andaban mariscando. Se sentó un segundo tan solo a tomar resuello. Tal vez a despedirse. Pero, justo cuando fue a levantarse para acabar con todo de una santa vez, oyó una respiración a sus espaldas, un movimiento torpe en las rocas.

Imaginó, con mansedumbre, que el poema de Manrique le torcía el gesto. Porque quererte morir, cuando Dios quiere que vivas, es la misma locura que lo contrario. Y Dios, ahora estaba definitivamente claro, quería que él viviera. Por eso le mandó a aquella periodista frágil y movediza. En eso pensaba Diego Córdoba cuando pronunció las palabras que acaso le salvaron la vida, Digo, señorita, si es que se va a quedar ahí sentada en la puerta del cielo.

Las Palmas de Gran Canaria, octubre de 2004



JOSÉ LUIS CORREA, (Las Palmas, 1962). Es Profesor Titular de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Doctor en Literatura Hispánica desde 1992, su docencia e investigación giran alrededor de la Literatura Juvenil y los talleres de creación literaria, que ha impartido en diferentes instituciones (universidades, ayuntamientos, casas de cultura, etc.). Destacan el ofrecido en la Universidad Cristóbal Colón de Veracruz (México) o en la Universidad de La Rioja (España), ambos en 2005.

En general, su existencia ha estado siempre ligada a los libros. Primero, en los años setenta, como lector apasionado de Verne, de Salgari, de Stevenson, de los Dumas. Más tarde, en los primeros ochenta, como estudiante de filología española. De 1985 a 1995, como agregado de Lengua y Literatura de instituto. Y, desde entonces, viene alternando su trabajo en la universidad con el oficio de escritor. Así pues, ha recorrido todos los pasos que tienen que ver con la literatura: la afición, la enseñanza, la investigación y la creación literaria.

Obra

Como escritor, sus comienzos están relacionados con el relato, cuentos breves que escribe para sus estudiantes de instituto. Algunos tuvieron la fortuna de cosechar diferentes premios: el Julio Cortázar (La Laguna, 1998) o el Campus (Las Palmas, 1999). Y muchos publicados recientemente por la editorial canaria Interseptem: *¿Qué quieres que te diga?* y *otros cuentos* y *La verdadera historia de Helena-con-hache*,

un libro de relatos y una novela corta.

A finales de los noventa, espoleado por la suerte de sus cuentos, comienza una carrera de novelista que ha sido refrendada con otras importantes distinciones. Obtiene el Premio Benito Pérez Armas (S. C. de Tenerife, 2000), el más antiguo y prestigioso de Canarias, con su obra *Me mataron tan mal*. El Premio Ciudad de Telde (2002), con *Quince días de noviembre*, inaugurando la saga del detective Ricardo Blanco, o el Premio Vargas Llosa (Murcia, 2002), con su obra *Échale un ojo a Carla*.

Es, asimismo, autor de *Muerte en abril* (2001), el segundo caso del detective Ricardo Blanco. Y de *La hija del naufrago. El último viaje del Alfonso XII* (novela histórica, 2004). José Luis Correa se ha erigido, por su prosa ágil y honda, su lenguaje directo y su visión moderna de la literatura, como una de las voces más genuinas del panorama narrativo canario de los últimos años. Sus últimas obras publicadas son *Muerte de un violinista* (2006, saga Ricardo Blanco) y *Una canción para Carla* (2008).

En 2010 publicó *Un rastro de sirena*, la cuarta entrega de la saga de Ricardo Blanco y la quinta en 2012, *Nuestra Señora de la Luna*. Entre medias (2011) vio la luz *Murmullo de hojarasca*.

En 2013 continúa la saga de Ricardo Blanco con *Blue Christmas* y, por último, Recientemente, acaba de publicar la séptima entrega del detective Blanco: *El verano que murió Chavela*.